

DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS

BÁRBAROS EN HISPANIA

SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS EN LA LUCHA CONTRA ROMA



Daniel Gómez Aragonés

BÁRBAROS EN HISPANIA

Suevos, vándalos y alanos en la lucha contra Roma

la esfera  de los libros

«He combatido la buena batalla,
he terminado la carrera,
he conservado la fe».

2 Timoteo 4, 7

«Entretanto, las tribus de los alanos, de los suevos, de los vándalos y otras muchas, excitadas, como dije, por Estilicón dos años antes del saqueo de Roma, arrollan a los francos, pasan el Rin, invaden las Galias y, en una incursión sin rodeos, llegan hasta el Pirineo. Detenidos temporalmente por las cimas de esta cordillera se esparcen por las provincias cercanas...».

Historias, OROSIO

AGRADECIMIENTOS

Muchas veces resulta complicado resumir en unas breves líneas los agradecimientos y la dedicatoria que suelen acompañar un libro. En este caso sucede lo mismo, pues resultan difícil de expresar los sentimientos de gratitud vinculados a este trabajo, incluso, tal vez, me ha sido más sencillo analizar y desarrollar la «epopeya bárbara» que se encuentra en las siguientes páginas. No obstante, quiero y debo dar los siguientes agradecimientos: a Engel... Schönheit, Sonne, Stern... *Vielen Dank für alles*. A mis padres, Valentín y María Jesús, y a toda mi familia por su infinito apoyo. Muchas gracias también a mi estimado amigo Jesús Callejo, brújula vital en estos tiempos que corren, y a mis fratres, Julio César Pantoja y Gonzalo Rodríguez, seguimos cabalgando... Hay un refrán castellano que dice «es de bien nacidos ser agradecidos», por consiguiente, colega y editor Félix Gil, muchas gracias por tu confianza. Un agradecimiento muy especial, aunque más bien sería un profundo recuerdo, a un fiel amigo y sempiterno escudero que cruzó a la otra orilla cuando me encontraba luchando con suevos, vándalos y alanos... Zar, tu luz me acompaña.

Es imposible nombrar a todas las personas que querría, de modo que muchas gracias a los grandes profesores que me han ayudado a llegar hasta aquí, a todos aquellos que continuáis creyendo y apostando por mi trabajo tras innumerables batallas y por supuesto a ti, nuevo amigo lector, que te sumas a esta aventura bárbara...

INTRODUCCIÓN

¿Tenemos realmente claro el concepto de *bárbaro*? En el caso de *Hispania*, sí creemos que dicho término no ofrece dudas. Esa vieja joya occidental del Imperio romano, la *Diocesis Hispaniarum* que en el siglo V vivirá unos episodios que serán narrados y analizados a lo largo de este libro y que marcarán el porvenir nada más ni nada menos que de la Historia de España. ¿Qué sucede con el término *bárbaros*? ¿A qué o a quiénes nos estamos refiriendo?

La amplitud temática de miras que abarcan los estudios divulgativos más exigentes, e incluso a otros niveles, hace muy común hablar de las invasiones que asolaron Hispania a principios del siglo V refiriéndose a estas como *germánicas*. Sin embargo, el uso de este término nos haría caer en un error, dado que no todos los pueblos que penetraron los Pirineos en el año 409 eran germanos, como posteriormente el lector comprobará. Y es que no podemos quedarnos con la única explicación geográfica y simplista de «pueblos extranjeros» derivada de que su origen y hábitat primigenio se encontraban más allá de las fronteras imperiales. Esta explicación proviene del clásico *externae gentes* utilizado por el historiador romano Amiano Marcelino. La historiografía actual se encuentra sumergida en una constante revisión del concepto *bárbaro* y los trabajos de la profesora Sanz Serrano, autora de *Historia de los godos: una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo* (editado por esta misma editorial), y de su grupo de investigación son un buen ejemplo, al igual que los destacados trabajos publicados en estos últimos años por la Universidad del País Vasco, entre otros.

Es conveniente tener presente que en el Bajo Imperio surgirá una nueva sociedad con elementos romanos y otros propios de los pueblos bárbaros que proyectará a Europa hacia una nueva realidad sociopolítica. Así, hay que entender esta interacción de los bárbaros con el mundo romano desde un profundo sentido histórico, con ramificaciones que abarcan la arqueología, la filosofía, la literatura o la filología. Un periodo que para el caso español, que es el que nos ocupa, debe estar exento de cualquier prejuicio y visión catastrofista, como marcan algunos cronistas romanos, y alejado de postulados como los expresados, por ejemplo, en el siglo XVII por el también historiador Luis Cabrera de Córdoba:

La historia barbárica no enseña sino vicios, tiranías y muertes: en ella tuvieron el Imperio alternativamente, franceses, alemanes, turcos; y antes godos, hunos, vándalos, escitas y hez que hubo en la nueva y media historia romana. Léase para esto a Jordanes, Procopio, Agathio

y otros bárbaros como estos, que escribieron en la historia bárbara de aquellos príncipes bárbaros de tan bárbara edad.

Realmente, el concepto *bárbaro* está cargado de un claro componente religioso al ser estos pueblos herejes cristianos o incluso paganos, quedando de esta manera alejados de la catolicidad del Imperio romano. Además, este término conlleva en paralelo un marcado carácter providencialista, pues fue visto en su origen como una acción vinculada al castigo divino por los pecados cometidos por Roma. Pero el espectro que abarca este término es más amplio todavía, ya que encierra a su vez la defensa del Imperio: el ser *bárbaro* está en contraposición al hombre mediterráneo. El Mediterráneo: el Mare Nostrum como fuente de civilización frente al *Barbaricum*. Y esta cuestión no es baladí, dado que el propio Amiano Marcelino consideraba que el *Barbaricum* contenía una geografía totalmente adversa a los romanos y de esa dura y complicada geografía manaba el rudo carácter bárbaro, el cual iba unido a unas actividades económicas «bárbaras» (véase el pillaje o la rapiña) y a una vida fuera del mundo urbano, heredando así gran parte de la visión Alto Imperial, pero sin el matiz católico de los últimos tiempos del Imperio.

El concepto *bárbaro* también sufrió distintas transmutaciones en la misma Tardoantigüedad y esta circunstancia obedeció, lógicamente, a la conversión al catolicismo. A nivel global y a la par cercano a nosotros, el caso godo es paradigmático porque pasaron de ser vistos en las crónicas prácticamente como crueles bárbaros, a lo que hoy en día resulta indiscutible y es que la monarquía visigoda es el germen de España. La conversión al catolicismo conllevaba que los *bárbaros* ahora eran otros y una rotunda muestra nos la ofrece en el primer cuarto del siglo VII el gran faro intelectual del Occidente europeo, san Isidoro de Sevilla, que se refiere a los godos en la Recapitulación de su *Historia Gothorum*:

Todos los pueblos de Europa temblaron ante ellos, ante ellos cedió la mole de los Alpes; hasta la propia barbarie vándala, tan famosa, huyó aterrada, no tanto por la presencia de los godos como por el temor de la misma.

Los vándalos eran los bárbaros, y no los godos, puesto que estos últimos se convirtieron por derecho propio en los legítimos sucesores del poder romano y, tras abjurar del arrianismo, en acérrimos defensores de la fe católica. En lo que nos afecta en este libro, solo los suevos escaparán de la «sombra barbárica» gracias a su conversión al catolicismo, pero, como más tarde descubriremos, hasta que no se produjo la misma, los tres pueblos: suevos, vándalos —quienes se mantuvieron en la herejía del arrianismo hasta la caída de su reino— y los paganos alanos, mantendrán su etiqueta de *bárbaros*.

Dice Hidacio en su *Chronicon*:

De esta suerte, exacerbadas en todo el orbe las cuatro plagas: el hierro, el hambre, la peste y las fieras, cúmplense las predicciones que hizo el Señor por boca de sus profetas.

Si solo nos dejamos guiar por determinadas fuentes antiguas o por prejuicios historiográficos poco críticos que todavía mantienen a los bárbaros como los únicos responsables de la caída del Imperio romano de Occidente, incurriremos en un error; además debemos tener cuidado porque este periodo de nuestra Historia quizá tenga más luces que muchas de las sombras a las cuales podríamos decir que nos han acostumbrado.

Por último, en estas pocas líneas a modo de prefacio también nos gustaría remarcar que en este relato dejaremos en un segundo plano la figura del pueblo bárbaro y germano de los visigodos ^[1] para centrarnos en profundidad en alanos, vándalos y suevos al formar parte estos tres pueblos del grupo de los grandes olvidados de la historia de España. Por ello haremos referencia a los godos en aquellos momentos de interacción con dichos pueblos que, evidentemente, serán muchísimos y nos centraremos en especial en los episodios político-militares que a través de la acción de los godos marcaron el devenir histórico tanto de Hispania como de dichos pueblos bárbaros. La historia de suevos, vándalos y alanos en suelo hispano quedó marcada por las actuaciones y decisiones de la monarquía goda.

[1] Consideramos conveniente que el lector tenga en cuenta que, independientemente de la división entre visigodos y ostrogodos, los dos pueblos se consideraban godos. A lo largo de este libro tendremos que hacer referencias a ambos, por esta razón usaremos de manera adecuada los términos *godos*, *visigodos* y *ostrogodos* para no generar confusión, pero partiendo siempre de la premisa señalada inicialmente.

1. EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA ERA

Desde mediados del siglo IV el Imperio romano arrastró lo que podemos considerar una bicefalia en su administración del poder, puesto que Constantinopla poco a poco se iba preparando para coger el testigo de la maltrecha Roma, a pesar de que todavía faltaba más de un siglo para la deposición del último emperador de Occidente. El nuevo centro del Mediterráneo iba posicionándose para convertirse en una de las urbes más importantes de la Antigüedad Tardía y prácticamente de toda la larga y extensa Edad Media. Muchos autores atisban ya desde mediados del siglo IV que el futuro del Imperio no está en la vieja Roma, sino en la «nueva» Roma: Constantinopla.

Nos encontramos ante un periodo en el cual las grandes *villae* abundan por doquier en toda la zona occidental del Imperio. Los poseedores de estas villas eran grandes señores, aristócratas, senadores, sobresalientes comerciantes, en definitiva, personalidades que disponían de unas capacidades económicas elevadas y que disfrutaban de un modo de vida del más alto nivel. En la Hispania romana de este periodo encontramos magníficas muestras de estas fastuosas *villae* en casos como el de la villa de la Olmeda en Palencia, la villa de Noheda en Cuenca o la villa de Carranque en Toledo, todas ellas con espectaculares mosaicos. Por otro lado, es una época en la cual se establece una relación particular entre la Iglesia y el emperador, interviniendo este último en muchos de los asuntos eclesiásticos y en cuestiones vinculadas a la fe. Además, el emperador recibía el soporte ideológico-religioso que le proporcionaba la Iglesia. En lo que se refiere al poder, tampoco podemos dejar de lado a las distintas familias senatoriales, que desde su posición dentro de las más relevantes magistraturas del Estado intentaban condicionar las decisiones del emperador. Y para completar la descripción de la posición y administración del poder en el Imperio debemos citar a los prefectos del pretorio, cargos elegidos normalmente entre el personal de confianza del emperador, que ostentaban la autoridad máxima en las distintas prefecturas del Imperio, como, por ejemplo, la prefectura de las Galias, que incluía a Hispania dentro de su jurisdicción territorial.

Esta configuración del poder fue evolucionando a lo largo de la segunda mitad del siglo IV marcada por el desarrollo histórico de los hechos político-militares. Un punto de inflexión para la historia del Imperio romano, y que

independientemente de ocurrir en el extremo de la zona oriental también tuvo un gran impacto en Occidente, fue la victoria de los visigodos en la batalla de Adrianópolis en el año 378, enfrentamiento en el cual murió el emperador oriental Valente. Este hecho propició que el hispano Teodosio se convirtiese en el nuevo emperador de la *pars Orientalis*. En la década de los ochenta del siglo IV, Teodosio firmó distintos tratados con los godos y consiguió un potente y prestigioso apoyo militar. Gracias en buena medida a estos soldados godos pudo salir victorioso del enfrentamiento contra el usurpador de origen hispanorromano Máximo Magno, quien en el año 383 se levantó contra el emperador occidental Valentiniano II, al cual fue poco a poco desplazando del poder hasta llegar a controlar toda la *pars Occidentis*, lo que propició la huida de Valentiniano II, a Oriente. Finalmente, Teodosio derrotó a Máximo y restauró en el cargo de emperador de Occidente a Valentiniano II. Dichas fuerzas godas también jugaron un papel determinante a favor de Teodosio en la victoria de este frente a otro usurpador del trono occidental, Eugenio, entre los años 392 y 394. Su gran proyección política y su destreza militar llevaron a Teodosio a ser el último emperador que gobernó sobre ambas partes del Imperio hasta su muerte en el año 395. El hispano Teodosio dejó al morir el cristianismo como religión oficial y el Imperio nuevamente dividido, en este caso entre sus hijos: Honorio controlaría Occidente y Arcadio gobernó sobre Oriente.

Tras la desaparición de Teodosio, la política del Imperio Romano de Occidente pasó a estar controlada por el *magister militum* Estilicón. Este general romano de origen vándalo conocía desde muy joven los entresijos de la política imperial y, al morir Teodosio, se mostró como un claro continuador de la política del emperador hispano. Años atrás Estilicón se había casado con una sobrina de Teodosio, Serena, ambos habían criado en su casa al ahora emperador Honorio y a la también hija de Teodosio, Gala Placidia. Esta circunstancia motivó la marcada influencia de Estilicón sobre Honorio. No obstante, los intentos del vándalo por seguir la línea teodosiana se toparon con multitud de problemas ejemplificados por el enfrentamiento con la aristocracia senatorial, la actitud de destacadas figuras del ámbito eclesiástico como san Agustín y la postura del Imperio Romano de Oriente.

Más allá de las disensiones políticas internas de la *pars Occidentis* y de las tensas relaciones entre ambos imperios por disputas territoriales como ocurría con el control de la prefectura del Ilírico, el gran peligro que se había presentando en Oriente y que también amenazaba a Occidente, eran los godos de Alarico. Anteriormente señalamos que el emperador Teodosio se había beneficiado de la destreza militar de los godos para conseguir distintas victorias militares, sin embargo, la relación entre romanos y godos se fue complicando a lo largo de los

últimos años del siglo IV y los primeros del V. Así, en el año 396, en plena campaña de saqueo y castigo en tierras griegas por parte de los godos de Alarico, Estilicón decidió acudir en ayuda del emperador oriental Arcadio sin haber recibido ninguna petición de auxilio. Esta acción provocó que el Senado de Oriente, ante el temor que suscitaba Estilicón y sus posibles planes ambiciosos para ambos imperios, se posicionase en contra del vándalo e incluso convenciese al general romano y conde de África, Gildo o Gildón, para que se rebelase contra Honorio entorpeciendo así los planes de Estilicón. El *magister militum* de Occidente actuó rápido e hizo que Honorio diese órdenes para que se bloqueasen las naves comerciales del Imperio de Oriente. Seguidamente, las fuerzas de Estilicón se enfrentaron militarmente a las de Gildón consiguiendo el primero una rotunda victoria.

Seguro que para contrarrestar la posición y peso militar de Estilicón, Arcadio tomó la decisión de nombrar al godo Alarico *magister militum per Illyricum*, lo que aumentó la fuerza militar de Alarico y le convirtió en uno de los jefes militares más destacados de ambos imperios. Las voces disconformes contra Estilicón, que cada vez se hacían más fuertes en Occidente, las reticencias al refuerzo del ejército que él encabezaba y las disputas con el Imperio de Oriente —en contraposición a lo que hubiese sido el deseo del gran Teodosio— llevaron al vándalo a una coyuntura política muy complicada.

La difícil situación entre Estilicón y sus opositores no era el único problema al que tenía que hacer frente el Imperio Romano de Occidente. La presión de los pueblos bárbaros en sus fronteras seguía creciendo y el advenimiento del siglo V trajo consigo la presencia en Occidente de dos jefes godos, Alarico y Radagaiso, y de sus respectivas fuerzas militares. El miedo invadió el corazón del emperador Honorio cuando en Milán, urbe en la cual se ubicaba su sede, vieron aparecer a lo lejos las huestes de Alarico. En realidad, el visigodo no buscaba el combate, sino un lugar donde establecerse junto a su pueblo dentro de las fronteras imperiales, pero Estilicón, pese a ser favorable a la política de Teodosio de buscar la unión con los bárbaros, tuvo que enfrentarse a Alarico. Después de haber derrotado a otros pueblos bárbaros, retornó a Italia y en primer lugar alejó a Alarico de Milán para, posteriormente, en el año 402, derrotar al líder godo en la batalla de Pollentia. La victoria de Estilicón fue rotunda, mientras que la derrota supuso un duro golpe para los intereses de Alarico a causa de la pérdida del tesoro godo y de la captura de su familia. Dicho triunfo conllevó que Alarico y sus godos se retirasen de Italia y que la nueva sede del emperador se trasladase a Rávena, una ciudad más fácil de defender en caso de ataque o asedio, en detrimento de la majestuosa Milán. Por otro lado, la dura derrota había dejado un poso muy amargo en Alarico, quien dio marcha atrás y regresó a tierras italianas

para ser nuevamente derrotado por Estilicón en el año 403 en Verona. El general romano-vándalo no tenía ningún interés en aplastar y masacrar a los godos de Alarico porque sabía de su destreza guerrera y buscaba poder integrarlos dentro de su ejército. Por esta razón, volvió a pactar con ellos y una vez más fueron enviados hacia el este para su asentamiento.

Los enfrentamientos entre el Imperio Romano de Occidente y Alarico habían cesado, al menos momentáneamente, pero no así con el antes citado jefe militar godo Radagaiso. El peligro bárbaro volvió a Italia en los últimos meses del año 405 cuando Radagaiso, al que se refiere Orosio como «el más cruel con mucho de todos los enemigos antiguos y presentes», penetró en la península con un grupo de, según algunos cronistas, más de 200.000 individuos, número que, independientemente de que incluyese a soldados y a sus mujeres e hijos, se nos antoja bastante exagerado. No obstante, sí estaríamos ante un número muy importante de efectivos que ponía en jaque al Imperio de Occidente. El grupo de Radagaiso, que había avanzado desde el Danubio, tardó en encontrar oposición efectiva y mientras tanto fue aprovisionándose en el norte de Italia. El inevitable choque se produjo en Florencia cuando el jefe bárbaro atacaba la ciudad y el ejército romano acudió al combate. El ejército enviado por Estilicón tuvo que ser una fuerza destacada, ya que, como señala la profesora Jiménez Garnica: «La situación era tan apurada que Honorio publicó una ley llamando a las armas a diversos tipos de soldados para que protegieran al Imperio». Además, la tropa romana también se presentó con el apoyo de varios contingentes de auxiliares bárbaros; ambas cuestiones, la ley de Honorio y el reclutamiento de bárbaros, vendrían a justificar tanto el retraso en presentar batalla a Radagaiso como la magnitud de las fuerzas del godo. Finalmente, el triunfo fue para el ejército romano, y meses después Radagaiso fue ejecutado. Siguiendo su política integradora, Estilicón reclutó a muchos soldados godos para el ejército imperial y sabemos que unos 12.000, una vez que Estilicón murió como veremos posteriormente, se unieron más tarde a Alarico. Un número indeterminado de estos bárbaros de Radagaiso se adhirió a los vándalos y otros muchos fueron vendidos como esclavos. El número tuvo que ser desorbitado, puesto que el precio de los esclavos se vino abajo ante tanta oferta provocando la caída del mercado.

Durante las últimas semanas del año 406 la alegría inundó el Imperio Romano de Occidente por el triunfo sobre Radagaiso y se realizó la correspondiente celebración triunfal en Roma, y no en Rávena, por parte de Honorio. Aunque Rávena fuese la sede del emperador, el Senado permanecía en Roma y su prestigio de cara a celebrar triunfos militares seguía estando por encima del resto de las urbes imperiales. La alegría no duró mucho tiempo. El singular día del 31

de diciembre, quizá sin ser realmente conscientes ni en Rávena ni en Roma de lo que ello suponía, distintos grupos de pueblos bárbaros cruzaron el Rin y entraron en el corazón del Imperio Romano de Occidente.

Antes de continuar con el desarrollo de los hechos históricos, creemos que es necesario realizar un breve apunte de cuál era la situación del ejército imperial en esta época.

Lógicamente, la situación del ejército romano, de ambas partes del Imperio, venía heredada por las reformas introducidas a finales del siglo III y primer tercio del siglo IV por los emperadores Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337), respectivamente. Así, a mediados del siglo IV nos encontramos con dos tipos de tropas:

- Los *comitatenses*. Ellos suponían la principal fuerza del Imperio ante cualquier amenaza. Eran tropas que, desde puntos estratégicos o de interés, se encontraban preparadas para intervenir en caso de amenaza exterior o interior. Estaríamos ante auténticos ejércitos de campaña, con buena movilidad y siempre disponibles para el combate.
- Los *limitanei*. Guarniciones, tanto de infantería como de caballería, ubicadas en las fronteras imperiales, aunque su vida no se circunscribía exclusivamente al ámbito castrense. También trabajaban la tierra compaginando de esta manera sus obligaciones militares con las labores del cultivo del campo.

Ahora las legiones romanas se componían de alrededor de 1.000 hombres cada una e iban acompañadas por unidades de *auxilia*, que contaban con un menor número de soldados que las legiones, pero eran muy eficientes y aptas para diversos tipos de combates o de operaciones de distinta índole. Como unidades especiales podemos añadir a los distintos grupos que componían la guardia imperial.

Aunque la infantería seguía ocupando el mayor número de efectivos, la caballería iba ganando cada vez más peso hasta convertirse en la élite del ejército. Existía una caballería de corte ligero, la más cuantiosa, que portaba armamento defensivo ligero, lanzas y armas arrojadizas para el ataque, y que podía ejecutar acciones ofensivas cuerpo a cuerpo frente al enemigo u hostigar al ejército rival. Conjuntamente, el ejército romano contaba con una magnífica caballería pesada, los famosos *cataphractii* y *clibanarii*, de clara influencia oriental (existe un intenso debate sobre su definición exacta y diferencias. Para profundizar en estas cuestiones remitimos al lector al trabajo del investigador Soria Molina que aparece en la bibliografía), que con el paso de los años fue

ganando una mayor importancia en el resultado de las batallas.

Algunos especialistas consideran que desde mediados del siglo IV los cuadros de mando del ejército romano ya estaban divididos entre los propios romanos y los jefes militares bárbaros. Y aquí entraríamos en otro apasionado debate: la *barbarización* del ejército imperial. ¿Cuál era la composición de sus tropas? Lo cierto es que, tanto por su posición social como por su origen, el ejército imperial era muy heterogéneo.

Más allá de estas cuestiones, a mediados del siglo IV los problemas del ejército romano se centraban en las luchas contra pueblos bárbaros como los francos o los alamanes en Occidente o los poderosos sasánidas en Oriente. A estos enfrentamientos hay que sumarles el terrible coste de mantener un ejército que según algunos cálculos podía llegar a los 400.000 soldados. Los gastos de manutención, armamento y pagas de una hueste de estas dimensiones resultaban desorbitados. Otro hecho que condicionaba negativamente al ejército romano eran los continuos enfrentamientos internos que desangraban a Oriente y a Occidente.

Para acercarnos al ejército romano de finales del siglo IV y principios del siglo V contamos con una fuente única que nos permite conocer pormenorizadamente a la hueste imperial. Como señala el experto Simon MacDowall, a quien seguiremos en este análisis:

para ningún otro periodo de la historia de Roma contamos con una descripción tan exhaustiva del ejército como la que nos ofrece la *Notitia Dignitatum*, un documento que lista todos los cargos y unidades militares existentes en Oriente a finales del siglo IV y en Occidente a comienzos del siglo V d. C.

La *Notitia Dignitatum* nos presenta un poderoso ejército romano, bien estructurado y bien ubicado, que contaba con casi 600.000 hombres pero fue incapaz de frenar las distintas incursiones bárbaras, lo que supone una contradicción, dada la poderosa descripción que ofrece esta fuente acerca del potencial bélico imperial.

Retomando la cuestión de la barbarización del ejército romano, no debemos obviar que la incorporación de otros pueblos a la estructura del ejército romano no es exclusivo del Bajo Imperio. Sin embargo, a lo largo de los siglos IV y V la presencia de bárbaros, bien germanos, bien sármatas, fue en aumento hasta convertirse en una tónica habitual el reclutamiento de tropas bárbaras para enfrentarse a la amenaza que suponían otros pueblos bárbaros. Además, en innumerables casos se recurría a la contratación de *foederatii*, es decir, grupos de bárbaros federados al Imperio y que podían combatir en una determinada campaña a favor de los romanos. Podemos considerar que los reclutas romanos

quedaban en un segundo lugar con respecto al reclutamiento bárbaro y eran vistos como soldados de menor valía. Se entendía que las tropas romanas eran muy volubles en lo que concierne a su lealtad a causa de su activa participación en la deposición, usurpación y proclamación de distintos emperadores en Occidente. De ahí que el sentido de lealtad de tradición germánica vinculada a un gran líder fuese en muchos casos de mayor utilidad para los emperadores o los *magister militum*, muchos de ellos también de origen bárbaro, que rodearse de una tropa no extranjera, sin embargo de dudosa confianza si el desarrollo de los hechos no era de su agrado. Es más, los grandes generales romanos del siglo V gustaron de verse rodeados por los conocidos como *bucelarios*, séquitos armados al servicio privado de hombres como, por ejemplo, Estilicón. Los bucelarios basaban su utilidad en su destreza militar y su fidelidad a un señor. Dentro de la tradición guerrera germánica, las clientelas de hombres armados se remontan en su origen al *comitatus* citado por el cronista Tácito, en el cual se vinculaban hombres libres con el servicio a aristócratas. Sobre la figura del bucelario, la profesora Jiménez Garnica señala lo siguiente:

Bucellarius, nombre que se empleaba entre los godos y los romanos en tiempos de Honorio [...] como tropas de élite cuyo mantenimiento no dependía de las raciones comunes, porque recibían las *buccellae*, una especie de pan seco, y comían en la misma mesa que su señor, lo que les permitía estar en contacto directo con él. A los que tenían mayor rango Olimpiodoro los llama *doriforoi*, es decir, los que portan una lanza. Cuando los godos entraron a servir en el ejército romano, si un jefe de comitiva era nombrado general, sus bucelarios le acompañaban y, lógicamente, era la unidad con la que el nuevo comandante estaba más unido, lo que redundaba negativamente en la moral del resto de soldados que se veían pospuestos.

Por consiguiente, los bucelarios debían lealtad a su señor, fuese romano o fuese germano, no al Estado, y su manutención no dependía del Gobierno imperial y sí del señor o general de turno. En el caso romano, el origen de sus bucelarios podía ser muy diverso y así encontramos godos, alanos, hunos, etc. Evidentemente, a mayor riqueza y mejor posición sociopolítica del general o del señor, mayor era el número de bucelarios que podía moverse entre lo que sería una guardia personal y un auténtico ejército privado.

A tenor de las circunstancias expuestas inferimos que resulta entendible la preponderancia de las tropas bárbaras en detrimento de las romanas y que los datos ofrecidos por la *Notitia Dignitatum* pueden estar magnificados o simplemente corresponder a datos teóricos alejados de la auténtica realidad castrense imperial. Partiendo de esta base es más fácil entender las palabras del escritor tardorromano Vegetio, quien escribió el tratado sobre cuestiones militares *De Re Militari*, y sus referencias sobre la vieja y gloriosa legión romana, de la cual dice que solo quedaba su nombre y añade en su análisis del ejército que la mejor

manera de conseguir un ascenso ya no era ni realizando una hazaña militar ni sirviendo muchos años, sino a través de favores e intereses.

En cuanto al armamento y las formas de combate del ejército romano del siglo v, más allá de las calamitosas imágenes que nos ofrecen los cronistas Amiano Marcelino y Vegetio, el Estado romano, a pesar de la crisis política y económica que atravesaba, procuraba el equipamiento de su ejército. Las fábricas imperiales proporcionaban las armas a los soldados romanos, y a estas igualmente tuvieron acceso muchos bárbaros cuando pasaron a formar parte de la hueste imperial o cuando algún pueblo como los godos de Alarico atacó el territorio romano, saqueando las fábricas para conseguir una buena cantidad de armamento tardorromano de elevada calidad. En cuanto al armamento ofensivo, la infantería pesada optaba por el uso de *spathae* (espadas largas), espadas cortas, lanzas, jabalinas y un tipo de dardo conocido como *plumbata* que se guardaba en la parte interior del escudo y resultaba muy útil en el combate a media distancia. En lo que concierne al armamento defensivo, utilizaban los distintos tipos de armadura: cota de malla, armadura laminar o de escamas, corazas, etc., y grandes escudos redondos u ovalados. Para el combate a larga distancia existían unidades de arqueros. Los miembros de la caballería, que fueron ganando en importancia a medida que avanzaba el siglo v debido en gran parte a que un número importante de bárbaros enrolados en el ejército imperial eran jinetes, estaban equipados con potentes armaduras, sobre todo cotas de malla o armaduras laminares, espadas largas, lanzas y arcos. Aquí encajan los anteriormente citados *cataphractii* y *clibanarii* que ganaron en protagonismo durante este periodo.

Las formaciones de combate y las tácticas vienen descritas por Vegetio. La infantería se colocaría en línea, escudo con escudo y cerrando filas, teniendo a cada lado tropas de caballería. La caballería pesada permanecería junto a la infantería mientras que la caballería ligera, aprovechando sus arcos, atacaría a distancia y buscaría el desorden del enemigo. La formación en cuña por parte de la infantería o las acciones de la caballería para rodear al enemigo estaban a la orden del día. Vegetio y Amiano Marcelino dan mucha importancia a la presencia de tropas de reserva para refrescar o auxiliar en pleno combate, porque pueden determinar el signo de la batalla. Se suele considerar que en este periodo el peso defensivo recaía sobre la infantería y el ofensivo sobre la caballería. Sin embargo el lector debe tener en cuenta que nos encontramos en una época en la cual no abundan las grandes batallas a campo abierto, puesto que estas ocasionaban un número de bajas difícilmente asumible por cualquiera de los dos contendientes y resultaban preferibles las operaciones de hostigamiento y escaramuzas, en definitiva, un tipo de guerra más ligera. Como muy bien apunta

el investigador Simon MacDowall, esta circunstancia favorecía las acciones de los bucelarios o séquitos armados, dada su rápida maniobrabilidad, y en el caso de necesitar un mayor número de soldados se recurría a la contratación de federados.

Dada la coyuntura político-militar que atravesó el Imperio Romano de Occidente, el Imperio de Oriente no sufrió tantos problemas internos y las invasiones bárbaras no afectaron de la misma manera a su territorio.

2. LA FRÍA NAVIDAD DEL AÑO 406. LOS BÁRBAROS PENETRAN EN EL CORAZÓN DEL IMPERIO

Antes de que distintos grupos de bárbaros cruzasen el Rin en el año 406, muchos de ellos ya habían penetrado profundamente en las entrañas del Imperio romano y formaban parte del mismo en una unión indisoluble hasta la deposición del último emperador de Occidente. Esta penetración a la cual nos referimos se dio tanto a nivel social como a nivel del ejército, tal y como hemos señalado. Distintos autores llegan incluso a considerar que a lo largo del siglo IV se produjo una germanización del Imperio Romano de Occidente debido a la presencia de importantes jefes bárbaros en posiciones muy cercanas al emperador, ocupando muchos de ellos puestos muy relevantes de la Administración imperial. Costumbres germanas llegaron al palacio romano y también a la sociedad romana, que veía cómo los jefes bárbaros se instalaban en la corte imperial y en las estructuras aristocráticas mientras campesinos y soldados bárbaros hacían lo propio en posiciones inferiores. A nivel militar, como ya hemos apuntado, desde los tiempos de la presencia de tropas auxiliares de las legiones hasta la llamada *barbarización* del ejército, un número importante de bárbaros estaba plenamente identificado con el Imperio, participaba de su política manteniendo su autonomía o luchaba contra otros pueblos bárbaros para tener un trato de favor por parte de la política imperial. Actuaciones como las de Diocleciano a finales del siglo III y principios del IV o las de Teodosio con los godos, por ejemplo, favorecieron estos hechos y provocaron que a principios del siglo V el antaño glorioso ejército imperial fuese un ejército romano-bárbaro y la vida sociopolítica del Imperio se moviese entre manos romanas y bárbaras.

Los pueblos bárbaros. Causas y características de las invasiones

¿Hablamos de invasión o de migración? Conviene detenernos a analizar esta pregunta, dado que conceptos como *migración*, *invasión* y *acomodación* son profusamente utilizados para tratar esta etapa de la Historia europea. ¿Cuál de los tres términos es el más adecuado? ¿Están los tres de alguna manera unidos? En verdad, debemos quedarnos con los tres, aunque otorgando una especial relevancia al concepto de *invasión*, palabra con claras connotaciones a la violencia militar. No obstante, normalmente el principal interés de los invasores consistía

en buscar un territorio en el cual poder asentarse con cierta seguridad y crear nuevas entidades políticas, herederas del mundo romano pero basadas en su superioridad militar (dada la crisis del Imperio), de modo que invasores e invadidos participasen en el nuevo proyecto político al cual le darán una legitimidad que solía ser de raíz étnica.

Con la muerte de Teodosio desapareció la posibilidad de que el Imperio volviese a estar unido. A lo largo del siglo V la política imperial de Occidente se movió conforme a los intereses de los generales del Imperio y a sus séquitos conformados por bárbaros. La sociedad tardorromana se fue aproximando cada vez más a las nuevas monarquías bárbaras que iban surgiendo dentro de las fronteras imperiales y se iban alejando paulatinamente de la corte imperial de Rávena.

Llegados a este punto debemos preguntarnos qué pueblos conformaron, en términos generales, las invasiones, y así el lector tenga claro en donde se enmarcan alanos, vándalos y suevos, que son los auténticos protagonistas de este libro.

Pueblos de origen no germano

En cuanto a los pueblos de origen no germano, su importancia durante todo este proceso histórico es enorme, puesto que en muchos casos su presión social y militar provocó la migración de otros pueblos de origen germánico, a través del comúnmente conocido como efecto dominó. Estos pueblos provenientes de Oriente tenían unas costumbres opuestas al mundo «civilizado» romano y eran ajenos a la filosofía clásica. La forma de vida nómada, basada en un estado constante de enfrentamiento con otros pueblos, sin la necesidad de adscribirse a un territorio propio al que llamar o considerar patria, marcó su desarrollo histórico como pueblo y sus procesos de etnogénesis vinculados a elementos identitarios, esencialistas y tradicionalistas. Dentro de este grupo de los considerados pueblos bárbaros, pero no germánicos, nos encontramos con los escitas, término que a su vez engloba a infinidad de pueblos y de tribus ubicados originalmente entre los límites de Europa y Asia, cruzando el río Dniéper, en torno al mar Negro y el mar Caspio. Podemos citar a los belcas, que incluían a los calípidas, melanclenos, neuros entre otros, a los amardos o los moscos. La información proporcionada por los cronistas griegos y romanos es muy limitada y se centra en la descripción de sus bárbaras costumbres asociadas a una vida nómada, con gentes en constante movimiento que basaban su sustento en la

ganadería y el pillaje. Según los cronistas clásicos eran pueblos muy violentos y en sus escritos perpetúan mitos como el de las bravas mujeres guerreras de un solo pecho: las amazonas.

Vinculados a los escitas por su posición geográfica y origen iranio están los sármatas y dentro del grupo de los pueblos escitas-sármatas, los taifales, conocidos por sus asentamientos en las Galias y por haber sido tropas federadas del Imperio; y los alanos, quizá los más famosos por sus relaciones y enfrentamientos con el Imperio romano. En el apartado correspondiente profundizaremos acerca del origen, la idiosincrasia, la cultura guerrera y demás cuestiones relacionadas con los alanos, pero es conveniente comentar que en la segunda mitad del siglo IV Amiano Marcelino realizó una exhaustiva descripción de los alanos, que eran una confederación de pueblos esteparios ubicados originalmente al este del río Don, entre los que destacan los yácigos o los roxolanos. Ni alanos ni sármatas, ni ningún otro pueblo de los citados llegó a crear un reino al modo que hicieron los germanos dentro de los límites del Imperio romano.

En esta clasificación de pueblos bárbaros de origen no germano debemos resaltar por su trascendencia histórica a los hunos. La relación entre los romanos y los hunos es la más tardía de entre los pueblos de origen oriental, pero también es la más conocida por el común de los lectores y la que más mitología ha generado.

El origen de los hunos ofrece muchas dudas al historiador. Algunos especialistas los posicionan cerca de godos y alanos más allá del Cáucaso; otros, en cambio, llevan su punto de origen hasta el corazón de Asia. La irrupción de los hunos en la historia de Occidente es semejante a la aparición de un potente tornado que va arrasando o sometiendo todo a su paso. Los primeros contactos entre el Imperio y los hunos llegaron en el siglo IV cuando los segundos ya tenían bajo su tributo a varios pueblos germanos, por ejemplo, la rama oriental de los godos, los ostrogodos y esteparios. La presión que los hunos ejercieron sobre otros pueblos, véase los visigodos, provocó el efecto dominó que llevó a muchos de ellos a cruzar el *limes* buscando la seguridad de los territorios imperiales y condicionando la posterior caída del Imperio Romano de Occidente. Las relaciones entre romanos y hunos fueron cambiantes a lo largo de los siglos IV y V. Fluctuaron entre la alianza frente a otros pueblos bárbaros, como los godos, la participación de los hunos en las disputas internas entre el Imperio Romano de Occidente y el de Oriente o la rivalidad más absoluta entre ambos bandos. Amiano Marcelino ofrece una seguramente exagerada descripción de los hunos como rudas bestias que han basado su fortaleza en afrontar los rigores del clima frío, el hambre y la sed. El historiador romano dice que no eran altos, pero

sí corpulentos, practicantes de la deformación craneal y las marcas en el rostro y carecían de un rasgo característico de los germanos: la barba. Su alimentación se basaba en una especie de cecina o de tasajo que guardaban bajo su silla de montar. El modo de vida nómada y su tradición ecuestre guerrera los había convertido en excelentes jinetes y en diestros arqueros a caballo. Este modo de vida propició que prefiriesen vivir en tiendas, a no ser muy dados a vestir otros ropajes salvo los que siempre llevaban puestos y a no ser proclives a la higiene, aunque insistimos que cuestiones de este tipo probablemente estén exageradas por los cronistas romanos. De las descripciones que ofrecen las fuentes antiguas deducimos que la más valiosa posesión para los hunos eran sus caballos. En cuanto a su organización sociopolítica, estos fueron evolucionando desde la asamblea de guerreros al control del poder por parte de una potente aristocracia para más tarde regirse por una monarquía. Uldis es considerado el creador de la monarquía hunica y uno de sus primeros reyes. Los hunos llegaron a tener un estado propio en la zona de Panonia con un funcionamiento acorde a la Tardoantigüedad. En esta evolución sociopolítica, la aristocracia guerrera fue acaparando cada vez más poder y se desarrolló una profunda estratificación social entre los sustentadores del poder y los pueblos sometidos junto a los campesinos y ganaderos de origen huno. A pesar de su superioridad militar, los hunos acabaron siendo fuertemente influenciados por pueblos sometidos de origen estepario, por los persas y por los romanos. El mundo religioso huno se basaba en creencias vinculadas a la hechicería.

En algunos momentos de este libro volveremos a referirnos a los hunos a propósito de cuestiones militares que marcaron la geopolítica del Imperio Romano de Occidente a mediados del siglo V.

Antes de cerrar la descripción de los hunos, y para entender la visión que se tenía de ellos en la época, recogemos las palabras que les dedica el cronista godo Jordanes en su obra *Getica*, comúnmente conocida como *Origen y gestas de los godos*:

Filimer, rey de los godos e hijo de Gadarico el Grande [...] encontró entre su pueblo a ciertas hechiceras a las que llamó en la lengua de sus padres *haliarunas*. Como no le inspiraron confianza, mandó expulsarlas de entre los suyos y, después de que el ejército las hiciera huir bien lejos, las obligó a andar errabundas por una zona despoblada. Cuando las vieron los espíritus inmundos que erraban por el desierto se echaron en sus brazos y tras copular con ellas engendraron esta raza ferocísima que al principio vivió entre pantanos, minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se parecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano. Así que esta era la estirpe de la que procedían los hunos que llegaron a las tierras de los godos.

El grueso de las llamadas invasiones bárbaras estaba compuesto por pueblos de origen germano. Los geógrafos griegos citan a algunos de estos pueblos, pero no será hasta el siglo I d. C., una vez conquistada la Galia por parte de Roma, cuando tengamos una información más extensa y fiable. Ello se debe especialmente a Tácito y su famosa obra *Germania*. Por supuesto, muchos de los pueblos nombrados por Tácito habían desaparecido durante el periodo de las grandes invasiones del siglo V, y para llenar esta laguna informativa contamos con autores más tardíos que el propio Tácito u otros posteriores a las invasiones que nos ofrecen un testimonio más cercano. Además, los pueblos germanos habían ido evolucionando a nivel sociopolítico desde las descripciones registradas por Tácito, y autores como Amiano Marcelino, Procopio y Jordanes nos permiten ahondar en la idiosincrasia de los germanos y conocer así de una manera más clara esta etapa de nuestra historia.

Dada la gran cantidad de pueblos germanos, se ha intentado clasificarlos atendiendo a las características lingüísticas, a través de la cultura material o por su origen geográfico. Así, podemos hablar de los germanos orientales, entre los que tenemos que incluir a los godos cuyos orígenes estarían en el sur de la actual Suecia. Los procesos de etnogénesis, al igual que los procesos migratorios de los godos, son extensos a la par que complejos, por lo que recomendamos al lector interesado en ampliar esta información que acuda a la bibliografía, en concreto, a los sobresalientes trabajos del profesor austriaco H. Wolfram. La ubicación originaria de los godos en tierras suecas obedece, entre otras razones, a topónimos como Gotland, Västra Götaland y Östergötland, también a la información ofrecida por fuentes antiguas como los escritos de Jordanes. En el siglo I d. C. se produjo el primer proceso de etnogénesis de los godos ya en el norte de Polonia alrededor del río Vístula. Este grupo poblacional era nombrado por los geógrafos clásicos como los gutones y quedan identificados arqueológicamente en la cultura de Wielbark. Una nueva migración más compleja y extensa, tanto en lo geográfico como en lo cronológico, llevó a los godos a su segundo proceso de etnogénesis. Dicho proceso, que tuvo distintas fases, arrancó a mediados del siglo II d.C. y trasladó a los gutones hasta el mar Negro. A la par que se iba desarrollando la migración se produjo el contacto y la absorción de otros grupos étnicos de origen germánico, como hérulos o vándalos, junto a grupos de origen estepario-iranio como los sármatas. Por ende, estamos ante un grupo poliétnico al cual identificamos con el nombre de godos. Esta estancia en las llanuras escíticas, entre los ríos Don y Danubio, fue determinante para los godos a causa de un hecho que ha remarcado el profesor García Moreno y que caracterizó la etnogénesis gótica; nos referimos a la «profunda sarmatización del elemento germano godo». Esta circunstancia resulta

obvia en lo que se refiere al mundo militar godo. La importancia de la caballería, en especial la pesada, la destreza con el arco o algunas de las formas de combatir de los godos quedaron marcadas por el contacto con sármatas y alanos durante este periodo. En el siglo III en torno al mar Negro, surgió un reino godo-escita unificado que presionó militarmente las fronteras imperiales hasta el último tercio de dicho siglo y que a nivel arqueológico queda identificado con el nombre de cultura de Cernjachov. Las derrotas que sufrieron los godos a manos de los emperadores Claudio el Gótico y Aureliano entre los años 268 y 275 provocarían la división del pueblo godo en dos grandes grupos. Uno de ellos se ubicó al este del río Dniéster, los conocidos como greutungos u ostrogodos, que se gobernaban a través de una monarquía que acabó siendo monopolizada por el mítico clan de los Amalos. Los miembros del grupo más cercano al Danubio tienen el nombre de tervingios o visigodos y se regían por distintas familias aristocráticas entre las que destacó el clan de los Baltos. El grupo tervingio-visigodo, dada su posición geográfica, recibió a otros grupos étnicos, profundizando así en su carácter multiétnico. Alguno de los grandes especialistas habla de este grupo tervingio-visigodo como de una «confederación de pueblos» alrededor de un núcleo aglutinador. Junto al contacto con otros grupos étnicos, los visigodos tuvieron una intensa relación con el ámbito imperial y quedaron imbuidos de la cultura romana, lo que facilitó su conversión al cristianismo en el último tercio del siglo IV. Como más arriba señalamos, la llegada de las hordas hunas provocó que los visigodos cruzasen las fronteras imperiales en busca de una mayor seguridad ante la agresión hunica y los ostrogodos, que fueron derrotados por los hunos, permanecieron subyugados a nivel político hasta mediados del siglo V.

Aunque los vándalos figuran como vinculados a los godos en la clasificación de los pueblos germanos que participaron en lo que la historiografía alemana llama «Die Völkerwanderung» —es decir, la Europa que vivió las migraciones de los bárbaros en el contexto de las invasiones germanas que asolaron el Imperio romano—, no vamos a dar más información de ellos en este apartado, puesto que se les dedicará más adelante un extenso capítulo en el que hablaremos de sus orígenes, migración, división, etc. Sí es necesario señalar que los germanos orientales, tal y como escribe Tácito en su obra *Germania*, poseían ya desde principios del siglo II d. C. unas estructuras de gobierno de corte monárquico más rígidas que las de otros pueblos germanos. Así, los germanos orientales fueron desarrollando monarquías militares y aristocracias guerreras que basaban su dominio en poderosos séquitos armados y que poco a poco fueron adquiriendo una importante relevancia económica e ideológica sobre el resto.

Dentro de los germanos occidentales podemos citar a varios pueblos que contaban con unas estructuras sociopolíticas más arcaicas que las de los germanos orientales, pero evolucionaron hacia unas fuertes monarquías y grupos nobiliarios de corte militar que del mismo modo utilizaron potentes séquitos armados. Aquí debemos situar a los alamanes, quienes surgieron de una liga conformada por pequeños grupos étnicos próximos al Elba y cuyo nombre significa «todos los hombres juntos». La confederación de alamanes vino a dar respuesta a la necesidad de unión de determinados conjuntos étnicos ante la presión romana. A partir del siglo III los alamanes pasaron a estar ubicados en torno a la región del Main hasta el río Elba y guerrearon a lo largo de este siglo y del IV con el Imperio romano, además de rivalizar con otros pueblos, como francos o burgundios, por la posesión de extensos territorios entre las actuales Francia y Alemania.

Los orígenes de los suevos, «los que pertenecen a la misma raza», se remontan la unión de distintos grupos étnicos del este y del norte: semnones, cuados, marcomanos (estos dos últimos fueron influidos culturalmente a lo largo de los siglos III y IV por los vándalos y se caracterizaban, siguiendo la tónica habitual, por potentes aristocracias y clientelas militares) y su ubicación se encontraba entre el Danubio y el Elba. Debido a su origen multiétnico, los suevos experimentaron una profunda etnogénesis, lo que los condenó a largos procesos migratorios.

Otro de los grandes pueblos a reseñar son los francos, nombre que significa «hombres con coraje» u «hombres libres». Estaríamos nuevamente ante una liga de pueblos surgida, quizá, por la presión de las acciones de rapiña de los sajones. Sus orígenes son un tanto confusos, pero se convirtieron en uno de los pueblos germanos más importantes y relevantes de la Tardoantigüedad. En el siglo III se separaron de los sajones buscando ocupar nuevos territorios y continuar con sus acciones de piratería. Esta división marcó la rivalidad histórica entre sajones y francos.

Como sucede con los godos, pueden distinguirse dos grandes grupos de francos. Por un lado, los salios, situados en Bélgica, y por otro, los ripuarios, ubicados a la derecha del Rin medio y bajo. Desde el siglo III atacaron las fronteras imperiales, y las urbes alemanas próximas al río sufrieron las acometidas francas. Sin embargo, no todo fue hostilidad frente a los romanos, el mundo militar franco también participó como tropas federadas al servicio del Imperio, teniendo incluso alguno de ellos una prestigiosa carrera dentro de la estructura militar imperial. Amiano Marcelino recuerda la destacada posición de muchos francos en puestos de mando del Ejército imperial. Así, a mediados del siglo IV era normal que hubiese francos al servicio de Roma luchando contra las

incursiones de otros francos. El profesor Thomas S. Burns dice:

El caso de Malobaudes [...]. Tras haber hecho carrera en el ejército romano, se retiró, volvió a su tierra natal y se erigió en rey de los francos (350-380), pero un tiempo más tarde apareció de nuevo en el Imperio, a la cabeza de la guardia del palacio imperial.

A diferencia de otros germanos, los francos conservaron más tiempo su religión pagana y muchas de sus costumbres ancestrales y bárbaras para el ojo romano. Sus estructuras políticas y militares eran menos rígidas y estaban menos romanizadas que las del resto de los germanos, y «esa reserva de barbarie» y «sus raíces germánicas», como muy bien ha señalado el profesor Besga Marroquín, junto a la paulatina influencia romana fueron claves para su desarrollo como grupo étnico y su posterior éxito político. Durante el siglo V los francos tuvieron distintos reyezuelos hasta la llegada de Clodoveo en el año 481. El merovingio Clodoveo monopolizará el poder político, militar e ideológico de todos los francos y llevará a cabo una amplia expansión desde las originarias fronteras francas.

Entre los germanos del mar del Norte encontramos a los longobardos, que procedían de la península de Jutlandia y se asentaron al sur del curso del río Elba hasta su migración de principios del siglo V. Más al norte de los longobardos se situaban los varnos y los anglos. Un grupo de estos últimos emigró hasta la actual Inglaterra y otros avanzaron hasta el Elba a comienzos del siglo V, vinculándose con los turingios. Tribus como las de los hermundurios y los jutungos se fusionaron en procesos de etnogénesis en el siglo III, y otros pueblos nórdicos como los sajones fueron derrotando y absorbiendo a diversos grupos étnicos. Los sajones actuaron entre los ríos Elba y Ems y su poderío se basaba en una potente flota que realizaba importantes y devastadoras incursiones piráticas.

Los burgundios, por su parte, provenían de Escandinavia y su confederación es más tardía, puesto que Tácito no los cita en su *Germania*, al menos de manera directa. Algunas fuentes llegan a emparentarlos con los vándalos. Su proceso migratorio les llevó hasta el alto Main para actuar en el siglo III conjuntamente con alamanes y un grupo de vándalos frente a Roma. Durante el siglo siguiente continuaron las hostilidades frente a los romanos, pero también contra otros pueblos germanos.

Existieron más pueblos germanos, como los rugios o los bávaros, pero por tener muy pocos datos sobre los mismos o por que su participación en las invasiones fue totalmente secundaria, no nos detendremos en ellos.

Las ligas de germanos surgieron por un interés militar y, por consiguiente, económico. Bandas guerreras que contaban con pequeños elementos identitarios y esencialistas, pero que al unirse con otras encontrarían su razón de ser en los

ataques a otros pueblos o sobre las fronteras romanas, que en el siglo III soportaban una profunda crisis militar. Este siglo fue determinante en muchos de los procesos de etnogénesis, y tras la conformación de algunas ligas o confederaciones, grupos de germanos occidentales llegaron hasta el sur del Imperio presentándose en tierras mediterráneas en busca de botín.

Por último, ya hemos apuntado que en el Bajo Imperio se produjo una *barbarización/germanización* del estamento militar imperial por la influencia de estos pueblos; a su vez también hemos incidido en cómo los pueblos germanos se influían unos a otros marcando así las respectivas etnogénesis. No obstante, si bien son importantes la barbarización del ejército romano y el flujo de influencias entre los propios germanos, la romanización fue el proceso que en mayor grado marcó las relaciones entre romanos y germanos, además alcanzó a todos los pueblos germanos.

Las causas de la penetración de los bárbaros y las características de estas invasiones de finales del siglo IV y principios del siglo V han provocado un enconado debate historiográfico. Lógicamente, dichos procesos históricos no surgieron por generación espontánea. Prácticamente desde los primeros siglos del Imperio, hubo intentos de asaltar las fronteras e invadir el territorio imperial. Mientras que el Imperio romano fue fuerte, el *limes* resistió con altibajos, pero a finales del siglo IV y principios del siglo V la presión de los bárbaros rompió definitivamente las fronteras imperiales y las invasiones bárbaras generaron una nueva realidad geopolítica. No podemos buscar una sola motivación, pues se debe a diversas causas: de índole demográfica, socioeconómicas, climáticas, a expansiones de pueblos que ocasionaron la migración de otros como sucedió con los hunos y, claro está, a la evolución intrínseca de los pueblos germanos al irse constituyendo poco a poco en sociedades jerarquizadas con potentes aristocracias y séquitos armados bajo el prisma de monarquías militares. La etnogénesis que fue configurando las uniones y confederaciones de los distintos grupos germanos tenía su núcleo en la realeza y en grupos asociados que mantenían la esencia del pueblo y las tradiciones de corte identitario. La supervivencia de un núcleo que siempre ostentase el nombre nacional, la conciencia de grupo, las tradiciones y más tarde los símbolos de la monarquía/pueblo eran imprescindibles para que el sentimiento identitario no se perdiese, ya que la importancia de este radica en que llegó a ser el germen ideológico de muchas de las naciones modernas de Europa.

En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor de su jefe. Pero lo infame y deshonesto para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste en defender a aquel, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan

por la victoria; sus compañeros, por el jefe.

(TÁCITO, *Germania*).

Estas cuestiones asociadas a la identidad, la esencia y la tradición de los pueblos/naciones han pasado de forma tangencial o incluso apenas han sido tenidas en cuenta en muchas obras que estudian y divulgan este periodo. No será nuestro caso porque para nosotros son elementos intrínsecos a los procesos históricos. El profesor García Moreno ha estudiado ampliamente en sus trabajos las monarquías militares germánicas, las clientelas armadas y los procesos de etnogénesis. De esta manera, antes de las grandes invasiones los grupos germánicos se regían por lo que en alemán se conoce como *Hausherrschaft* («soberanía señorial»). El territorio pasaba a estar controlado por unos pocos ostentadores del poder y por debajo de ellos había un gran número de hombres semilibres y de esclavos. El vínculo de los semilibres con su señor se basaba en la obediencia al mismo, *Hausherr* («señor de la casa»), y a formar parte de su tropa cuando fuese requerido para el combate. En este tipo de vínculos, pero con mayor libertad entre un señor y un individuo que presta su fuerza para el combate, destaca una forma de dependencia llamada *Gefolge* [1] y que estaría basada en el *comitatus* de Tácito. Ya hemos hablado de los séquitos armados y los lazos de dependencia que se fueron formando a través de ellos. Los séquitos tanto de hombres libres como de hombres semilibres fueron claves en las invasiones bárbaras y ocuparon un papel destacado en la base de las monarquías militares, *Heerkönig* «rey del pueblo en armas». El interés en conseguir una mejor posición económica y un mayor prestigio social y político llevó a muchos señores, junto a sus propios séquitos, a ponerse al servicio de los reyes, lo que fue ampliando los lazos de dependencia y la capacidad militar de estas monarquías, que igualmente se vieron favorecidas tras asentarse en un territorio de antiguo control imperial. La religión y las tradiciones ancestrales de corte épico o heroico tuvieron un importante papel en la preservación de las identidades étnicas y en la preponderancia política de determinadas familias o clanes dentro de las sociedades germanas. Los principales linajes (*Sippen*) gustaban de emparentarse con los viejos dioses de la mitología pagana para reafirmar su condición y servir de elemento aglutinante para sus respectivos pueblos. Tácito recoge cánticos de tradición oral, los *carmina antiqua*, que reafirman dichas cuestiones. Es más, tras la conversión al cristianismo de los pueblos germanos, esta literatura oral pasó en muchos casos a ser escrita recibiendo cuando era necesario un barniz cristiano, y sirvió para legitimar el poder monárquico de determinados reyes al pertenecer estos a dinastías antiquísimas y linajes sagrados.

Desarrollo histórico. Los bárbaros al otro lado del Rin

Retomando el discurso de los hechos históricos, a principios de siglo V el *limes* o frontera del Rin estaba en una situación más que complicada. Los ataques de francos, alamanes y godos habían debilitado en exceso sus defensas y no se encontraban preparados para hacer frente a lo que se les venía encima. La presencia de efectivos era muy escasa a consecuencia de la orden dada por Estilicón para agrupar el mayor número de tropas posibles en la defensa de Italia ante los ataques primero de Alarico y después de Radagaiso. La defensa de la frontera renana se reducía únicamente a provinciales y a grupos de francos. A principios del invierno del año 406 el cauce del río Rin se encontraba congelado a la altura de Maguncia, y aprovechando dicha coyuntura, el 31 de diciembre una confederación o grupo muy heterogéneo de bárbaros cruzó el río y se adentró en el corazón de las Galias. Suevos, vándalos (asdingos y silingos), alanos, pero también burgundios, sármatas, gépidos, panonios atravesaron una de las arterias de la vieja Europa en tal cantidad que nadie pudo detener su invasión. Urbes como Maguncia o Estrasburgo fueron de las primeras en sufrir las consecuencias de sus peripecias provocando que el prefecto de las Galias optase por abandonar la estratégica ciudad de Tréveris al no poder hacer frente a la situación. A estos bárbaros también hay que añadir sajones y hérulos que aprovecharían la invasión para realizar ataques sobre posesiones imperiales. El avance de este amplio y heterogéneo contingente de bárbaros obedecería a la tan citada presión hunica sobre otros pueblos, que motivó lo que el profesor García Moreno define como «un vastísimo plan de inmigración al interior de las fronteras del Imperio hacia el 405-406». El propio García Moreno cita como cabecillas de los bárbaros que se encaminaban hacia el helado Rin al rey alano Respendial y al monarca vándalo asdingo Godegiselo, quien murió antes de cruzar el gran río y fue sucedido por su hijo Gunterico. Contamos con una carta escrita por uno de los padres de la Iglesia, san Jerónimo, en la cual se describe la invasión bárbara y el clima que se generó en el corazón del Imperio Romano de Occidente:

Pueblos innumerables y de una extrema ferocidad han ocupado las Galias. Todo lo que está entre los Alpes y Pirineos, lo comprendido entre el océano y el Rin lo han devastado [...]. Maguncia, antigua ilustre ciudad, ha sido tomada y destruida; en la iglesia muchos millares de personas han sido masacradas.

San Jerónimo continúa su carta detallando el sufrimiento de distintas ciudades francesas, belgas y alemanas y cómo gran parte de las provincias galas se encuentran en un ambiente cuasi apocalíptico. En esta carta el santo también menciona a Hispania:

Las Hispanias, donde el peligro es eminente, tiemblan todos los días con el recuerdo de la invasión de los cimbrios y lo que otros han sufrido de una vez, sufren constantemente ellas con paciencia.

Los «romano-francos» dieron muestras de una gran heroicidad intentando contener a las hordas bárbaras a pesar de estar en amplia inferioridad numérica. Aun así, las huestes bárbaras, tal y como describe san Jerónimo, prosiguieron su avance por el territorio galo. El Gobierno del Imperio Romano de Occidente no actuó de forma contundente como debió ser menester y Estilicón no envió tropas para socorrer las ciudades fronterizas quedando estas a su suerte. Bien es cierto que Estilicón no dio importancia a la invasión bárbara, quizá por estar centrado en sus intereses en Oriente. Por su parte, el emperador occidental Honorio tenía esperanzas de poder utilizar a los godos de Alarico establecidos en Panonia en caso de ser necesario, pero cuando Alarico reclamó 4.000 libras de oro como pago por no volver a invadir la península Itálica, la relación entre romanos y godos volvió a ser tensa. Estilicón sabía de la importancia de disponer de los guerreros de Alarico en caso de necesidad de defender Italia o de proteger sus intereses políticos frente al Imperio Romano de Oriente, por lo que trabajó para que el emperador Honorio y el senado romano pagasen la cantidad solicitada por el jefe godo.

El panorama descrito vislumbra que la situación política del Imperio Romano de Occidente era muy delicada y a esto se le vino a sumar la proclamación como emperador de un militar en Britania que pasará a ser nombrado como Constantino III. Si analizamos los hechos, esta acción corresponde a un proceso lógico. Desde los primeros años del siglo V la isla de Gran Bretaña había sido dejada de lado por parte del Gobierno imperial. Estilicón había ordenado la salida de un amplio número de tropas de la isla para atender cuestiones militares en el continente. Esta decisión supuso que la aristocracia britano-romana y las guarniciones que quedaban en Gran Bretaña buscasen que algún personaje destacado de su territorio se convirtiese en emperador. El objetivo de esta acción era propiciar que su territorio no permaneciese aislado del resto del Imperio, y poder así defenderse de las incursiones de los piratas bárbaros que asolaban sus costas. Por este motivo, los primeros que usurparon el trono gracias al apoyo del ejército fueron dos personajes pertenecientes al ámbito militar britano y a la aristocracia de la isla, Marco y Graciano, aunque rápidamente fueron derrotados.

La usurpación de Constantino III sí tuvo el éxito del que carecieron las dos intentonas precedentes, además el militar britano había aprendido de los errores cometidos por Marco y Graciano. Constantino no tenía un gran pasado militar como había sucedido en otros casos de usurpación, pero sus seguidores vieron en él y en su nombre la luz que necesitaba Britania y todo el Imperio de Occidente.

Con los soldados que aún permanecían en la actual Gran Bretaña cruzó el canal de la Mancha arribando en la ciudad de Boulogne y, una vez en suelo galo, se granjeó el apoyo de los restos del ejército imperial que subsistía en el territorio invadido meses atrás por suevos, vándalos, alanos y demás pueblos bárbaros. De este modo, el usurpador consiguió un importante refuerzo de tropas *comitatenses* y sumó a su hueste a un número indeterminado de soldados de origen franco, llamados *laeti*, y a grupos de bárbaros de origen diverso. El nuevo emperador no tuvo que enfrentarse al grupo invasor encabezado por vándalos, suevos y alanos, o al menos no existe constancia de ninguna gran batalla. Puede que, tras alguna actuación diplomática, los bárbaros permitiesen al militar romano cruzar la Galia y llevar a cabo su proyecto político. Por ende, si en algún momento se pudiese considerar que Constantino III utilizó la excusa de la presencia de suevos, vándalos y alanos en la Galia como la razón de pisar suelo continental, en ningún caso se aprecia que intentase detener el avance de estos pueblos bárbaros, y sí se constata que focalizó sus fuerzas en el objetivo de avanzar hacia Arlés para asegurarse el control de la Galia con respecto a Honorio y proseguir seguidamente hacia Hispania. En cambio, los bárbaros optaron por avanzar hacia el sudoeste del territorio galo y beneficiarse de las ricas provincias que se extendían hacia los Pirineos. El auténtico y ambicioso propósito de Constantino III era el dominio de Britania, la Galia e Hispania y a partir de ahí negociar con Honorio, quien solo controlaría la península Itálica. Para ello debía marchar rápidamente hacia la capital de la Prefectura de las Galias, Arlés, y desde allí controlar administrativamente sus nuevos dominios. Antes de poder dominar Arlés y preparar el avance hacia Hispania, Constantino III sufrió un revés. El gobierno de Rávena envió un ejército comandado por el general godo Saro para aplastar al usurpador. El ejército del britano estaba comandado por Justino y Nebiogastes, quienes fueron rotundamente derrotados por Saro, entonces Constantino III se vio obligado a refugiarse en la ciudad narbonense de Valence. Cuando la aventura del usurpador parecía que iba a llegar a su fin, los generales Geroncio y Edobico consiguieron que Saro se retirase y volviese a Italia. Sabemos que Edobico era un militar franco y que Geroncio, britano como el usurpador, contaba con una destacada fama como militar. Una vez aseguradas Britania y las Galias, y sabiendo que *a priori* los bárbaros no eran un problema para su proyecto político, el ojo del militar britano pasó a centrarse en Hispania. La decisión de Constantino era de lo más acertada, puesto que ya tenía un frente abierto en Italia y en la *Diocesis Hispaniarum* Honorio contaba con apoyos a través de sus familiares teodosianos. Cuando la frontera del Rin y los pasos de los Alpes fueron asegurados, comenzó la nueva campaña militar. La hueste que iba a entrar en Hispania estuvo comandada por uno de los hijos del usurpador, el joven e

inexperto Constante, quien ya había recibido la dignidad de César. Constante no partió solo, sino que fue acompañado por el mejor general del cual podía disponer su padre, el nombrado Geroncio.

Honorio y Estilicón no podían hacer frente a la situación y el legítimo emperador de Occidente decidió dejar de apoyar las pretensiones de Estilicón en el Ilírico y acercarse políticamente a su hermano Arcadio. Los godos de Alarico fueron licenciados, y Honorio reconoció el control del Ilírico en favor de Oriente. Seguramente la mejor opción era la de enviar a Alarico frente a Constantino III, pero Honorio optó por dejarlo de lado y que el Imperio de Oriente se encargase de los godos. En mayo del año 408 moría el emperador oriental Arcadio siendo nombrado como sucesor su hijo Teodosio II, quien por su edad quedó bajo la tutela del prefecto del pretorio de Oriente, Antemio. Estilicón quiso que Honorio aprovechara la ocasión para que la tutela de Teodosio II recayese en el emperador de Occidente, pero lo que realmente sucedió fue la caída en desgracia del propio Estilicón. Honorio y los opositores al *magister militum* asesinaron a varios hombres de Estilicón y provocaron que otros muchos abandonasen a su líder. Estilicón, buscando un entendimiento con Honorio, marchó hacia Rávena; sin embargo, la reunión no pudo producirse porque fue apresado, juzgado y ejecutado a finales de agosto del año 408 bajo la acusación de traidor. La familia, los amigos y los hombres de confianza del antaño glorioso *magister militum* fueron perseguidos. También sufrió la *damnatio memoriae* quedando su recuerdo condenado para la posteridad.

Mientras tanto la situación en Hispania era muy compleja. El profesor Javier Arce, uno de los grandes especialistas que más profundamente ha estudiado la Hispania del siglo V, llega a hablar de un clima de guerra civil en la diócesis derivada de los partidarios que apoyaban al usurpador frente a la aristocracia teodosiana afecta a su familiar Honorio. Constantino III ya había enviado gobernadores para que sustituyesen a los nombrados por Honorio ante la oposición de la familia del legítimo emperador. Esta aristocracia teodosiana tenía un gran peso en Hispania y una sobresaliente posición económica como demuestran sus posesiones, sus ricas *villae* y su capacidad para poder armar ejércitos privados. Las fuentes nos transmiten que la defensa frente al ejército encabezado por el César Constante recayó en dos hermanos, a la sazón primos de Honorio, Dídimo y Veriniano. Estos levantaron un ejército para que defendiese Hispania de lo que ellos consideraban «bárbaros», es decir, del ejército de Constante y Geroncio, que ciertamente estaba compuesto en gran parte por soldados de origen germano. Frente a esta coyuntura y dada la posición de Dídimo y Veriniano, puede que una parte importante de las menguadas guarniciones que permanecían en Hispania se pasaran a su causa. Por su parte,

Constantino III apostó por sumar a Apollinar, prefecto del pretorio, al ejército de su hijo con el objetivo de que se encargase de los asuntos administrativos y económicos. El grueso del ejército que iba a hacer frente a los invasores se encontraba en Lusitania aunque desconocemos tanto la cantidad de efectivos como la calidad de su armamento, máxime sabiendo que en Hispania no existía ninguna fábrica. No obstante, los hombres de Dídimo y Veriniano cosecharon una primera victoria en las cercanías de Mérida, pero fue más bien testimonial porque posteriormente fueron derrotados por las tropas de Constante y Geroncio. Los hermanos intentaron recomponer su ejército reclutando sobre todo campesinos y esclavos de sus dominios, lo que suponía que un ejército privado no compuesto por soldados regulares debía enfrentarse a un ejército profesional como era el de Constante y Geroncio. A pesar de este hándicap, consiguieron que el ejército invasor tuviera que replegarse hacia los pasos pirenaicos. Allí Constante recibió refuerzos enviados por su padre, lo que le permitió derrotar a Dídimo y Veriniano y finalmente apresarlos. Una vez que el ejército del usurpador hubo derrotado a las fuerzas leales a Honorio, el triunfador Constante marchó hacia Arlés junto a sus dos prisioneros y sus respectivas esposas.

En este año de 409 Dídimo y Veriniano, la última esperanza de la familia teodosiana en Hispania, fueron ejecutados por Constantino III. Otros destacados miembros de la familia de Honorio, como Teodosiolo y Lagodio, decidieron huir de Hispania y refugiarse en Rávena y en Constantinopla respectivamente. La conquista de la *Diocesis Hispaniarum* ordenada por el antiguo militar britano ahora emperador quedó justificada por distintos cronistas contemporáneos al ser un proceso lógico en el proyecto político de Constantino III. El llamado por algunos historiadores actuales como «sueño constantiniano», en referencia a Constantino el Grande, debía incluir a Hispania dado que era un baluarte fundamental a nivel político, estratégico, económico, propagandístico, etc.

Al cargo de la situación en Hispania se había quedado el general Geroncio apoyado por su ejército. El militar britano decidió ubicar su centro de operaciones en Zaragoza. Una decisión bastante lógica la de posicionarse en Zaragoza, porque desde dicha urbe podía atender cualquier asunto en Hispania a través de su red de comunicaciones. Además, se encontraba bien comunicado con Arlés, en caso de tener que reunirse con Constantino III, al disponer de un rápido acceso a los Pirineos por donde ya comenzaban a aproximarse destacados grupos de bárbaros que campaban a sus anchas por Aquitania. El ejército de Geroncio estaba compuesto fundamentalmente por los llamados *honoriaci* u *honoriani*, soldados galos y germanos cuya identificación y origen como tropa queda en duda. La victoria de la hueste de Constantino III no llevó la calma a Hispania. Geroncio aprovechó su posición de poder en la diócesis para que sus

hombres saqueasen a conciencia las antiguas posesiones de la familia de Teodosio y de sus aliados. Estos hechos se desarrollaron particularmente en áreas de Palencia, donde existían importantes y ricas villas. Debemos considerar que los saqueos permitieron cubrir los gastos del ejército comandado por Geroncio. El profesor Arce no está de acuerdo con esta hipótesis y considera que, independientemente de los saqueos, no puede afirmarse que estas posesiones sitas en la meseta norte perteneciesen a la familia teodosiana. El general Geroncio continuó con sus particulares decisiones políticas y dio la cuestionable orden de retirar de los pasos pirenaicos a las guarniciones de *limitanei*, o de tropas rústicas no oficiales que se encargaban de la vigilancia de los pasos, para posicionar a sus *honoriaci* en estas ubicaciones estratégicas.

Es factible que las actuaciones de Geroncio en el año 409 levantasen ampollas en el Gobierno de Constantino III mayormente cuando este había conseguido llegar a un acuerdo con el Gobierno de Rávena para que Honorio reconociese su proclamación imperial. Tal y como dice el profesor Arce:

[...] una embajada llegó a Rávena a comienzos del año 409; en ese mismo año una inscripción griega de Tréveris celebra su consulado conjuntamente con Honorio, y Constantino recibió un manto de púrpura desde Rávena como señal de su reconocimiento y asociación al poder. La primera parte de su sueño «constantiniano» se había cumplido.

Esta cesión de Honorio seguramente obedezca a no querer verse entre dos frentes, ya que los visigodos de Alarico volvían a ser un problema para Italia. El siguiente paso del Gobierno de Arlés estaba claro, sustituir a Geroncio al frente del ejército en Hispania por el general Justo. Empero, Geroncio no estaba dispuesto a ello y una nueva guerra se cernía sobre la península Ibérica. El nuevo rebelde destituyó a Apollinar y su osadía le llevó a nombrar un nuevo Augusto, el militar hispano Máximo, una persona muy cercana a él y, posiblemente, un alto oficial y cliente del propio general britano, además de estar vinculado a la nobleza de la Tarraconense. Los planes de Geroncio marchaban bien, pero sabía que necesitaría un ejército más numeroso para hacer frente a las tropas de Constantino III. Por este motivo, tomó una determinación que marcó la historia de la Tardoantigüedad española: pactó o contrató a los bárbaros que se encontraban al otro lado de los Pirineos. Suevos, vándalos y alanos entrarían en Hispania, con el beneplácito de las tropas de *honoriaci* bajo el mando del general britano, para apoyar a Geroncio y a Máximo frente a cualquier ataque que pudiesen efectuar Constante y Constantino III. Así, a primeros de otoño del año de Nuestro Señor de 409 suevos, vándalos y alanos entraron en Hispania, quizá no tanto como invasores, pero sí como una fuerza mercenaria al servicio de un opositor. A colación de este momento clave para nuestra historia, el profesor

Álvarez Jiménez señala que en el suroeste de la Galia se ha encontrado una concentración de piezas arqueológicas provenientes de un contexto danubiano; entre estos restos destacaría la tumba del guerrero vándalo de Îlot Castelbou, próxima a Toulouse, la cual ha sido identificada por el equipo arqueológico encargado de la investigación como un jinete que debió fallecer de manera violenta. A través de estos restos arqueológicos se confirma lo que apuntan las fuentes documentales cuando hablan de la estancia de suevos, vándalos y alanos en Aquitania y de su paso a la península Ibérica cruzando los pasos pirenaicos después de dos años y medio de travesía por suelo galo.

[1] Un séquito de hombres libres que se unen a un jefe guerrero mediante un juramento de fidelidad y le siguen al combate. Disfrutan de sus victorias y del botín conseguido, pero también comparten los fracasos.

3. SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS EN HISPANIA

«Desparramándose furiosos los bárbaros por las Españas, y encrueleciéndose al igual el azote de la peste, el tiránico exactor roba y el soldado saquea las riquezas y los mantenimientos guardados en las ciudades; reina un hambre tan espantosa que, obligado por ella, el género humano devora carne humana, y hasta las madres matan a sus hijos y cuecen los cuerpos para alimentarse con ellos. Las fieras, aficionadas a los cadáveres de los muertos por la espada, por el hambre y por la peste destrozan hasta a los hombres más fuertes, y cebándose en sus miembros se encarnizan cada vez más para destrucción del género humano».

HIDACIO, *Chronicon*

Con estas tremendas y exageradas palabras (nótese que se llega a hablar de rotundas muestras de canibalismo incluso entre madres e hijos), anuncia el obispo de Aquae Flaviae (actual Chaves), Hidacio, la entrada de suevos, vándalos y alanos a Hispania. Resulta lógico que las líneas del cronista estén teñidos de una alta contaminación prohonoriana y de un profundo sentimiento antibarbárico. Se abría otra etapa para la Hispania tardorromana que veía ante sí un nuevo amanecer, inestable políticamente hablando, pero que una vez transcurrido casi un siglo y medio plantará la semilla de nuestra actual España.

Hispania: un tesoro ambicionado por bárbaros y usurpadores

La entrada, porque ya hemos señalado que no sería en principio una invasión como tal, de suevos, vándalos y alanos se produjo entre finales de septiembre y principios de octubre del año 409. En primer lugar, la penetración de estos tres pueblos bárbaros, de los que se desconoce su número, más que un problema político-militar suponía un importante condicionamiento en lo que se refiere al avituallamiento que podía ofrecer la diócesis. ¿Cómo iban Geroncio y Máximo a mantener a los guerreros bárbaros y a sus respectivas familias? Las ciudades hispánicas no podrían hacer frente a la sobrepoblación que ahora se presentaba. Esta coyuntura abocó a los rebeldes a una única opción si querían mantener a los bárbaros en su bando. Geroncio y Máximo tuvieron que presionar fiscalmente a la población hispánica y permitir a los bárbaros el saqueo de los campos, provocando un clima de tensión y desamparo que acabaría marcando a la sociedad hispanorromana, como demuestran la cita de Hidacio que encabeza este capítulo. En este marco de presión fiscal, confiscaciones y saqueos es donde

debemos encajar las singulares palabras del cronista latino. Por si la presencia de suevos, vándalos y alanos no había conmocionado lo suficiente la vida de la sociedad hispanorromana tras la guerra entre los familiares de Honorio y el ejército de Constantino III, poco tiempo después la entrada de otro ejército encabezado por el general Justo, que buscaba defender los intereses de Constantino III, aumentó un punto más la desazón que la población civil soportaba en la maltrecha *Diocesis Hispaniarum*.

Contamos con una gran laguna de información en lo referente al posible choque entre la tropa de Justo y las fuerzas de Geroncio, Máximo y sus aliados. Es de suponer que el primero sucumbió, máxime si tenemos presente que la rebelión de Geroncio pudo contar con muchas simpatías en la Galia y en Britania, la cual se había visto abandonada por Constantino III al igual que habían hecho muchos otros emperadores.

A mediados del año 410 el Imperio Romano de Occidente contaba con tres focos de poder que competían entre sí por la hegemonía del territorio imperial. Desde Tarraco Geroncio y Máximo, quien ya había acuñado moneda y se presentaba como un restaurador y protector de los valores tradicionales de Roma, controlaban Hispania y comenzaban a mirar hacia más allá de los Pirineos; en Arlés Constantino III y Constante habían quedado en una posición debilitada después de la desertión de Geroncio; y en Italia Honorio tenía que hacer frente al famoso saqueo de Roma protagonizado por los visigodos de Alarico. Sin embargo, en apenas un año este mapa geopolítico iba a cambiar radicalmente. A finales del verano del año 410 Geroncio cruzó los Pirineos y marchó hacia la urbe de Vienne con el fin de derrotar al César Constante y cortar la posible línea de refuerzos nortteños que podría recibir Constantino III en Arlés. El éxito del general britano fue absoluto y Constante fue eliminado. Constantino III venía de una fracasada campaña contra Honorio en Italia, y, viendo la presión que ejercía Geroncio sobre sus dominios, intentó que su general Edobico consiguiese refuerzos bárbaros más allá del antiguo *limes* renano entre las tribus francas y los alamanes. El siguiente objetivo de Geroncio era Arlés, pero en el verano del año 411, cuando el Gobierno de Rávena se había librado del yugo de Alarico y los visigodos, Honorio también envió un ejército comandado en este caso por los generales Constancio y el huno Ulfilas. Constantino III quedó atrapado entre dos fuegos enemigos. Geroncio fue el primero en llegar a la capital de la prefectura de las Galias y en sitiirla. Los refuerzos encabezados por Edobico fueron derrotados y no pudieron salvar de la hecatombe definitiva a Constantino. El ataque a la ciudad no duró mucho tiempo, ya que pronto se presentó el ejército de Honorio y Geroncio optó por retirarse a Hispania. Esta estratégica decisión por parte del general britano no fue del agrado de su hueste,

la cual se amotinó provocando que este partiese rápidamente hacia Tarraco. Para el profesor Arce la presencia del ejército de Rávena fue lo que causó que los hombres de Geroncio desertasen y cambiasen de bando, no la decisión del general. En todo caso, Geroncio sabía que su posición era muy delicada y tomó la determinación de poner fin a su vida de manera heroica. Según las fuentes, uno de los últimos hombres fieles a Geroncio, un guerrero alano, siguiendo la tradición épica de inspiración germana, mató al general britano y a su esposa para suicidarse seguidamente.

Los generales Constancio y Ulfilas continuaron con el asedio hasta que Arlés finalmente capituló. Constantino III intentó refugiarse en el interior de una iglesia para acabar siendo apresado junto a su hijo Juliano. El antaño usurpador y su joven vástago fueron ejecutados antes de llegar a Rávena y sus cabezas expuestas a modo de trofeo y de advertencia por distintos puntos del Imperio. El triunfo en Arlés supuso el golpe definitivo para la debilitada moral de Honorio y catapultó al general Constancio al puesto de *magister militum*.

¿Qué ocurrió con Máximo? La ausencia de Geroncio dejaba herida de muerte la carrera política de Máximo y a su Gobierno al borde del colapso. A mediados del año 411, ya sin la presencia del antaño glorioso general, su títere en forma de Augusto buscó refugio entre los bárbaros en Hispania con los que mantenía el acuerdo original del año 409. Así, las fuentes parecen indicar que Máximo vivió exiliado varios años entre los bárbaros. Retomando el protagonismo de los bárbaros, en estas mismas fechas del 411, tras casi dos años de la llegada de suevos, vándalos y alanos, la presencia de estos tenía visos de ser permanente y estable.

Sobre el asentamiento de estos pueblos en la *Diocesis Hispaniarum* se han escrito decenas de trabajos y estudios. Por ello, vamos a presentar una síntesis que muestre de manera clara al lector cómo fue ese proceso y el posterior reparto del territorio hispánico entre los tres pueblos.

Es complicado establecer el número de bárbaros que se asentaron en la península pues, como parece obvio, la carencia de datos concretos es común denominador en las fuentes escritas y arqueológicas. Aun moviéndonos en unas cifras absolutamente hipotéticas, el número de aproximadamente 150.000 a 200.000 individuos ha sido utilizado por diversos autores, tanto patrios como foráneos, para dar un poco de luz a este punto oscuro de nuestra historia. De estos 200.000 el profesor García Moreno opina que el número máximo de guerreros sería de unos 56.000, cifra nada desdeñable para principios del siglo V, pero muy por debajo de la población hispánica, que según algunas estimaciones podría estar entre los cinco o seis millones en este periodo. El lector debe tener presente que es normal encontrarse con otros datos distintos según la postura

historiográfica del autor. El contingente bárbaro de mayor tamaño sería el conformado por los dos grupos de vándalos con un número algo superior a las 100.000 almas; a continuación vendrían los suevos, y los alanos conformarían el grupo más pequeño. El establecimiento en el territorio se habría efectuado siguiendo la pauta de grupos estructurados aristocráticamente con sus clientelas militares, que pasarían a ocupar grandes propiedades abandonadas. Esta ocupación se realizaría en puntos de interés estratégico o en áreas urbanas, ya que en estos lugares podían ubicarse las tropas y estar prestas para hacer frente de manera efectiva a cualquier ataque interior o exterior. Por ejemplo, es sabido que a lo largo del siglo V los suevos ocuparon ciudades claves como Astorga, Braga o Lugo, y los vándalos, Mérida o Sevilla. Por otro lado, también se discute el *modus vivendi* de los bárbaros una vez establecidos en la *Diocesis Hispaniarum*. Una opción más que probable es que una parte de los mismos trabajase los campos, y los grupos aristocráticos y sus afamadas clientelas de guerreros se beneficiasen de los impuestos pagados por los provinciales.

Anteriormente hemos señalado, siguiendo las palabras del cronista Hidacio, que la entrada de los bárbaros supuso un *shock* para muchos autores latinos, e incluso dos siglos después de los hechos san Isidoro de Sevilla en su *Historia Gothorum, Wandalorum et Suevorum* sigue la misma línea apocalíptica marcada por Hidacio: «Los vándalos, alanos y suevos que ocupan España causan la muerte y la devastación en sus sangrientas correrías, incendian las ciudades y saquean sus bienes hasta agotarlos».

No obstante, y más allá de las exageraciones de las fuentes, debemos profundizar para entender la situación de esta nueva Hispania. Una vez que las correrías de los bárbaros cesaron, Hidacio dice:

Los bárbaros, resueltos, por la misericordia del Señor, a hacer la paz, reparten por la suerte las regiones de las provincias, para establecerse en ellas: los vándalos y los suevos ocupan Gallaecia, situada en la extremidad occidental del mar Océano; los alanos la Lusitania y la Carthaginense, y los vándalos, llamados silingos, la Bética. Los hispanos que sobrevivieron a las plagas en las ciudades y castillos se someten a la dominación de los bárbaros que se enseñoreaban de las provincias.



Localización aproximada de los pueblos bárbaros tras el reparto del año 411.

Analizando este pasaje de Hidacio, descubrimos que los vándalos asdingos ocuparon la parte interior de la Gallaecia, sobre todo la Tierra de Campos, y los suevos la Gallaecia más occidental con urbes sobresalientes como Lugo o Braga. Asimismo, comprobamos que la Lusitania y la Carthaginense cayeron en poder de los alanos, consiguiendo de esta manera la porción de territorio más amplia y finalmente los vándalos silingos obtuvieron la fértil y rica Bética. La provincia de la Tarraconense quedó libre del control de los bárbaros y las provincias de las islas Baleares y la Mauritania Tingitana, a pesar de estar dentro de la *Diocesis Hispaniarum*, también quedaron fuera del reparto.

Para el profesor García Moreno este reparto mediante un sorteo no es ajeno a la tradición germana y debió realizarse sin contar con el beneplácito del legítimo Gobierno imperial, por consiguiente, no sería un *foedus* (un tratado vinculante), pero sí en connivencia con el usurpador Máximo. Del mismo modo, el académico considera que este desproporcionado reparto pudo basarse en las diferentes capacidades militares de cada grupo (los alanos serían la principal potencia militar) y en las necesidades estratégicas en caso de ataque exterior. En cambio, para otros grandes especialistas sí existiría desde un primer momento un claro *foedus*, lo que además les permitiría a los extranjeros, aparte de su asentamiento, recibir víveres y pagos fiscales provenientes de los impuestos a los que tenían que hacer frente los provinciales. Por este motivo, suevos, vándalos y alanos optarían por establecerse en zonas urbanas y trabajarían en la gestión y protección del territorio. También nos encontramos con historiadores que consideran que el reparto se hizo sin tener en cuenta la autoridad romana, ya sea Máximo, ya sea Honorio, y que los bárbaros actuaron unilateralmente sin mediar pacto alguno con los romanos. Para nosotros, esta última opción no sería la más

acertada a tenor de lo expuesto por las fuentes y a causa del respeto que mostraron los bárbaros por la división administrativa romana, excluyendo del reparto a la rica provincia de la Tarraconense que permaneció bajo control directo de Roma.

Con independencia de si el pacto entre los bárbaros y el poder romano se hizo bajo auspicio de Geroncio, de Máximo tras la caída del general britano o directamente con Honorio, después de la huida del usurpador Máximo, el proceso de reparto y distribución no deja de ser cuanto menos interesante, a pesar de no haber quedado recogidas por escrito las condiciones del mismo. Este reparto abrirá en Occidente un escenario inédito en las relaciones entre los invasores bárbaros y Roma en lo que al establecimiento dentro de los límites imperiales de los primeros se refiere y a las necesidades militares del Gobierno de Rávena. Así, nos encontramos dentro de un nuevo escenario político y diplomático en el binomio pueblos bárbaros-Imperio.

Volviendo a las características del reparto y a los pocos datos con los que contamos, si aceptamos la premisa de que el acuerdo se realizó entre los bárbaros y el usurpador Máximo, lógicamente determinados prohombres vinculados al estamento bárbarico tuvieron que ejercer la función de representantes de sus respectivos pueblos. Es aquí cuando emergería la figura del líder o del *rex*, aunque todavía sea un tanto complejo el hecho de hablar de reinos para los nuevos habitantes asentados en la península Ibérica. Tal vez el pueblo de mayor potencial militar pero no por ello el más numeroso, los alanos, estaban encabezados por el rey Addax; los suevos por el rey Hermerico; los vándalos silingos por el rey Fredbal, y, por último, los vándalos asdingos por el rey Gunderico. Los bárbaros sabían de las riquezas y posibilidades que ofrecía Hispania, pero el resultado del reparto denota que, más allá de conocer nominalmente la división en provincias efectuada por los romanos, no estaban al tanto ni de su extensión ni de sus límites. Véase que los alanos, sin tener en cuenta una hipotética superioridad militar, recibieron un territorio muchísimo mayor que el obtenido por asdingos y suevos, de ahí que tras el sistema de *sortes* (a suertes) se generaran tensiones. Como ya hemos vislumbrado, todo parece indicar que el peso del asentamiento de los bárbaros en cada provincia recaía en los propios provinciales, recaudándose el pago en las respectivas provincias a cambio de la defensa militar del territorio. Sin embargo, las fuentes, bien Hidacio o bien Orosio, nos transmiten que a pesar de la carga que suponía este nuevo flujo poblacional, los hispanorromanos encontraron un cierto nivel de paz tras los turbulentos años anteriores. De esta manera, pudo darse un acercamiento entre la población autóctona y los ocupantes bárbaros provocando que muchos hispanorromanos prefirieran quedarse bajo el control bárbaro antes que huir a la

Tarraconense y regresar al yugo imperial. Las diferencias entre bárbaros e hispanorromanos eran más que palpables, pero las posibilidades que ofrecían los nuevos dominadores resultaban más atractivas que la vieja corrupción del Bajo Imperio. No debemos considerar que el reparto y el establecimiento, particularmente en las ciudades, fue recibido por la sociedad hispanorromana como una panacea frente a las corruptelas y usurpaciones del Imperio. Sin embargo, sí se aprecia un cierto nivel de cordialidad entre unos y otros a la hora de coexistir en las provincias. Valgan como muestra estas palabras del autor latino Orosio: «Hay ciudadanos que prefieren soportar libertad con pobreza entre los bárbaros que preocupación con tributos entre los romanos».

El reparto desigual que hemos descrito iba a suscitar diferencias entre los pueblos bárbaros al existir un tremendo desequilibrio entre el número poblacional que conformaba cada pueblo y el territorio que habían recibido a través del sistema de *sortes*. Las provincias controladas por los alanos, Lusitania y Carthaginense, ofrecían ciudades destacadas como la capital Emerita Augusta o Cartago Nova, además de ricas villas, en un amplísimo territorio imposible de abarcar por el único pueblo no germano que entró en el año 409. Los vándalos silingos también salieron bien parados del reparto, puesto que obtuvieron la que para Roma siempre había sido la provincia más fértil de Hispania, la Bética. Suevos y vándalos asdingos tuvieron que conformarse con un limitado territorio en la Gallaecia, que a pesar de contar con algunas urbes importantes y de disponer de una buena conexión marítima, no era ni tan rico ni tan extenso como el conseguido por alanos y silingos respectivamente. El equilibrio al que habían llegado la sociedad hispanorromana y los bárbaros no iba a romperse por las posibles rivalidades entre suevos, vándalos y alanos a causa del reparto desigual o por el control del territorio. Desde Rávena el nuevo *magister militum* y hombre fuerte del Gobierno de Honorio, el general Flavio Constancio, tenía la idea rotunda y clara de recuperar lo perdido ante Constantino III y Geroncio.

Antes de intervenir en Hispania, el Gobierno de Rávena tuvo que hacer frente a una nueva usurpación que amenazaba la reciente reconquista de la Galia. Al norte de la *Diocesis Galliae* la aristocracia desafecta a Honorio nombró emperador a uno de los suyos, Jovino, pues aprovechó que el *magister militum* Constancio se encontraba en Italia atendiendo asuntos políticos con los visigodos, a los que posteriormente regresaremos, que ahora eran liderados por Ataúlfo tras la muerte de Alarico. Siguiendo la tónica marcada por Geroncio y Máximo, Jovino buscó apoyos militares para poder enfrentarse al legítimo emperador. De esta manera, pactó con un grupo de alanos distinto al contingente establecido en Hispania y encabezado por el jefe militar Goar. Además, Jovino también se alió con otros pueblos bárbaros como burgundios, francos y alamanes. En este momento

determinante para el Imperio Romano de Occidente, los visigodos pasarán a ser protagonistas con su nuevo líder y rey, Ataúlfo, y entrarán por primera vez en Hispania. Sabemos que Ataúlfo era cuñado de Alarico y fue llamado por este en el año 409 para que marchase desde Panonia hasta la península Itálica y le ayudase en las campañas contra Honorio. La llegada de Ataúlfo es de una gran importancia porque se presentó en Italia al mando de un imponente contingente de caballería goda de origen greutungo y huno.

Desde el punto de vista militar, este hecho supondría la preponderancia de los jinetes sobre los infantes en el ejército visigodo, una mayor relevancia de la aristocracia y sus redes clientelares y un punto clave en el proceso de etnogénesis de los godos occidentales. Ataúlfo desestimó el plan original de Alarico de cruzar al norte de África y prefirió permanecer en Italia a la espera del desarrollo de los acontecimientos. Los godos de Ataúlfo seguían ansiando lo mismo que les llevó a recorrer gran parte del sur de Europa: un territorio dentro de los límites del Imperio romano al que poder llamar patria y donde construir su propio reino, el *Regnum Gothorum*. Para ello, las relaciones con el emperador de turno eran fundamentales, y, al igual que había hecho Alarico en el año 409 apoyando a un efímero usurpador como fue Átalo frente a Honorio, en esta ocasión Ataúlfo trasladó a su pueblo hasta la Galia para apoyar con su destacado ejército al usurpador Jovino. Sin embargo, el pacto entre ambos se rompió cuando el rey godo propuso al usurpador el nombramiento de un César y Jovino optó por otro, en este caso su hermano Sebastián. Los visigodos abandonaron a Jovino y marcharon a Rávena para ofrecer sus servicios al legítimo emperador Honorio a cambio del trigo necesario para alimentarse.

Rávena aceptó y el rey godo derrotó al también general godo Saro que había partido con sus hombres hacia el Rin para apoyar al nuevo usurpador. La victoria permitió a Ataúlfo recibir un cargo de alto oficial dentro de la estructura militar del Imperio. Bajo la autoridad que le daba el nuevo cargo, el monarca godo capturó a Sebastián y posteriormente derrotó a Jovino para acabar siendo ambos ejecutados en el año 413 por orden del prefecto Dardano. La eficacia militar de Ataúlfo y su ejército había quedado más que manifiesta. Los visigodos pasaron a asentarse en la zona de Burdeos, la Burdigalia romana, bajo el sistema de la *hospitalitas* [1] y esperaban recibir los ansiados víveres gracias a la *annona* [2] que debía llegar desde África. Habiendo sido derrotado Jovino y asentados los visigodos, Honorio y Constancio reorganizaron la prefectura de las Galias la cual llevaba varios años sumida en el terror provocado por la entrada de los bárbaros en el año 406 y las crisis derivadas por las respectivas usurpaciones de Constantino III y de Jovino.

Pronto regresaron los problemas para Honorio. Desde su nuevo asentamiento

aquitano, los visigodos comenzaban a impacientarse porque el suministro de víveres prometidos no llegaba; la razón se encontraba en que en África el *comes Africae* Heracliano a mediados del año 413 se había rebelado y proclamado emperador. Por ende, nos hallamos ante una nueva usurpación a la que el Gobierno de Rávena debía hacer frente. La profesora Jiménez Garnica considera que Ataúlfo no quiso esperar más y se trasladó con sus soldados a la ciudad costera de Marsella para exigir la manutención pactada, sin embargo una vez allí fueron repelidos por las fuerzas romanas. A finales del año 413 las relaciones entre Ataúlfo y Honorio-Constancio estaban rotas, y el rey visigodo buscó presionar al Gobierno de Rávena para conseguir una posición privilegiada que beneficiase a su pueblo. Ataúlfo tomó dos medidas para presionar a Honorio. Al igual que hizo años atrás Alarico, Ataúlfo proclamó emperador al viejo usurpador Átalo y en enero del año 414 el monarca germano contrajo matrimonio en Narbona con la hermana de Honorio, la princesa Gala Placidia, quien permanecía como rehén en poder de los godos desde el saqueo de Roma efectuado por Alarico en el año 410. La descripción de la boda ha quedado registrada por las fuentes clásicas y refleja el sumun de la elegancia romana en su máximo esplendor. Hidacio señala con respecto al casamiento entre Gala Placidia y Ataúlfo que este sigue la profecía de Daniel en la cual se dice que una hija de un rey del Mediodía se uniría a un rey del Norte. En realidad, el auténtico objetivo de Ataúlfo con este matrimonio, seguramente animado por su ya esposa Gala Placidia, era el de mostrar al Gobierno de Rávena la «romanidad» de los bárbaros godos y acercar posturas entre ambos bandos.

Honorio rechazó el matrimonio y exigió la entrega de su hermana. El *magister* Constancio cortó las líneas de suministro de los godos y tras haber derrotado a Heracliano, comenzó a hostigar militarmente a Ataúlfo. El rey germano quedó en una situación comprometida y decidió poner en movimiento a su pueblo hacia el sur. Por el camino los visigodos aprovecharon y fueron saqueando muchas de las más importantes urbes sudgálicas. La presión de Constancio llevó a Ataúlfo a cruzar los Pirineos y establecerse en Barcino. En este año de 414 todas las provincias de la diócesis hispana contaban con una fuerte presencia de bárbaros. A la ubicación descrita antes de suevos, vándalos y alanos, ahora se sumaba la presencia de los visigodos en la Tarraconense, aunque esta se encontraba bajo control romano. En la corte de Ataúlfo en Barcino (Barcelona) se hallaban junto a él su esposa Gala Placidia, el hijo recién nacido de ambos llamado curiosamente Teodosio, el obispo arriano Sigesar, el malogrado usurpador Átalo, los futuros reyes Sigerico y Walia, toda la comitiva gótica asociada al *rex gothorum* y la correspondiente comitiva romana vinculada a Gala Placidia. Por desgracia, la estancia en Barcino estuvo marcada por la sombra. El jovencísimo

Teodosio falleció prematuramente y fue enterrado en Barcelona. Con la desaparición de Teodosio moría la esperanza de Gala Placidia y Ataúlfo de unir un puente con Rávena e incluso con Constantinopla. La muerte de Teodosio no sería la única que viviría la corte visigoda en Barcino; en los últimos días del verano del año 415 el rey visigodo fue asesinado cuando visitaba los establos. El motivo del asesinato parece ser que estuvo en una vieja venganza cometida por un personaje llamado Evervulfo de quien, según el cronista Jordanes, Ataúlfo solía burlarse por su estatura. Hay que tener en cuenta que dentro de la propia corte de Ataúlfo y en determinados sectores de la aristocracia goda no se veía con buenos ojos la postura política que había adoptado el cuñado del gran Alarico. El linaje baltingo al cual pertenecían Alarico y Ataúlfo dio muestras de debilidad y sus opositores dentro de la aristocracia visigoda aprovecharon la coyuntura para elegir como nuevo monarca a Sigerico, a la sazón hermano del fallecido Saro, desplazando tal vez al hermano de Ataúlfo que podría haberse postulado como sucesor y a quien Ataúlfo en su lecho de muerte exhortó a que devolviese a Gala Placidia a Rávena. Sigerico, quien solo estuvo en el trono durante siete días, ordenó una terrible persecución contra la familia de su antecesor manchando su espada con la sangre de cualquier persona vinculada al primer matrimonio de Ataúlfo, es decir, con la hermana de Alarico. La ira de Sigerico parecía no tener fin y humilló a la princesa Gala Placidia exhibiéndola como esclava en su cortejo triunfal por las calles de Barcino.

Al analizar los reinados de Alarico y de Ataúlfo, vemos cómo ninguno de los dos tuvo gran éxito en sus empresas y la elección de un miembro de la facción rival por parte de la nobleza goda podía albergar la esperanza de un giro en el proyecto político de los visigodos. Independientemente de la elección de Sigerico, pronto la monarquía goda volvió a ser propiedad de la dinastía baltinga, ya que una nueva rebelión de nobles provocó la muerte del cruel Sigerico y la llegada al poder de Walia, al que Jordanes se refiere con los siguientes apelativos: «Hombre severo y prudente en demasía». La elección de Walia, como más tarde comprobaremos, fue determinante para la historia de los otros pueblos bárbaros ubicados en la península Ibérica, nuestros verdaderos protagonistas, y decisiva especialmente para vándalos silingos y alanos.

[1] El profesor Arce en su magnífica obra *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A. D.* lo define con las siguientes palabras: «El régimen de *hospitalitas* significaba que el bárbaro recibía dos terceras partes de la tierra cultivable de un territorio romano, la mitad del pasto y bosques».

[2] La *annona* ha sido definida como un órgano o institución que se encargaba del aprovisionamiento de la ciudad de Roma y de sus ejércitos. Al ser el norte de África el granero del Imperio, la *annona* africana era de vital importancia para la subsistencia imperial, y el control del grano africano se convirtió en un bien muypreciado.

4. ALANOS

Tal vez estemos ante el pueblo más enigmático de todos aquellos bárbaros que cruzaron los Pirineos a principios del siglo v. Esta circunstancia se debe a los pocos datos transmitidos por las fuentes documentales y por la arqueología lo que, junto al escaso tiempo de preponderancia que tuvieron en Hispania y a su pronta desaparición como grupo independiente, complica el análisis y el estudio del pueblo alano en la diócesis hispana. La fuente fundamental para conocer la cultura alana es la descripción que realiza en su obra *Historia del Imperio romano* el cronista Amiano Marcelino, además de los datos ofrecidos sobre el desarrollo histórico de la presencia alana en Hispania por parte de Hidacio en su *Chronicon*. En lo que concierne a estudios recientes, nos apoyaremos en los trabajos realizados por los profesores Arce, Sanz Serrano y García Moreno, amén de otros autores, junto al ya clásico trabajo de B. S. Bachrach *A History of the Alans in the West*.

Orígenes, migración e idiosincrasia

En páginas precedentes señalamos que los alanos eran una confederación de pueblos esteparios ubicados originalmente al este del río Don y que no llegaron a constituir un reino al estilo de las monarquías germánicas en el occidente europeo. Debemos incidir en la importancia de los pueblos orientales situados entre Europa y Asia en el desarrollo de las invasiones y migraciones germanas. Estos pueblos, igualmente bárbaros a ojos de cualquier romano por su ubicación geográfica y por sus costumbres, tenían una forma de vida nómada y gustaban de ella. Parece que, por su forma de actuar, a diferencia de lo que ocurre con muchos pueblos germanos, los esteparios no necesitaban un territorio al que adscribirse y al que considerar su patria.

Al compartir un origen idéntico y unas mismas culturas y costumbres resulta en muchos casos complicado estudiar a los distintos pueblos irano-esteparios porque se confunden en las fuentes grecorromanas. Amiano Marcelino describe con las siguientes palabras el origen geográfico de los alanos:

Aumentado el Ister por sus afluentes; atraviesa todo el país de los sármatas, que se extiende hasta el Tanáis, límite natural de Europa y Asia. Al otro lado de este río, en medio de las interminables soledades de la Scythia, habitan los alanos, que toman su nombre de sus montañas, y, como los persas, se han impuesto por las victorias a sus vecinos.

La profesora Sanz Serrano, quien señala que el término *alano* en lengua irania significaba «los vestidos de negro», y el investigador J. Harmatta localizan a los alanos en el siglo I d. C. entre el río Don y el Bósforo, desde donde habrían entablado relaciones durante mucho tiempo con las colonias griegas del mar Negro. Posteriormente a partir de estas posiciones habrían avanzado hacia el río Danubio. En cuanto a su organización, como ya hemos apuntado, eran una gran confederación de pueblos con una estructura tribal y poco dados a la agricultura. Sus principales actividades eran la ganadería, el pastoreo, la caza (la base de su sustento era la carne y la leche) y, por supuesto, la guerra, aunque también se aprovechaban de los recursos de los ricos territorios por los que transitaban, lo que favorecía su modo de vida nómada. A diferencia de las descripciones físicas que se dan de los hunos, se dibuja a los alanos como hombres rubios, altos y bellos, con un aspecto más europeo que iranio, y son considerados más civilizados que los hunos.

Continuando con el proceso de migración, motivado al igual que en el caso de los germanos por el avance del pueblo huno, en los siglos III y IV encontramos a los alanos vinculados a los ostrogodos y a los propios hunos acechando al Imperio Romano de Oriente. A partir de mediados del siglo IV muchos de ellos comenzaron a servir como *foederati* al servicio de los intereses imperiales, como por ejemplo en los ejércitos de Teodosio o de Estilicón. Tras el asalto al *limes* en la Navidad del año 406, no todos los alanos siguieron el mismo destino. Sabemos que un grupo destacado penetró en la península Ibérica a principios del otoño de 409 liderados por el rey Respendial. No obstante, otro grupo de alanos encabezados por Goar, quizá también rey, permaneció en suelo galo y participó activamente en las disputas cotidianas que tenían lugar en la esfera político-militar del Imperio Romano de Occidente. Así, a lo largo del siglo V podemos encontrarnos en la Galia alanos ubicados en distintos puntos geográficos y manteniendo una intensa presencia en la vida política y bélica del Imperio. Desconocemos el número de los que llegaron a la frontera imperial el 31 de diciembre del año 406, pero, por ejemplo, el profesor E. A. Thompson estima que en Hispania pudieron entrar 30.000 individuos que se instalarían tiempo después en la Lusitania y en la Carthaginense.

Para cerrar este primer apartado sobre la migración y la cultura alana, habría que añadir que gracias a Amiano Marcelino sabemos que todos los miembros de la tribu nacían de sangre libre, por lo que no había esclavos alanos. Asimismo, realizaban prácticas mágicas como la adivinación en busca de manifestaciones que les permitiesen intuir si el destino les iba a ser propicio o no. No obstante, y ante todo, la cultura del pueblo alano era la guerra.

Un pueblo guerrero

El goce que los caracteres pacíficos y tranquilos encuentran en el reposo, lo hacen ellos consistir en los peligros y la guerra. Para los alanos el honor supremo es perder la vida en el campo de batalla. Morir de vejez o de accidente es un oprobio para el que no tienen bastantes ultrajes, y matar a un hombre es heroísmo nunca bien celebrado. El trofeo más glorioso es la cabellera del enemigo, sirviendo de adorno al caballo del vencedor.

Con estas épicas palabras explica Amiano Marcelino en su *Historias* el vínculo que tenían los alanos con la cultura guerrera.

Los alanos, de los que san Isidoro de Sevilla dice en la enciclopédica obra las *Etimologías* que «descuellan por sus elevados penachos», eran un pueblo netamente belicoso que hacía del combate una parte inherente de su identidad, esencia y tradición. Tácito deja bien claro que la muerte en batalla es la aspiración suprema para cualquier varón alano y el hecho de no morir luchando suponía un estigma para el individuo. El fallecimiento de un enemigo debe ser motivo de honor y de gloria y de profanar el cuerpo del vencido ofrecía una marca de victoria al triunfador. El espectro guerrero de los alanos poseía un rasgo fundamental y es que iba asociado a la cultura ecuestre. Hemos señalado que la ganadería y el pastoreo formaban parte igualmente de la idiosincrasia y del *modus vivendi* de los alanos, y era el cuidado de los equinos uno de los puntos principales de su día a día. No en vano, de nuevo san Isidoro en las *Etimologías* remarca como sello distintivo de los alanos que «se sienten sin energía cuando no tienen caballos». Los hombres más fuertes del grupo eran criados desde niños en el uso del caballo y el manejo de las armas, haciendo del combate ecuestre un elemento intrínseco a su cultura castrense. Dos elementos significativos de la hueste alana eran el excelente uso del arco y la caballería pesada, en la que los jinetes portaban largas lanzas (*contus*), que sujetaban con dos manos para ganar fuerza en la embestida. Además, utilizaban cascos tipo *spangenhelm*, potentes protecciones corporales y escudos, lo que junto al armamento ofensivo los convertía en guerreros de élite. Jordanes reafirma esta idea cuando escribe sobre el ejército alano: «[vemos] al alano formando su ejército de armadura pesada». De hecho, y como indicamos en páginas precedentes, la importancia de la caballería entre los pueblos esteparios llegó a determinar la evolución identitaria y militar de los godos cuando estos pueblos entraron en contacto en las llanuras de la Escita, como los propios alanos, o los sármatas, de los que san Isidoro de Sevilla escribe en las *Etimologías* que «cabalgaban armados a campo abierto antes de que Léntulo les pusiera como frontera el Danubio; se piensa que de esa inclinación por las armas recibieron el nombre de sármatas». El profesor García Moreno apunta de manera muy acertada que la influencia irania que recibieron los godos a través del influjo alano-sármatas quedó patente en la relevancia de la caballería pesada,

la importancia del arco en el combate, el uso de prendas como el caftán o el gorro iranio y la utilización de carros de gran tamaño para las largas migraciones.

La nobleza alana también dejó huella entre la aristocracia goda al entrar en contacto con las ciudades griegas del Ponto. El investigador Simon MacDowall se ha preguntado cuántos caballos habrían llegado en esa larga migración desde las estepas hasta el corazón de Europa y cuántos habrían aguantado los fríos inviernos del Rin con la escasez de forraje que existiría. Lo cierto es que, tras su entrada y asentamiento en Hispania, dicho problema se habría resuelto en gran parte al ser esta una tierra más fértil y al ofrecérseles la posibilidad de acceder a los equinos existentes en suelo hispano.

La religión y el mundo de la guerra eran elementos vinculados profundamente para los alanos y, a diferencia de otros pueblos bárbaros, permanecieron fieles a su paganismo. Manteniendo la tónica del resto de los pueblos de las estepas, los alanos no levantaban templos, santuarios, ni ningún edificio de corte religioso. Quizá por este motivo apenas contamos con huellas físicas de su presencia en Hispania. Con respecto a los alanos que permanecieron en la Galia, sí se han hallado restos materiales, e incluso toponimia, asociados directamente a este pueblo. Su dios principal, una divinidad guerrera, se asemejaba a Marte. Para adorar a su divinidad suprema, por la que sentían una profunda devoción, preparaban un altar clavando una espada sin vaina en el suelo. A finales del siglo XIX se encontró en la península Ibérica, en concreto en el sur de Portugal, una espada a la que se otorgó una adscripción vándala, aunque según los últimos estudios habría que modificar tal interpretación y situarla en un contexto alano. Nos referimos a la espectacular *spatha* de Beja de la que los arqueólogos López Quiroga y Catalán Ramos señalan que «se trata de una espada de grandes dimensiones, gran calidad y que presenta una decoración muy cuidada [...]. Esas espadas son muy poco frecuentes [...] y debieron pertenecer a personajes de rango elevado». Además, ambos autores remarcan su más que posible vinculación alana y resaltan la importancia de la espada para los alanos en el contexto funerario, ya que representaba la condición guerrera del difunto.

En cuanto a sus gobernantes, ya hemos señalado el nombre de algunos reyes como Goar o Respendial. Amiano Marcelino dice que «eligen por jefes a los guerreros reconocidos como más valientes y diestros», de lo que se deduce que no existía un sistema hereditario a la hora de asumir el gobierno del pueblo alano. Las virtudes que primaban para ser rey eran la destreza en el combate, el liderazgo y el honor, arquetipos todos en su conjunto del héroe en el acervo tradicionalista. De hecho, el último rey que tuvieron los alanos en Hispania, Addax, murió en batalla, como era menester, a manos de las espadas godas.

El final de la presencia alana en la *Diocesis Hispaniarum*, o tal vez sea más correcto hablar del final de los alanos como entidad independiente, no vino de manos suevas o vándalas, ni tampoco a través de los romanos, al menos de manera directa. Los protagonistas de la desgracia alana fueron los visigodos del rey Walia. A principios del año 416 la situación de los godos en Occidente era más que complicada. Tras la inesperada muerte de Ataúlfo y el brevísimo pero turbulento reinado de Sigerico, el soberano Walia se vio presionado y bloqueado por el *magister* Constancio a las puertas de una Hispania infestada de otros pueblos bárbaros y con su propia *gens* o pueblo luchando por apenas subsistir. La primera opción política de Walia fue clara: recuperar la vieja idea de Alarico de cruzar al norte de África, pero en este caso por el estrecho de Gibraltar y aprovechando el conocido como granero del Imperio. Sin embargo, y al igual que le sucedió a Alarico, Walia también fracasó en esta empresa. La posición de Walia se complicaba cada vez más y la necesidad de avituallamiento marcaba el día a día de su pueblo. Tanto es así que los godos se vieron obligados a comprar trigo a los vándalos de la Bética a un precio muy elevado. La única opción para Walia era obvia. A mediados del año 416 comenzaron las negociaciones con Rávena. Sabemos que se firmó un *foedus* entre Walia y el Imperio, que consistía en que los visigodos deberían intervenir en Hispania como federados del Imperio Romano de Occidente y reinstaurar la soberanía del emperador Honorio sometiendo a suevos, vándalos y alanos. Resulta curiosa la elección realizada por Honorio y el patricio Constancio de los visigodos para acabar con los bárbaros asentados en Hispania, teniendo en cuenta que suevos, vándalos y alanos se habían ofrecido militarmente a Honorio para llevar a cabo cualquier campaña, ofrecimiento que había sido rechazado por el emperador. Es factible que Honorio prefiriese que suevos, vándalos y alanos se enfrentasen entre sí debilitándose hasta poder asestarles el golpe definitivo. La apuesta por los visigodos para atacar a los bárbaros de Hispania era una opción claramente geoestratégica que terminó dando buenos resultados a los romanos.

Volviendo a las características del tratado de paz, también se incluía la devolución de la princesa romana y reina goda Gala Placidia, de la que estaba profundamente enamorado el patricio Constancio y con la que más tarde se acabaría casando. Con este acuerdo los godos no iban a lograr un reino, ni territorios, ni ningún título militar para su rey, Honorio simplemente ofreció aprovisionamiento anual: 600.000 raciones de trigo con las que Walia podría alimentar a unas veinte mil personas. Walia no tuvo más remedio que aceptar este desigual acuerdo, dado el momento de debilitamiento que vivía la monarquía gótica y las necesidades de su pueblo. Los visigodos volvían a quedar bajo el mandato de los romanos, sin reino ni territorio al que considerar propios.

Desde Barcino arrancó la campaña militar que iba a acabar con el poder independiente de los alanos en Hispania. No contamos con muchos datos sobre las campañas de Walia, apenas lo que narra Hidacio y alguna referencia más, sin embargo el académico García Moreno ha realizado un magnífico trabajo reconstruyendo la evolución de los combates entre los pueblos bárbaros en Hispania. Así, la acción de los visigodos se centraría contra los bárbaros que se habían asentado en zonas muy romanizadas y donde existían destacados intereses senatoriales y económicos. Los ataques de Walia se focalizaron contra los vándalos silingos ubicados en la rica Bética y contra los alanos asentados, como vimos en el reparto del año 411, en la Lusitania y en la Carthaginense. En este capítulo nos centraremos en el choque contra los alanos y adelante retomaremos la campaña contra los vándalos silingos.

El despliegue logístico de los godos de Walia tuvo que ser excelente, porque las primeras acciones de finales del año 416 y principios del 417 provocaron el repliegue de silingos y alanos hacia el sur. No disponemos de más datos específicos, pero conocemos gracias a Hidacio que los godos llevaron a cabo grandes matanzas entre los bárbaros establecidos en Hispania. El avance de las tropas de Walia replegó a sus rivales hasta prácticamente el estrecho de Gibraltar, donde se libraría la batalla definitiva entre los visigodos y alanos, aunque puede que parte de los silingos también participasen junto a los esteparios. Walia cosechó un triunfo aplastante e Hidacio se refiere a la gesta con estas palabras: «Los alanos, que dominaban a los vándalos y suevos, fueron destrozados de tal suerte por los godos». No fue una victoria épica más de un pueblo bárbaro sobre otro; dadas las características culturales, aristocráticas e identitarias que hemos analizado de los alanos, estos desaparecieron como entidad independiente porque en la batalla pereció su rey Addax y la cohesión política que proporcionaba la figura regia se perdió. Aparte, las bajas entre los alanos tuvieron que ser tan sustanciosas que el reducido número de supervivientes optó por huir a la Gallaecia e integrarse entre los vándalos asdingos, gobernados por el rey Gunderico. «Destruído el reino, los pocos que quedaron, se acogieron a la protección de Gunderico, rey de los vándalos, que residía en Gallaecia», sentencia Hidacio. Este hecho fue aprovechado por el rey Gunderico para tomar el título de *rex vandalorum et alanorum*. El destino de los pocos alanos que sobrevivieron a las campañas de Walia quedó unido para siempre al de los vándalos. Así concluyó la aventura de los alanos en Hispania, mientras que en la Galia a lo largo del siglo V siguieron manteniéndose varios grupos de alanos participando activamente en la vida político-militar de la época, los alanos vinculados a la historia de España no llegaron a disfrutar de su establecimiento como pueblo independiente ni una década.

Pero ¿por qué los romanos utilizaron a los godos para destruir a los alanos y vándalos silingos y no enviaron un ejército propio para restaurar el gobierno de Honorio en Hispania? ¿Dónde estaban las legiones que la *Notitia Dignitatum* situaba en Hispania? Ya hemos visto que antes de la llegada de los bárbaros, los familiares de Honorio en su enfrentamiento contra las fuerzas del usurpador Constantino III no dispusieron de ningún ejército profesional en la península Ibérica. Los soldados profesionales que pudieron utilizar Dídimo y Veriniano provendrían de las guardias o milicias asentadas en puestos fortificados, *castella*, puntos fronterizos, ciudades, etc., y no serían suficientes para hacer frente a varias batallas contra los usurpadores. Por esta razón, los dos hermanos tuvieron que formar un ejército privado compuesto por tropas no profesionales reclutadas entre los hombres de sus dominios. Todo parece indicar que no existía un ejército imperial como tal y que los datos de la *Notitia* para Hispania no son correctos, o simplemente están exagerados. Según esta fuente de principios del siglo V en Hispania habría tropas móviles o *comitatenses* y tropas permanentes o *limitanei*. Así, llega a especificar la existencia de once *auxilia palatina*, cinco legiones y la figura castrense del *comes hispaniae*.

Sobre la existencia de tropas en Hispania o acerca de si las que se ubicaban en las urbes y puntos fortificados constituían un ejército, se ha dado un profundo debate historiográfico. En nuestra opinión, aunque los datos ofrecidos por la *Notitia* no se adecúan a la realidad imperante, no existía una desprotección militar total, puesto que alguien tenía que defender las murallas levantadas en los siglos IV y V, y sí había presencia de soldados en Hispania en los lugares ya señalados. Aunque es razonable pensar que estos soldados constituían un número limitado de tropas porque de haber dispuesto de un gran ejército en Hispania, Honorio habría repelido al ejército de Constantino III y habría evitado la entrada de alanos, vándalos y suevos en el año 409. Además, la vida de muchos de estos soldados no era exclusivamente militar, ya que también eran campesinos por lo que llevaban una vida mixta entre el ámbito militar y el civil. Por ende, y aparte de la circunstancia del soldado-campesino, no podemos afirmar, como sí se ha hecho en otros estudios, que en la *Diocesis Hispaniarum* no había soldados. Con independencia de la utilización de algunos argumentos, como que desde el siglo II d. C. la Legio VII Gemina solo tuviese funciones de defensa desde puntos estratégicos y que simplemente se utilizaba como fuerza represora, o que en Hispania no había ninguna ceca desde el siglo II ni se constata la existencia de fábricas de armamento, insistimos, seguimos considerando que en Hispania había soldados aunque su número y funciones eran muy limitados.

En el año 418 tras la eliminación de los alanos como *gens* independiente, al igual que ocurrió con los vándalos silingos, y exceptuando los territorios

dominados por suevos y vándalos asdingos en la Gallaecia, los romanos habían vuelto a extender sus dominios, gracias a la efectividad de las campañas de Valia, por gran parte de la península Ibérica recuperando territorios tan ricos como las provincias Lusitana o Carthaginense o tan fértiles como la Bética. En este mismo año los visigodos y el Imperio Romano de Occidente firmaron un nuevo *foedus* por el cual los godos quedaban asentados de pleno derecho en Aquitania, pero como una fuerza federada al Imperio para poder ser utilizados militarmente en caso de petición por parte del Gobierno de Rávena. Este asentamiento traerá consigo el nacimiento del Reino Visigodo de Tolosa cuya capital, como su propio nombre indica, estará en la urbe de Toulouse, Tolosa en castellano. A partir de aquí, los visigodos comenzarán a identificarse con un territorio, asentarán su institución monárquica e irán aumentando su autonomía con respecto al poder romano. Más tarde volveremos a encontrarnos a los visigodos en Hispania, penetrando otra vez para combatir contra el resto de los pueblos bárbaros que permanecían en la *Diocesis*, si bien, siempre como federados de Roma hasta la deposición del último emperador de Occidente y la posterior entrada definitiva del pueblo godo que traerá consigo el nacimiento de un nuevo *regnum* para la historia de España.

5. VÁNDALOS

Para analizar la historia del pueblo vándalo seguiremos apoyándonos, entre otros, en los trabajos de los profesores García Moreno, Arce, Jiménez Garnica, Orlandis, Sanz Serrano, Pampliega, etc., que son fundamentales, y además utilizaremos como referentes dos obras de reciente publicación, que consideramos claves para estudiar y dar a conocer la epopeya vándala. Por un lado, el libro del investigador Simon MacDowall titulado *The Vandals*, enmarcado en lo que venimos denominando alta divulgación histórica y con una línea muy centrada en las cuestiones militares; y por otro, el trabajo del profesor David Álvarez Jiménez *El reino pirata de los vándalos*, más enfocado al mundo académico y que se convertirá en una obra de referencia dentro del ámbito universitario y científico. Y como es menester, tampoco olvidaremos los trabajos ya clásicos de la profesora María Elvira Gil Egea.

A diferencia de lo que sucedía con los alanos, en el caso vándalo disponemos de más datos tanto a nivel arqueológico como sobre todo documental, en especial a partir de la etapa «pos Hispania», para reconstruir el pasado de uno de los pueblos bárbaros más interesantes de la Antigüedad Tardía. En lo que concierne a las fuentes antiguas, autores como Tácito, Orosio, Sidonio Apolinar, Jordanes, entre otros, nos serán muy útiles. Aunque más importantes si cabe serán para este libro Hidacio y su tan citado *Chronicon*, san Isidoro y su fundamental *Historia Gothorum, Vandalorum et Sueborum*, imprescindible para bucear en los años que los vándalos estuvieron en Hispania, y finalmente Procopio de Cesarea y su *Historia de las guerras. Libros III-IV. Guerra vándala*, que ofrece datos minuciosos sobre la caída y destrucción del Reino Vándalo en el norte de África.

Orígenes y migración: asdingos y silingos

En las fuentes romanas en Plinio o Tácito, encontramos diversas referencias a los vándalos que han servido para abrir el estudio historiográfico. Sobre su origen se ha debatido mucho, desde posturas clásicas que relacionan su origen con el de los godos en tierras escandinavas hasta posturas que optan por el norte de Polonia. De hecho, en esta fase de origen y primeras evoluciones de los vándalos no podemos considerar a este pueblo, al igual que a ningún otro del conjunto de pueblos bárbaros, un grupo homogéneo a consecuencia de verse inmersos en complejos procesos de etnogénesis hasta prácticamente principios del siglo v. No obstante, y como bien señala el profesor Álvarez Jiménez, los

vándalos, como el resto de los pueblos germanos, poseían desde sus inicios elementos identitarios y tradicionales vinculados a su esencia como pueblo que los distinguían de godos o de suevos, por ejemplo. En la segunda mitad del siglo II d. C., y de la misma manera que sucede con los godos, los vándalos aparecen en la historia romana divididos en dos importantes subgrupos. Por un lado, estaban los silingos que se encontraban al norte de la actual República Checa próximos a los Sudetes y, por otro, los asdingos establecidos en zonas de Dacia y de Panonia, aproximadamente entre lo que hoy son Hungría y Rumanía. Sabemos, pues, que existía una separación geográfica entre ambas subtribus vándalas, pero desconocemos el momento exacto y las causas de esta división. Para el investigador W. Liebeschuetz, los asdingos serían una especie de escisión de raíz guerrera proveniente de los propios silingos en el contexto de las guerras marcománicas, y ambos se consideraban contingentes poblacionales de esencia vándala. A través de Jordanes sabemos, aparte de varios enfrentamientos entre vándalos y godos de los que siempre salían victoriosos los segundos, que el nombre asdingo está relacionado con una dinastía real y que uno de los primeros reyes de los que tenemos constancia, Visimar, pertenecía a la misma: «Su rey Visimar, que procedía del linaje de los asdingos (que es el más poderoso de ellos y que da prueba de que se trata de una raza muy belicosa [...])». Desde la segunda mitad del siglo II d. C. los asdingos tuvieron un mayor contacto con el Imperio romano, actuando ya en determinadas ocasiones como federados. Dando un salto cronológico hasta el siglo IV, en las primeras décadas continuaron estableciéndose unas profundas relaciones entre romanos y asdingos en Panonia, acatando los germanos las leyes imperiales. Por su parte, los silingos se encontraban más distanciados, aunque no por ello puede considerarse que existiesen unas malas relaciones con Roma. El contacto de los vándalos asdingos con la población provincial supuso la absorción por parte de los bárbaros de un grupo de provinciales panonios en su posterior migración al Rin. A finales del siglo IV la necesidad de alimentos, la difícil situación política y militar que atravesaba el Imperio Romano de Occidente y los movimientos migratorios de otros pueblos bárbaros trajeron consigo una cierta inestabilidad entre los grupos que habitaban el Barbaricum, y con ello el hecho de que se fuese perfilando el paso que les llevaría a cruzar la frontera a principios del siglo V. En los años 401 y 402 hubo enfrentamientos entre romanos y vándalos en la provincia de Recia, al sur de la actual Alemania. Estilicón, el *magister militum* de origen vándalo, frenó las acometidas de sus parientes que intentaban beneficiarse de la presión ejercida por los godos de Radagaiso por un lado y por los godos de Alarico por otro, al sur del Imperio Occidental. Antes de cruzar el Rin los asdingos se enfrentaron a los francos, aliados de los romanos, en una cruenta batalla descrita por el

cronista franco Gregorio de Tours, en la que falleció el rey vándalo Godegiselo. La prodigiosa llegada de los alanos salvó a los asdingos de la hecatombe. El trono asdingo pasó a manos del hijo de Godesigelo, Gunderico.

Como señalamos en páginas precedentes el 31 de diciembre del año 406 los vándalos, junto a suevos, alanos y otros pueblos bárbaros cruzaron el *limes* y penetraron de lleno en el Imperio Romano de Occidente. La razón ya fue expuesta en su momento y obedece, básicamente, a la migración hunica y al efecto dominó provocado entre los pueblos bárbaros desde el Danubio al Rin ante la inseguridad y el peligro que suponían los hunos. Los vándalos, al igual que suevos y alanos, buscaban un mejor lugar para vivir con sus familias e independientemente de la situación del Imperio, este ofrecía la seguridad que estos pueblos buscaban.

El largo proceso migratorio que llevó a los vándalos desde el norte de Europa a la Galia a finales del año 406 también sirvió para la absorción de otros contingentes poblacionales, como los nombrados provinciales de Panonia, y para ir configurando la identidad vándala a través de distintas etnogénesis. Como dice el profesor García Moreno: «Dichas etnogénesis se realizarían siguiendo las estructuras y pautas que ofrecían las clientelas aristocráticas y la realeza militar (*Heerkönigtum*)». Los silingos, encabezados por su rey Fredbal, y los asdingos, liderados por su rey Gunderico, del que hablaremos en apartados posteriores, guiaron durante casi tres años a sus respectivos pueblos por suelo galo hasta la entrada en Hispania mediante el pacto descrito con Geroncio en el otoño del año 409. Tras el reparto del año 411 comenzará en la península Ibérica una nueva etapa para los vándalos, quienes llegarán a tener en un breve y determinado momento una cierta relevancia en la *Diocesis Hispaniarum*.

La lucha por el poder en Hispania

En páginas precedentes hemos tratado los sucesos vinculados al reparto y asentamiento de suevos, vándalos y alanos, las relaciones con los provinciales hispanorromanos y los pormenores de la intervención de los federados visigodos a favor del Gobierno de Rávena. Por este motivo, avanzamos justo hasta la entrada del rey godo Walia y retomamos el hilo del discurso histórico en el momento en que las fuerzas godas se enfrentaron a vándalos silingos y a alanos.

Las campañas de los años 416 a 418 tiñeron de sangre bárbara gran parte de Hispania. Recordemos que los vándalos asdingos se habían establecido en la Gallaecia interior y los silingos, en la rica provincia de la Bética, y tal vez esta fue la causa de su perdición. El emperador necesitaba con urgencia no solo reconquistar la Carthaginense y la Lusitania, que estaban en manos alanas (no olvidemos que la capital de la *Diocesis*, Emérita Augusta, se encontraba fuera del

control romano), sino también recuperar el trigo y el aceite producidos por la fértil Bética. El ejército de Walia penetró sin problemas hasta el sur de la península Ibérica donde pudieron tener lugar dos choques contra los silingos. En un primer momento los vándalos sufrirían una severa derrota, pero no total porque conseguirían reunirse con las huestes alanas cerca del estrecho de Gibraltar y librar allí la batalla definitiva frente al enemigo godo. Gracias a Hidacio sabemos que Walia destruyó y casi exterminó a los silingos de la Bética y su rey, Fredbal, a diferencia de lo ocurrido con el soberano alano Addax, no murió en batalla. Fredbal fue capturado y enviado como botín de guerra a Rávena ante el emperador Honorio. El profesor Álvarez Jiménez considera que el hecho de que los godos abriesen las hostilidades con alanos y silingos quizá obedecía a que estos eran el rival más potente militarmente en detrimento de suevos y vándalos asdingos, que disponían de una fuerza militar inferior. En lo que sí coincidieron alanos y silingos fue en la pérdida de su identidad como pueblo independiente, teniendo ambos que huir hacia el norte de la península para unirse en el conjunto de los vándalos asdingos. El rey asdingo Gunderico vio, por un lado, que la masa poblacional que se encontraba bajo su gobierno se incrementaba con la absorción de alanos y de silingos, y, por otro, que ganaba peso militar con la suma de guerreros alanos y silingos a su ejército de asdingos. Igualmente es significativa la absorción de dos nuevos grupos populares para la etnogénesis vándala y para la reafirmación del poder regio al adquirir el título de *rex vandalarum et alanorum*.

En el año 418 el ejército visigodo regresó a Aquitania por orden del *magister* Constancio para dar a luz al Reino Visigodo de Tolosa. Walia no pudo saborear durante mucho tiempo sus magníficas victorias, porque pronto recibió la visita de la Parca y fue sucedido por Teodorico I. Por su parte, Roma volvía a controlar gran parte de la vieja *Diocesis Hispaniarum*. Solo escapaba a su poder la provincia de la Gallaecia que quedó bajo dominio de suevos y vándalos asdingos. Desde el punto de vista geoestratégico, la decisión de hacer regresar a los visigodos al sur de la Galia resultaba muy lógica, puesto que desde allí podrían auxiliar al Gobierno de Rávena en caso de necesidad en la Galia, o incluso en Italia, e igualmente podrían acceder con rapidez a Hispania para enfrentarse a vándalos y suevos. Además, Constancio consiguió reorganizar las defensas con objeto de evitar nuevas entradas de bárbaros, por ello la situación del Imperio mejoró de manera ostensible, al menos durante un tiempo. El ejército visigodo había dejado muy clara su superioridad con respecto a otros ejércitos bárbaros, máxime conociendo la ferocidad de las fuerzas vándalas y la fama de magníficos guerreros de los alanos. Los romanos debieron de tener en alta consideración el resultado de las campañas de Walia en vistas a futuros acontecimientos bélicos.

Cronistas latinos como Orosio celebraron en sus escritos la victoria de los federados godos y se alegraron de que los bárbaros luchasen entre ellos para beneficio de los romanos. Un claro ejemplo de la mejora de la situación político-militar del Imperio Romano de Occidente en la *Diocesis Hispaniarum* es la presencia desde la intervención de Valia de tropas romanas, bien *comitatenses* o bien *auxilia palatina*, en los Pirineos orientales. Las necesidades administrativas y militares del Imperio en Hispania obligaban a enviar e incrementar el número de tropas en la *Diocesis*, propiciando una mayor presencia de soldados en la Tarraconense. La política conservadora de Honorio se mantuvo a la espera de que las viejas rivalidades que habían acompañado a vándalos y suevos provocasen nuevos enfrentamientos entre los bárbaros invasores. Y así sucedió muy poco tiempo después.

En el año 419 las disputas territoriales llevaron a los vándalos asdingos — liderados por el soberano Gunderico, junto a los refuerzos silingos y alanos— y a los suevos, encabezados por su rey Hermerico, a iniciar una nueva guerra en Hispania. Desconocemos quién inició las hostilidades, si Hermerico o Gunderico, pero lo que es seguro, tal y como nos informa Hidacio, es que el ejército vándalo lanzó o respondió con un duro ataque que provocó el cerco y bloqueo de los suevos en los montes Nerbasios o Erbasias, cuya localización actualmente sigue siendo imprecisa. El motivo de este enfrentamiento divide a historiadores y expertos: se habla del interés suevo en ampliar su territorio a costa de los vándalos, que habían visto cómo su núcleo poblacional aumentaba con la llegada de los restos de silingos y alanos, lo que afianzaría la seguridad militar asdinga y la necesidad de ampliar su radio de acción. El conflicto acarrió una nueva intervención en Hispania por parte del Gobierno de Rávena, aunque en esta ocasión no se contó con el ejército visigodo. Honorio decidió apoyar a los suevos, inferiores en número que los vándalos, quizá temiendo que una victoria vándala conllevara una nueva absorción poblacional de los restos suevos a favor de los vándalos y que estos pudiesen desarrollar una amplia campaña de expansión por la península, poniendo así en peligro las provincias recuperadas gracias a la intervención de Valia. El ejército romano estaba encabezado por Asterio, personaje que contaba con el título de *comes Hispaniarum*, y apoyado por el vicario Maurocelo. Este conde de las Españas instalaría su sede en la Tarraconense, probablemente en Tarragona, y tendría destacados vínculos con la aristocracia senatorial hispana. El ejército de Asterio rompió el cerco que los vándalos mantenían sobre los suevos forzando a estos a retirarse, lo que provocó un nuevo enfrentamiento en Braga, la *Bracara Augusta* romana, que se saldó con importantes bajas entre los bárbaros. Los vándalos abandonaron sus posiciones norteñas alejándose del poderoso ejército romano para penetrar en el centro

peninsular en un camino que les llevaría en el año 420 a establecerse en la provincia de la Bética. El movimiento de los vándalos responde a una lógica geoestratégica: alejarse del foco de conflicto con los suevos, ganar distancia con respecto a la entrada de fuerzas imperiales y de godos y buscar un rico territorio donde poder nutrir a toda su población, ahora en aumento por la incorporación de los restos populares silingos y alanos. Por consiguiente, y como señala el profesor Álvarez Jiménez, esta retirada suponía más bien un premio al avanzar hasta la provincia más rica de Hispania y un paso más en los planes políticos de Gunderico.

Nuevamente el Gobierno de Rávena había salido victorioso en su enfrentamiento contra los bárbaros de Hispania, y aunque los vándalos podrían haber acabado con la monarquía sueva y haber absorbido los restos populares suévicos quedando así un único pueblo bárbaro en la *Diocesis Hispaniarum*, Honorio y Constancio prefirieron tener dos pueblos debilitados tras el choque. Tal vez este periodo de esplendor a nivel militar que estaba viviendo el Imperio Romano de Occidente, después de sus victorias frente a usurpadores y bárbaros, pudo motivar que en el año 420 el emperador Honorio asociase al trono al *magister* Flavio Constancio, Constancio III a partir de ahora, en reconocimiento a su brillante política bélica. Desgraciadamente para Roma, Constancio III no disfrutó mucho tiempo de su nuevo cargo, pues falleció a finales del verano del año 421.

El nuevo hombre fuerte del Ejército romano de Occidente fue Castino, quien pasó a ostentar el cargo de *magister militum*. Castino tuvo que entrar rápido en acción. La desaparición de Constancio III había generado tensiones internas dentro del seno del Imperio, a lo que se añadía una nueva usurpación de un viejo conocido en tierras hispánicas. Todo ello, unido a la idea de Honorio de acabar definitivamente con la presencia bárbara en Hispania, motivó una potente campaña militar en el año 422. La citada usurpación estaba encabezada otra vez por Máximo, el cual volvía a aparecer en escena seguramente apoyado por los vándalos de Gunderico. Máximo quiso aprovecharse de la crisis derivada del nombramiento y posterior muerte de Constancio III, de las discrepancias entre Rávena y Constantinopla y también de la retirada de las tropas de Asterio para sacar rédito político. Desde la Galia partió el poderoso ejército comandado por Castino, una fuerza mayor en número que la utilizada antes por Asterio, auxiliado por federados godos. La presencia de un ejército imperial de tal magnitud evidenciaba que la idea de Honorio era muy clara: acabar con los vándalos definitivamente. Podemos seguir el desarrollo de esta campaña a través de Hidacio, aunque de manera muy sucinta por los escasos datos aportados por el cronista. El ejército imperial se presentó en la Bética consiguiendo

importantes victorias y llegando a cercar a los vándalos. De estos éxitos militares se derivaría el apresamiento del usurpador Máximo, quien fue enviado a la península Itálica para ser ejecutado. El ataque de Castino prosiguió y llevó hasta la extenuación a los vándalos, que se refugiaban en las montañas o en algún punto fortificado. No obstante, la victoria romana no llegó. Parece ser que Castino aceptó un combate a campo abierto, quizá propuesto por los vándalos buscando jugar así una última y épica baza. Con lo que no contaba Castino era con que sus fundamentales auxiliares visigodos iban a desertar dejando a los romanos solos ante las huestes de Gunderico. El profesor García Moreno sugiere que la traición pudo estar originada en la figura de Gala Placidia, la cual seguiría siendo una figura respetada entre los godos, a causa de su enemistad con Castino; en cambio el profesor Álvarez Jiménez considera que estos godos no procederían del grupo de Walia, sino del contingente reclutado por Estilicón cuando derrotó al godo Radagaiso en el año 406. Los vándalos, en la tónica habitual bárbara de no dispersar sus fuerzas, levantaron el cerco, y, ante la desertión goda, aprovecharon en campo abierto el ataque de su potente caballería, y arrasaron al ejército imperial. Castino pudo escapar a duras penas para refugiarse en Tarragona, capital de la provincia Tarraconense y centro de operaciones frente a los bárbaros de Hispania.

La derrota fue un golpe casi definitivo para los intereses imperiales en Hispania y la victoria supuso para los vándalos uno de sus grandes hitos bélicos al vencer a un ejército imperial de unas dimensiones considerables. Después de la derrota del año 422 se abrió una nueva etapa de crisis para el Imperio Romano de Occidente que acarreó una tremenda pérdida de influencia sobre Hispania. En cambio, para los vándalos gran parte de la *Diocesis Hispaniarum* quedaba expuesta a su merced. Las razias, las operaciones de castigo y los asaltos fueron el *modus operandi* llevado a cabo por las huestes de Gunderico que sembraron el terror en gran parte del sur peninsular. Una política de expansión que acabó por debilitar en extremo las posesiones imperiales en Hispania ante la inoperancia del Gobierno de Rávena, que tras la catastrófica derrota de Castino no estaba capacitado para armar otro contingente militar de tal envergadura. Desconocemos el proceso de asentamiento de los vándalos en la Bética, pero sus ataques asolaron gran parte del litoral sur mediterráneo. Urbes como Alicante o Málaga sufrieron los estragos del paso de los guerreros de Gunderico. Otras dos ciudades que padecieron en demasía los estragos de las razias vándalas fueron Sevilla y particularmente la antigua Carthago Nova, Cartagena, ahora Carthago Spartaria. Estas operaciones en zonas costeras proporcionaron a los vándalos un elemento que incluso nos atrevemos a señalar que marcó su identidad como pueblo: una potente flota naval. Antes o después de los ataques a Cartagena, las

islas Baleares también sufrieron la llegada de los vándalos y el saqueo de sus tierras, abriéndose así un momento histórico para la Tardoantigüedad, puesto que los vándalos y la piratería quedaban unidos irremediablemente. De hecho, algunos arqueólogos relacionan determinados niveles de destrucción de varias urbes levantinas y baleares con estos ataques vándalos. En el año 425 el Imperio no podía frenar las acciones de los vándalos, las cuales habían puesto a los germanos a un paso del norte de África y en una posición muy favorable para intentar asaltar el sur de la Galia por vía marítima. Nos encontramos en un punto fundamental para el desarrollo de los intereses vándalos en Hispania, tal y como señala el profesor García Moreno:

Dueño del mar, Gunderico podría poner en peligro el normal desarrollo de las vitales rutas frumentarias que unían África y España con Italia y el sur de la Galia. En estos años se ponían así los cimientos de una hábil política de intimidación logística sobre el Imperio por parte de los vándalos.

Honorio había muerto en Rávena a mediados de agosto del año 423 y la situación del Imperio era crítica, sin capacidad política ni militar para recomponer su poder en la *Diocesis Hispaniarum* salvo en la provincia Tarraconense, donde se encontraba el *comes Hispaniarum* y donde permanecerían las escasas fuerzas militares que habrían sobrevivido al desastre del año 422, junto a algunas guarniciones ubicadas en ciudades y puestos fortificados. El control de Occidente pasó a manos del usurpador Juan, quien apenas estuvo en el trono dos años y tuvo un poder muy limitado. El emperador Juan no fue reconocido en el norte de África por parte Bonifacio, a la sazón *comes Africae*, que además cortó el suministro de grano a la península Itálica. Por su parte, y en respuesta a la usurpación de Juan, el emperador oriental Teodosio II nombró César al hijo de Gala Placidia y Flavio Constancio, Valentiniano III, en el año 424, y en unos meses acabaron con el gobierno del usurpador Juan, el cual fue ejecutado. En el año 425 Valentiniano III se convirtió en Roma en el nuevo Augusto, por su parte el general Félix obtuvo la dignidad de patricio y el cargo de *magister militum*.

Volviendo a Hispania, el rey vándalo Gunderico prosiguió con sus campañas militares y atacó posiciones de interés estratégico o que contasen con capacidad para articular focos de resistencia a su actividad depredadora, al igual que acometió contra ciudades donde existían importantes fuentes de riquezas. Aunque este tipo de acciones fueron a lo largo de estos años el motor principal de actuación de los vándalos, también llevaron a cabo actividades agropecuarias siguiendo el mismo planteamiento que años atrás hicieron los silingos. Tras el saqueo de la capital provincial, Cartagena, y de las islas Baleares, el objetivo se centró en una de las joyas de la Bética, Sevilla. Hidacio, en el marco de estas

razias vándalas, igualmente menciona el ataque a la Mauritania Tingitana; y a colación de estos hechos algunos arqueólogos, del mismo modo que ocurría con las ciudades levantinas y con Baleares, también han detectado niveles de destrucción que atestiguan el interés vándalo por estas tierras, como quedará demostrado en su posterior migración. Hasta el año 428 no contamos con nuevas acciones vándalas, por lo que se presupone que se dio un periodo de asentamiento y de disfrute de las victorias conseguidas. Sin embargo, en dicho año 428 las hostilidades volvieron a Sevilla, y Gunderico atacó de nuevo la capital bética. En esta ocasión su asalto no se circunscribió a un mero saqueo, sino que fue una auténtica ocupación vándala de Sevilla. Conviene señalar que el anterior ataque contra Carthago Spartaria y el sufrido por Hispalis (Sevilla) bien pudieron ser tanto terrestres como navales en una acción combinada. A tenor de las palabras de Hidacio y de san Isidoro, los ataques de Gunderico fueron muy violentos y el rey vándalo llegó a profanar una de las iglesias más sobresaliente de la urbe hispalense. Así se refiere a este episodio san Isidoro:

[...] destruyó Sevilla y, tras de realizar una matanza, la sometió a saqueo. Gunderico, al poner irreverentemente su mano, con la autoridad de la potestad regia, en la basílica del mártir Vicente de la misma ciudad, murió de repente por el juicio de Dios, arrebatado por el demonio delante del templo.

Evidentemente las líneas del sabio hispalense están impregnadas de un cariz providencialista, pero denotan la crudeza de la toma de Gunderico. Para el profesor Arce la profanación de Gunderico obedecería al intento de apoderarse del tesoro de la iglesia de San Vicente, significando que el monarca vándalo sería pagano o arriano (nosotros apostamos por esta segunda opción), y que la toma de la antigua Hispalis obedecería al interés vándalo de convertirla en la sede de su *regnum*.

Después de la conquista de Sevilla y con la muerte de Gunderico, los designios del pueblo vándalo fueron a recaer en manos de su hermano Genserico, el cual «se había ejercitado de forma considerable en el arte de la guerra y era el más temible de todos los hombres», según el cronista Procopio de Cesarea. Un rey desconocido para el común de los españoles cuya memoria, sin embargo, a pesar de haber estado muy poco tiempo en suelo hispano, bien merece ser recuperada por la relevancia que tuvo en la historia tardoantigua.

Hidacio señala curiosamente que el nuevo rey de los vándalos y alanos era católico, pero al asumir el Gobierno apostató para abrazar la herejía arriana. Genserico acometerá uno de los grandes episodios de la Antigüedad Tardía: el paso de los vándalos de Hispania al norte de África. Desconocemos la causa que motivó la decisión de Genserico, aunque no es descartable que el rey bárbaro

retomase una vieja idea de los silingos, que años atrás ya comenzaron a mostrar un gran interés por la navegación y por las costas africanas. Existe un interesante debate historiográfico sobre esta cuestión, y el lector si gusta puede profundizar en él acudiendo a la bibliografía que se encuentra al final del libro. De todas formas, y sin caer en cuestiones vinculadas a la Historia Contrafactual, resulta muy interesante la apuesta de los vándalos por el norte de África renunciando a un territorio ya conocido como era Hispania y del que habían sacado buen provecho. Es más, hubiese parecido más lógico que Genserico apostara por hacerse fuerte en la mitad sur de Hispania frente a los suevos y ante un hipotético ataque romano, o puede que el interés por buscar nuevos territorios que saquear y las posibilidades que ofrecía el conocido como el granero del Imperio fuesen motivos más que suficientes para acometer tan magna empresa. En los primeros meses del año 429 comenzaron a prepararse las naves que iban a llevar a todo el pueblo vándalo hasta las costas africanas. Es plausible que la epopeya africana se viese en buena medida favorecida, y hasta cierto punto condicionada, por la política imperial. El *comes Africae* Bonifacio estaba enfrentado con el Gobierno de Rávena donde se encontraban el *magister militum* Félix y un hombre que será clave en las posteriores décadas, Aecio. Bonifacio, necesitado de apoyos, abriría las puertas del norte africano para ganarse el apoyo de los vándalos de Genserico.

El proceso de migración marítima fue tranquilo, realizado probablemente desde Algeciras, salvo por un enfrentamiento inesperado con los suevos. Genserico tuvo que interrumpir su viaje marítimo para hacer frente a un contingente suevo comandado por Heremigario, que había avanzado hasta la Lusitania. Los suevos buscarían aprovechar la coyuntura que ofrecía el hecho de que los vándalos estuviesen centrados en su traslado marítimo y, ante la escasa presencia de fuerzas militares romanas, intentarían conseguir un buen botín para regresar posteriormente a sus dominios galaicos. Pero, como hemos señalado, Genserico interrumpió su viaje y marchó con sus guerreros hasta la Lusitania, y en las inmediaciones de Mérida derrotó a Heremigario lo que provocó una gran mortandad entre el contingente suevo. Siguiendo nuevamente una visión providencialista, Hidacio achaca la derrota sueva y la consiguiente muerte de su líder Heremigario al castigo divino por haber ofendido a la santa mártir Eulalia, muy venerada en la urbe emeritense, mientras cruzaba el río Guadiana huyendo de los vándalos.

Tras la victoria, Genserico regresó al sur de la Bética y en el mes de mayo del año 429 concluyó el traslado del pueblo vándalo a las costas africanas. Los vándalos habían asegurado su llegada con el anterior ataque documentado por Hidacio y no encontraron en la Tingitana ninguna oposición militar. El periodo

transcurrido desde la marcha de los vándalos al sur de la península Ibérica y hasta su paso al norte de África es conocido por diversos autores como la etapa de «Supremacía vándala» o de «*pax* vándala». Ello se debe a la posición adquirida por los vándalos en Hispania en la década de los años veinte del siglo v, momento en el que se aprecia en las fuentes una visión distinta de los vándalos, bastante más positiva en determinados pasajes que la mostrada acerca de los suevos. Dicha visión pudo estar condicionada por una actitud un tanto permisiva de la población hispanorromana hacia los vándalos derivada del desamparo que ofrecía la ineptitud política del Imperio, circunstancia que recuerda ciertamente a la vivida por la Britania de principios del siglo v. Los vándalos cubrieron el vacío generado por la desidia imperial y las instituciones municipales de muchas urbes hispanas se adaptaron a la supremacía vándala, forjándose vínculos políticos entre las aristocracias locales e Iglesia católica con la monarquía vándala. Aquellas ciudades que no quisieron someterse a las peticiones de este pueblo germano o las que poseían algún elemento de interés para los bárbaros y no aceptaban su poder fueron las que sufrieron la ira vándala.

En lo que concierne al número de bárbaros que embarcó de Europa a África por el estrecho de Gibraltar, la cifra que ofrecen las fuentes (Víctor de Vita, religioso e historiador del siglo v) es de unos 80.000 individuos incluyendo soldados, alrededor de unos 15.000, y sus familias. La procedencia de estos no fue homogénea. El grueso de los 80.000 pertenecía al grupo conformado por los vándalos asdingos y a los restos populares asimilados de vándalos silingos y de alanos. A este grupo se añadieron algunos godos y puede que también otros bárbaros, y tal vez un número incierto de hispanorromanos descontentos con el Imperio o incluso trasladados forzosamente en calidad de rehenes. Los vándalos ya habían demostrado, incluso antes de su llegada a Hispania, que eran un pueblo capaz de absorber y de aglutinar a distintos conjuntos poblacionales alrededor del núcleo, en este caso asdingo, el cual poseía un cierto cariz de supremacía identitaria con respecto a otros grupos y que, además, contaba con el beneficio ideológico que las victorias militares proporcionaban a la hora de moldear el sentimiento identitario y esencialista de un pueblo. Desgraciadamente, las fuentes no ofrecen datos específicos sobre la logística del transporte. A pesar de la ausencia de datos estaríamos sin duda ante una extraordinaria empresa, pues el traslado de 80.000 personas, sumado al de todas sus pertenencias, haría necesario el despliegue de una destacada flota. Según los cálculos de distintos autores se tendrían que haber utilizado quinientas naves, si estas eran de carga, o cinco mil, si es que eran de inferior capacidad. Sabemos que los vándalos ya estaban en posesión de una cierta cantidad de barcos tras sus ataques a las costas levantinas y las islas Baleares, pero desconocemos si eran

suficientes para efectuar por sí solos el traslado hasta el otro lado del estrecho. En todo caso, los vándalos sacaron muy buen provecho de los barcos que existían a finales de la década de los años treinta del siglo V en el litoral mediterráneo hispano. También se vieron beneficiados de la sapiencia marítima de los provinciales béticos, y es factible que un número indeterminado de estos acompañasen a los vándalos en sus primeras acciones de piratería contra las Baleares y que del mismo modo cruzasen el estrecho junto a ellos. Cuando los vándalos pisaron suelo africano, no encontraron ninguna oposición militar a su desembarco. Esta circunstancia pudo obedecer al supuesto pacto con el *comes Africae* Bonifacio, o tal vez a que el Gobierno imperial de Rávena encabezado por Félix y Aecio no quisiera impedirlo. Independientemente de este hecho, con la llegada de los vándalos al norte de África arrancaba una nueva etapa para la historia de este pueblo germano. La distribución de piezas dentro del tablero de ajedrez que era el Imperio Romano de Occidente varió y los vándalos se convirtieron en protagonistas de muchos de los sucesos políticos-militares más relevantes de las siguientes décadas.

El *Regnum Vandalorum* de África

Considerando el vínculo de los vándalos con Hispania, aunque solo permanecieran veinte años en la península, y teniendo en cuenta la importancia que adquirirá su *regnum* norteafricano, es necesario analizar, estudiar y divulgar su desarrollo histórico-político, máxime si atendemos a los hechos que seguidamente iremos describiendo y que deben ser conocidos por el lector patrio, pues el pasado del pueblo vándalo forma parte de nuestra historia, aunque sea de una manera limitada. Y es que figuras como la de Genserico no pueden ni deben pasar desapercibidas; como dice una vez más el profesor Álvarez Jiménez:

Genserico, uno de los personajes más trascendentes de la era de las migraciones. Mereció ser considerado por sus contemporáneos como el más astuto de todos los hombres y también como un nuevo Aníbal o el Anticristo redivivo.

Por ende, y bajo nuestro punto de vista, queda justificado el continuar narrando los distintos episodios históricos que llevarán a los vándalos desde un poderoso *regnum*, que tendrá su capital en la vieja Cartago, hasta su fatal destrucción a manos bizantinas.

El desembarco de los vándalos se efectuaría en Tingis (Tánger) o en algún otro punto de la actual costa marroquí. Genserico había culminado un viejo sueño bárbaro, ejemplificado por las pretensiones de los godos Alarico y Walia, como era cruzar al norte de África para asentarse en un territorio muy fértil

particularmente cerca de la rica ciudad de Cartago. Los vándalos acababan de mostrar una esmerada preparación y un despliegue logístico dignos de mención. El paso a través del *limes* imperial, el viaje por la Galia, la entrada a Hispania por los Pirineos, la migración a la Bética y el paso del estrecho de Gibraltar son rotundas muestras de ello. Nos encontramos ante unos bárbaros que se alejan en demasía del prototipo del «salvaje» que reflejaban las fuentes antiguas y se asemejan más a la nueva realidad sociopolítica que imperaba en el siglo V.

Regresando al proceso de desembarco, este seguiría un desarrollo lógico. Suponemos que en primer lugar arribaría un fuerte contingente de soldados vándalos, que se encargaría de controlar la llegada del resto de la flota, mientras que otro grupo de guerreros al mando del propio *rex* Genserico aseguraba la retaguardia y evitaba cualquier sobresalto en esta compleja maniobra, como sucedió con la incursión sueva. Terminado el desembarco, el siguiente paso llevó a los germanos a ir avanzando por la costa africana a través de las distintas provincias romanas en busca del auténtico objetivo: Cartago, una de las joyas del Imperio. El *modus operandi* de los vándalos nos hace dudar de ese supuesto acuerdo con Bonifacio, ya que en su avance fueron atacando distintos puntos de la costa africana, lo que refuerza la hipótesis de que el traslado vándalo obedeció a una decisión *motu proprio* con el fin de encontrar un nuevo y rico territorio y alejarse de un posible ataque visigodo en connivencia con el Gobierno de Rávena.

Evidentemente, los cronistas cristianos del momento exageran la llegada de los vándalos exaltando los pecados de los norteafricanos, al igual que había hecho Hidacio con los hispanorromanos, y exagerando su afán destructivo contra edificios religiosos y miembros de la comunidad eclesial (violaciones, esclavitud, robo de recién nacidos, etc.), con el fin de acentuar el carácter bárbaro de los invasores. En cierta medida, las acciones de los vándalos respondían a un proceso lógico de conquista. La ausencia de una fuerza militar romana dejaba el control y el liderazgo de los provinciales africanos en manos de la aristocracia local y de la Iglesia; por consiguiente, se hacía más que necesario el sometimiento de ambas.

La masa popular, liderada por Genserico, consiguió un buen aprovisionamiento y un destacado botín gracias a las grandes y ricas propiedades que iban encontrando en su avance por el norte de África. Durante los primeros meses de presencia vándala en el continente africano no tuvieron que hacer frente a ninguna de las fuerzas de *limitanei* y *comitatenses* que la *Notitia Dignitatum* presenta para este fértil territorio. De esta manera volvemos a encontrarnos en la disyuntiva de entender que el número de soldados que se apunta en la *Notitia* es inexacto o, en el caso de ser más o menos correcto, no se encontraban en una situación adecuada para hacer frente a la hueste bárbara; también cabe la

posibilidad de que su posición cambiara desde la elaboración de dicha fuente a causa de la inestabilidad del Imperio Romano de Occidente en el norte de África.

El primer enfrentamiento serio al que tuvieron que hacer frente los vándalos se produjo en la primavera del año 430, cuando el *comes Africae* Bonifacio presentó un ejército para detener el avance vándalo hacia la importante urbe de Hipona. Este hecho nos hace inferir que si existió algún tipo de acuerdo entre vándalos y Bonifacio, ya se había roto o que directamente este nunca se había dado. El *comes Africae* sufrió una tremenda derrota y no tuvo más remedio que buscar refugio en Hipona, la ciudad de uno de los padres de la Iglesia: san Agustín. Los vándalos sometieron a la urbe romana a un tremendo, largo e infructuoso asedio de catorce meses hasta el verano del año 431. Las murallas de Hipona fueron un obstáculo insalvable para los vándalos y estos optaron por levantar el cerco. Para entonces el autor de *La ciudad de Dios* ya había fallecido. Mientras tanto, Gala Placidia había solicitado auxilio a Oriente y su sobrino, el emperador Teodosio II, envió un ejército encabezado por el general de origen alano Aspar para que se uniese a las fuerzas de Bonifacio y derrotasen a Genserico. La incapacidad militar del Imperio Romano de Occidente quedaba manifiesta al necesitar imperiosamente el auxilio de Oriente. Los vándalos volvieron a aplastar al ejército romano provocando una auténtica desbandada entre los soldados derrotados. Aspar regresó a Oriente y Bonifacio marchó a Rávena, donde murió en batalla contra Aecio al poco tiempo de su llegada, abriéndose así un largo periodo de preeminencia política y militar de *magister* Aecio. El triunfo también le permitió a Genserico que Hipona cayese seguidamente en sus manos y junto a ella un gran botín en forma de esclavos y de rehenes. El *rex vandalorum et alanorum* había golpeado duramente al Gobierno de Rávena con sus victorias africanas comprometiendo de esta manera su principal línea de suministro alimenticio.

Tras esta victoria, Genserico pudo haber avanzado hasta la auténtica joya norteafricana, Cartago, sin embargo, como escribe Procopio, «demostró una previsión digna de referirse, lo que le aseguró una situación extraordinariamente ventajosa». El monarca vándalo reorganizó a sus fuerzas y planificó la administración de sus nuevas posesiones teniendo en cuenta en una ampliación futura.

Aprovechando este descanso en la actividad bélica, el emperador Valentiniano III firmó un *foedus* con los vándalos a principios del año 435. El patricio Aecio se encargó de los pormenores del acuerdo y envió a Trigecio para la firma correspondiente. A partir de este *foedus* el Imperio reconocía la presencia vándala en las provincias de Mauritania Sitifensis, Numidia y parte del África Proconsular, a cambio de que los vándalos detuviesen su avance y actuaran como federados en caso de razias protagonizadas por los terribles mauri. [1] El

acuerdo le permitió a Aecio cerrar un frente abierto en el sur y concentrar los esfuerzos político-militares del Imperio en otras amenazas como la inestabilidad que generaban los visigodos en su asentamiento de Aquitania.

Carecemos de datos que hagan referencia al tipo de asentamiento que realizaron los vándalos en sus provincias, pero desde el acuerdo con los romanos comenzaron a actuar prácticamente de manera soberana sobre los territorios que les habían sido adjudicados. Desde Hipona, que sería su sede central, comenzarían la gestión y explotación de sus dominios, manteniendo una buena relación con la población africanorromana a cambio de su sumisión. El principal problema llegó con la cuestión religiosa, puesto que los vándalos eran arrianos y la mayoría de los provinciales eran católicos. Los obispos habían ejercido una fuerte presión contra los invasores bárbaros y es en estos años cuando varios obispos tuvieron que partir al exilio al ser un foco de oposición al rey Genserico. La mano dura con la que comenzaba a regir en sus dominios Genserico le llevó a ejecutar a cuatro aristócratas hispánicos por su supuesta negativa a convertirse al arrianismo.

En el año 439 las relaciones entre romanos y vándalos iban a cambiar. En dicho año mientras que el *magister* y patricio Aecio se encontraba ocupado luchando contra los godos, dice san Isidoro:

Genserico, de cuya amistad ya nada se dudaba, violando el respeto sagrado al juramento, invade Cartago con el engaño de la paz y después de atormentar a los habitantes con diversos géneros de tormento, convierte en provecho de su propia autoridad sus recursos.

El 19 de octubre del 439 la fundamental Cartago pasaba a manos vándalas. Genserico requisó los bienes de muchos de los ciudadanos más notables, sometiendo a la élite gobernante, y las iglesias católicas se convirtieron en arrianas. Algunos autores consideran que la toma de Cartago obedeció a un gesto de Genserico hacia el rey godo Teodorico I, el cual había casado a su hija con el hijo de Genserico, Hunerico, y se encontraba enfrascado en una cruenta guerra contra Aecio. El enlace entre el vándalo y la visigoda es visto por la profesora Jiménez Garnica como un regreso a las tradiciones sociales germanas. Más allá de esta hipótesis, el matrimonio acabó muy mal para la princesa goda. Hunerico, sospechando acerca de un absurdo intento de envenenamiento por parte de su esposa, la mutiló cortándole la nariz y las orejas, «privándola así de su natural belleza», según detalla terriblemente Jordanes, y la envió de vuelta a las Galias ante el estupor de la sociedad de la época.

Volviendo a la toma de Cartago, Genserico, gracias al factor sorpresa, evitó un largo asedio como el sufrido años atrás en Hipona y, sin encontrar apenas resistencia militar, pudo saquear y someter una de las joyas del Imperio. El *rex*

vandalorum et alanorum tenía perfectamente planificado el asalto a la urbe y sabía en qué puntos tanto físicos como a nivel administrativo debía golpear duramente para asegurarse el sometimiento de un lugar estratégico en el mar Mediterráneo y cómo gestionar su nuevo dominio tras la conquista. De ahí que contase con determinados elementos de la aristocracia cartaginense para la nueva administración de la ciudad. Para Genserico era determinante reafirmar su autoridad e independencia, por ello tomó la medida de adoptar un nuevo sistema de datación. Además, fue permisivo con determinados cultos paganos, mantuvo el correcto funcionamiento de la administración de la ciudad y llegó a emitir moneda, pero nunca de oro. Las fuentes evidencian que la toma de Cartago supuso un *shock* para el Imperio y para el Gobierno de Rávena, un revés del que prácticamente ya nunca se levantaría hasta su caída.

Las ansias de conquista del asdingo Genserico y sus vándalos no se redujeron a la toma de Cartago, solo era un paso más. Al fin habían conseguido un amplio y fértil territorio en el que asentarse y una nueva etapa se abría para los vándalos, en la que sus conquistas iban a convertir al *Regnum Vandalorum* en una de las potencias del Mediterráneo. La toma de Cartago permitió a Genserico apoderarse por completo de la provincia Proconsular y de la provincia Bizacena, pero, sobre todo, le facilitó el acceso a la destacada flota romana que se encontraba en el famoso puerto de la ciudad. Las costas italianas se encontraban a tiro de piedra desde Cartago y el rey vándalo iba a sacar ventaja de su posición. Aprovechando que gran parte de los efectivos militares de la zona habían sido trasladados por orden de Aecio para luchar en suelo galo, en junio del año 440 Genserico lanzó un duro ataque contra Sicilia sitiando la ciudad de Palermo. El profesor Álvarez Jiménez ha definido este ataque como «la primera gran campaña pirática vándala» con claras pretensiones de conquista. El emperador Valentiniano III no tuvo más remedio que reaccionar y decidió fortificar las costas gracias a determinadas medidas económicas que afectaron a la aristocracia. Igualmente se aumentó el número de soldados, y Sigisvulto fue nombrado *comes* y *magister* con el fin de que fuese el encargado de preparar la defensa de las ciudades costeras. Además, ante la lejanía de Aecio y el ejército imperial, Valentiniano III publicó una ley por la cual se permitía a los ciudadanos armarse para vigilar la posible llegada de barcos bárbaros y defenderse de los ataques vándalos. Otro ejemplo sintomático de la desesperada situación en la que vivía el Imperio. El rey vándalo había vuelto a golpear duramente al Imperio de Occidente dejando en evidencia su escasa capacidad de reacción militar.

El auxilio llegó como en tantas ocasiones desde Oriente. En el año 441 el emperador Teodosio II envió una potente flota, pero el choque no llegó a

producirse a consecuencia de la presión que hunos y persas estaban ejerciendo sobre la frontera oriental. El Gobierno de Constantinopla tuvo que optar por que sus fuerzas regresasen y firmar la paz con Genserico. Ante esta circunstancia, Valentiniano III se vio obligado en el año 442 a firmar un nuevo acuerdo con Genserico. El tratado certificaba las nuevas conquistas del reino de vándalos y alanos con respecto al pacto firmado en el año 435 y repartía oficialmente las provincias norteafricanas entre el Imperio y el reino bárbaro. Las provincias Bizacena, Proconsular, gran parte de Numidia y el norte de Tripolitania quedaron bajo poder vándalo y el resto de las zonas de ocupación regresaron a manos imperiales. Los vándalos confirmaban sus aspiraciones políticas sobre un destacado territorio, así como su independencia como reino.

Los romanos, ante su inoperancia militar, transformaban a un enemigo en un aliado. Las ventajas obtenidas por el emperador Valentiniano III, aparte de la alianza política, se redujeron a la entrega anual de un pago en forma de trigo y aceite por parte del *Regnum Vandalorum*. Con el fin de validar el acuerdo, el propio Genserico envió a su hijo Hunerico como rehén, certificando de este modo el nuevo tratado y asegurándose el Imperio, por su parte, el cumplimiento del mismo. Más tarde, al afianzarse las relaciones entre Cartago y Rávena, Hunerico fue devuelto a su padre. Podemos considerar que el culmen de la nueva relación vándalo-romana quedó ejemplificado en el matrimonio contraído por Hunerico, futuro sucesor de Genserico, y por Eudocia, hija de Valentiniano III. Genserico confirmaba su acercamiento definitivo a Rávena y se convertía en un valioso aliado, que no federado, frente a los visigodos de Teodorico I, que pasaron a ser el principal enemigo de los romanos.

Genserico gobernó su reino con puño de hierro y acabó de raíz con cualquier foco de oposición que pudiese discutir su toma de decisiones. Conocemos que realizó una profunda criba entre la nobleza vándalo-alana, dejando libre de su espada solo a aquellos nobles que le eran afectos. Hubo expropiaciones de tierras para favorecer a la familia real y a muchos vándalos, y dictó que estas nuevas propiedades quedasen exentas del pago de impuestos. Las ricas *villae* se mantuvieron y la corte de Cartago floreció a nivel cultural, manteniéndose unas cordiales relaciones durante estos años con los provinciales africanorromanos. Las tensiones con la Iglesia católica y los aristócratas que la apoyaban persistieron provocando que en algunas fuentes se perpetuase la imagen clásica del vándalo y se les responsabilizase de hechos tan simbólicos como la destrucción del teatro de Cartago. Otra medida tomada por el monarca germano fue el derribo de las murallas de todas las ciudades menos de Cartago. El objetivo era evitar rebeliones o que alguna urbe cayese en manos enemigas durante un asalto, y los vándalos no pudiesen recuperarla al haber demostrado,

por ejemplo en Hipona, que carecían de la destreza necesaria para tomar ciudades fortificadas. Para esta década de los años cuarenta del siglo V Hidacio recoge en su *Chronicon* un hecho curioso que vuelve a vincular a Hispania con los vándalos. En el año 445 barcos vándalos atacaron Turonium, un lugar indeterminado en la costa de la Gallaecia, apresando a un número importante de familias. Cuesta entender esta acción vándala en la geopolítica del momento, sin embargo, el profesor Álvarez Jiménez la enmarca en la tradicional enemistad entre vándalos y suevos. Los primeros no interfirieron en la política romana de manera violenta durante varios años, de hecho, en el año 451 los vándalos no participaron en la famosa batalla de los Campos Cataláunicos que enfrentó a los hunos de Atila y a los pueblos que permanecían subyugados bajo su poder frente al *magister militum* Aecio y sus aliados, entre ellos Teodorico I y los visigodos que resultaron fundamentales para el desenlace del combate. Los años fueron pasando y las buenas relaciones se mantuvieron, los términos del tratado se cumplieron y no se reseñan enfrentamientos entre vándalos y romanos. Además, los vándalos siguieron enviando el correspondiente tributo de trigo y de aceite y Rávena asumió la independencia del *Regnum Vandalorum*.

A partir del año 454 la situación cambió. El hombre fuerte de Occidente y clave en la diplomacia y política imperiales, el patricio y *magister militum* Aecio, era asesinado por el emperador Valentiniano III en el marco de las intrigas palaciegas tan habituales en los últimos tiempos del Imperio Romano de Occidente. Al año siguiente Valentiniano III, mientras pasaba revista a su ejército, también fue asesinado, según Hidacio, por dos bárbaros fieles a Aecio. Con la muerte de Valentiniano III desaparecía el último representante de la dinastía teodosiana y llegaba al trono imperial un antiguo senador y destacado aristócrata, Petronio Máximo, abriéndose un periodo cargado más si cabe de inestabilidad política que llevará a la caída del Imperio Romano de Occidente en apenas veinte años. Petronio Máximo buscó rápidamente legitimar y sustentar su poder y para ello se casó con la viuda de Valentiniano III. Conjuntamente nombró César a su hijo Paladio y concertó un matrimonio entre su vástago y Eudocia, la citada hija de Valentiniano III y prometida del vándalo Hunerico. La respuesta del gran Genserico ante esta ofensa no se hizo esperar.

Tras la desaparición de Valentiniano III y dada la política matrimonial de Petronio Máximo, Genserico se vio con la potestad necesaria para romper el tratado de paz firmado en el año 442. El *rex* vándalo, quien además quizá recibió una petición de auxilio proveniente de la viuda de Valentiniano III, preparó concienzudamente una campaña de castigo. El eje de esta iba a estar en el mar para lo que dispuso de su poderosa flota, la cual partió del puerto de Cartago con dirección a Roma. La fuerza militar de Genserico, que él mismo lideró, no estaba

compuesta solo por vándalos, también se incorporaron *mauri*, tal vez en calidad de mercenarios o directamente como miembros de su ejército, porque Procopio señala que el rey vándalo se había ganado su favor. Es difícil calcular el número de efectivos que partió con el objetivo de asaltar la Ciudad Eterna, pero algunos de los grandes especialistas apuntan la cifra de entre 12.000 y 14.000 soldados. El emperador Petronio Máximo, al tener conocimiento del ataque vándalo y al no disponer de fuerzas para hacer frente a los bárbaros, intentó huir de Roma a los pocos meses de su proclamación. Finalmente fue detenido por sus soldados y los ciudadanos romanos, y murió ejecutado de forma cruel por estos. El asesinato del emperador no detuvo el avance vándalo. Los cronistas Próspero y Procopio nos informan al detalle del asalto a la ciudad. Al igual que ocurriera con el saqueo realizado por Alarico en el año 410, nos encontramos ante otro de los grandes hitos de la Tardoantigüedad y diversos autores consideran el saqueo de Genserico mucho más cruento que el llevado a cabo por Alarico. El 2 de junio del año 455 el *rex vandalarum et alanorum* se encontraba frente a las puertas de Roma con el propósito de conseguir un gran botín. El papa León I negoció con Genserico con el fin de evitar la destrucción de la Ciudad Eterna y la matanza de inocentes. El soberano vándalo respetó la petición de León I y durante catorce días el ejército vándalo saqueó a conciencia la ciudad. Oro en grandes cantidades, riquezas imperiales, objetos preciosos, bronce, estatuas, parte del tesoro judío tomado por Tito en Jerusalén y muchos prisioneros, entre ellos la viuda de Valentiniano III, Eudoxia, sus dos hijas, Eudocia y Placidia, y un hijo de Aecio cayeron en manos vándalas. El botín fue tan ingente que en el viaje hacia Cartago se hundió un barco repleto de tesoros. Cuando los vándalos llegaron a Cartago, siguieron obteniendo beneficios, puesto que el obispo católico de la ciudad compró la libertad de muchos prisioneros gracias a la venta de valiosos objetos litúrgicos. Con la captura de Eudocia, Genserico retomaba el matrimonio concertado con su hijo Hunerico y recuperaba la posición de su familia con respecto al trono imperial. Marciano, el emperador oriental, exigió la devolución de tan prestigiosos rehenes, pero la petición fue rechazada. A partir del año 456 el *Regnum Vandalorum* canceló su envío anual de trigo y aceite, hecho lógico si consideramos que con el asesinato de Valentiniano III el tratado del año 442 carecía de validez.

Se abría una nueva etapa en las relaciones entre el Imperio y el Reino Vándalo. Los bárbaros estaban preparados para una cruenta guerra en la que el mar Mediterráneo sería el escenario bélico. Como dice el profesor Álvarez Jiménez:

A partir de este momento, comenzaba una guerra sin cuartel, una verdadera guerra pirática

como el Mediterráneo no había vivido desde la tardorrepública. Un *bellum piraticum* digno de otros tiempos.

Y así, los vándalos se aprovecharon de dos factores determinantes: su posición privilegiada en el centro del Mediterráneo y su potente flota naval, con la que realizar incursiones de corte pirático que desangrasen a los romanos y conquistar nuevos territorios siguiendo la vieja estrategia de que la mejor defensa es un buen ataque. Por su parte, tras la muerte de Petronio Máximo, el trono del Imperio Romano de Occidente pasó a manos de Avito, *magister militum Galliae*, que fue proclamado emperador primero en Toulouse y luego en Arlés con el apoyo del ejército galo, los senadores galorromanos y el rey visigodo Teodorico II, que vio una oportunidad de defender sus intereses en la figura del nuevo Augusto y contrarrestar así la fuerte presencia vándala en la política internacional. Salvo en contadas ocasiones, la eterna rivalidad entre godos y vándalos siempre salía a flote. Avito no fue reconocido en un primer momento por el emperador oriental Marciano, y tuvo que partir apoyado por guerreros godos hacia Roma, donde reafirmó su proclamación y se preparó para la lucha contra los vándalos, ya que la diplomacia no dio resultado.

La etapa de máxima expansión vándala comenzaba y Genserico preparó a su reino para tal empresa. Víctor de Vita y Procopio de Cesarea narran las distintas incursiones vándalas y sus conquistas. Según Procopio, cada año al inicio de la primavera los vándalos realizaban ataques contra Sicilia y el sur de Italia conquistando algunas urbes y saqueando otras a conciencia. Se han encontrado niveles de destrucción en distintos enclaves y plazas romanas de la isla asociados a los ataques vándalos. No obstante, Hidacio nos informa de que el Imperio cosechó dos victorias frente a los vándalos, aunque es factible que se tratase de una única victoria y que la segunda a la que se hace referencia fuese una redundancia o un error intencionado en favor de la propaganda imperial, la cual contenía un marcado cariz antivandálico. Avito envió un cuerpo militar encabezado por el *comes* Ricimero, personaje de origen suevo-godo (ni más ni menos que sobrino del rey visigodo Walia) al que posteriormente volveremos a referirnos, que derrotó con autoridad a los bárbaros en tierras sicilianas. Por otro lado, Genserico siguió aprovechándose de la desaparición de su aliado Valentiniano III para ocupar casi todo el norte de África, llegando probablemente hasta la estratégica Septem (Ceuta). De esta manera, el soberano vándalo se hacía dueño y señor de gran parte de la *Diocesis Africae*. Las islas Baleares, Córcega y Cerdeña también cayeron en manos de Genserico, quien pasó a controlar el Mediterráneo occidental no solo a nivel militar, sino también en el plano comercial. Si observamos en perspectiva la planificación político-militar

ejecutada por el Reino Vándalo, esta no se corresponde con meras campañas piráticas en busca de botín, aparte de estas acciones existía toda una visión geoestratégica basada en golpear duramente al Imperio Romano de Occidente arrebatándole nuevos territorios y en monopolizar la gestión de la economía de la zona mediante la toma de las bases marítimas más importantes. Además, Genserico también ocupó pequeñas islas del Mediterráneo central, lo que facilitó la ubicación de flotillas en distintos puntos del Mare Nostrum desde donde poder realizar nuevas incursiones piráticas y defender de cualquier ataque el núcleo del *Regnum*, Cartago. Sicilia, la cual nunca fue controlada totalmente por los vándalos, se convirtió en el punto fundamental de dicha defensa y en el eje bélico del conflicto vándalo-romano, puesto que era la punta de lanza sobre la cual podían apoyarse los romanos para atacar la capital vándala. Los vándalos habían demostrado conocer a la perfección el mar Mediterráneo y los puntos débiles del Imperio Romano de Occidente en el que había sido su «gran lago». En este punto de la contienda, podemos considerar que los señores de dicho mar eran aquellos bárbaros que cruzaron el *limes* imperial en el año 406, recorrieron posteriormente las Galias hasta penetrar en Hispania en el año 409 y se trasladaron a África en el 428 para ser tan solo unas décadas después un potente reino independiente, capaz de dominar gran parte del Mediterráneo. Bajo esta premisa, hay que desechar las visiones que ofrecen algunas fuentes sobre las correrías piráticas de los vándalos en las que son estos presentados como «bárbaros» (en el concepto grecorromano más peyorativo), subidos en barcos y exclusivamente con ansias de riquezas y de sangre romana. La política de Genserico evidenció que la realidad histórica es bien distinta. El *rex vandalarum et alanorum* se sentía superior y sabía de las debilidades romanas, por eso sometió al Imperio a una dura guerra de desgaste en el mar donde sabía que tenía todas las bazas para ganar. La gran marina imperial solo era un viejo recuerdo y Rávena no podía vivir más de los viejos recuerdos.

Los éxitos vándalos se sucedieron ante la incapacidad del Imperio Romano de Occidente, que volvió a cambiar de emperador en octubre del año 456. Una revuelta en Roma provocó la huida de Avito, el cual en su camino hacia el norte fue capturado por Ricimero y el *comes* Mayoriano, a la sazón futuro emperador, y forzado a abandonar el trono imperial. En abril del año 457 fue proclamado emperador Mayoriano y meses después fue reconocido por Oriente. Mayoriano estaba dispuesto a recuperar la honra perdida por el Imperio, y para ello nombró patricio a Ricimero, quien pasó a ser el hombre fuerte de su gobierno. El nuevo emperador tenía que hacer frente a distintos puntos conflictivos: en el sur de la Galia a la aristocracia favorable a Avito, que no aceptó su gobierno; a los godos, que se encontraban en plena expansión por Hispania y masacrando a los suevos;

a los burgundios y a los alamanes, que igualmente amenazaban los intereses imperiales; pero, sobre todo, el principal problema a atender, y con premura, eran las dañinas incursiones vándalas. A diferencia de lo que sucede con otros emperadores del siglo V, las fuentes ofrecen una visión muy positiva de Mayoriano. No en vano, en el año 458 consiguió detener una incursión de tropas vándalas y *mauri* enviadas con el fin de obtener un buen botín, que acabaron siendo masacradas. La actitud de Mayoriano de recuperar la honra perdida por culpa de los vándalos queda evidenciada en una singular medida que conocemos gracias al obispo y poeta Sidonio Apolinar; nos referimos al proyecto de revitalizar la marina imperial para hacer frente de una manera realista y efectiva a las fuerzas de Genserico. El emperador legisló para mejorar la economía y fortalecer la capacidad defensiva del Imperio mediante el rearme de los ciudadanos. Mayoriano sabía que más allá de estas medidas, si quería derrotar a los vándalos y reconquistar África, tenía que llevar a cabo una política exterior basada en un rotundo ataque militar contra Cartago. Así, comenzó el complejo proceso de reclutamiento de tropas que, dada la debilidad del Imperio Romano de Occidente, le llevó a contar con una sobresaliente hueste de mercenarios bárbaros provenientes del Danubio, entre los que había hunos y ostrogodos. El interés en derrotar al *Regnum Vandalorum* era tan grande que Procopio describe una extraña ocurrencia de Mayoriano. El emperador, en su afán por conocer las virtudes o los defectos de su enemigo, se disfrazó de embajador romano para visitar la corte de Genserico, conocer al soberano vándalo en primera persona, estudiar el terreno para el futuro ataque y ver la situación de los antiguos provinciales. Antes de lanzar la campaña y en vistas a proteger su retaguardia, Mayoriano restituyó la paz con el rey visigodo Teodorico II y recuperó el control de gran parte de la Galia. El profesor Álvarez Jiménez añade entre los apoyos de Mayoriano para la campaña africana a Marcelino, señor de Dalmacia y personaje incierto que tras el asesinato de Aecio había actuado de manera casi independiente en dicha provincia romana. El objetivo del emperador era atacar por dos frentes al Reino Vándalo, uno encabezado por él mismo que partiría desde Hispania y otro desde Sicilia, liderado por el nombrado Marcelino. En la primavera del año 460 Mayoriano partió hacia Hispania, donde entró en el mes de mayo por la Tarraconense junto a la comitiva imperial y la hueste de mercenarios bárbaros. Desde allí avanzaron hasta Cartagena, lugar en el que esperaba una flota preparada para transportar al ejército en dirección a África y asaltar a los vándalos. Genserico, como era de esperar, respondió a los movimientos romanos. En primer lugar, parece ser que trató de pactar con los suevos para que realizasen algunas razias por Hispania, con el objetivo de desestabilizar al Imperio, pero la presión ejercida por los visigodos impedía que

los suevos pudieran llevar a cabo cualquier ataque por pequeño que fuese. Seguidamente buscó persuadir a Mayoriano para firmar un nuevo tratado, sin embargo, encontró la negativa del emperador. Y finalmente acordó con sus aliados *mauri* efectuar una política de tierra quemada en sus territorios que dificultase el desembarco de la flota imperial y el subsiguiente avance hacia Cartago. No obstante, Genserico no tuvo que recurrir a su plan defensivo para el norte de África. Las fuentes nos informan acerca de que Mayoriano fue traicionado en Hispania. Como hemos señalado en líneas precedentes, la flota imperial se estaba reuniendo en torno al puerto de Cartagena y el rey vándalo fue informado de su posición exacta. Siguiendo la política vándala de que la mejor defensa es un buen ataque, Genserico lanzó una flota contra el puerto levantino que destruyó y capturó gran parte de las naves que iban a transportar al ejército de Mayoriano y a sus mercenarios bárbaros hasta las costas africanas. En este año de 460 el monarca vándalo volvió a conseguir una gran victoria y obligó a Mayoriano, que ante la imposibilidad de reorganizar a una segunda flota se había retirado a la Galia licenciando a su hueste de bárbaros, a firmar un nuevo acuerdo. Se sospecha que este tratado reforzaba la soberanía vándala sobre el norte de África y se añadían a las posesiones del *Regnum Vandalarum* las islas Baleares, Cerdeña y Córcega, con lo que se certificaba el dominio absoluto del Mediterráneo occidental por parte de Genserico. La derrota y el tratado fueron calificados de vergonzantes por la sociedad romana, lo que provocó que la imagen de Mayoriano quedase muy dañada. En su camino de regreso a Italia, Mayoriano se vio asaltado por el patricio y *magister militum* Ricimero, que se aprovechó de la ausencia de tropas favorables al emperador para derrotarlo y deponerlo. El 7 de agosto del año 461 Ricimero ordenó que Mayoriano fuese ejecutado y provocó la retirada de Marcelino a sus dominios en Dalmacia. Con la muerte de Mayoriano se abría un nuevo escenario político.

Al igual que sucedió tras la desaparición de Valentiniano III, Genserico consideró que a raíz de la muerte de Mayoriano el tratado quedaba anulado. La respuesta de Occidente y de Oriente consistió en el envío de una embajada para que el rey vándalo se mantuviese firme en el anterior acuerdo. La figura de Ricimero era despreciada en la corte de Cartago, por lo que los diplomáticos del Imperio Romano de Occidente no tuvieron éxito. Es más, los barcos vándalos volvieron a acercarse de manera inquietante a las costas de Sicilia y de Italia. Sí tuvieron más fortuna los embajadores del emperador oriental, León I, el cual subió al trono en el año 457, ya que consiguieron la devolución a Constantinopla de la viuda de Valentiniano III, Eudoxia, junto a su hija Placidia. Eudocia permaneció en Cartago al lado de su marido Hunerico. En noviembre del año 461 Occidente volvió a tener emperador. El senado de Roma reconoció como tal

a Libio Severo, que contaba con el apoyo de Ricimero, pero su nombramiento fue rechazado tanto por el emperador oriental León I como por Genserico. Libio Severo tampoco fue reconocido por el *magister* de las Galias, Egidio, el cual quiso enfrentarse al emperador, pero fue frenado por los visigodos federados. Egidio acabó siendo desposeído de su título y se retiró al norte del río Loira donde conservó un territorio casi independiente que años después, tras su muerte y con la caída del Imperio, será conocido como el «Reino romano» de Siagrio (hijo de Egidio). La importancia y el poder que adquirió Egidio llegaron a tal nivel que envió legados entre los años 464 y 465 al rey vándalo Genserico. Egidio no pudo disfrutar mucho tiempo su nuevo estatus, ya que, según cuenta Hidacio, murió traicionado o envenenado. En todo caso, la desaparición del *magister* Egidio fue aprovechada por los godos para conquistar parte de sus dominios.

El acuerdo entre Constantinopla y Cartago permitió a Genserico despreocuparse de su retaguardia y seguir asolando las menguadas posesiones del Imperio de Occidente con continuas acciones piráticas a lo largo de toda la temporada de navegación. El emperador Libio Severo no disponía de la capacidad militar suficiente para hacer frente a sus problemas en suelo galo y en las costas italianas, y además veía cómo el emperador oriental León I se negaba a enviarle tropas porque seguía sin reconocerlo como emperador, y tampoco quería incumplir el pacto de no agresión con Genserico. Occidente siguió insistiendo a Constantinopla y León I accedió a hacer de intermediario entre Roma y Cartago, pero sin obtener resultado alguno ante la negativa bárbara de que hubiese un acercamiento entre la capital vándala y la romana. En agosto del año 465 moría el débil emperador Libio Severo, así se abría un periodo de casi dos años en los que el Imperio Romano de Occidente no tuvo emperador y siguió bajo la dirección, como ya había ocurrido bajo el mandato de Libio Severo, del patricio Ricimero. Durante este interregno, el señor de Dalmacia, Marcelino, consiguió derrotar y expulsar a los vándalos en Sicilia, puede que contando con el apoyo del emperador oriental. Parece que poco a poco se iba dando un alejamiento entre Genserico y León I, y desde Constantinopla se preparaba un duro ataque en distintas fases a Cartago. Una muestra del distanciamiento fue el rechazo de León I al candidato que Genserico había propuesto para ocupar el trono de Occidente. Nos referimos a Olibrio, el cual estaba casado con Placidia y consecuentemente era cuñado de Hunerico. El alejamiento entre Genserico y León I quedó consumado cuando los barcos vándalos comenzaron a incursionar en Oriente, provocando el terror entre los provinciales. La fama de Genserico y de los guerreros ya se había extendido por el Mediterráneo. El ataque a los territorios orientales suponía una nueva vía de conseguir un rico botín y de alguna manera se forzaba al emperador oriental a

buscar un acuerdo. Aunque el efecto deseado por el *rex vandalarum* fue el contrario al buscado. Atendiendo a las peticiones del Senado romano, y dada la manifiesta incapacidad política del *magister* Ricimiero, León I se inmiscuyó de lleno en la política de Occidente nombrando un nuevo y necesario emperador. La responsabilidad recayó en la figura de Antemio que era, como apunta el profesor Álvarez Jiménez:

Uno de los militares más prestigiosos del Imperio Oriental y procedente de una de las familias más distinguidas de Constantinopla [...] llegaba [...] como aquel que recobrará el orgullo naval perdido y, siempre, con un objetivo claro y primordial: eliminar al pirata Genserico.

En el año 467 Antemio puso pie en Italia acompañado de personajes tan destacados como Marcelino, varios condes y un número importante de varones que, junto a un potente ejército, fueron recibidos con todos los honores. Una nueva esperanza llegaba a Roma.

La nueva realidad política en Occidente trajo consigo que los reinos germanos actuasen con cautela ante el decidido apoyo militar mostrado por el Imperio Romano de Oriente hacia el nuevo emperador occidental. Así, el visigodo Eurico, que había ascendido al poder en el año 466, intentó un acercamiento diplomático con Genserico, pero no obtuvo resultado. Por su parte y actuando de manera cautelosa, en el norte de las Galias el reino «romano» de Siagrio y sus aliados francos reconocieron al emperador [2]. Antes del choque inminente entre romanos y vándalos, llegó al palacio de Genserico una petición para que abandonase sus acciones piráticas sobre Sicilia e Italia y respetase la proclamación de Antemio. El monarca bárbaro rechazó dichas solicitudes y reaccionó bloqueando comercialmente a Roma para llevar el hambre a la Ciudad Eterna. Es en este ambiente hostil donde quizá debamos encajar el intento fallido de ataque contra los vándalos por parte de las fuerzas imperiales que relata el cronista Hidacio, y que se vio abortado a causa de inclemencias climatológicas en la mar. El gran choque no tardó en llegar y este se produjo en el año 468. Dicho enfrentamiento ha sido profundamente estudiado por grandes especialistas en la materia a nivel mundial. Las crónicas hablan de cientos de miles de libras de oro y plata gastadas por León I en una campaña naval que requirió una poderosa flota para transportar un numerosísimo ejército que tenía la misión de reconquistar el norte de África y aliviar la presión sobre el Imperio Romano de Occidente. El ejército imperial contó con los mejores generales del momento. Marcelino encabezó la fuerza occidental, la cual atacó Cerdeña logrando una estratégica victoria que sirvió para expulsar a los vándalos de la isla. Marcelino cosechaba de esta manera otro éxito frente a los germanos y volvía a dar muestras de su excelente pericia militar.

El anterior triunfo de Marcelino en Sicilia y la recuperación de Cerdeña dañaban la estrategia pirática de Genserico y evitaban un ataque en la retaguardia del ejército imperial. El grueso de las fuerzas orientales se dividió en dos y ambas partes marcharon desde Constantinopla. La primera de ellas, comandada por Heraclio, desembarcó en la Tripolitania, actual costa de Libia, y desde allí atacó a las fuerzas vándalas destacadas en la zona. Los hombres de Heraclio derrotaron a sus rivales y se hicieron con el control de distintas ciudades. Tras haber asegurado el terreno, Heraclio dejó las naves y prosiguió por vía terrestre hacia el gran objetivo del Reino Vándalo: Cartago. La otra parte del ejército oriental, que era superior en número a la dirigida por Heraclio, avanzó por vía marítima con la idea de atacar directamente el corazón del reino. Esta fuerza estaba liderada por el *magister militum* Basilisco, que durante el trayecto hasta Cartago fue derrotando a algunas naves vándalas que salieron a su encuentro. Los barcos de Basilisco llegaron al cabo Bon, ubicado en actual suelo tunecino y a poco más de cincuenta kilómetros de Cartago. Si nos detenemos para examinar el posicionamiento de las tropas imperiales y si consideramos el campo de batalla como si fuese el tablero de un juego de mesa, la derrota vándala estaba más que servida. Constantinopla se alzaría con una resonante victoria y el Gobierno de Rávena recuperaría el control sobre el ansiado norte de África. Sin embargo, la historia nos vuelve a sorprender. Desconocemos el motivo, pero el *magister* Basilisco demoró su ataque sobre la capital vándala. Procopio lo achaca a una actitud cobarde que le llevó a perder la oportunidad de aplastar a Genserico. La situación del monarca vándalo era un tanto crítica y desesperada, pero una vez más, en el momento clave para un pueblo o un reino, la figura del líder se engrandece para alcanzar el triunfo ante la adversidad. Genserico necesitaba tiempo para reaccionar, organizar a sus hombres y lanzar un ataque sorpresa, por esta razón solicitó cinco días en los que no hubiese combates con el fin de estudiar la rendición y sus circunstancias. Inexplicablemente desde el punto de vista militar y sorprendentemente para los cronistas tardoantiguos, Basilisco accedió a conceder la tregua al rey vándalo. Craso error: el plan del monarca vándalo ya estaba en marcha. Genserico había estado armando a sus hombres y preparando sus barcos para atacar a las huestes imperiales. Según Procopio, Basilisco pudo haber aceptado la tregua por una cuestión económica, tal vez por agradar al general oriental Aspar, quien era contrario al enfrentamiento con los vándalos, o porque directamente consideraba que era la decisión más oportuna. Más allá de la actitud de Basilisco, lo en verdad interesante y espectacular es el plan de Genserico. Durante esos días de tregua y cuando el viento fue favorable, los vándalos botaron al mar varios barcos que no transportaban soldados, sino que previamente habían sido

preparados para que cuando estuviesen cerca de la flota imperial, se les prendiese fuego y, al entrar en contacto con los barcos romanos, todos ardiesen. Así fue. Tal acción pilló por sorpresa a la flota imperial. Refiriéndose a esta impactante escena, escribe Procopio:

La confusión, como es natural, se apoderó de la escuadra de los romanos y la intensidad del griterío rivalizaba en gran medida con el silbido del viento y con el crepitar de las llamas, mientras los soldados junto con los marinos se gritaban órdenes mutuamente y se esforzaban por alejar, ayudándose de pértigas, los barcos que estaban en llamas y los suyos propios, que se estaban destruyendo entre sí en un completo desorden.

La segunda parte del plan de Genserico consistió en el envío de otros barcos, ahora sí cargados de soldados, que atacasen directamente a los soldados imperiales y evitasen cualquier tipo de reacción del enemigo. «Y ya también se presentaban los vándalos embistiendo y hundiendo los barcos y llevándose como botín a los soldados, mientras intentaban huir, y sus armas también».

Basilisco, inoperante, decidió huir. No obstante, entre las huestes imperiales sí hubo hueco para el honor como el episodio protagonizado por Juan, un personaje importante dentro de la estructura militar de Basilisco, que vio cómo su barco era asaltado por multitud de enemigos y matando a muchos de ellos, y a pesar de habersele ofrecido una rendición honrosa por parte de los vándalos, no quiso caer preso y se lanzó al agua exclamando: «Juan no caería jamás en poder de unos perros». Desconocemos si tal escena se produjo como la describe Procopio, pero puede que sea un adorno para contraponer la actitud de Basilisco a la de otros muchos soldados que no huyeron y murieron en combate.

El jefe de la expedición imperial retornó a Constantinopla con los restos de la que fue una espectacular y magnífica flota. Allí se refugió en el interior de la iglesia de Santa Sofía para purgar sus penas y evitar represalias a causa de la gran humillación sufrida en África. En cuanto a Marcelino y Heraclio, sus victorias preliminares frente a los vándalos quedaron ensombrecidas por el desastre del cabo Bon. Procopio nos informa de que Marcelino fue asesinado en Sicilia al finalizar el conflicto por un hombre de confianza que quizá actuó en connivencia con Ricimero, quien se había quedado en Italia. La desaparición de Marcelino alegró inmensamente a Genserico, pues no olvidemos que este había conseguido derrotar en dos ocasiones a los vándalos y ahora eran los propios romanos quienes le habían librado de uno de los rivales más duros a los que se había enfrentado. El puesto ocupado por Marcelino en Dalmacia pasó a su sobrino Julio Nepote, quien fue reconocido como *magister militum* de Dalmacia por los emperadores León I y Antemio. Por su parte, Heraclio se retiró a la provincia Tripolitania y desde allí marchó a Constantinopla.

El coste de la derrota fue tremendo para el emperador oriental León I. Si tenemos en cuenta que las fuentes hablan de más de mil naves (Mayoriano en su intento de asalto del año 460 había conseguido reunir unos trescientos barcos), cien mil soldados y entre sesenta y cuatro mil y ciento treinta mil libras de oro gastadas en tal empresa bélica, podemos hacernos una idea del terrible impacto que generó dicha derrota y el enorme agujero que causó en las arcas de Constantinopla. El Imperio Romano de Oriente se vio abocado prácticamente a la bancarrota, y León I tuvo que imponer fuertes impuestos para recuperar la maltrecha salud de la economía bizantina [3]. Así, al emperador oriental tampoco le quedó más remedio que abandonar a Occidente a su suerte y firmar un penoso acuerdo con Genserico en el que los vándalos volvían al *statu quo* anterior al intento de invasión del año 468, recuperando el control sobre Cerdeña y permaneciendo Sicilia como territorio puente entre Italia y Cartago. El fracaso militar también llevó a León I a reforzar su poder con la ejecución de posibles voces discordantes, como ocurrió con el general de origen alano Aspar y a su prole en un banquete celebrado en el palacio imperial en el año 471. Para el Imperio Romano de Occidente y Antemio la oportunidad perdida de haber reconquistado el norte de África y su ansiado trigo también supuso un golpe muy duro. En el año 470, aparte de las ya anunciadas pérdidas territoriales definitivas en el frustrado intento de invasión del Reino Vándalo, el hambre hizo acto de presencia en la Galia y en la península Itálica. Conjuntamente, el soberbio rey visigodo Eurico, el cual obtuvo la corona goda en el año 464, amenazaba con seguir expandiendo el *Regnum Gothorum* de Tolosa por suelo galo y la península Ibérica, aprovechándose de la cada vez más tensa relación entre Antemio y Ricimero. De hecho, en este año de 470 Ricimero levantó un contingente de seis mil hombres que amenazaron el poder de Antemio. El conflicto civil se detuvo por el momento, pero volvió a estallar con más virulencia que nunca dos años después. En el año 472 el citado Olibrio, siempre en la sombra, fue posicionándose para ser el nuevo emperador de Occidente con el favor de Ricimero y Genserico. El Imperio Romano de Occidente, ahora sí, se encaminaba definitivamente hacia su final más triste. En dicho año Antemio se encontraba en una situación crítica, sin apoyos y viendo además cómo los católicos rechazaban su política de tolerancia hacia los paganos. Este clima de indefensión en el que vivía Antemio fue aprovechado por Ricimero para volver a proclamar a otro emperador, contando esta vez con el beneplácito de Genserico. Así, Roma volvió a ser asediada. Antemio se preparó para la defensa, pero no disponía de fuerzas militares suficientes para contrarrestar el ataque de Ricimero. El emperador oriental León I intentó calmar los ánimos y buscar una línea de negociación enviando al senador Olibrio, cuñado del hijo de Genserico. Lo que

consiguió León I fue lo contrario a lo que deseaba. Ricimero, buscando agradar al poderoso y triunfador Genserico, proclamó directamente emperador a Olibrio y en verano envió tropas de refresco comandadas por el burgundio Gundebado para preparar el asalto definitivo a Roma. Antemio resistió hasta julio del año 472 cuando finalmente fue derrotado y murió asesinado tal vez por el propio Ricimero. Olibrio pasaba a ser el nuevo emperador de Occidente, que no fue reconocido por León I, y Ricimero volvía a controlar el poder en la sombra. Al tiempo que se desarrolló el conflicto entre Antemio y Ricimero, el Imperio siguió perdiendo territorios en favor de los visigodos. El rey Eurico sacó rédito de la descomposición imperial y realizó una campaña militar que expandió los límites del Reino Visigodo de Tolosa. El soberano visigodo derrotó en el año 471 a un ejército imperial liderado por el hijo de Antemio, Antemiolo, el cual murió en la batalla. Al año siguiente, Eurico conquistó más territorios en el centro y sur de la Galia, realizando importantes incursiones y conquistas en la Auvernia. Poco a poco los ríos Loira, Ródano y Durance se fueron configurando como la frontera norte del reino tolosano. Prácticamente a la vez que la campaña gala, en los años 472 y 473, el monarca godo mandó a Hispania dos ejércitos para que incorporasen la rica provincia Tarraconense a los dominios de Tolosa, ampliándose de esta manera los territorios controlados por la monarquía visigoda en Hispania. Más tarde volveremos a referirnos a la expansión de Eurico por Hispania en el contexto de las disputas de mediados del siglo V entre suevos y godos.

Retomando las figuras de Olibrio y Ricimero, ambos sobrevivieron poco tiempo a Antemio. El patricio germano, fallecido un mes después que el desafortunado Antemio, fue sustituido en su puesto por el burgundio Gundebado, que asimismo recibió el título de patricio, y el emperador Olibrio fallecido de muerte natural en noviembre del año 472. Con las muertes de ambos se perdía cualquier oportunidad de una férrea alianza «vándalorromana» y Genserico retomó los ataques contra las costas italianas volviendo a su política pirática. El trono imperial de Occidente continuó vacante hasta marzo del año 473 cuando Gundebado hizo emperador a Glycerio, que hasta ese momento ostentaba el cargo de *comes domesticorum* y que, al igual que Olibrio, tampoco fue reconocido por León I.

A principios del año 474 moría el ya anciano León I habiendo designado como su sucesor a su nieto León II. El nuevo Augusto era menor de edad y a lo largo del año 474 ejerció como regente su padre, Zenón. A los pocos meses murió el jovencísimo León II, lo que facultó a Zenón para hacerse con el control del Imperio Romano de Oriente. La muerte de León I suponía para Genserico volver al punto de partida; es decir, al igual que había ocurrido con los tratados

firmados con anteriores emperadores, la desaparición de León I daba por concluido el tratado del año 468 y dejaba las puertas abiertas a un nuevo acuerdo. La llegada al poder de Zenón sumió en un periodo de inestabilidad la política bizantina, pues las tensiones internas y las revueltas comenzaron a hacer tambalear los inicios del reinado de Zenón. Entre estas tensiones, emergió la figura del malogrado Basilisco que, tras su desastrosa intervención en el intento de invasión del Reino Vándalo del año 468, todavía conservaba una buena posición derivada de ser el hermano de la viuda del emperador León I. En enero del año 475 expulsó del poder a Zenón, el cual se retiró a su Isauria natal (región montañosa al sur de Asia Menor) hasta que en agosto del año 476 marchó acompañado de un poderoso ejército a Constantinopla para recuperar el poder. Basilisco fue derrotado y acabó sus días encarcelado junto a su familia hasta que murieron de inanición. Es en este clima de inestabilidad donde debemos encajar el nuevo acuerdo al que llegaron Constantinopla y Cartago. Genserico sabía que el Imperio Romano de Oriente o Bizantino era el único rival que podía amenazar su dominio sobre el Mediterráneo y la única fuerza con capacidad para invadir, o al menos intentarlo, su reino. Por ende, un nuevo tratado, firmado además desde una posición de superioridad, podía ser muy ventajoso para sus pretensiones. Por su lado, Zenón asumía que el Imperio Romano de Occidente estaba más que herido de muerte y que el señor del norte de África y dominador del Mediterráneo central y occidental era Genserico. Hay discrepancias acerca de la fecha de la firma del acuerdo. Una posibilidad es el año 474 y otra el 476 tal vez tras la derrota de Basilisco y la reconquista del poder de Zenón. Procopio se refiere al pacto con estas palabras:

Genserico, envolviendo a sus enemigos con el engaño y expulsándolos de sus posesiones por la fuerza [...], seguía asolando y saqueando la totalidad del territorio romano, no menos que antes, sino quizá todavía más, hasta que el emperador Zenón llegó a un acuerdo con él y se estableció un pacto indefinido entre ambos en virtud del cual ni los vándalos llevarían a cabo, en todo el tiempo, ningún acto de guerra contra los romanos ni tendrían que sufrir eso de parte de aquellos.

Un tratado que, como decíamos, permitía a los vándalos olvidarse de posibles ataques de su más poderoso rival y dejaba a Zenón la posibilidad de concentrarse en otros conflictos políticos tanto internos como externos. Esta paz sobrevivió a sus dos firmantes y a varios de sus sucesores hasta que finalmente se rompió, como más tarde veremos, décadas después por parte bizantina.

Si analizamos los hechos narrados en las últimas páginas, el lector puede inferir cómo Genserico fue ganando cada vez más peso con respecto a los emperadores occidentales y orientales, y cómo acabó firmando distintos tratados

con ellos desde una posición igualitaria e incluso de fuerza y poder independiente de su ya avanzada edad. Lógicamente, dicha posición procedía de su excelente visión política y militar, que le convirtieron por derecho propio en un actor fundamental de las relaciones diplomáticas del siglo V y en uno de los reyes más importantes de la Tardoantigüedad. El profesor Álvarez Jiménez sentencia en su trabajo sobre el Reino Vándalo: «Después de [que los bárbaros hubieran] derrotado de forma humillante al Imperio Romano de Occidente, la Nueva Roma (Constantinopla) capitulaba ante los vándalos y ante el genio de Genserico». Es más, el *rex vandalarum et alanorum* tuvo determinados gestos a la hora de rubricar el último tratado que reafirman estas laudatorias palabras hacia su figura. Así, liberó a un número indeterminado de presos procedentes de las razias efectuadas por sus naves, además las fuentes también nos informan de que tuvo una mayor permisividad con el culto católico en Cartago. Cuestión esta última muy a tener en cuenta si consideramos el férreo arrianismo del monarca vándalo.

Tras la rúbrica del tratado del año 474 (nos quedamos con la primera opción), Genserico pasó sus últimos años de reinado siguiendo expectante desde el palacio de Birsa en Cartago la caída del Imperio Romano de Occidente. Además, asistió a los cambios geopolíticos que se daban al otro lado del Mediterráneo participando diplomáticamente en los mismos como si estuviese jugando una plácida partida de ajedrez.

A finales de junio del 474 en Roma la púrpura del Imperio Occidental había pasado a manos de Julio Nepote, *magister militum* de Dalmacia, quien se presentó en Italia con un poderoso ejército y con el reconocimiento de Constantinopla a su proclamación. Glycerio no presentó lucha y Julio Nepote le perdonó la vida y lo nombró obispo de Salona. Julio Nepote mantuvo en su cargo de *magister militum* de Occidente a Gundebado y desde Rávena intentó firmar un nuevo *foedus* con Eurico. El rey godo había consolidado sus conquistas en Hispania y en la Auvernia y se presentaba en Occidente como un rey al mismo nivel de poder y de autoridad que el propio Genserico. En agosto del año 475 Julio Nepote fue depuesto como emperador por el patricio y general de las tropas del sur de la Galia, Orestes. Julio Nepote, al no poder recurrir a Zenón puesto que este había sido expulsado del trono por Basilisco, se retiró a Dalmacia donde mantuvo el poder durante varios años más. En octubre de dicho año el patricio y *magister militum* Orestes elevó al trono de Occidente a su hijo, el malogrado Rómulo Augústulo. Los territorios bajo dominio del joven emperador apenas se circunscribían ya a la península Itálica. El fin estaba muy cerca. Orestes tuvo tiempo de firmar un acuerdo con Genserico del que se desconocen los términos. Es curiosa la actitud de Genserico, ya que el cronista Jordanes nos informa de

que, en estos últimos momentos del Imperio Romano de Occidente, el rey vándalo animó al soberano visigodo Eurico a que sometiese a su control las estratégicas ciudades de Marsella y Arlés, incitándole con el envío de regalos. Prosigue Jordanes añadiendo que todo ello obedecía a la estrategia de Genserico que consistía en que mientras él gobernaba plácidamente su reino africano, los visigodos se centraban en atacar duramente Occidente y los ostrogodos, en asolar el Imperio de Oriente. Víctor de Vita nos informa de un nuevo acuerdo que firmó Genserico antes de morir con Odoacro, general de origen esciro que había depuesto a Rómulo Augústulo y enviado las insignias imperiales al emperador oriental, pasando de esta manera a controlar Italia como *rex*. Lo más relevante de este tratado es la cesión, aunque seguramente sin pérdida de autoridad política de los vándalos, de Sicilia en beneficio de Odoacro a cambio de un pago anual y de quedar el *Regnum Vandalorum* en una posición de superioridad política sobre el reino de Italia.

Así prácticamente se cerraba el largo, belicoso e intenso reinado de Genserico, pues el gran rey de vándalos y alanos moría el 24 o el 25 de enero del año 477, en su palacio de Birsá con casi noventa años de edad. Un reinado fundamental, como hemos reiterado en varias ocasiones, para comprender el siglo v. El monarca vándalo dejaba su reino en una situación privilegiada y con acuerdos de paz que certificaban su tranquilidad política. Aunque al igual que ocurrió con la desaparición de otros reyes germanos que marcaron un antes y un después en sus respectivos pueblos/reinos, véase el caso de los ostrogodos y Teodorico el Grande, la obra de Genserico se vino abajo varias décadas después. Aun así, la huella de Genserico fue bien profunda en la Tardoantigüedad, incluso tras la destrucción del Reino Vándalo a manos del Imperio Bizantino, como más tarde analizaremos. Un ejemplo de la singular huella son las palabras escritas más de un siglo después por san Isidoro de Sevilla, que, cargadas de su habitual inquina hacia los vándalos, muestran la marca que dejó Genserico en la posteridad y reafirman la fama violenta de los «bárbaros vándalos»: «Tras la devastación de muchas provincias y las expoliaciones y matanzas de los cristianos, muere [...]». Naturalmente, el arzobispo hispanogodo se refiere al hablar de «cristianos» a las acciones derivadas de la política anticatólica y proarriana del soberano vándalo que durante muchos siglos fueron recordadas, en numerosos casos de manera un tanto exagerada, por los ambientes eclesiásticos católicos. Para cerrar este apartado, queremos recoger una vez más las palabras del profesor Álvarez Jiménez, que, bajo nuestro punto de vista, resume de manera clara y concisa los casi cincuenta años de reinado de Genserico:

Con su muerte acababa un ciclo prodigioso de la historia del pueblo vándalo con el que

finalizaba el deambular migratorio desde el Barbaricum hasta conseguir establecer un reino independiente en la zona más próspera del Imperio romano empleando para este fin la piratería.

Bizancio destruye el Reino Vándalo

Los años que transcurren desde la muerte de Genserico en el año 477 hasta la destrucción del *Regnum Vandalorum* en el 534, junto a los distintos sucesores del gran monarca vándalo, podemos considerarlos de un menor peso histórico que la etapa anterior en la que el Reino Vándalo fue uno de los grandes protagonistas políticos entre el ya fenecido Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente. Tal vez el episodio más interesante de este periodo sea la campaña de invasión llevada a cabo por el emperador bizantino Justiniano y que acabó por añadir a los dominios del Imperio Romano de Oriente las posesiones vándalas. Conocemos a la perfección esta campaña militar gracias al minucioso trabajo del cronista Procopio, pero, llegado el momento, nosotros solo esbozaremos detalles de la misma, ya que sus pormenores, características y desenlace darían prácticamente para una monografía aparte.

El sistema de sucesión vándalo, que para algunos autores fue dispuesto por Genserico y que para otros pertenece a la tradición asdinga, establecía que el sucesor debía ser el varón de mayor edad perteneciente a la familia real. Según Procopio, Genserico dejó establecido en su testamento que el trono debía recaer en su descendiente directo de mayor edad y posteriormente en el siguiente descendiente, siguiendo el orden marcado por la edad hasta que desapareciese la primera generación de hermanos, y entonces se pasase a la segunda generación. Este sistema de sucesión recibe el nombre de seniorato o *tanistry*. Así, el mando del Reino Vándalo recayó en Hunerico, quien ya no estaba casado con la princesa Eudocia, hija de Valentiniano III, la cual había huido a los territorios del Imperio de Oriente a consecuencia de la política religiosa de los vándalos. A pesar de la marcha de la princesa teodosiana, el matrimonio entre esta y el ahora rey vándalo había dado un hijo llamado Hilderico.

El objetivo fundamental de Hunerico a lo largo de su reinado fue reafirmar su poder como rey y eliminar cualquier atisbo de oposición, aunque esto supusiese destruir el sistema heredado de su padre. Para ello estableció un nuevo mecanismo hereditario en forma de ley por la cual el sistema de sucesión pasaba a ser patrilineal. Lógicamente, este sistema beneficiaba a su hijo Hilderico en contraposición a su hermano Teodorico. Este movimiento político y hereditario de Hunerico chocó de lleno con los deseos de otros miembros de la familia real y de la nobleza. Al soberano vándalo no le tembló el pulso y pasó a cuchillo a un número indeterminado de opositores entre los que se encontraban su hermano

Teodorico y sus sobrinos. La oposición a Hunerico buscó apoyo y lo encontró en una institución habitualmente maltratada por la monarquía vándala, la Iglesia católica. Este hecho motivó que a partir del año 483 el rey vándalo persiguiese a la Iglesia católica desencadenándose una terrible represión. El momento culminante de la misma llegó en febrero del año siguiente cuando en una reunión de obispos arrianos y católicos celebrada en Cartago, el monarca vándalo dictaminó la conversión forzosa de los católicos al arrianismo. A partir de aquí las posiciones entre la Iglesia católica y Hunerico fueron irreconciliables en el tiempo que restaba de su reinado, y el rey vándalo acabó dañando de gravedad a la institución eclesiástica, destruyendo prácticamente su estructura social en determinados territorios del reino y desterrando a distintos miembros de la jerarquía católica. Procopio ofrece una terrible descripción de la cruenta persecución llevada a cabo por Hunerico contra los católicos. El cronista de Cesarea llega a escribir, seguro que exagerando su discurso, pero mostrando el ensañamiento contra los católicos en el Reino Vándalo, que Hunerico cortó la lengua hasta el fondo de la garganta a algunos católicos, aunque estos pudieron seguir hablando perfectamente. En el año 481 Hunerico solicitó a los embajadores de Zenón que los clérigos arrianos de Constantinopla pudiesen usar la lengua gótica, asegurando que él permitiría que en el Reino Vándalo la Iglesia católica actuase con libertad; según apunta la profesora Jiménez Garnica, la negativa a esta petición fue la que provocó las señaladas conversiones forzosas, confiscaciones, etc.

Aparte de la cuestión dinástica y de la política represiva contra la Iglesia católica, otro punto importante del reinado de Hunerico fue el conflicto que se generó con los *mauri*. Procopio informa de enfrentamientos sangrientos entre vándalos y *mauri*. Todo hace indicar que las tribus norteafricanas, aprovechándose de la desaparición de la poderosa figura de Genserico, atacaron los intereses del Reino Vándalo. En términos militares el reinado de Hunerico fue tranquilo a nivel de enfrentamientos con enemigos externos, pero los problemas a nivel interno con los citados *mauri* sí fueron serios. El choque entre los germanos y las tribus norteafricanas comienza a desvelar un proceso de debilitamiento del reino.

El reinado de Hunerico dio muestras de que el reino norteafricano y mediterráneo de vándalos y alanos era un gigante con pies de barro, y que solo la diestra mano de Genserico había servido como elemento sustentador. Sin el gran rey vándalo, el declive fue siendo progresivo hasta su entera destrucción. Los problemas evidenciados bajo el gobierno de Hunerico no eran coyunturales, sino que estaban enraizados en el corazón del reino. Hunerico falleció a finales del año 484 dejando el *Regnum Vandalorum* en medio de una severa crisis derivada de sus enfrentamientos contra los católicos, las luchas frente a los indígenas y una

hambruna, la cual evidenció una crisis del sistema fiscal vándalo. El intento por parte de Hunerico de modificar la sucesión no tuvo el éxito que él hubiese deseado, y el trono vándalo pasó a manos de Guntamundo, que era nieto de Genserico, hijo de un hermano de Hunerico y el varón de mayor edad de la casa real, por lo que siguiendo el sistema tradicionalista de sucesión era el indicado para regir el destino del reino. Guntamundo heredó de su tío el problema con los indígenas norteafricanos, quienes habían comenzado a establecer principados/estados en zonas montañosas próximas a los asentamientos vándalos, desde donde realizaban razias enriqueciéndose a costa del Reino Vándalo. Esta circunstancia pudo llevar a Guntamundo a interesarse por tener unas buenas relaciones con la Iglesia católica con el objetivo de, por un lado, buscar aliados frente a estos principados bereberes y, por otro, conseguir la legitimación de dicha institución ante el Imperio bizantino, que vivía en estos momentos un periodo de crisis religiosa a causa del alejamiento de Constantinopla con respecto a la Iglesia católica de Occidente. Este acercamiento a la Iglesia católica permitió el regreso de muchos católicos exiliados. No contamos con muchos más datos reseñables del gobierno de Guntamundo, que murió en el año 496. Fue sucedido por su hermano Trasamundo.



El reino vándalo a principios del siglo VI.

El gobierno del nuevo soberano vándalo arrastró los problemas que se habían ido desarrollando en los reinados de sus predecesores, y acompañaron al monarca en los casi treinta años en los que estuvo en el poder. Las primeras

palabras que el cronista Procopio dedica a Trasamundo cuando empieza a describir su reinado son positivas: «Hombre de buena apariencia y dotado de una excepcional discreción y magnanimidad». No obstante, rápidamente pasa a criticar su política religiosa, no por ser sangrienta como la de Hunerico, por ejemplo, sino por la forma en la que intentó atraer al clero católico a la causa arriana. Trasamundo sabía que la ausencia de apoyos exteriores, y también interiores, era un tremendo lastre que ponía en peligro la monarquía vándala, máxime al no contar con una figura tan carismática y respetada como fue la de Genserico. Por este motivo, los sobornos y las prerrogativas pasaron a formar parte de la manera en la que el rey vándalo intentó persuadir a miembros del clero católico para que abandonasen su fe. Otra fórmula en la que Trasamundo confió para conseguir apoyos, en este caso en el exterior, fueron los matrimonios políticos. A principios del siglo VI el referente político en Occidente era el rey ostrogodo Teodorico el Grande o el Amalo. Este monarca, tras haber aplastado a Odoacro, creó un poderoso reino en Italia y desde Rávena entretejió una red de matrimonios diplomáticos entre las distintas monarquías germánicas, con el fin de posicionarse contra el Imperio bizantino. Así, Teodorico el Grande se convirtió en el árbitro de la política de Occidente, véase la más que comprensible sentencia que le dedica el cronista Jordanes: «Mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento», a lo que añadimos que por derecho propio debe ser considerado uno de los «hacedores» de Europa, tal y como le hemos definido en otros trabajos. Dentro de la política matrimonial diseñada por el rey ostrogodo, Trasamundo, que estaba viudo, se casó con la también viuda Amalafreda, a la sazón hermana de Teodorico. El monarca vándalo vio cómo seguían a su esposa en el camino al norte de África mil guerreros de élite godos, que actuaron como guardia de corps, y alrededor de cinco mil hombres que de la misma manera estaban preparados para el combate. La presencia de los más de cinco mil escoltas godos que acompañaron a Amalafreda pudo ser vista como una potente guardia personal de la hermana de Teodorico y como una ayuda frente a las continuas razias de los irreductibles *mauri*, pero, igualmente, pudo ser considerada una muestra del potente brazo militar ostrogodo y generar recelos entre sectores vándalos. Aparte de la comitiva guerrera, el soberano ostrogodo concedió al nuevo matrimonio un pequeño territorio en el oeste de la isla de Sicilia, antiguo dominio vándalo que habría pasado a manos ostrogodas cuando Teodorico el Grande conquistó el reino de Odoacro. Las relaciones entre el Reino Ostrogodo de Italia y el Reino Vándalo siempre fueron singulares y ambos se miraban con cierta desconfianza particularmente desde la corte de Rávena. Véanse como muestra de esta peculiar relación godo-vándala que Sicilia fue continuamente un

territorio en disputa y ambicionado por las dos monarquías o que Teodorico decidiese anular el tributo que pagaba Odoacro a los vándalos. Es más, las desconfianzas que los vándalos provocaban en la corte de Rávena quedaron recogidas en las *Variae* de Casiodoro, alto funcionario del Reino Ostrogodo, y llevaron a Teodorico el Grande a situar guarniciones al sur de la península Itálica para vigilar las posibles incursiones piráticas y los movimientos de los vándalos, además de intentar crear una flota que estuviese a la altura de la de Cartago. Evidentemente, el Amalo no consiguió este último propósito, ya que el nivel de la flota vándala era una meta inalcanzable. En realidad, la difícil relación establecida entre los dos reinos germanos no era algo nuevo. Desde los tiempos de *Die Völkerwanderung* existía una profunda rivalidad entre vándalos y godos que perduró a lo largo de los siglos y que quedaría recogida en cánticos épicos y en las historias de los respectivos pueblos. Dejando aparcada la singularidad del trato que se profesaban vándalos y ostrogodos, las buenas relaciones diplomáticas de Trasamundo le llevaron a establecer un trato de amistad con el emperador oriental Anastasio, que había sucedido a Zenón en el año 491.

En lo que concierne al plano político-militar, el rey vándalo tuvo que hacer frente a un serio problema a nivel interno y asistir como espectador a uno de los conflictos más relevantes de la primera mitad del siglo VI: la guerra franco-gótica que enfrentó al rey franco Clodoveo y al monarca visigodo Alarico II. El episodio culmen de este conflicto tuvo lugar en el 507, año en el que aconteció la cruenta batalla de Vouillé, a unos quince kilómetros de Poitiers. El ejército de Clodoveo venció a las huestes de Alarico II, que murió en la batalla, y se inició el proceso de la conquista franca del *Regnum Gothorum* de Tolosa. El soberano ostrogodo Teodorico el Grande, posicionado a favor de los visigodos, no pudo intervenir a causa de la presión bizantina hasta un año después, cuando derrotó a los francos y salvó de la hecatombe a los restos del reino tolosano y de la muerte al que tras la batalla de Vouillé se había convertido en rey visigodo, Gesaleico, quien, por otro lado, no era del gusto del Amalo. El desagrado que generaba Gesaleico en el monarca ostrogodo acabó derivando en un enfrentamiento entre ambos. En el año 511 un ejército ostrogodo comandado por el general Ibbas derrotó en la Tarraconense a las fuerzas de Gesaleico, el cual huyó a África buscando el apoyo de Trasamundo para conseguir recuperar el trono. De esta forma, el rey vándalo se vio en medio del conflicto franco-godo y ante la presión de su cuñado, Teodorico el Grande, decidió no proporcionar soldados a Gesaleico, pero tampoco le dejó abandonado a su suerte. Trasamundo ayudó económicamente a Gesaleico y le facilitó su regreso a la Galia. Finalmente, Gesaleico volvió a ser derrotado a doce millas de Barcelona por el magnífico general ostrogodo Ibbas. Tuvo tiempo de huir, pero terminó siendo apresado y

más tarde ejecutado. Teodorico el Grande pasó a ser el regente o tutor del Reino Visigodo hasta que murió en el año 526, momento en el cual el trono visigodo quedó en manos de su nieto Amalarico.

El problema a nivel interno vino nuevamente de las tribus indígenas norteafricanas, antaño aliados fundamentales bajo el reinado de Genserico, pero tras su muerte un problema constante. El líder rebelde Cabon o Cabaón, figura carismática entre los suyos y gobernador en la zona de la provincia Tripolitania, en la actual Libia, hizo frente astutamente a un ejército vándalo enviado desde Cartago en una campaña de castigo. En primer lugar, ordenó a sus hombres que se abstuviesen de mantener relaciones sexuales con sus mujeres. A continuación, el líder indígena les envió a seguir el avance del ejército enemigo y observar los saqueos realizados en las iglesias católicas por los germanos a lo largo de su trayecto. Tras la marcha de los vándalos, la directriz de Cabon era que sus hombres debían ayudar a los católicos a reparar los daños causados por los vándalos. El líder de esta tribu libia buscaba con tal medida ganarse el favor de los católicos, ahondando en el distanciamiento entre estos y los arrianos vándalos. La fácil movilidad y el adecuado conocimiento del territorio permitían a los hombres de Cabon moverse hábilmente y seguir sin dificultades los pasos de la hueste vándala. Pero más interesante y sorprendente resulta la táctica guerrera utilizada por Cabon para derrotar en combate a los vándalos. Siguiendo a Procopio, sabemos que los espías del líder norteafricano le informaron de la cercanía de los vándalos a su campamento. Entonces, Cabon reaccionó haciendo un círculo con sus camellos alrededor del campamento reforzando el frente con una línea de profundidad de doce camellos. En el interior del círculo quedaron alojados los hombres no aptos para el combate, las mujeres, los niños y sus posesiones. Los guerreros en cambio se posicionaron entre las patas de los camellos protegiéndose con sus escudos. A la llegada del ejército vándalo, los germanos quedaron estupefactos ante la sorprendente formación de combate sin saber exactamente cómo poder atacarla. Por si esto no fuera suficiente, los vándalos tenían el hándicap de su ineficacia demostrada a la hora de asaltar ciudades y fortificaciones, que, junto a su poca destreza en el manejo de armas arrojadizas, jabalinas y arcos, según Procopio de una forma bastante exagerada, complicaban el asalto. En la descripción de la escena, el cronista de Cesarea también añade que los vándalos tampoco sabían combatir a pie, hecho que indudablemente y del mismo modo ponemos en duda, puesto que no todos los soldados no de este, sino del ejército vándalo en términos globales, irían a caballo independientemente de que la caballería fuese la fuerza principal de su ejército, como sucedía en otros pueblos germanos, por ejemplo los godos. Realmente, lo que Procopio buscaba con sus palabras era incidir en la

incapacidad de los vándalos para hacer frente a la extraña formación que tenían delante.

Los hombres de Trasamundo no podían asaltar a distancia a sus enemigos, pero tampoco atacar directamente porque los caballos estaban nerviosos al ver a los camellos. Los indígenas norteafricanos aprovecharon la indecisión de sus enemigos para atacar con armas arrojadas desde su privilegiada posición y causar estragos entre las líneas rivales, hasta que provocaron la desbandada de la tropa vándala. En este momento Cabon ordenó el ataque directo de sus guerreros y un gran número de soldados vándalos perecieron en la huida, otros fueron apresados y un número muy reducido regresó a Cartago como muestra vergonzante de la terrible derrota sufrida. Los vándalos habían demostrado que no estaban preparados para derrotar a las tribus rebeldes. Aparte de sus peculiares formas de combatir, estas actuaban de manera independiente y no eran un único estado homogéneo al que plantar cara con métodos tradicionales. Esto provocó que el Reino Vándalo no pudiese atender tantos frentes y que desde la desaparición de Genserico su frontera oeste, este y sur desde la Mauritania tingitana hasta las provincias de Numidia, Bizacena y la Tripolitania se fuese reduciendo poco a poco.

Después de un largo e irregular reinado, a mediados del año 523 murió Trasamundo, pasando a ser el nuevo *rex vandalarum et alanorum* su sobrino Hilderico. Por fin el hijo de Hunerico subía al trono tras una larga espera. El paso del tiempo y la experiencia de los reinados de sus familiares directos parece que le dieron a Hilderico las herramientas necesarias para afrontar los habituales problemas del reino, o al menos para enfocarlos debidamente y no fracasar. Así, llevó a cabo un profundo acercamiento a la Iglesia católica con el sempiterno deseo de conseguir aliados fieles y duraderos. Por otro lado, rompió relaciones con el monarca godo Teodorico el Grande. Alrededor del año 525 un sector de la nobleza vándala desafecta a Hilderico se alió con Amalafreda, viuda de Trasamundo y hermana del rey ostrogodo, y buscaron el apoyo de las tribus bereberes para enfrentarse al rey vándalo. En una batalla al sur de Cartago los rebeldes fueron derrotados por el ejército de Hilderico, lo que conllevó el encarcelamiento de Amalafreda y la ejecución de los restos de la guardia de guerreros godos que había enviado Teodorico junto a ella. El Amalo pudo pensar en invadir Cartago, pero la carencia de una gran flota y su muerte en el año 526 impidieron cualquier venganza ostrogoda. En contraposición a las malas relaciones con la Rávena goda, estuvo el buen trato con Constantinopla gracias a las excelentes relaciones mantenidas con Justiniano, sobrino del emperador oriental Justino y figura que realmente manejaba la política bizantina, por parte del monarca vándalo.

Hilderico no era un gran jefe guerrero en el sentido de la tradición guerrera germánica ni eran de su gusto los asuntos castrenses, por este motivo Hoamer se encargó de dichos menesteres. Hoamer pertenecía a la familia de Hilderico y tenía una buena reputación en el arte de la guerra entre su pueblo. El mismo Procopio señala: «Este era el hombre al que llamaban “el Aquiles de los vándalos”». A pesar de su fama, Hoamer no pudo evitar una dura derrota que a la postre y en cierta medida condicionaría el destino de Hilderico. En la zona de Bizacena, al sur de Cartago, uno de los territorios donde se había establecido un poder autónomo ajeno a los vándalos, el líder bereber Antalas, que podría haber elevado sus dominios a la categoría de reino y convertirse él consecuentemente en rey, derrotó en batalla a finales de la década de los años veinte a las fuerzas comandadas por Hoamer aprovechando una vez más la ventaja que les confería el terreno. Esta derrota y el aumento de la oposición a Hilderico dentro del seno de la nobleza vándala facilitarán que emerja la figura de Gelimer como canalizador del descontento frente a Hilderico. Gelimer, siguiendo la tradición hereditaria de los vándalos, debía ser el sucesor de Hilderico. De hecho, Genserico era su bisabuelo, pero sus ansias por acceder al trono le llevaron a no querer esperar el transcurrir natural del tiempo. Procopio describe a Gelimer como «el mejor guerrero de su tiempo», pero del mismo modo dice que era «de mal carácter y un completo experto en el arte de fomentar revueltas y de apoderarse del dinero ajeno». En el año 530, y con el apoyo de la nobleza desafecta a Hilderico, Gelimer destronó al rey legítimo y obtuvo el poder. El usurpador justificó su manera de actuar basándose en que Hilderico había sufrido una cruenta derrota frente a los bereberes, la señalada de Hoamer, y que había entregado la monarquía vándala al emperador oriental para evitar que el trono cayese en su poder llegado el momento de la sucesión. Las acusaciones de Gelimer no dejan de ser ciertas al menos en el sentido de que Hilderico, como ya hemos apuntado, no representaba la imagen habitual del rey-líder guerrero de la tradición germánica que en estos tiempos parece que necesitaba la monarquía vándala. Prácticamente ignoró la política militar y dejó estos asuntos en manos de otra persona, la cual, además, sufrió una terrible derrota que menoscabó la moral y el prestigio del Reino Vándalo. Y de la misma manera es verdad igualmente que Hilderico mantenía unas relaciones muy fluidas con Constantinopla que no eran del agrado de algunos sectores nobiliarios. No obstante, y a pesar de la política de Hilderico, la manera de actuar de Gelimer fue sin duda la de un usurpador. Hilderico fue encarcelado y Hoamer y su hermano Evages o Hoageis corrieron la misma suerte. En junio del año 530 Gelimer ya era *rex vandalorum et alanorum* y tenía que hacer frente a los problemas endémicos de su reino, que lo acompañaban desde hacía varias décadas y

amenazaban constantemente con destruirlo. Desde Constantinopla el poderoso emperador bizantino Justiniano, que había accedido al trono en el año 527, pretendía la *renovatio imperii*, es decir, recuperar los territorios del Imperio romano y reinstaurar su grandeza. A partir de aquí la antigua *Diocesis Africae* y todos los territorios del Imperio Romano de Occidente eran objetivos militares para Bizancio. La *renovatio imperii* fue bien recibida por la población católica del norte de África, ya que esperaban que Justiniano barriese al arriano reino de los vándalos. Justiniano, dadas sus buenas relaciones con Hilderico, envió una embajada a Cartago solicitando a Gelimer que respetase la norma sucesoria impuesta por Genserico reponiendo en el trono a Hilderico, y que esperase el paso natural del tiempo para que él de manera legal fuese rey de los vándalos. Si actuaba así, Justiniano le ofrecía su amistad. La reacción de Gelimer fue ignorar a los diplomáticos, cegar a Hoamer y mantener en prisión al anciano Hilderico. Justiniano remitió un segundo mensaje a Gelimer solicitándole que enviase a Constantinopla a Hilderico, Hoamer y Evages para que al menos viviesen dignamente en Oriente. El emperador también advirtió a Gelimer que el tratado firmado con Genserico no frenaría el ataque bizantino en caso de no cumplir las peticiones y que actuarían en consecuencia al no respetarse las voluntades establecidas por el antiguo y gran *rex vandalorum et alanorum*. Si nos detenemos un momento en este segundo mensaje de Justiniano a Gelimer, inferimos dos cuestiones: primera, Justiniano no deseaba lanzarse a la conquista del Reino Vándalo, al menos en este momento, y prefería mantener las relaciones cordiales que había mantenido bajo el gobierno de Hilderico; y segunda, la honda huella y el profundo respeto que dejó Genserico no solo en su reino, sino igualmente en el bando enemigo, y cómo es mencionado en múltiples ocasiones a la hora de recordar sus actuaciones, las cuales seguían marcando la política mediterránea mucho tiempo después de su muerte. Gelimer respondió a Justiniano diciéndole que había actuado de manera correcta y acorde a la ley dada la actitud de Hilderico, y que el emperador no debía inmiscuirse en los asuntos internos de otros reinos. La osadía del rey vándalo le llevó a desafiar al emperador bizantino, tal y como recoge Procopio:

[...] y si rompes el tratado y vienes contra nosotros, te haremos frente con todas nuestras fuerzas, poniendo por testigos los juramentos que fueron prestados por Zenón, de quien tú has recibido el poder imperial que ahora disfrutas.

El enfrentamiento era inevitable. La paciencia de Justiniano se agotó y lanzó de inmediato una campaña de conquista del Reino Vándalo. Primero y sabiamente aseguró su retaguardia para evitar sorpresas concluyendo la guerra con los persas. Para el año 533 el Imperio Romano de Oriente se encontraba

preparado para acometer la invasión de Cartago. El emperador bizantino puso al frente de la misión al destacado Belisario, uno de los generales más sobresalientes del siglo VI (tal vez el mejor que dio el ejército bizantino a lo largo de su amplia historia) y un personaje con una biografía fascinante. Belisario estaba curtido en las guerras contra los persas y, además, gracias a su intervención en el Hipódromo de Constantinopla en el contexto de la revuelta de Niká, [4] Justiniano había conseguido mantenerse en el trono en un episodio que casi le cuesta el gobierno del Imperio. Por estos y otros muchos motivos, Belisario era el hombre ideal para acometer una empresa que la romanidad, aunque fuese en su versión oriental, llevaba reclamando desde hacía muchos años: recuperar el valioso norte de África. La *renovatio imperii* estaba en marcha y los vándalos iban a conocer el poder de las espadas bizantinas. Como apuntamos en páginas precedentes, la crisis del *Regnum Vandalorum* y la destrucción del mismo por parte del Imperio Bizantino darían para una monografía solo por la gran cantidad de datos de índole militar con los que contamos, por esta razón simplemente vamos a continuar con el análisis sin profundizar en dichas cuestiones, ya que se excedería el objetivo de este trabajo. Al lector interesado le recomendamos que acuda a la amplia bibliografía que hallará al final del libro.

Regresando al año 533, cuando Justiniano dio a conocer su plan de invadir el Reino Vándalo, muchos de sus consejeros rechazaron el plan recordando el gran desastre del general Basilisco y el tremendo gasto realizado por el emperador León I. Pero ni Justiniano era León I ni, sobre todo, Belisario era el desafortunado Basilisco. En junio de dicho año una flota naval partió transportando un ejército de unos quince mil soldados romanos, entre infantes y jinetes, y alrededor de mil auxiliares bárbaros (hérulos y hunos). Una fuerza combativa con un único objetivo: destronar a Gelimer, conquistar el Reino Vándalo y aplastar cualquier resistencia. No disponemos de datos exactos acerca de los hombres con los que podía contar Gelimer en el bando vándalo. Para el citado investigador Simon MacDowall, Gelimer, a diferencia de Belisario, no tendría a su alcance un ejército con una combinación tan buena de infantería, caballería y además tropas auxiliares. Indudablemente, los vándalos mantenían una excelente caballería formada en gran parte por nobles equipados con una panoplia de élite: cota de malla, casco, escudo, espada, lanza, etc. Sin embargo, para MacDowall el hándicap de los vándalos en el año 533 residía en que no contaban con una fuerza bien preparada y armada de infantes y arqueros, [5] y tampoco podían recurrir a los africanorromanos porque su presencia en el ejército estaba vetada. El comodín de los indígenas, que durante las campañas de piratería de Genserico tan buenos resultados había dado, estaba completamente descartado por las tensiones y los enfrentamientos expuestos más arriba. A estos

problemas de organización militar hay que añadir la dispersión de las fuerzas vándalas para hacer frente a las incursiones bereberes y la inestabilidad que había generado en el año 532 una revuelta inducida por el Imperio Romano de Oriente en la isla de Cerdeña, la cual había provocado que este territorio saliese fuera de la órbita política de Cartago.

Los respectivos ejércitos de Belisario y de Gelimer se enfrentaron en primer lugar en la batalla de Ad Decimum, con el resultado de victoria para Belisario y la caída de la Cartago vándala. Seguidamente, a finales del año 533 en la batalla de Tricamarum las tropas imperiales volvieron a vencer a los vándalos. El triunfo bizantino supuso la derrota definitiva de Gelimer, aunque antes tuvo tiempo de asesinar al depuesto rey Hilderico y a varios de sus familiares. Al año siguiente Gelimer asumió la pérdida del reino y fue enviado a Constantinopla, lugar en el que fue exhibido dentro de la comitiva triunfal de Belisario y llevado ante el emperador Justiniano. El último *rex vandalarum et alanorum* no fue ejecutado, pudo vivir exiliado con varios miembros de su corte en la lejana región asiática de Galacia, en el corazón de la actual Turquía. En el año 534 el viejo sueño de Genserico moría en las manos de Gelimer.

Después de la caída del último monarca vándalo los soldados orientales tuvieron que seguir combatiendo en el norte de África. En esta ocasión a los pequeños estados o reinos que años atrás habían complicado la política del Reino Vándalo, y que ahora además habían recibido a algunos vándalos que huyeron de las garras imperiales, evitando así convertirse en esclavos, e igualmente a africanorromanos que habían colaborado en la administración del *Regnum Vandalorum*. Finalmente, Justiniano recompuso el gobierno en las antiguas provincias romanas del norte de África, militarizó puntos estratégicos como Ceuta, añadió a los dominios de Constantinopla las antaño gloriosas conquistas mediterráneas de Genserico: islas Baleares, Córcega, Cerdeña y la parte de Sicilia controlada por los vándalos, y también se adueñó de la red comercial que partía desde el norte de África. En consecuencia, la conquista del Reino Vándalo fue todo un éxito y un gran tesoro para Justiniano.

«Y de este modo fue destruido y terminó el reino de los vándalos». Con estas rotundas palabras sentencia san Isidoro en su *Historia* la caída del *Regnum Vandalorum*. En el norte de África los vándalos sí consiguieron lo que no pudieron o no consiguieron tener en Hispania: un reino. Sin embargo y a pesar de que fructificó, estaba destinado a desaparecer. Existe un cierto consenso historiográfico al considerar que las principales causas de esta destrucción fueron la fragilidad del reino, las diferencias religiosas y culturales que atenazaron su política interna, la ausencia de aliados y la circunstancia de que la institución monárquica fue la única que actuó de elemento identitario y

aglutinador junto a los iniciales éxitos militares. Empero, la causa principal, como el lector habrá podido apreciar, fue el estado de casi orfandad que dejó la ausencia de Genserico. La falta del gran líder, del gran estratega, en definitiva, del gran *rex*, evidenció que, sin Genserico, la historia del pueblo vándalo estaba condenada a perderse en los ríos de la memoria.

La importancia histórica de Genserico, la singularidad del establecimiento de un reino germano en África y, en especial, el hecho de que los vándalos formen parte de nuestra historia justifican en este trabajo el estudio y la exposición del desarrollo histórico de este pueblo desde de sus inicios en las lejanas tierras del norte de Europa, pasando por su estancia en Hispania y concluyendo con su funesto final.

Espada, trono y rasgos simbólicos

Como venimos defendiendo a lo largo de este trabajo, elementos como el mundo militar, la tradición guerrera, la imagen del rey, la cuestión identitaria, los símbolos, la esencia sagrada de los pueblos deben acompañar el estudio y la narración de los hechos históricos, puesto que van unidos a estos, y en muchos casos no son lo suficientemente tenidos en cuenta a la hora de profundizar en las raíces de nuestro pasado y comprender el devenir de los tiempos.

Vamos a arrancar este apartado adentrándonos en el ámbito castrense vándalo. Nos situamos en una horquilla cronológica que abarca desde los inicios del siglo V hasta la destrucción de la monarquía vándala en el primer tercio del siglo VI, época en que la vieja organización tribal de los vándalos en su sentido militar había ya desaparecido. Fue mutando a medida que los procesos de etnogénesis se fueron sucediendo y a la par que la evolución histórica llevaba al pueblo vándalo a tener un estado propio. Para el caso vándalo se repite una máxima que se dio con otros pueblos o reinos germanos: un momento de esplendor militar, que coincidiría con el reinado del gran Genserico, y un gradual debilitamiento militar que conllevó a no poder ofrecer una respuesta efectiva al enemigo que acabaría sometiéndolos. La organización del ejército estuvo marcada por las herencias germanas y romanas al igual que su funcionamiento. La profesora Sanz Serrano establece la existencia de veinticuatro *millenarius* (*thiufadi* en su nomenclatura en lengua gótica), que estaban al mando de mil hombres y poseían un notable peso en el ámbito civil. [6] Dicha profesora también incluye como figuras destacadas en la estructura político-militar a los *duces*, que se encontrarían al frente de las distintas divisiones territoriales. Por encima habría una asamblea [7] de personajes influyentes al más puro estilo de un consejo del reino. Por otro lado, un elemento fundamental del ejército vándalo eran los séquitos armados tanto del rey como de la nobleza. El lector recordará la importancia que dimos a

los séquitos armados (*comitatus* o *Gefolge*) para este periodo y el peso que tenían no solo a nivel militar, sino igualmente político y social para los ámbitos tardorromano y germano.

La composición del ejército era sencilla. Todo parece indicar que la participación de los africanorromanos se circunscribió al manejo de los barcos, al igual que había ocurrido anteriormente con los marinos hispanos, residiendo la estricta composición de las fuerzas armadas en soldados de origen vándalo salvo cuando los *mauri* también participaron en las incursiones piráticas. Los *mauri*, que disponían de caballería e infantería caracterizadas por ser tropas con muy buena movilidad, solían ser la vanguardia de ataque del ejército vándalo y destacaban por su alta combatividad. La forma de luchar de los *mauri* ayudó a que se perpetuase entre los autores romanos la imagen estereotipada de la ferocidad de las huestes vándalas. Sobre el mantenimiento del ejército, este llevó a los monarcas vándalos a hacer adjudicaciones de algunas rentas fiscales de zonas fértiles del reino y, siguiendo la tradición imperial, hacer igualmente entregas de salarios y de distintos bienes. Dado este esfuerzo económico, era esencial que el comercio, basado en las exportaciones de aceite, cereal y los derivados de ambos, fuese continuo y, asimismo, se mantuviese la capacidad recaudatoria creada por el fisco romano en la mayor cantidad posible del territorio del reino.

El armamento utilizado por los vándalos no diferiría con respecto al usado por otros pueblos germanos. No podemos comprender la cultura germana sin entender que las armas eran una parte inherente a su esencia y que, según algunas tradiciones ancestrales, podían disponer de cualidades especiales cercanas a las creencias mágicas. Sin embargo, hay que romper un mito muy propio de la Tardoantigüedad, así como de toda la Edad Media. No todos los hombres disponían de igual acceso a las armas y no todos portaban las mismas armas a la guerra. La posición social y la situación político-militar determinaban la posesión de un armamento en concreto. Desgraciadamente, a nivel arqueológico tanto en la península Ibérica como en el norte de África apenas tenemos piezas relacionadas con el contexto militar vándalo. No obstante, y siguiendo la postura muy acertada que tiende a equiparar una panoplia muy similar para los distintos pueblos germanos (con algunas diferencias étnicas y técnicas), pues esta estaría basada en una misma tradición guerrera y en la influencia romana, realizaremos una breve descripción del equipo armamentístico a partir de dicho postulado. De esta manera, salvaremos el problema que suponen la escasa información arqueológica con la que contamos actualmente y los limitados datos que ofrecen las fuentes escritas. Para el lector interesado, nos gustaría recomendar los trabajos de los arqueólogos López Quiroga, Kazanski, Barroso Cabrera, Morín de Pablos y Catalán Ramos, entre

otros, que a través de minuciosos estudios han tratado de dar luz a esta cuestión.

El arma más representativa de un guerrero germano era la espada y su posesión ubicaba al poseedor por derecho propio en la élite guerrera. Las *spathae* destacaban por su longitud, entre ochenta centímetros y un metro de largas, para ser muy efectivas cuando se combatía a caballo. Además, contaban con doble filo, la punta aguzada y las empuñaduras eran de materiales tales como cuerno, madera o cuero que recubrían la espiga. En algunos casos, y asociadas a miembros de la aristocracia guerrera, las empuñaduras podían estar decoradas con pedrería e incluso oro (véase el citado caso de la *spatha* de Beja). Siguiendo con el armamento ofensivo, las lanzas serían seguramente el arma más habitual entre las huestes vándalas dado su escaso coste de fabricación y su utilidad para soldados tanto de infantería como de caballería. Existían distintos tipos de lanzas, desde más pequeñas y empleadas para el combate a distancia, jabalinas, a lanzas de dos manos, *contus*, utilizadas por los jinetes. El *sax* o *scramasax*, espada pequeña de entre treinta y cincuenta centímetros y de un solo filo, hachas (muy utilizadas en la época por la misma razón que las lanzas), cuchillos y arcos también formarían parte de la panoplia vándala.

Si el acceso a algunos elementos del armamento ofensivo, como las *spathae*, era limitado, mucho más lo era el acceso al armamento defensivo. El casco, de tipo *spangenhelm* con varias secciones metálicas, forma cónica, carrilleras, un penacho de crin de caballo en la parte superior y una notoria influencia oriental era el modelo más característico para estos siglos. Otra pieza de la panoplia defensiva era la cota o *lorica*, que podía ser de distintos tipos: la clásica cota de malla realizada a partir de pequeñas anillas metálicas entrelazadas, la *lorica scamata*, que imitaba las escamas de pez, y la armadura laminar, confeccionada con láminas alargadas de metal y cosidas en varias filas. En el caso de no poder acceder a protecciones tan costosas podía recurrirse a defensas hechas con materiales orgánicos. Y, por último, el escudo de madera y cuero con forma ovalada que en su parte central exterior disponía de una pieza metálica llamada umbo. Un elemento que pudo favorecer el acceso de los vándalos a muchas piezas del puzle armamentístico es que desde el cruce del Rin en el año 406 hasta su asentamiento definitivo en Cartago tuvieron acceso a las *fabricae* romanas y a los arsenales privados de muchos aristócratas imperiales. Por esta razón, y por el hecho de que el etnicismo guerrero no estaba tan acentuado en los vándalos como en otros pueblos germanos, la imagen en combate de un vándalo que portase una panoplia completa no sería excesivamente distinta a la presentada por un soldado tardorromano.

Si nos adentramos en las formas de combatir de los vándalos, en el desarrollo histórico expuesto en capítulos anteriores y particularmente con las referencias

de Procopio, ya hemos vislumbrado algunas. Partimos de la base de que las batallas a campo abierto durante este periodo de tiempo no son numerosas, pues su resultado en muchos casos solía ser definitorio. Así, en combate se utilizaban las formaciones combinadas de caballería e infantería, aunque la fortaleza del ejército vándalo residía en su caballería, que era la encargada de derrotar a la caballería rival o de dispersar a las fuerzas de infantería. Obviamente, los miembros de la aristocracia guerrera vándala eran guerreros a caballo. Otro aspecto que nos gustaría señalar relacionado con las formas de combatir de los vándalos tiene que ver con la poliorcética. Tradicionalmente se ha considerado que los pueblos germanos eran incapaces de asaltar plazas fuertes y solo podían recurrir al asedio, sin apenas utilizar maquinaria, y esperar a que la ciudad se rindiese por la falta de suministros. Esta aseveración se corresponde con los primeros tiempos de las migraciones bárbaras, pero a medida que las monarquías germanas se fueron asentando y la influencia romana y posteriormente bizantina se hicieron más que notables, los germanos fueron salvando esta circunstancia, al menos en parte. En el caso vándalo, los soldados de Genserico y del resto de los monarcas nunca llegaron a dominar el arte de la poliorcética. Los vándalos siempre chocaron contra las murallas romanas, véase el episodio de Hipona, y su ineficacia a la hora de asaltar las ciudades es lo que pudo llevar a Genserico a tomar la citada decisión de derribar todas las murallas de las urbes de su reino salvo las de Cartago.

La institución monárquica y el Ejército estaban ligados en una misma esencia, siguiendo la tradición germánica, y no podemos comprender el uno sin el otro. Si analizamos los puntos fuertes y débiles de la monarquía vándala, resulta más sencillo entender las particularidades de la política militar que llevó a cabo. Los reyes vándalos buscaron fortalecer su posición en el trono y para ello fueron proclives a una política agresiva frente a los enemigos extranjeros, la aristocracia romana y la nobleza vándala-alana, la cual sufrió importantes purgas a lo largo de los distintos reinados. Sin embargo, la propia debilidad del reino y de algunos reyes favoreció la búsqueda de alianzas especialmente con el Imperio Romano de Oriente, los *mauri* y la Iglesia católica. Uno de los grandes inconvenientes del pueblo vándalo y de su institución monárquica fue la gran distancia que siempre mantuvo con los sectores opositores pertenecientes a la aristocracia provincial romana católica. Este lastre dificultó en muchos casos el correcto funcionamiento del reino y ayudó en su caída. Los vándalos asdingos habían dado buenos ejemplos a la hora de reintegrar dentro de su núcleo aglutinador a otros grupos poblacionales germanos, como los vándalos silingos, o a otros pueblos bárbaros, como los alanos derrotados igualmente por el rey godo Walia. En cambio, aquellos miembros de la sociedad africanorromana que nunca vieron

con buenos ojos la invasión bárbara y que se identificaban con la oposición ejercida por la Iglesia católica, nunca fueron una pieza más del *Regnum Vandalarum*. Probablemente si se hubiese dado la conversión de los vándalos al catolicismo, la señalada distancia hubiera desaparecido (como sucedió con los visigodos y la conversión al catolicismo en el III Concilio de Toledo bajo el reinado de Recaredo), y es verosímil que el ataque bizantino no se hubiese dado, o al menos se hubiera producido más tarde o en otro contexto.

Por otro lado, independientemente de los problemas político-sociales, el Reino Vándalo disponía de un auténtico elemento de poder, ligado al espectro militar, que no podemos pasar por alto, el mar. Desde el gran y estratégico puerto de Cartago y aprovechando la flota imperial aquí amarrada, los vándalos, especialmente bajo el reinado de Genserico, desplegaron una política naval que fue referencia en el siglo V y en parte del VI quedando su huella para la posteridad. Sin ningún temor a equivocarnos, consideramos que los vándalos hicieron del mar y de la piratería rasgos inherentes a su identidad y esencia como pueblo, pero también como reino/Estado. Ya hemos visto que la vinculación entre los vándalos y la piratería no nació en África, fue en Hispania donde comenzó a forjarse esta singular relación. En las costas levantinas este pueblo germano desarrolló su *modus operandi* en materia naval que más tarde sería perfeccionado en el norte de África. A través de una magnífica red de informantes de la que formarían parte los comerciantes del Mediterráneo, y beneficiándose en primer lugar de la destreza de los marinos hispanos y luego de la maestría de los norteafricanos, se lanzaban a realizar potentes incursiones que sorprendían a las ciudades costeras romanas que poco o nada podían hacer para repeler estos ataques. La flota vándala, aunque contaba con naves de guerra requisadas al Imperio, se nutría principalmente de barcos mercantes a los que supieron sacar un gran rendimiento. Los vándalos preferían cargar a sus caballos, poner pie en tierra y asaltar las zonas de interés montados en sus bestias, de ahí que las embarcaciones mercantes fuesen tan del gusto germano. Gracias a Sidonio de Apolinar, sabemos que los barcos vándalos eran identificados por sus estandartes en los que el protagonista era el dragón, de clara influencia alanosármata, a diferencia de las naves romanas, que portaban como emblema el águila imperial. Sería un error considerar la piratería vándala como una mera herramienta para efectuar razias y conseguir un gran botín. Las incursiones piráticas fueron un verdadero asunto de Estado para el Reino Vándalo. Eran feroces, pero no más que otras acciones de distintos pueblos o reinos en un contexto de guerra. Y es que la propaganda antivándala funcionó muy bien y trascendió el paso de los siglos. Genserico conocía a la perfección los puntos fuertes y los débiles de su ejército, y sabía que no podrían mantener una guerra

clásica en tierra firme frente a Occidente y Oriente. Por ello la piratería funcionó como herramienta de ataque preventivo, pero del mismo modo como moneda de cambio a la hora de negociar un acuerdo. Piratería y diplomacia en un mismo plano. El escenario que representaba el mar Mediterráneo no solo ofrecía a los vándalos la posibilidad de igualarse a los romanos, sino también de superarlos, como se demostró en repetidas ocasiones, aunque evitando siempre grandes enfrentamientos navales y apostando más por el factor sorpresa. Tal vez el problema provenga de la visión tradicional que tenemos de la palabra «pirata» y no enfoquemos el fenómeno pirático vándalo como un hecho mucho más profundo y complejo, como se refleja en el escenario de la llamada «Cuarta Guerra Púnica». El proceso pirático llevaba aparejado un plan de conquista de territorios en el Mediterráneo, pero a la par un neto componente económico gracias a la posición predominante en el comercio marítimo. El arma de la piratería y el dominio del cereal norteafricano controlaron y ahogaron al Gobierno de Rávena según fuese la negociación. Un último factor a destacar asociado a la piratería vándala fue su carácter aglutinador, debido a que atrajo a provinciales y a *mauri*. Una vez que esta decayó por los tratados de paz y la muerte del gran rey Genserico, fue justamente cuando se iniciaron los problemas con los indígenas.

Siguiendo con la línea trazada en este capítulo vamos a desarrollar una serie de cuestiones identitarias vinculadas más específicamente a la figura regia que nos permitirán conocer mejor la esencia del pueblo y reino vándalos. El *Regnum Vandalorum* tuvo una marcada influencia romana. Así, asumió una parte muy importante de la organización que Roma tenía establecida para el norte de África y fue asimilando progresivamente la cultura romana. La nobleza vándala siguió los gustos de la tradicional aristocracia romana y se equiparó a ella. A diferencia de otros germanos como los godos, no contamos con huellas literarias producidas directamente dentro del contexto vándalo y las referencias de las que disponemos provienen de autores latinos y griegos. Esta circunstancia es un lastre a la hora de profundizar en algunos temas relacionados con la esencia vándala y la cuestión identitaria más allá de la clara influencia romana. No obstante, sí podemos analizar la figura regia y ver la simbiosis de los elementos provenientes del influjo romano con otros de raíz vándala, porque fue en el norte de África cuando ambos terminaron de forjar la identidad vándala. Conocemos bien la evolución de la figura regia de los vándalos desde su llegada al *limes* y cómo la institución monárquica fue pasando de un sistema electivo a una monarquía de corte hereditario con un peculiar proceso de sucesión que provocó frecuentes enfrentamientos entre los grupos de apoyo de los distintos sucesores o pretendientes. Las bases de la monarquía vándala se asentaron con Godegiselo,

en Centroeuropa, y con Gunderico, primero en la Galia y luego en Hispania. Aunque si hablamos de la figura regia vándala por antonomasia y de las características de la institución monárquica más allá de lo expuesto en páginas precedentes, debemos referirnos sin ningún margen de duda al soberano cuya sombra fue la más alargada en la historia: el gran Genserico. El cronista de origen godo Jordanes describe soberbiamente de la siguiente manera a Genserico:

Era ya por entonces Giserico muy conocido en todo el mundo por la derrota que infligió a los romanos; de estatura media y cojo a consecuencia de la caída de un caballo, profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de riquezas, inclinado a la ira, despreciaba el lujo y era muy hábil para atraerse a otros pueblos y sembrar la discordia y provocar el odio.

Ya conocemos las referencias positivas de Procopio sobre el líder vándalo, incidiendo en su destreza militar y en el temor que generaba a sus enemigos. El obispo e historiador Víctor de Vita ofrece, por su parte, una imagen diabólica; y en la misma línea negativa Sidonio Apolinar, cargado de desprecio hacia el vándalo, lo representa como una persona obesa, bebedora, nauseabunda, lasciva y amante de las riquezas. Como podemos ver, Genserico no dejó indiferente a los escritores tardoantiguos, ya fuese para bien o para mal. Más allá de los adjetivos calificativos dirigidos hacia su físico y su personalidad, resulta obvio que el monarca vándalo fue ante todo un gran personaje político del siglo V. Genserico, como *rex vandalarum et alanorum* y líder guerrero, se situó en la cúspide del reino arropado por una nobleza de servicio, que participaba de muchos de los mismos beneficios que el monarca, como el botín de guerra o las tierras confiscadas, al igual que fue seguido por colaboracionistas africanorromanos, fundamentales para la administración, y apoyado por el necesario clero arriano, que llegó a alcanzar un destacado peso en la vida sociopolítica vándala. Genserico, de igual manera que otros reyes vándalos, siguió muchas pautas que marcaba la tradición romana en lo que respecta a la cima del poder. La labor edilicia y la toma de títulos claramente romanos como *dominus* son algunas muestras. Empero, no fue el único. Sabemos que, siguiendo esta línea, Hunerico, con el apoyo de destacados africanorromanos, ordenó que se dragase el puerto de Cartago y que se cambiase el nombre de la ciudad de Hadrumentum (actual Sousse) por el de Hunericopolis. Pero más simbólico si cabe fue el interés de este monarca vándalo por mostrarse como un príncipe cristiano utilizando títulos usados habitualmente por los emperadores: *clementissimus* o *gloriosissimus*. Volviendo a la figura regia y a Genserico, encontramos profundas huellas de germanismos. En la tradición germánica el rey de turno recoge las virtudes del propio *rex*, por su condición de noble, y del *dux*, por su destreza militar; este paradigma queda

recogido en monarcas vándalos como Gunderico y, claro está, en el mismísimo Genserico. Este esquema tradicionalista de unión de prestigio aristocrático y de facultades guerreras alrededor de una destacada figura le facilitó al pueblo vándalo la absorción de otros grupos populares con éxito, siguiendo el proceso del *Heerhaufen* (fusión de grupos étnicos alrededor de un gran rey), como quedó demostrado con los alanos. Gracias a la integración de este pueblo iranio-estepario, Genserico pudo heredar de su predecesor Gunderico el título de *rex vandalarum et alanorum*. Otro rasgo de germanismo asociado a la figura de Genserico lo encontramos en un pasaje de Procopio, en concreto en el episodio protagonizado por un águila y que ha pasado desapercibido en muchas investigaciones. Cuando Genserico derrotó a Bonifacio tras no poder rendir la ciudad de Hipona, los vándalos consiguieron un número muy destacado de prisioneros. Entre estos se encontraba Marciano, futuro emperador oriental. Genserico pasó revista a los prisioneros, los cuales iban a convertirse en esclavos, y cuando vio a Marciano, este dormía tranquilamente. En ese instante, y con un cielo veraniego completamente despejado, un águila desplegó sus alas y comenzó a volar sobre Marciano cubriendo con su sombra el cuerpo del futuro emperador oriental. Genserico observó la peculiar escena y «siendo como era un hombre profundamente perspicaz, sospechó que se trataba de una manifestación divina». Genserico decidió interrogar a Marciano para saber quién era. Marciano expuso su condición de consejero del general Aspar, lo que reafirmó el augurio de Genserico de que no estaba ante un simple prisionero. El rey vándalo apostó por no ejecutar a Marciano porque

si lo hacía desaparecer de este mundo, estaría muy claro que la actuación del águila no tenía ningún significado, pues no iba esta a honrar con su sombra a un emperador que estaba a punto de morir [...] este hombre estaba destinado a convertirse más tarde en emperador, no estaría jamás en su mano poder darle muerte, pues aquello que depende de la voluntad de Dios no puede ser impedido por los designios de un hombre.

Así, Marciano fue liberado, regresó a Constantinopla y al morir Teodosio II fue proclamado emperador. La creencia, que podemos considerar supersticiosa, de Genserico en que un animal como el águila, cargado de un profundo simbolismo en la tradición indoeuropea, en un acto de carácter casi sobrenatural estaría dando una señal o un anuncio, se encontraría enraizada en los credos ancestrales más profundos de los pueblos germanos.

Por último, nos gustaría resaltar otra huella de germanismo en el contexto vándalo, pero en este caso no asociada a la figura de Genserico. Nos referimos al matrimonio entre el rey vándalo Trasamundo y la princesa ostrogoda Amalafreda. En la tradición germánica este tipo de enlaces eran una herramienta

política para aumentar la cuota de poder o de influencia. Las nuevas reinas al contraer matrimonio con los reyes podían llevar como dote un potente séquito militar, como fue el caso de Amalafreda, o creaban nuevos lazos entre los linajes.

Genserico entendió que una figura regia de su prestigio político y militar necesitaba, al igual que sucedió con otros reyes germanos, de una corte estructurada y ligada a la institución monárquica desde la cual él mismo y sus sucesores regirían el destino del *Regnum Vandalorum*. El corazón del Reino Vándalo se encontraba en Cartago y en esta urbe se hallaba el palacio regio de Birsá, lugar de residencia de Genserico y puede que igualmente de otros monarcas vándalos, aunque sabemos que o bien Hunerico o bien Hilderico edificaron otro palacio real. Autores como el poeta Corippo o el mismo Procopio se refieren al palacio de Genserico, sede de la corte, como *aula vandálica* y núcleo del poder de la monarquía vándala. Este palacio [8] tendría una fuerte influencia romana mezclada con algunos elementos de la tradición vándala. De esta manera, contaría con un salón del trono, zonas para la Administración, dependencias privadas para la familia real y dos salas que nos gustaría destacar especialmente pues son claves en la cuestión identitaria. En primer lugar, la sala del tesoro, que sin llegar a tener la fama del visigodo debió de ser sobresaliente. En la tradición goda el tesoro era ancestral y siempre acompañó al pueblo godo hasta que quedó fijo en la sala del tesoro del *palatium* toledano, uno de los elementos identitarios y esencialistas fundamentales del Reino Visigodo de Toledo. En el caso vándalo no tenemos constancia de que el tesoro tuviese una significación tan profunda, pero al estar los vándalos en un contexto cultural parejo al de los godos podemos pensar que no solo tendría un mero valor económico. En cuanto a las piezas que componían el tesoro vándalo, recordemos que el saqueo de Roma perpetrado por Genserico en el año 455 había proporcionado a los vándalos una importante cantidad de oro, valiosas pertenencias de los emperadores y objetos provenientes de las residencias imperiales, bronce, estatuas, etc., por lo se reafirma la importancia al menos monetaria del mismo. En segundo lugar, nos parece llamativa una sala que aparece citada por Procopio cuando el emperador Mayoriano espía la corte de Genserico con el propósito de conocer de cerca el poderío de su rival. Aunque Procopio habla de un edificio, nosotros pensamos que podría ser una sala dentro de las dependencias del propio palacio o un anexo vinculado directamente a este. El cronista de Cesarea dice:

[...] lo condujo al edificio donde estaban guardadas todas sus armas, que eran numerosas y extraordinariamente notables. En ese momento, según afirman, las armas se movieron de forma espontánea y emitieron un ruido fuerte y no habitual y entonces a Genserico le dio la impresión de que se había producido un terremoto, mas cuando salió fuera e hizo

averiguaciones en torno al supuesto seísmo, como ninguna persona le confirmaba que hubiese existido, creyó haber asistido a un gran milagro, pero no estaba en condiciones de explicar cuál era el significado de lo sucedido.

Más allá del suceso sobrenatural descrito por Procopio, nos quedamos con el señalado espacio que recogía en su interior esas espectaculares armas del rey vándalo, que eran tanto dignas de admiración como de ser objetos de los que le gustaba presumir a la hora de recibir visitas de extranjeros.

En la corte de Genserico y en la de sus sucesores también hubo espacio para la cultura escrita y oral, por esta razón aparecieron distintos poetas de los cuales hemos conservado parte de su legado. El profesor Álvarez Jiménez recoge un poema muy interesante sobre Hilderico cuyos primeros versos son: «Vándalo poderoso, heredero de doble corona, / honraste tu propio nombre con grandes hechos». En los siguientes versos se profundiza como virtud del monarca su herencia vándalorromana derivada del matrimonio de sus padres Hunerico y Eudocia. Los poemas y los cánticos eran instrumentos muy útiles para enaltecer las glorias pasadas y las virtudes de los asdingos, además de ensalzar su vínculo con la dinastía teodosiana como herramienta de prestigio. A colación de las obras que servían para glorificar la figura regia y el pasado épico como mecanismo de enaltecimiento y consolidación del poder, en trabajos anteriores hemos profundizado en dicha cuestión vinculada a la tradición germana, particularmente entre los godos. Los poemas, los cánticos con componentes especialmente militares y los escritos de carácter laudatorio que recordasen la historia de los asdingos formarían parte de la corte vándala. Otro aspecto asociado a la corte vándala y a la floreciente Cartago, y que a colación de lo señalado queremos apuntar, es que durante el periodo de dominio germano de la gran urbe norteafricana, las distracciones y el ocio formaron parte de la sociedad del momento con actividades muy del gusto de los sectores de la aristocracia romana que habían decidido colaborar con los nuevos señores, e incluso del resto de los provinciales, que también se vieron beneficiados en esta cuestión al poder disfrutar de un símbolo de Roma como eran el circo y las carreras de cuadrigas. Los mismos vándalos disfrutaron de los placeres ofrecidos por un elemento tan asociado al mundo romano como son las termas.

Los poemas o los cánticos podían ser utilizados para justificar el poder, la posición política o un pasado glorioso, pero en el Reino Vándalo hubo otro elemento más que sirvió para unos cometidos similares. Y es que la carencia de documentos escritos vándalos es suplida con las piezas numismáticas vándalas conservadas, las cuales encierran un fuerte simbolismo político e ideológico. El Reino Vándalo no fue el primero, pero sí se adelantó a otras monarquías germánicas en la emisión de moneda. Por ejemplo, los reyes visigodos Eurico y

Alarico II no pusieron su nombre a las monedas que se emitían desde el Reino Visigodo de Tolosa permaneciendo el nombre y la efigie del emperador oriental. Sin embargo, Guntamundo y otros reyes sí optaron por poner sus respectivos nombres a las monedas vándalas, marcando así su total independencia política con respecto al ámbito romano-bizantino. Las monedas acuñadas por los vándalos (de plata y de bronce, pues nunca llegaron a acuñarlas de oro, como sí hacían los emperadores) se han encontrado en gran parte del Mediterráneo y nos ofrecen una información muy curiosa. El profesor Álvarez Jiménez ha realizado una investigación sobre un grupo de monedas vándalas que muestran esa justificación del poder a la que nos referíamos. Ya hemos hablado de la que para algunos sectores de la historiografía es considerada la «Cuarta Guerra Púnica» desarrollada entre el año 455 y la firma de la paz perpetua con el emperador oriental Zenón.

En este conflicto se rememoró la animadversión que existió ya en los tiempos anteriores al gran general cartaginés Aníbal. El desprecio hacia Cartago y sus habitantes no desapareció en Roma con la conquista republicana y es fácilmente detectable en las fuentes latinas, incluso en las del siglo V. En el lado cartaginés, a pesar de su lealtad al Imperio, seguía latente un cierto sentimiento diferencial y en el siglo V todavía en algunos lugares se hablaba púnico. Bajo el dominio vándalo se revitalizaron diversos símbolos importantes para la identidad cartaginense, como el culto a la diosa púnica Tánit, patrona de Cartago. Genserico y sus sucesores vieron una oportunidad en el pasado y en la cultura cartaginense, y supieron sacar provecho. Así, se estableció un hilo entre el pasado cartaginés y el presente vándalo, una identificación del Reino Vándalo con su realidad geográfica norteafricana. La identidad germana de los vándalos quedó en algunos aspectos en un segundo plano tanto por la influencia romana como por la revitalización de lo púnico. Las monedas se convirtieron en el mejor vehículo para transmitir el mensaje «vándalo-cartaginés», y la monarquía vándala intentó ganarse a la mayor parte posible de la población norteafricana con esta iniciativa, pese a las distancias culturales y religiosas. Los símbolos púnicos aparecen por doquier en estas monedas y resulta especialmente llamativa la presencia de la cabeza de un caballo como elemento púnico, pero también como una imagen asociada a los germanos orientales de los que formaba parte el pueblo vándalo. El intento de acercarse lo máximo a la aristocracia cartaginense colaboracionista, porque todas estas monedas se emitían desde la propia Cartago, era más que evidente una vez que muchos nobles romanos del norte de África habían huido o habían perdido sus posesiones por el asentamiento de los germanos.

En definitiva, el hecho de retrotraerse al pasado cartaginés no solo hay que

entenderlo como una herramienta ideológica, sino tal vez como una debilidad de la propia identidad vándala que en realidad no era tan fuerte, independientemente de los rasgos de germanismo que hemos visto, ni tuvo un sólido proyecto político detrás como en el caso de Teodorico el Grande y el Reino Ostrogodo de Italia, ni llegó al complejo proceso identitario, político y esencialista de los francos junto a la población galorromana en la Galia o de los visigodos junto a los hispanorromanos en Hispania. Tanto el propio pueblo vándalo desde su migración inicial como el Reino Vándalo fundado en el norte de África se fueron encontrando en un continuo proceso de formulación político-identitaria que nunca se completó, o al menos no es comparable al de otras monarquías germanas. De hecho, en este recuerdo de las glorias púnicas y su conexión con la población local dentro del marco de la ciudad de Cartago y del Reino Vándalo, puede deducirse una nueva etnogénesis de los germanos, posiblemente, en busca o con el objetivo de reformular su identidad.

Para concluir este capítulo, nos gustaría tratar de manera sucinta una cuestión que los vándalos nunca supieron solventar y supuso un terrible escollo en el funcionamiento sociopolítico del *Regnum Vandalorum*. Esta cuestión está conectada tanto con la institución monárquica, al ser los reyes protagonistas de la misma, como con la cuestión identitaria en términos generales. Nos referimos a la religión. La herejía arriana se vio revitalizada en el Bajo Imperio gracias a las conversiones de los pueblos germanos, ya que sin ellos hubiese acabado desapareciendo o existiendo de una manera residual. Los germanos utilizaron el arrianismo como un elemento de diferenciación racial con respecto a los romanos, pero igualmente como un arma política frente a la poderosa red de obispados que tenía la Iglesia católica. Ya hemos hablado de los problemas religiosos que tuvo la monarquía vándala frente a la Iglesia católica. Las dificultades religiosas se dieron en casi todos los reinos germanos, pero las fuentes hacen incapié especialmente en los graves incidentes acaecidos en el norte de África bajo el dominio de Genserico y el resto de soberanos vándalos. Dejando a un lado la subjetividad que rodea en muchos casos a los documentos escritos, pues estos fueron redactados por enemigos de los vándalos, es indudable que el binomio Estado vándalo-Iglesia católica siempre fue singular. Los choques entre vándalos y católicos ya son detectados en tierras hispanas cuando el rey Gunderico profanó en el año 428 la iglesia de San Vicente en Sevilla. En el norte de África, con la salvedad de algunos reinados, la política anticatólica conllevó deportaciones, persecuciones, martirios, etc., lastrando así el correcto funcionamiento sociopolítico del Reino Vándalo. A diferencia de otros reinos germanos, los vándalos, al igual que los ostrogodos, no culminaron el proceso religioso que se cerraba con la conversión al catolicismo, como sí

hicieron los suevos tal y como más tarde veremos, y perecieron, del mismo modo que hicieron décadas después los sucesores de Teodorico el Grande, a manos de las armas bizantinas, aunque en el caso godo la guerra fue mucho más dura y sangrienta.

Tras lo expuesto en este capítulo, el lector habrá comprendido la importancia que reviste para este trabajo la investigación y el estudio de cuestiones como la identidad, la tradición y la esencia en su contexto histórico; y, asimismo, habrá obtenido una visión mucho más completa del fascinante pasado vándalo y de su trascendencia y legado.

[1] Confederación tribal bereber del norte de África. Destacaron por sus incursiones contra los dominios africanos de Roma y tuvieron una relación peculiar con el *Regnum Vandalorum*, como más tarde veremos.

[2] El reino «romano» de Siargio fue destruido en el año 486 por el rey Clodoveo en el contexto de las campañas de expansión del líder franco.

[3] Utilizaremos tanto el término Imperio Romano de Oriente como el de Imperio bizantino.

[4] La revuelta de Niká, *grosso modo*, fue una rebelión de carácter popular acaecida en el año 532 en la capital imperial, Constantinopla, que arrancó con enfrentamientos entre grupos rivales asociados a las carreras de carros del Hipódromo y que realmente encerraba rencillas religiosas y políticas. Los rebeldes causaron brutales disturbios en la ciudad, y Justiniano estuvo a punto de huir. La intervención providencial de la emperatriz Teodora permitió que Belisario masacrara a los opositores.

[5] Diferimos con el investigador Simon MacDowall cuando señala que los vándalos no dispondrían casi de ningún soldado de infantería para enfrentarse a Belisario. Nos cuesta mucho creer que el ejército de Gelimer simplemente se compusiese de caballería, aunque esta fuese su fuerza principal. Por una cuestión lógica, los soldados de infantería solían superar en número a los jinetes.

[6] El investigador Simon MacDowall utiliza el término *chillarch* para referirse a un vándalo noble que comandaba mil hombres.

[7] El origen de estas asambleas ha sido bien estudiado por el académico García Moreno que siguiendo la *Germania* de Tácito y la historiografía alemana apunta: «La asamblea, *thing*, estaba compuesta por todos los hombres libres de la comunidad y se denomina en el lenguaje de la historia del Derecho alemán la “comunidad de guerreros”. En esta se discutían asuntos de interés general, fundamentalmente la guerra o la paz contra terceros, o también sobre ceremonias religiosas comunes, eligiéndose en su seno a una serie de nobles —príncipes— [...]. Junto al rey, los príncipes eran quienes llevaban la voz cantante en las asambleas».

[8] Aparte del palacio, Genserico tenía cerca de Cartago varias *villae* que contarían con ricos mosaicos decorativos, suntuosos jardines, fastuosas fuentes y lujosas termas al más puro estilo de los emperadores y de la alta aristocracia romana.

6. SUEVOS

En el análisis que realizaremos acerca del pueblo suevo y su historia seguiremos nombrando a los grandes especialistas que han venido apareciendo a lo largo de este trabajo, concediendo una particular importancia a la obra del catedrático Pablo C. Díaz titulada *El reino suevo (411-585)*, un libro con un marcado cariz academicista y, como sucedía con el trabajo del profesor Álvarez Jiménez en el caso vándalo, encuadrado en el ámbito científico y universitario. Una cuestión que el lector debe tener presente es que a pesar de que el Reino Suevo tuvo una duración mayor en el tiempo (su historia nos llevará hasta finales del siglo VI), no por ello disponemos de una sobreabundancia de datos a la hora de investigar a este pueblo con respecto a los otros dos pueblos bárbaros protagonistas de este trabajo. En lo que atañe a las fuentes antiguas, los autores que nos proporcionan información sobre el Reino Suevo son básicamente los mismos que veíamos en el capítulo dedicado a los vándalos, aunque relegando a un segundo plano a nombres como Procopio de Cesarea y dando una tremenda significación a la figura de Hidacio, a Juan de Biclario (especialmente al analizar la caída del Reino Suevo) y a san Isidoro de Sevilla. Los tres religiosos nos mostrarán la envergadura que tiene para nuestro pasado la presencia de los suevos en Hispania, particularmente en la zona noroccidental, y cómo forman parte de nuestro legado histórico sin ningún género de duda. Hay que tener en cuenta que las informaciones con las que contamos en buena medida se derivan de las singulares y especiales relaciones que se dieron entre el *Regnum Suevorum* y el *Regnum Gothorum*, y por tal circunstancia están limitadas a lo que los cronistas del bando godo quisieron contar. Este hecho se evidencia particularmente a partir de mediados del siglo V, que es cuando dejamos de tener una fuente directa afincada en el contexto suevo al concluir Hidacio su crónica. La huella sueva en nuestra historia es mucho más profunda que la de alanos y vándalos; por esta razón y con las herramientas que contamos, daremos el tratamiento que merece a dicho pueblo.

Orígenes y migración

Tácito describe en su *Germania* cómo mediante cánticos, que sirven de crónica histórica, los pueblos germanos narran la epopeya de sus dioses y de sus orígenes remotos como *gens*. Así, distintos pueblos se vinculan con algunas divinidades y otros, basándose en la libertad que da el hecho de no tener

documentos escritos sobre la Antigüedad, también dicen que su origen como pueblo proviene de un determinado dios. Dentro de este último marco es donde el cronista encaja a los suevos que, además, se reafirmaban en la antigüedad y prestigio de su ancestral nombre. Tácito da mucha importancia a los suevos y se extiende ofreciendo muchos datos y matices a diferencia de otros pueblos. El cronista deja bien claro que en el siglo I d. C. los suevos no eran un único pueblo homogéneo como tal, sino que más bien estaríamos ante una gran confederación en la que se integraban pueblos del norte y del este como los marcomanos, los semnones (los más antiguos y nobles de los suevos), los cuados, los hermundurios e incluso otras tribus que ocupaban un extenso territorio de Germania próximo al río Elba. Tácito realiza una minuciosa descripción de estas tribus, por ello recomendamos al lector interesado que acuda a la edición de su obra que aparece en la bibliografía de este libro para profundizar en dicha cuestión. Estos grupos étnicos de raíz sueva se veían a ellos mismos como «los de la misma raza» y comenzaron distintos procesos de etnogénesis asociados a movimientos migratorios y a las campañas de conquista iniciadas por Roma. Poco a poco, en torno a la frontera danubiana el Imperio romano fue resistiendo las embestidas suevas y estableciendo lazos políticos con las noblezas que lideraban a estos grupos populares. La evolución de dichos grupos de etnia sueva también marcó el desarrollo identitario y esencialista de algunos de los que más tarde serán importantes pueblos germanos occidentales, véanse los alamanes y los longobardos.

Dejando a un lado la obra de Tácito, desde el mismísimo Julio César hasta las obras literarias del siglo IV las referencias a los suevos son múltiples en las fuentes romanas, pero explicitando en todas ellas que en el *etnónimo* suevo se engloban diversos pueblos. Si avanzamos hasta el último tercio del siglo IV, encontraremos a los suevos en el contexto de las grandes migraciones bárbaras presionando el *limes* romano y amenazando con romperlo.

A principios del siglo V el Gobierno romano no podía hacer frente a la cascada de pueblos bárbaros que se agolpan ya tanto dentro como fuera de sus fronteras. Las campañas de los godos Radagaiso y Alarico ejemplificaban las dificultades militares por las que atravesaba el Imperio Romano de Occidente. Así llegamos a la señalada fecha del 31 de diciembre del año 406 cuando el citado, en capítulos precedentes, grupo heterogéneo de bárbaros rompía las defensas del Rin y cruzaba la frontera. Dentro de este grupo hemos visto la rapidez con la que vándalos asdingos y alanos tomaron un destacado protagonismo con respecto a otros pueblos y frente a distintos grupos populares que se encontraban divididos o fragmentados y que, siendo menores en número, no participaron en la migración y permanecieron más allá del Danubio, debilitándose o diluyéndose

así gran parte de su componente identitario.

Por otro lado, según el académico García Moreno, habría grupos populares que serían conscientes de una raíz común vinculada a una misma estirpe. Es aquí cuando el elemento suevo tomaría una gran importancia como mecanismo de conexión. El prestigio del grupo étnico suevo era patente tanto entre los germanos como entre los romanos, igual que siglos atrás señalaba Tácito. Estos grupos populares: marcomanos, conjuntos de alamanes y cuados (el grupo más destacado) vieron que sin unidad y sin una identidad fuerte podrían ser integrados, por ejemplo, dentro de los vándalos asdingos como ya les había ocurrido a otros. Es en este contexto cuando asistimos a un nuevo proceso de etnogénesis que conformará la monarquía militar sueva a través de los grupos de germanos occidentales que compartían una ascendencia sueva y se regían por las famosas aristocracias guerreras y sus redes clientelares. La necesidad de tener un nombre del cual todos se sintiesen partícipes y que a su vez fuese reconocido dentro y fuera del propio grupo favoreció el proceso. El término *suevo* estaba revestido de un gran prestigio en la tradición de los pueblos germanos, no en vano, en el siglo I a. C., Ariovisto, líder suevo, había conseguido destacados éxitos militares y llegó a enfrentarse al poderoso Julio César, aunque finalmente cayó derrotado.

Por su parte, el profesor López Quiroga considera que para César el concepto de *suevo* no hacía tanto referencia a un grupo de gentes como a una cuestión geográfica. Asimismo, el hecho de no ser un grupo poblacional concreto y carecer de una identidad étnica (al menos hasta el siglo V cuando entraron en la Galia y se vieron en la necesidad citada más arriba de disponer de un núcleo poblacional, aunque fuese reducido, que portase las tradiciones y el nombre nacional, como sí sucedía en el caso vándalo y especialmente en el godo) hace que los suevos del famoso Ariovisto disten mucho de los que llegaron a Hispania.

El proceso de integración y etnogénesis arrancó en el Danubio, prosiguió durante los años en los que suevos, junto a vándalos y alanos, cruzaron el territorio galo, que es cuando se aceleraría dada la coyuntura, y se vio culminado finalmente en Hispania, aunque con ciertas lagunas. De esta manera surgió una potente realeza sueva de carácter militar de la que su primer miembro conocido, que encabezaría el paso por la actual Francia y el asentamiento en la *Diocesis Hispaniarum*, sería Hermerico. Tras la entrada del año 409 y después de dos años de inestabilidad, llegó el reparto del 411 que, como recordará el lector, no fue del todo beneficioso para los suevos en comparación a los alanos o vándalos silingos, pero sí algo más ventajoso que con respecto a los vándalos asdingos. Los suevos quedaron asentados en el extremo occidental de la Gallaecia, un

territorio con fácil acceso a la Lusitania y con salida al mar, y pasaron a ocupar urbes tan importantes como Lucus (Lugo) y Bracara (Braga). Desde esta posición partirán las distintas campañas de expansión y de rapiña que favorecieron la configuración de un reino que forma parte indeleble de la Historia de España.

Suevos, vándalos, godos y romanos: cuatro intereses y un único poder para Hispania

Las campañas que los visigodos federados llevaron a cabo entre los años 416 y 418 en Hispania no afectaron a los suevos, y estos pudieron vivir plácidamente practicando la rapiña en sus dominios de la Gallaecia. Al año siguiente, tras la salida de los ejércitos de Walia, comenzaron los enfrentamientos entre los vándalos asdingos, que habían recibido los refuerzos de los derrotados silingos y alanos, y los suevos. En este año 419 los suevos, liderados por Hermerico, se vieron prácticamente llevados al borde de la hecatombe, debido al feroz ataque lanzado por su vecino, el soberano vándalo Gunderico, el cual quiso aprovechar su superioridad numérica. Tengamos en consideración que la cifra de suevos no sería muy superior a la de los alanos que entraron junto a ellos en el 409. [1] La acción de Gunderico le llevó a bloquear a sus enemigos en los llamados montes Nerbacios, tal y como dijimos en el capítulo correspondiente dedicado a los vándalos. La intervención romana salvó a los suevos de quizá haber desaparecido de nuestra historia y de no convertirse en uno de los grandes protagonistas del siglo V hispano. El Gobierno de Rávena hizo cruzar los Pirineos a un ejército comandado por el *comes Hispaniarum* Asterio, que obligó a los vándalos a levantar el cerco, marchar hacia Braga, donde se produjo un nuevo y sangriento enfrentamiento, y finalmente trasladarse a la Bética. La monarquía sueva había sobrevivido a un durísimo envite y gracias a las armas romanas se evitó que el grupo poblacional suevo fuese absorbido por los asdingos desapareciendo así como entidad independiente y situando a los vándalos en una auténtica posición de poder dentro de Hispania. Los suevos, dada su limitación poblacional y su menor fortaleza militar en comparación a vándalos o alanos, siempre fueron vistos por Rávena como un problema menor y más fácilmente manejable. La marcha de los vándalos supuso para los suevos un gran beneficio en cuanto a su expansión territorial por la Gallaecia oriental, y prueba de ello es la ocupación de Asturica. Aunque según san Isidoro no ocuparon toda la Gallaecia. Esta circunstancia última se ve certificada por las continuas razias que el monarca Hermerico ordenaba sobre determinados territorios galaicos que no debían contener población sueva. Los indefensos hispanorromanos que habitaban estos territorios sufrieron las habituales rapiñas suevas, las cuales

también traspasaron la línea galaica para llevar a los guerreros germanos a otras provincias de Hispania en busca de botín. Se tiende a considerar que la gran mayoría de los suevos se asentaron en tres ciudades principalmente: Braga, Lugo y Astorga, facilitándose así su gobierno y partiendo desde estas tres urbes sus principales campañas de castigo.

En el año 429 Hidacio vuelve a ofrecer otra noticia referida a los suevos, ya reseñada, el enfrentamiento entre el gran rey vándalo Genserico y la banda de guerreros suevos liderada por Heremigario. La victoria de Genserico sobre el contingente suevo, que aprovechando la coyuntura que suponía la ausencia de efectivos romanos y godos y la marcha a África de los vándalos quería obtener un buen botín, fue rotunda con la subsiguiente muerte de Heremigario al cruzar el río Guadiana mientras huía. Al principio de la década de los años treinta del siglo V las razias efectuadas en el interior de la Gallaecia por los suevos prosiguieron. De las fuentes se desprende la dureza de los enfrenamientos entre bárbaros y provinciales, además de la gran cantidad de prisioneros que los suevos conseguían en estos choques. No obstante, en el año 430 los suevos llegaron a algún tipo de acuerdo con los galaicorromanos y decidieron parar los ataques en busca de botín. Esta paz duró poco tiempo, ya que al año siguiente se reanudaron las razias. Las acciones suevas tuvieron que llegar a tal nivel de depredación que una embajada encabeza por el obispo Hidacio se presentó ante el general Aecio para solicitar auxilio. El romano respondió enviando al conde Censorio como embajador para negociar con los suevos. Tras la marcha de Censorio de la corte sueva, y gracias a la intervención de los obispos de la zona, Hermerico decidió cesar las rapiñas, aunque se quedó con algunos provinciales como rehenes.

En el año 437 el obispo de Aquae Flaviae informa acerca de una nueva embajada formada por Censorio y Fretimundo, quienes se presentaron por segunda vez ante los suevos. Al año siguiente se reafirmó el tratado de paz y el cese de las hostilidades. Hay que tener presente que los acuerdos se circunscribían a negociaciones locales entre germanos y galaicorromanos, dado que el Gobierno de Rávena se negaba a reconocer un Reino Suevo independiente dentro de sus fronteras frustrando así el añorado sueño de los bárbaros. En estas reuniones el objetivo principal de la aristocracia galaicorromana y de la Iglesia católica era proteger sus intereses frente a los ataques suevos. Los prohombres de la Gallaecia tenían que gestionar la defensa de sus dominios y parapetarse en las villas fortificadas o en los muros de las ciudades que no estaban bajo control suevo. En cambio, los germanos buscaban ampliar sus dominios dentro de la Gallaecia y conseguir un rico botín.

En este contexto de las razias suevas es donde debemos encajar el famoso

infelix Gallaecia con que Hidacio define a la provincia romana ahora castigada por los bárbaros. Sin embargo, el desprecio que desprenden las palabras del obispo choca en algunos casos con la realidad imperante, pues los suevos no eran meros saqueadores como demuestran las distintas embajadas que recibieron y los diversos acuerdos que se fueron firmando. En la década de los treinta los galaicorromanos no podían esperar una intervención armada por parte del Imperio Romano de Occidente, ya que el Gobierno de Rávena debía prestar atención a múltiples focos de inestabilidad. Las ansias expansionistas del rey visigodo Teodorico I, las rebeliones bagaúdicas, los problemas con distintos grupos de federados bárbaros, la conquista del norte de África liderada por el vándalo Genserico y la propia debilidad interna del Imperio, entre otras cuestiones, provocaban que solo se pudiese actuar diplomáticamente ante los suevos que, al fin y al cabo, eran un problema más localizado y secundario para Rávena, donde además el emperador iba a continuar sin reconocer su reino independientemente de las especiales relaciones entre hispanorromanos y suevos. Por su parte, la monarquía sueva necesitaba continuos éxitos militares y conseguir un buen botín, puesto que ambos elementos reafirmaban el poder del rey ante las aristocracias guerreras, muy dadas a actuar de manera unilateral a falta de un consolidado poder unitario, y sus grupos clientelares. Además, el triunfo en batalla y el saqueo servían como núcleo aglutinador para la unidad nacional de los suevos que estaban viviendo distintos procesos de etnogénesis.

A pesar de este proyecto político-militar e identitario encabezado por la monarquía sueva, lo cierto es que los éxitos fueron bastante limitados. Véase que habían demostrado ser incapaces de hacer frente a otro pueblo bárbaro, los vándalos, y fueron derrotados en varias ocasiones por estos, y sin la señalada intervención romana hubiesen perdido su más que posible independencia. Por otro lado, las peculiaridades geográficas, sociales, religiosas y políticas de la Gallaecia junto a su limitado número poblacional hacían que sus áreas de control se localizasen principalmente en determinadas ciudades que funcionaban a la par como puntos de abastecimiento en las razias. La aristocracia hispanorromana de la Gallaecia, sin ser un poder unitario y centralizado, había demostrado saber defenderse de las acometidas suevas en muchas ocasiones y ser capaz, dentro de sus limitaciones, de plantarles cara y llegar a entablar negociaciones con la monarquía germana. Tal vez si en Hispania hubiese existido un auténtico poder político-militar como el que disponía tiempo atrás el Imperio, la aventura sueva hubiese terminado mucho antes.

Una vez que fueron ratificados los acuerdos de paz entre suevos y galaicorromanos en el año 438, el rey Hermerico, aquejado de una grave enfermedad, decidió abdicar en su hijo Riquila o Rechila. El nuevo monarca

comenzó su gobierno empuñando la espada y con la idea clara de engrandecer el reino. En este mismo año los suevos salieron de sus fronteras galaicas y avanzaron hacia el sur peninsular. En el corazón de la Bética, en las proximidades del río Genil, las fuerzas de Riquila derrotaron a un contingente militar liderado por un personaje de origen incierto llamado Andevoto. Por las informaciones que ofrecen Hidacio y san Isidoro, Andevoto dispuso de un ejército bastante numeroso y la batalla tuvo lugar a campo abierto. No obstante, el enfrentamiento abre la incógnita acerca de Andevoto y la procedencia de sus numerosas tropas. Las hipótesis son múltiples y variadas. Para nosotros, es lógico considerar que los soldados serían hombres al servicio de la aristocracia bética que veía amenazados sus intereses con la llegada de la hueste de Riquila. El capitán de las tropas romanas, Andevoto, sería un jefe militar germano al servicio de alguno de los grandes aristócratas de la Bética o contratado ex profeso para combatir al rey suevo y que incluso pudo aportar su propia comitiva de guerreros. El éxito suevo no solo se ciñó a la victoria militar, también obtuvieron un sobresaliente botín que consistió en una gran cantidad de oro y plata. La fortuna incautada reafirma el carácter aristocrático de la tropa comandada por Andevoto y su importancia al poseer un tesoro tan destacado. El triunfo animó a Riquila, y su nuevo objetivo pasó a ser la conquista de la fundamental y estratégica Mérida. La toma de la antigua Emerita Augusta, aparte de abrirle el control del valle del Guadiana y ser la antigua sede del vicario de la *Diocesis Hispaniarum*, supondría un golpe de prestigio político e ideológico para su reinado. Así, en el año 439 el rey suevo tomó Mérida. Pero Riquila no se detuvo aquí. Al año siguiente tenemos al ejército suevo avanzando hacia el sur de la Lusitania y atacando la prestigiosa urbe de Mértola, donde además se encontraba el famoso conde Censorio, que habría acudido como embajador para parlamentar con Riquila y que, viéndose sitiado por los germanos, decidió entregarse sin oponer resistencia, pues es factible que solo hubiese sido acompañado por su séquito personal y no por tropas imperiales. La campaña sueva respondía a los planes de Riquila, que en este caso no se centraban en un mero ansia de botín; como señala el profesor Pablo C. Díaz: «La ocupación de ambas ciudades implicaba el control de la salida al Atlántico, una vía comercial y de comunicación de enorme importancia».

Los suevos habían expandido su área de influencia hasta destacados puntos estratégicos de la Lusitania, pero el soberano Riquila quería más. Después de haber perdido a su padre, el viejo rey Hermerico, tras una larga enfermedad en el año 441, Riquila prosiguió con sus campañas militares. En este mismo año la osadía del monarca suevo le llevó a Sevilla, riquísima urbe bética, que, igualmente a lo que había sucedido con Mérida o con Mértola, acabó cayendo en

sus manos. Una vez tomada Sevilla, Hidacio nos dice que Riquila «somete a su obediencia la Bética y la Carthaginense». Tal vez las palabras del obispo de Aquae Flaviae, al igual que las afirmaciones en la misma línea de Jordanes o san Isidoro, sean un tanto exageradas y lo más probable es que la Lusitana, la Bética y la Carthaginense no se encontrasen en su totalidad bajo dominio directo de los suevos. Sí resulta más verosímil que determinados puntos estratégicos e importantes áreas de las mismas permaneciesen bajo control germano tras las exitosas campañas de Riquila. Dadas estas circunstancias, podríamos hablar casi de una Hispania sueva o *Hispania Suevorum* al encontrarse bajo influencia de la monarquía sueva todas las provincias de Hispania, salvo la Tarraconense, que seguía dentro de los dominios imperiales. El Gobierno de Rávena no reaccionó ante las conquistas de los suevos y el envío de tropas a Hispania se limitó a defender el valle del Ebro de las rapiñas de los bagaudas que tanto daño ocasionaban en la Tarraconense.

No tenemos constancia de más campañas suevas ni de enfrentamientos hasta varios años más tarde. En este periodo que transcurre sin más acciones por parte de Riquila, tiene lugar en el año 445 el ya citado ataque de una flota vándala a la costa de Gallaecia y que sirvió a los vándalos para obtener un número indeterminado de rehenes. El ataque vándalo no tuvo respuesta de los suevos, bien porque no disponían de capacidad naval, o bien porque no se vieron afectados directamente y fue una acción que afectó exclusivamente a población galaicorromana. Para el año 446 sí tenemos constancia de un nuevo combate. El *magister* Vito aparece saqueando las provincias de la Bética y de la Carthaginense apoyado por un fuerte contingente de auxiliares godos. Desconocemos las intenciones del general Vito y se suele considerar que su actuación fue una campaña de castigo, una expedición de saqueo y recaudación o incluso un frustrado intento de reinstaurar el poder imperial en el mediodía peninsular. Más allá del objetivo, el ejército de Vito no tuvo éxito. Como venía siendo costumbre, Riquila comandó el ejército suevo que derrotó a la tropa de auxiliares godos; dado el temor que generaron, el general romano huyó cobardemente dejando a los suevos volver a saquear estas provincias. El hecho de que tras la victoria sobre Vito y los auxiliares godos los suevos rapiñasen de nuevo la Bética y la Carthaginense corrobora que estas provincias no se encontrarían en su totalidad bajo dominio directo de Riquila y que determinados puntos estratégicos dentro de sus límites geográficos funcionarían como guarniciones militares y puntos de aprovisionamiento para vigilar el territorio, aunque fuese de manera limitada, y para facilitar más campañas de saqueo. Dentro de este contexto, la ciudad de Sevilla, por ejemplo, jugaría un papel fundamental, y teniendo en cuenta su relevancia nos resulta muy difícil pensar que Riquila no dejara en ella un

contingente militar.

En el verano del año 448 moría en Mérida el gran monarca suevo Riquila. Desde su conquista, parece que la ciudad emeritense había encandilado al hijo de Hermerico y su importancia geoestratégica, su anterior condición de sede del vicario de la *Diocesis* y sus excelentes infraestructuras serían motivos más que suficientes para que Mérida hubiese funcionado como sede de su corte y capital sueva. La historiografía debe reivindicar el papel de Riquila como cimentador de la monarquía sueva. Un rey, que como hacían tradicionalmente los jefes germanos, encabezó en innumerables ocasiones a su hueste para expandir su reino y conseguir riquezas. Con Riquila se había abierto un nuevo panorama político y un nuevo escenario para los suevos, años atrás prácticamente encerrados en sus posesiones de la Gallaecia, y ahora con gran parte de Hispania a sus pies. El sucesor debía saber continuar la magna obra heredada.

El Reino Suevo. Análisis y desarrollo

La sucesión del pagano Riquila, como así se refiere a él Hidacio, estuvo en un primer momento comprometida. El trono pasó a su hijo Requiario, pero algunos de sus familiares se opusieron al nuevo rey. Sea como fuere, estos miembros de la aristocracia sueva no tuvieron la suficiente fuerza como para impedir la llegada y el mantenimiento en el poder de Requiario, que además venía avalado por los triunfos militares de su padre y, por ende, contaría con una base sólida de apoyos entre la nobleza sueva. El profesor Pablo C. Díaz tiene una teoría muy curiosa acerca de esta rivalidad familiar por el trono. Sabemos por Hidacio que Requiario fue el primer monarca suevo de confesión católica. Desconocemos el motivo de su conversión, aunque algunos grandes especialistas han teorizado con un posible intento de acercamiento a la población hispanorromana. Por su parte, el citado profesor considera que la causa de la oposición familiar a su acceso al trono pudo derivarse de dicha conversión al catolicismo y al abandono del paganismo de su padre, anterior a su llegada al poder. Este hecho, siguiendo la tradición germana, prácticamente obligaba a los guerreros suevos a convertirse también para mantener el vínculo con su líder y suponía una pérdida de la identidad ancestral sueva que, como hemos señalado antes, necesitaba elementos aglutinadores y no divergentes. Pese a todo, el joven Requiario se puso al mando de los designios del pueblo y comenzó a completar la obra emprendida por su padre, aunque no acabaría del mismo modo.

Continuando con la habitual política familiar, Requiario pronto reanudó las campañas de saqueo que en esta ocasión volvieron a focalizarse sobre el sur de Hispania. En el año 448 un suceso abre una nueva interpretación de las relaciones diplomáticas de mediados del siglo v. El obispo de Aquae Flaviae

notifica el asesinato del conde y embajador Censorio en Sevilla a manos de Agiulfo, un extraño personaje de origen varno [2] que volverá a ser protagonista años más tarde. Ya en el año 449 tuvo lugar un acontecimiento que dio un giro a la geopolítica de Occidente. Requiario se unió en matrimonio a una hija del rey visigodo Teodorico I sellando así una alianza suevo-goda frente a posibles ataques del Imperio romano o ante el peligro que suponía el poderoso Reino Vándalo de Genserico. Además, este casamiento le ofrecía a Requiario aumentar su radio de influencia en Hispania sin temer un ataque por sorpresa de Teodorico I. El matrimonio también motivó militarmente al monarca suevo, ya que en el mes de febrero saqueó el territorio vascón. Requiario y Teodorico I volvieron a encontrarse en el marco de las buenas relaciones suevo-godas durante el mes de julio de este mismo año. El monarca suevo visitó la corte del rey visigodo y a su regreso a Hispania decidió unirse a un prestigioso líder bagauda, Basilio, quien recientemente había cosechado algunos éxitos, como su victoria en Tarazona. Suevos y bagaudas saquearon la región de Zaragoza y, utilizando algún tipo de artimaña que desconocemos, consiguieron entrar en la ciudad de Lérida y hacer prisioneros a muchos de sus habitantes. No sabemos qué pudo motivar la alianza entre Requiario y Basilio más allá del interés por obtener un botín sobresaliente y dañar al Imperio Romano de Occidente asaltando determinados puntos de interés en la única provincia que permanecía bajo su control, la Tarraconense. San Isidoro considera que estas acciones se realizaron con ayuda de los godos, pero consideramos que es un error del sabio hispalense.

Entre los años 450 y 452 no disponemos de noticias referidas a los suevos, e Hidacio en su crónica se centra en asuntos internos de la política imperial. Además, alude a una de las grandes batallas de la Tardoantigüedad en la que no participaron los suevos, los Campos Cataláunicos, acaecida en el año 451. Este brutal choque, al que ya nos hemos referido en páginas precedentes, enfrentó a Atila y los hunos junto a otros pueblos aliados o sometidos políticamente como los ostrogodos, contra las huestes romanas comandadas por el *magister militum* Aecio y sus aliados bárbaros, entre los que sobresalía Teodorico I y el ejército visigodo. Los segundos contendientes salieron victoriosos, pero la batalla se cobró la vida del rey visigodo y fue sucedido por su hijo Turismundo. En estos años sin noticias suevas Hidacio, al igual que a lo largo de toda su obra, pero especialmente en estos momentos de mediados de siglo V, hace referencia a varios acontecimientos astronómicos cargados de un fuerte simbolismo.

Para el año 453 volvemos a contar con noticias relacionadas con los suevos. Desaparecido el peligro huno sobre Occidente, el Imperio pudo recuperar su interés sobre Hispania y retomar el contacto con el *Regnum Suevorum*, que había cambiado en muchos aspectos con respecto al gobierno de su primer rey. Así,

volvemos a encontrarnos con una embajada imperial encabezada por un personaje que ostentaba el título de conde de las Españas o *comes Hispaniarum* en la persona de Mansueto. Este alto cargo junto a Frontón, igualmente *comes*, fueron enviados a la corte sueva para negociar un nuevo acuerdo de paz. Los diplomáticos consiguieron el pacto con los suevos y que se respetasen las condiciones preestablecidas. El acuerdo fue refrendado al poco tiempo, en el 454, ya que aparece en Hispania un legado imperial, de nombre Justiniano, enviado por el emperador Valentiniano III. La necesidad de volver a confirmar el estado de las relaciones suevo-imperiales vendría derivada de dos sucesos que tuvieron lugar en el mismo año. Por un lado, un ejército federado compuesto por visigodos y comandado por Frederico, hermano del rey godo Teodorico II quien había asesinado a su hermano Turismundo y se había hecho con el trono visigodo, aplastó a los bagaudas que actuaban en la Tarraconense, con lo que el Imperio recuperó el control de dicha provincia. Y por otro, el asesinato de *magister militum* Aecio, pieza fundamental en el entramado político de Occidente, a manos de Valentiniano III. Sin embargo, la muerte de Valentiniano III y la llegada al trono en un muy breve periodo de tiempo de dos emperadores, Petronio Máximo y Avito, traerá consigo la ruptura de la débil estabilidad lograda tras la derrota de los hunos y los pactos políticos obtenidos por Rávena. En el año 456 los suevos deciden quebrantar el acuerdo con los romanos y saquean la Carthaginense, provincia de la cual, según indica Hidacio, los germanos se habían retirado. Esto nos indica que tras los sucesivos acuerdos con el Imperio, los límites del *Regnum Suevorum* se centraban en la Gallaecia, en la Lusitania, en particular en el área de influencia de Mérida, y en algunas de la Bética, principalmente en la región de Sevilla. Siguiendo una línea parecida al *Regnum Vandalorum* de Genserico, la muerte de Valentiniano III invalidaba los acuerdos firmados con el último emperador de la dinastía teodosiana y abría la puerta a las hostilidades en espera de un nuevo tratado. La incursión efectuada por Requiario en la Carthaginense provocó que el emperador Avito enviase como diplomático al conde Frontón, que ya poseía experiencia en la negociación con los suevos. Frontón no fue el único embajador que recibió Requiario. Teodorico II, como fiel aliado de Avito, envió legados a la corte sueva para persuadir a Requiario y que este respetase los acuerdos de paz firmados tanto con Rávena como con Tolosa. Jordanes se refiere a este episodio con las siguientes palabras:

Teodoredo [Teodorico II], como era moderado, le envió legados para decirle en buenos términos no solo que se retirara de territorios que no eran suyos, sino que se abstuviera de pretenderlos, porque tal ambición le acarrearía su enemistad.

Toda una declaración de intenciones. Con las respectivas actitudes de

Requiario y de Teodorico II se estaba fraguando algo que llevaba mucho tiempo esperándose y que en cierta manera era inevitable: un gran enfrentamiento entre suevos y godos. Años atrás ya había habido algunos choques, aunque en los últimos años predominaba el entendimiento político sellado por vía matrimonial. Pero en el año 456 el interés de Requiario por saquear más territorios y hacer al *Regnum Suevorum* más fuerte, además de las ansias expansionistas de Teodorico II que le llevaban a poner su objetivo en aumentar el área de influencia en Hispania del *Regnum Gothorum* de Tolosa, inevitablemente, iban a traer a la península Ibérica otra gran batalla entre pueblos bárbaros. Las embajadas de romanos y de godos fueron rechazadas por los suevos, y aparte de ignorar las peticiones del emperador Avito y de Teodorico II, Requiario invadió la provincia de la Tarraconense mostrando con ello su voluntad por atacar los intereses imperiales. La corte de Tolosa volvió a enviar otra embajada buscando una medida desesperada que evitase la guerra entre los dos reinos germanos. Teodorico II intentó en todo momento agotar la vía diplomática antes de empuñar la *spatha*.

La respuesta de Requiario fue clara y rotunda. Los suevos invadieron por segunda vez consecutiva la Tarraconense, pero en esta ocasión parece que con más virulencia que la anterior, ya que actuó un mayor número de tropas suevas, y una gran cantidad de habitantes de la única provincia que quedaba bajo control romano fueron hechos prisioneros. Por si esta muestra de fuerza por parte del rey suevo hubiese sido poco, Jordanes, en el intercambio dialéctico con alguna de las dos embajadas godas, pone en boca de Requiario las siguientes palabras dirigidas al soberano visigodo: «Si protestas y te quejas de que haya venido aquí, iré a Tolosa donde tú estás. Detenme allí si puedes».

Las acciones del rey suevo acabaron con la paciencia de Teodorico II y la maquinaria militar visigoda se puso en marcha. El soberano godo recibió la orden y el consentimiento del emperador Avito, quien estaba muy interesado en que los godos actuaran en Hispania de la misma manera que hizo Walia décadas atrás para cruzar los Pirineos y adentrarse en Hispania con su ejército que él mismo encabezaría. Una fuerza combativa que iba a actuar en nombre del Imperio, pero ya sin ser una tropa auxiliar. En esta ocasión la responsabilidad militar recaía únicamente en Teodorico II. Por la descripción que facilitan las fuentes, el ejército de este tuvo que ser de una gran magnitud y no estuvo conformado solo por godos, sino que también había una tropa de soldados burgundios. Los reyes burgundios Gundiuco e Hilperico eran leales al soberano visigodo, ya que este les había permitido instalarse en la Galia y por ello le debían apoyo militar. El hecho de que el ejército que iba a actuar en nombre del Imperio fuese de unas dimensiones considerables y estuviese comandando por un prestigioso rey demuestra, en primer lugar, que el enemigo al que iba a

enfrentarse no era el mismo que simplemente se dedicaba a rapiñar en Hispania, y, en segundo, que el propósito que tenía era el de aplastar a su enemigo.

Requiario y Teodorico II se encontraron a doce millas de la ciudad de Astorga, junto al río Órbigo, donde el rey suevo también había concentrado a una gran hueste. Desconocemos la operación logística que llevó al ejército godo desde el sur de la Galia hasta Astorga. El académico García Moreno considera que la tropa de Teodorico II debió de seguir la calzada que iba desde Burdeos hasta Astorga, lo que pudo facilitar su rápida travesía. El día 5 de octubre del año 456 tuvo lugar uno de esos enfrentamientos que son determinantes para la historia de un país, en este caso, España. Nos referimos a la batalla del río Órbigo. Desgraciadamente, tampoco tenemos datos que nos ilustren de cómo fue el desarrollo de la batalla, pero la victoria del ejército de Teodorico II fue rotunda y absoluta. Un gran número de guerreros suevos murieron, otros tantos fueron hechos prisioneros y los supervivientes huyeron ante el golpe de martillo que era el ejército visigodo y sus aliados burgundios. Requiario, herido y derrotado, escapó de la *spatha* de Teodorico II y se refugió con sus leales en los dominios suevos de la Gallaecia interior. La campaña visigoda no terminó en las aguas del río Órbigo, teñidas ahora por la sangre sueva. Teodorico II, queriendo evitar que los suevos pudiesen articular cualquier tipo de resistencia, avanzó rápido hasta la que podemos considerar capital sueva, Braga. El 28 de octubre, sin encontrar apenas resistencia, el ejército visigodo entró en Bracara, donde Teodorico II dio muestras en su actuación de una gran autonomía con respecto al poder romano y saqueó a conciencia la ciudad sin distinguir entre suevos o galaicorromanos. Hidacio es bastante específico en este caso. Los visigodos hicieron un gran número de prisioneros, asaltaron los edificios sagrados, robaron en las iglesias, la población civil (hombres, mujeres y niños) que se había ocultado en estos lugares fue maltratada y expulsada al igual que los religiosos, y los lugares sagrados se convirtieron en establos. El obispo de Aquae Flaviae insiste en que a pesar de que no hubo derramamiento de sangre ni violaciones, la tragedia cubrió la ciudad de Braga.

Teodorico II seguía cosechando triunfos, pero todavía no había capturado a su gran enemigo. Requiario permanecía refugiado en Oporto, lugar en el que parece que estaba preparando su huida en barco por lo que se infiere de las palabras de Jordanes, pero finalmente su plan no fructificó, y según cuenta el cronista godo con un claro acento «antisuevo»: «Y es que un miserable no logra escapar por mucho que cambie de medio». El rey suevo fue apresado en Oporto y entregado a Teodorico II. La nobleza sueva y los supervivientes de la batalla del río Órbigo que habían permanecido junto a su rey decidieron rendirse sin oponer resistencia, y los visigodos, para cortar de raíz cualquier indicio de oposición,

ejecutaron a varios de ellos, seguramente los personajes más representativos de la aristocracia. La victoria de Teodorico II fue tan clara y la derrota tan severa para los suevos que incluso actuando los visigodos en nombre del Imperio fue un impacto para Hidacio, que, ante los hechos anteriormente descritos y analizados, sentencia en su crónica: *Regnum destructum et finitum est suevorum*.

Las noticias del triunfo godo resonaron en Europa y el tribuno Hesiquio fue enviado ante la presencia de Teodorico II para cubrirle de suntuosos regalos e informarle de la salida del emperador Avito de Italia y su instalación en Arlés. Sin embargo, independientemente del éxito de la campaña de Teodorico II y de la posterior ejecución de Requiario en diciembre, las palabras de Hidacio no son correctas porque la historia ha demostrado que el Reino Suevo sobrevivió durante más de cien años tras estos hechos. Aunque resulta obvio que la lapidaria frase del cronista refleja la conmoción que supuso el aplastante triunfo visigodo.

Entramos en la segunda fase de la campaña gótica sobre tierras hispanas. Si seguimos la línea marcada por determinados sectores de la historiografía alemana, el paso siguiente de Teodorico II, como era costumbre cuando un pueblo germano vencía rotundamente a otro, era el de asimilar dentro del paradigma godo al contingente popular suevo, que pasaría a ser una parte más de su reino. Así, el rey godo no se quedó en Gallaecia, sino que marchó hacia la Lusitania para continuar con la actividad bélica y dejó en el norte al varno Agiulfo, quien debía lealtad a Teodorico II, para que sirviese de puente entre la nobleza sueva y los godos. El objetivo en Lusitania era muy claro: Mérida. Los visigodos entraron en la ciudad y vencieron a la guarnición sueva. Las crónicas no hablan de ningún tipo de saqueo como el ocurrido en Braga, e Hidacio por su parte lo achaca a los milagros de la patrona santa Eulalia. Lo más factible es que hubiese algún tipo de acuerdo y que Teodorico II estuviese muy interesado en mantener intacta la estratégica urbe emeritense. Desde este mismo momento, Mérida contó con una guarnición visigoda permanente y se convirtió en un punto fundamental para el expansionismo del reino tolosano y más tarde en una de las ciudades más importantes a nivel político, cultural y religioso del *Regnum Gothorum* de Toledo. El rey visigodo solo pudo permanecer unos meses en Mérida. La caída de Avito, provocada por el suevo-godo Ricimero y por el sucesor del emperador depuesto, Mayoriano, era motivo de suma importancia para que regresase a Tolosa y estuviese más cerca de la acción a la espera de acontecimientos. Teodorico II no partió con todo su ejército, una parte del mismo, en la que se encontraría el contingente de burgundios y otras tropas de distintos pueblos bárbaros, partió hacia Gallaecia, ya que desde la salida de los godos el desgobierno, la anarquía y la inseguridad reinaban en la provincia. La

inestabilidad provenía de la ausencia de un poder que controlase el territorio y a sus habitantes. El varno Agiulfo, quizá pensando en convertirse en el nuevo rey de los suevos o en ser de manera independiente el señor de la provincia, pronto traicionó a Teodorico II y se instaló en Gallaecia con su séquito.

Por otro lado, los suevos que se encontraban en las zonas más extremas de la provincia eligieron un nuevo rey. De esta manera, el trono fue a parar a un tal Maldras, que era hijo de Masilia, personaje igualmente ignoto pero que debía de tener prestigio para ser nombrado por el cronista. Teodorico II verdaderamente no había cortado de raíz el problema suevo y ahora volvía a brotar en forma de un nuevo rey o de un rebelde traidor en la figura de Agiulfo. La nueva campaña del ejército visigodo nos es bien conocida gracias, como viene siendo habitual, a Hidacio. En esta descripción de las acciones godas se comienza a plasmar lo que muchos autores han considerado, y nos sumamos a esta tesis, un exacerbado antigoticismo en la narración del obispo de Aquae Flaviae. La hueste visigoda avanzó en esta operación hasta Astorga. Para entrar en la ciudad, Hidacio cuenta que los godos utilizaron el engaño. Alegando que actuaban en el nombre de Roma y con la intención de combatir a los suevos que todavía quedaban en el interior, solicitaron entrar en la urbe. Atravesadas las puertas, el ejército germano saqueó la plaza siendo víctimas de la rapiña todos los habitantes sin distinción, los edificios sagrados, etc. Del mismo modo, hicieron cautivos a dos obispos y a muchos hombres y mujeres, además de quemar las casas y devastar los campos. La ciudad de Palencia fue la siguiente víctima y sufrió las mismas vicisitudes que Astorga. El ejército de Teodorico II, en cambio, sí encontró resistencia en el castro Coviacense (identificado con Coyanza/Valencia de don Juan-León), defendido por hispanorromanos y por suevos. Las fuerzas godas sometieron el lugar a un largo e infructuoso asedio que concluyó con la retirada de los sitiadores hacia las Galias. En un punto indeterminado del desarrollo de esta campaña, el malogrado Agiulfo fue derrotado. El varno contó con el apoyo de un sector de los suevos que se habían rendido tras la batalla del río Órbigo, pero sus fuerzas no fueron suficientes para vencer a los generales de Teodorico II. A mediados del año 457 Agiulfo fue capturado y condenado a muerte. El monarca godo perdonó la vida a los suevos que habían apoyado al traidor. Al analizar las acciones cometidas por los ejércitos de Teodorico II, podemos inferir que su objetivo, más allá de conseguir el protocolario botín, estaba más encaminado a proteger los intereses de futuras campañas de expansión en Hispania y aumentar el área de influencia visigoda que a defender los derechos del Imperio Romano de Occidente.

La política interna sueva seguía sumida en una profunda crisis en el año 457, y la ausencia de un poder unitario y medianamente centralizado había provocado

que un año antes grupos de bandoleros se dedicasen libremente al pillaje en la zona de Braga. Además, a Maldras le había salido un duro opositor en la figura de Framtano, el cual también había sido elegido rey por una parte de los suevos. No sabemos qué territorios apoyaban a cada rey suevo, pero el profesor Torres Rodríguez opina que la zona de Braga sería favorable a Maldras y la de Lugo, a Framtano. El seguimiento a Maldras debía de ser mayor, pues fue capaz de organizar un contingente militar y de depredar la provincia de Lusitania. En la operación de rapiña llegó hasta Lisboa y consiguió entrar en la ciudad con promesas de paz, pero ya en su interior la saqueó, obtuvo un gran botín y mató a innumerables romanos. Poco tiempo pudo oponerse Framtano a Maldras, pues murió entre la Pascua y Pentecostés del año 458. Por su parte, Maldras y su tropa de guerreros continuaron con las campañas de saqueo, en esta ocasión asolando la Gallaecia más cercana al río Duero. Las depredaciones lideradas por Maldras nos retrotraen a la época de Hermerico, cuando los suevos se centraban principalmente en rapiñas y a la vez la monarquía buscaba con estas campañas reafirmar su poder y fidelizar sus bases de apoyo. Maldras se veía en una necesidad similar al encontrarse el Reino Suevo en un profundo momento de debilitamiento político, y en cierta medida identitario, derivado del gran desastre que supuso la batalla del río Órbigo y los sucesivos ataques godos. Maldras prosiguió con su política de saqueos en la Lusitania, pero sin alcanzar el respaldo de todo el pueblo suevo. Las fuentes nos informan de la aparición de otro caudillo suevo, o tal vez rey, probablemente elegido tras la inesperada muerte de Framtano, que atacaba de igual modo otros territorios en la Gallaecia. Su nombre era Remismundo; según los datos que ofrece desde la distancia Jordanes, los suevos habían enviado a varios sacerdotes ante la presencia del rey visigodo Teodorico II y este los perdonó y les permitió que eligiesen a un nuevo rey que identificamos con Remismundo, aunque en el texto de Hidacio existan pequeñas diferencias en la grafía. Volviendo a Maldras, sus ataques le llevaron a Oporto y allí continuó tiñendo su espada con sangre y aumentando la tensión con los galaicorromanos al dar muerte a algunos de estos, que además eran de origen ilustre. Ciertamente, Maldras no distinguía a la hora de ejecutar entre hispanorromanos y suevos, ya que antes de avanzar sobre Oporto había eliminado a su hermano en lo que podemos considerar un contexto de luchas internas por el predominio político dentro de esta facción sueva.

Más o menos a la par que se desarrollaban estos acontecimientos asociados a la inestable política interna del maltrecho *Regnum Suevorum*, en Tolosa Teodorico II, cuya interesantísima corte es cuidadosamente descrita por Sidonio Apolinar, no se había olvidado ni de los suevos ni de sus pretensiones en Hispania. El soberano godo, que gozaba de una clara autonomía con respecto al Imperio y

sabía que era prácticamente imposible que el Gobierno imperial, ahora en manos del emperador Mayoriano y del patricio Ricimero, pudiese ser capaz de atacarle, lanzó dos expediciones militares contra Hispania.

A mediados del año 458 el alto mando Cyrila marchó a la Bética liderando un ejército. El cometido del godo Cyrila obedecía al interés de Teodorico II por eliminar la presencia residual sueva en la Bética y que Sevilla se convirtiese en otro punto estratégico en Hispania para el *Regnum Gothorum*. La incertidumbre seguía predominando en la política sueva, y por ello en este mismo año de 458 embajadores visigodos y vándalos llegaron a territorio suevo para conocer de primera el estado de la cuestión. Mientras que Maldras se dedicaba a saquear y a eliminar familiares que pudieran arrebatarse el poder, en el año 459 Teodorico II reconoció la autoridad del emperador Mayoriano y las relaciones cordiales se recuperaron. Además, Cyrila fue llamado por el rey visigodo para que regresase a la Galia, y otro ejército al mando del *comes* Sunierico penetró en Hispania. Entonces Teodorico II y Mayoriano decidieron informar de su acuerdo de paz a los galaicorromanos e hicieron que Sunierico por parte goda y el *magister* Nepociano por parte romana enviasen legados para anunciarles la nueva relación godo-imperial. Una clara muestra de que la particular situación que se vivía en Gallaecia a raíz de la crisis del Reino Suevo importaba, sobre todo política y estratégicamente, tanto a visigodos como a romanos.

Saliéndonos de este esquema de suevos, godos, romanos y la crisis que atenazaba al *Regnum Suevorum*, en la crónica de Hidacio aparecen unos invitados venidos desde lejanas tierras cuya actuación ha generado muchas dudas al ser complicado encontrar una motivación definitoria para su llegada a las costas hispanas. El obispo informa de que en el controvertido año 459 una banda de hérulos, cuyo objetivo era la Bética, asaltó y saqueó con suma violencia determinados puntos de la costa norte galaica, en concreto en el *conventus* lucense. Pero no fue el único ataque hérulo que sufrió el norte de Hispania. Tres años antes siete barcos que transportaban a cuatrocientos guerreros hérulos armados a la ligera arribaron a las costas lucenses. El obispo cuenta que una fuerza, suponemos que de lugareños y no de suevos por la información que ofrece, salió a hacerles frente consiguiendo dispersarlos, pero en su retirada los germanos saquearon con ferocidad zonas de Cantabria y de la Vardulia. Con estos datos resulta complejo encajar el sentido de las incursiones de los hérulos de los años 456 y 459. Dos de los grandes especialistas en la materia, el profesor Pablo C. Díaz y el profesor Arce ofrecen distintas respuestas.

El catedrático Pablo C. Díaz asocia los ataques hérulos con la política imperial contra los suevos. Parte de la base de que los hérulos fueron utilizados con frecuencia por el Imperio Romano de Occidente en su última etapa de existencia.

Así, el primer ataque habría sido antes de la poderosa expedición del rey visigodo Teodorico II con el objetivo de debilitar la capacidad de respuesta militar de los suevos, y la segunda incursión sería un refuerzo en el contexto de la campaña del *comes* godo Sunierico en la Bética.

Al profesor Arce, en cambio, le resulta sorprendente que sean hérulos, que en este caso provendrían de Dinamarca, y apunta que su incursión del año 456 (el profesor Arce habla del 455) respondería a una *razia* en la *infelix Gallaecia* que el cronista nos quiere transmitir en su obra, cuyo objetivo sería rastrear el territorio antes de avanzar hacia la Bética, lugar en el que los piratas hérulos querrían establecerse dadas sus riquezas y la ausencia de vándalos.

Sin descartar ninguna de las hipótesis, las incursiones de los hérulos, al igual que la anterior de los vándalos, ejemplifican la indefensión de las costas hispanas ante la crisis militar del Imperio y muestran el estado de inseguridad que se vivía en grandes zonas de la provincia de la Gallaecia.

Los enfrentamientos internos entre los clanes o grupos aristocráticos suevos seguían activos en el año 460 y una evidencia es el asesinato del rey Maldras. A diferencia del estado en el que se encuentran las monarquías vándala o goda a mediados del siglo V, tras la desaparición de Requiario podemos percibir que los suevos involucionan o regresan en el ámbito político a un periodo más ancestral, en el que el caudillaje, las asambleas de guerreros y el saqueo como mecanismo de subsistencia, pero a la par de reafirmación en el poder, forman parte del día a día de la tribu o del pueblo al no existir una monarquía unificadora y asentada. El gobierno de Maldras carecía de un aparato administrativo y su reinado se basó en depredar territorios para conseguir botín. Los recursos limitados con los que podía contar, la eliminación de rivales políticos, incluyendo a familiares, para asegurarse la permanencia en el trono y ver cómo una parte del pueblo suevo seguía a otro rey o líder, hecho común entre algunos pueblos germanos pero que en muchos casos evidenciaba debilidad y confusión como sucede en el caso suevo, marcaron la etapa de relevancia política de Maldras. Finalmente murió degollado sin que su muerte solucionase las disputas por el trono suevo. En este mismo año de 460 volvemos a encontrarnos enfrentamientos entre los galaicorromanos y los bárbaros. En Lugo los suevos aprovecharon la celebración de la Pascua para pillar por sorpresa a los galaicorromanos y causar un número indeterminado de muertos, entre ellos a su rector o gobernante, un magistrado o aristócrata cuya identidad es desconocida al igual que su supuesto poder sobre la urbe de Lugo y sus habitantes. Poco tiempo después, la ciudad de Lugo volvió a ser protagonista de más enfrentamientos. En el marco de la entente establecida entre Teodorico II y Mayoriano, el conde Sunierico y el conde Nepociano avanzaron sobre Lugo al mando de un ejército godo (los visigodos volvían a

actuar en Hispania como arma al servicio del Imperio) y atacaron a los suevos que se encontraban al frente de la ciudad.

En otro orden de cosas, las pugnas por el trono suevo traen un nuevo caudillo a la palestra, Frumario, que aparece como líder militar suevo. Es factible que estuviese arropado por el sector suevo que antes seguía a Maldras, y puede que se considerase *rex* al igual que podía hacer Remismundo, el otro caudillo suevo. Las dos primeras acciones que conocemos de Frumario son el encarcelamiento del obispo Hidacio en verano de 460 por la delación de tres personajes, de origen no suevo y posibles rivales religiosos, y la posterior depredación del norte de la actual Portugal, en la que, según recalca san Isidoro en sus crónicas, se produce la destrucción de la ciudad de Chaves (Aquae Flaviae). La retirada del ejército de Sunierico y Nepociano y su incursión en Lusitania, ocupando Santarém, también facilitó que Remismundo saquease algunos puntos de la Gallaecia interior cercanos a Lugo y algunas zonas costeras. Las razias de ambos grupos de suevos provocaron inevitablemente fuertes tensiones entre Frumario y Remismundo por el trono suevo. A finales del año 460 Hidacio fue liberado de su cautiverio y los galaicorromanos y los suevos, desconocemos si sería el grupo de Frumario o el de Remismundo o ambos, llegaron a algún tipo de acuerdo de paz. Este cese de las hostilidades pudo ser el causante del envío de nuevos embajadores visigodos a los dominios suevos.

Antes de seguir avanzando con el desarrollo histórico del Reino Suevo, el lector debe incluir en este contexto de sucesos del año 460 la entrada en Hispania del emperador Mayoriano en dirección a Cartagena para embarcar rumbo a Cartago con el objetivo de derrotar al vándalo Genserico. Como en páginas precedentes analizamos en profundidad, la realidad fue bien distinta y el sueño de reinstaurar el poder y la gloria imperial en el norte de África se esfumó con el fracaso de Mayoriano.

Avanzando hasta el año 463, en esta fecha se presentó en la corte de Tolosa un miembro de la aristocracia galaicorromana, Palogorio, para informar quizá de nuevas razias suevas y solicitar la intervención de Teodorico II. La frágil paz entre galaicorromanos y suevos se había vuelto a romper. Remismundo, por su parte, también envió legados a la corte visigoda quizá buscando que Teodorico II le reconociese como rey de los suevos. Es curioso que, Palogorio y el embajador visigodo Cyrila se cruzaron con los legados de Remismundo y finalmente acabaron reuniéndose con Cyrila en Lugo. Cuando el embajador salió de Gallaecia, las huestes de Remismundo volvieron a saquear la provincia. No obstante, en este punto se producirá un giro de los acontecimientos muy interesante. Por orden de Teodorico II, Remismundo y Cyrila aparecen en Gallaecia acompañados de un grupo de godos que con anterioridad habían

estado en la provincia y que debemos identificar con tropas que apoyarían las aspiraciones regias de Remismundo. Cyrila se quedó en allí, pero Remismundo regresó a la corte de Tolosa. Esta extraña situación pudo generar nuevas tensiones entre galaicorromanos y suevos. Al hilo de estos acontecimientos, al año siguiente falleció Frumario, lo que facilitó a Remismundo el control definitivo del trono suevo y poner bajo su poder a todo el pueblo suevo sin divisiones. El nuevo monarca suevo buscó rápidamente un acuerdo de paz con los galaicorromanos y la aprobación definitiva de Teodorico II. Todo parecía desarrollarse como si el rey godo hubiese ideado un plan para que un caudillo suevo finalmente asumiese de forma legítima el trono y además estuviese supeditado a las directrices de Tolosa. En este año de 464 los soberanos suevo y godo continuaron con el intercambio de embajadas, y Teodorico II mostró su claro apoyo político y militar haciendo llegar a la corte sueva armas y una visigoda, suponemos que una noble, para que a través del matrimonio se afianzase su posición de autoridad con respecto a Remismundo y los suevos. De nuevo recurrimos al argumento de autoridad en las palabras precisas del profesor García Moreno:

Remismundo desposaba a una visigoda elegida por el monarca de Tolosa que, siguiendo la costumbre germánica, hacía del suevo su «hijo en armas» (*Waffensohn*); adopción que significaba una especie de inclusión de Remismundo en la clientela militar del rey visigodo.

Entre los años 464 y 466 los intercambios de embajadas suevas y godas continuaron siendo habituales, y la presencia de legados en ambas cortes se convirtió en un hecho más que común. Estos años, que algunos sectores historiográficos consideran de tutela visigoda sobre la monarquía sueva, iban a traer al *Regnum Suevorum* a un personaje singular. Procedente de los territorios galos que los godos dominaban y acaso enviado por orden de Teodorico II, apareció entre los suevos un misionero de origen gálata llamado Ajax. Bajo el auspicio de Remismundo, Ajax debía expandir entre los suevos el arrianismo y combatir el catolicismo. En un capítulo posterior profundizaremos en la cuestión religiosa sueva y de Gallaecia, ya que es sumamente interesante y define la idiosincrasia de lo que fue el Reino Suevo. Por esta razón, el tema requiere ser estudiado en un apartado diferente. La tutela goda y la llegada del misionero arriano Ajax no cambiaron una actividad clásica y que viene a reafirmar el carácter de necesidad de la misma para los suevos: el saqueo.

En el año 465 los suevos, sirviéndose del engaño, asaltaron la ciudad de Conimbriga y secuestraron a la familia de un destacado noble de la urbe. El control del rey visigodo sobre los suevos era limitado y a ello responde que al año siguiente encontremos una delegación visigoda en la corte de Remismundo

exigiéndole que cesase su ataque sobre el pueblo Aunonense (ubicados posiblemente cerca de Tuy). Los embajadores visigodos fueron despreciados por el soberano suevo y fracasaron en su cometido. Aunque desconocemos la razón, puede que este fracaso motivase el envío de otra embajada encabezada por el prestigioso noble godo Salla, el cual al retornar a la capital goda ya no serviría a Teodorico II, pues este había muerto a manos de su hermano Eurico, ahora nuevo *rex gothorum*.

Eurico, un monarca con una proyección política soberbia, buscó desde su llegada al poder las fórmulas más beneficiosas para que el Reino Visigodo de Tolosa ganase mayor preponderancia en la política de Occidente, y, vislumbrando la caída definitiva del Imperio, expandir las áreas de influencias del *Regnum Gothorum* tanto en las Galias como en Hispania. Es en esta última parte donde las relaciones entre suevos y godos volvieron a ser singulares, independientemente de que los primeros, como el lector ha podido ir comprobando, no disponían en realidad de la capacidad humana ni militar para expandirse por la península Ibérica. La actividad guerrera sueva se había circunscrito a las necesarias campañas de saqueo, y en los mejores momentos del Reino Suevo apenas había conseguido controlar algunas partes de varias provincias, aunque nunca en su completa y absoluta totalidad. Así, Eurico envió al poco tiempo de llegar al poder una embajada a la corte de Remismundo, pero fue despedida de manera precipitada. A su vez, el rey suevo envió tres embajadas: una al emperador, otra a los vándalos y una tercera a los godos. Como había sucedido en otras ocasiones cuando se habían dado acuerdos en los que participaban uno o dos reyes germanos, el fallecimiento de una de las partes llevaba implícito que las condiciones del acuerdo no se mantenían con su sucesor y había que negociar de nuevo. Sin embargo, Remismundo no quería negociar, sus pretensiones se centraban en librarse de la tutela visigoda y en actuar con total independencia en Hispania. De esta manera y como muestra de poder frente a Tolosa, los suevos retomaron las campañas de saqueo. Sus primeras víctimas, los aunonenses, solicitaron la intervención visigoda para que los suevos detuviesen sus ataques, y por ello una embajada goda fue enviada al territorio de los primeros. Remismundo, recordando los tiempos gloriosos de la monarquía sueva con los reyes guerreros Riquila y su hijo Requiario, planificó en el año 467 otra campaña de saqueo que llevó a sus soldados más allá de los límites galaicos. Siguiendo el relato de Hidacio, en primer lugar, los suevos se desplegaron por distintos lugares para saquear territorios indeterminados. Al poco tiempo, Remismundo encabezó su hueste y penetró en la Lusitania para asaltar por segunda vez y por sorpresa Conimbriga. Desconocemos qué motivó a los suevos para atacar nuevamente la urbe lusitana, pero el ensañamiento con el

que actuaron destruyendo las casas, parte de las murallas, dispersando a sus habitantes y devastando su comarca son ejemplos de que el botín no era el principal y único objetivo. El avance suevo continuó hacia el sur, esto propició que desde Tolosa se enviase un contingente godo a Mérida, centro de operaciones en la zona desde la exitosa campaña de Teodorico II, para reforzar la presencia gótica en la urbe emeritense y en su región.

En el año 468 los suevos se plantaron en Lisboa y consiguieron entrar en la ciudad sin problemas gracias al apoyo de un aristócrata llamado Lusidio que actuaba como gobernador. El control de Lisboa, punto estratégico en la línea marcada por el río Tajo, además del hecho de contar con el apoyo de sectores aristocráticos de la ciudad, situaba a los suevos en una posición de poder en la zona. Ante estas acciones, Eurico fue consciente de que Remismundo quería ir un paso más allá que los últimos monarcas suevos y de que tenía un claro proyecto político. Bajo esta premisa, la reacción goda no se hizo esperar. Un ejército visigodo, que bien pudiera haber estado formado por los godos recién llegados a Mérida, se lanzó sobre las posiciones suevas en la Lusitania. No obstante, los suevos no fueron el único objetivo de las tropas de Eurico, sino que también fueron atacados los hispanorromanos, quizá como castigo por la colaboración entre un sector de la aristocracia hispanorromana y los suevos. El Reino Visigodo de Tolosa no buscaba destruir a los suevos y absorber su grupo poblacional, pero tampoco estaba dispuesto a que se interpusiesen en sus intereses de expansión en Hispania. Para Eurico, igual que para su antecesor, los suevos debían permanecer aislados en Gallaecia y no interferir en los asuntos de política exterior de la corte de Tolosa.

Tras este enfrentamiento, los suevos siguieron con una política de entendimiento con algunos grupos de hispanorromanos y centraron sus saqueos en aquellos territorios que no eran favorables a su presencia. En este mismo año 468 los suevos y los aunonenses sellaron la paz, y los germanos se lanzaron a rapiñar algunos lugares de la Lusitania y del territorio de Asturica. El saqueo suevo volvió a encontrar respuesta en los godos, que actuaron de la misma manera en puntos similares de Asturica y de la Lusitania. Las protocolarias incursiones en busca de botín de Remismundo eran respondidas con dureza por un enérgico Eurico, que durante las siguientes décadas iba a continuar consolidando su reino y afianzando las posiciones godas en la Galia y en Hispania. Así, a finales de la década de los sesenta del siglo V se fue configurando una especie de frontera entre los dominios y áreas de influencia de suevos y de godos. Las dos fronteras suevo-godas estarían marcadas una al sur por el río Tajo, quedando Conimbriga como uno de los puntales del Reino Suevo, y un poco más al sur Mérida como la urbe estratégica por excelencia en

los planes expansivos de Eurico. Y la segunda línea fronteriza al noreste, con Astorga como plaza fuerte de los suevos y Palencia como centro de operaciones godo. Por supuesto, este amplio territorio incluido dentro de los límites aproximados del *Regnum Suevorum* no se encontraba en su totalidad bajo el control de la corte de Braga. El escaso número de suevos, recuerde el lector que nos movemos en una horquilla de entre 25.000 y 35.000 individuos, a lo que se sumaban las limitaciones militares, impedía una expansión total. Teniendo en cuenta estos condicionantes, los suevos optaron por mantener su política de establecerse principalmente en ciudades (Braga, Lugo, Astorga, etc.) y ubicar guarniciones en plazas fuertes y puestos fortificados.

En este intercambio de golpes y de posiciones entre Remismundo y Eurico, el monarca suevo intentó recurrir a la mediación del emperador para que frenase la actitud del rey godo. Remismundo envió una embajada al emperador Antemio; entre los componentes de la comitiva sueva destacaba el hispanorromano Lusidio, el mismo personaje que había facilitado la entrada de los suevos en Lisboa. Aquí nos encontramos otra muestra del afán de Remismundo por colaborar con determinados sectores de la aristocracia hispanorromana, también otro ejemplo más del gusto de los suevos por intercambiar embajadas o llegar a acuerdos, especialmente cuando la cuestión político-militar se les complicaba o el rival era superior. Después de citar el envío de la embajada por parte del rey suevo, Hidacio concluye su obra en el año 469 retomando el interés que generaban para su narración los sucesos sorprendentes o incluso paranormales ligados en su mayoría a su visión providencialista y apocalíptica. El *Chronicon* se cierra apuntando que sería demasiado extenso mencionar otros prodigios asombrosos que igualmente se produjeron en las tierras galaicas en aquel tiempo.

Como les ha ocurrido a otros historiadores que han profundizado en la investigación, el estudio, el análisis y/o la divulgación de los suevos, la finalización de la obra del obispo de Aquae Flaviae supone un gran problema a la hora de continuar avanzando en dichas cuestiones. Nos adentramos en un periodo de casi ochenta años con una laguna inmensa de datos referidos al Reino Suevo. La muerte de Hidacio llevó aparejada la pérdida del «historiador nacional de los suevos», apelativo bien merecido con independencia de la mala visión que el obispo tenía de los bárbaros.

Desconocemos cuándo murió o pudo dejar de reinar Remismundo, pero si consideramos que para el año 469 disponía de una posición asentada dentro del ámbito político-militar suevo, es de suponer que debió de llegar a algún tipo de acuerdo con Eurico y que siguió reinando a lo largo de la década de los setenta. La existencia de este acuerdo es totalmente hipotética, por lo que las características del mismo en el caso de haberse producido nos son ajenas. En

nuestra opinión, la existencia del pacto germano es bastante verosímil, ya que las fuentes que hacen referencia al reinado de Eurico no citan ningún nuevo enfrentamiento entre suevos y godos durante la década de los setenta. Resulta pues indudable que si las fuerzas de Braga y de Tolosa hubiesen vuelto a encontrarse durante estas fechas, lo sabríamos, máxime porque el rey godo siguió empeñado en aumentar el área de influencia del *Regnum Gothorum* en Hispania.

Favorecido por la caída en desgracia del emperador Antemio y la crisis total que sufría el Imperio, Eurico expandió los dominios godos y convirtió al Reino Visigodo en la fuerza política más importante de las Galias, asimismo incorporó más territorios hispanos al gobierno de Tolosa sin entrar en conflicto con los suevos. En los años 472 y 473 dos ejércitos godos cruzaron los Pirineos con el firme objetivo de sumar la provincia de la Tarraconense al Reino Visigodo de Tolosa. No olvidemos que la Tarraconense era la única provincia hispana que todavía estaba conectada al Gobierno romano. El primer ejército fue liderado por el *comes* Gauterico y ocupó prácticamente sin oposición las prestigiosas plazas fuertes de Pamplona y de Zaragoza junto a las comarcas de ambas urbes. A la cabeza de la segunda fuerza militar visigoda se encontraba el godo Heldefredo, al que se le habría unido en el mando el *dux* romano Vicencio. De hecho, este ostentaba el título de *dux Hispaniarum* y sería el último encargado militar que tuvo el Imperio Romano de Occidente para los asuntos hispanos. El refuerzo que supuso la entrada de Vicencio a las órdenes de Eurico debió de ser un tremendo golpe moral para los visigodos, y facilitó la toma de la rica Tarragona y de varios enclaves costeros. La aristocracia tarraconense intentó oponerse a Heldefredo y Vicencio, pero la resistencia fue inútil y la Tarraconense se añadió a las ciudades y enclaves estratégicos que, como Mérida, ya eran controlados por el *Regnum Gothorum*.

Las nuevas ocupaciones godas mejoraron el control del interior de Hispania y abrieron una línea de comunicaciones entre Mérida y Tolosa. La importancia de la Mérida visigoda, lugar en el que se hallaba el citado *dux* godo Salla al cargo de los intereses de Tolosa y del contingente militar allí establecido desde su toma, y las buenas relaciones entre la aristocracia emeritense y el poder godo quedan evidenciadas en las obras públicas (restauración de las murallas y del puente que cruzaba el Guadiana) realizadas en la urbe emeritense.

La carencia de datos para las últimas décadas del siglo V en el contexto suevo nos hace conjeturar que la deposición del último emperador romano, Rómulo Augústulo, y la definitiva caída del Imperio Romano de Occidente no generaron ningún cambio en el Reino Suevo. A finales del siglo V los suevos y los godos no eran los únicos poderes que actuaban en la vieja Hispania. Aparte de los

germanos, existían distintas tribus en el norte que, aprovechándose del excelente conocimiento del territorio y de la protección que les daba la orografía norteña, actuaban de manera autónoma a cualquier autoridad emanante de los dos reinos. Además, había grupos aristocráticos romanos, especialmente poderosos en el sur, que se gobernaban ellos mismos o de acuerdo a algún pacto con los propios reinos germanos. Por ende, el panorama político en la Hispania «posimperial» era muy variopinto.

En esta etapa oscura en la que se halla el Reino Suevo, algunos historiadores hacen referencia a un monarca de nombre Veremundo que reinó alrededor del año 485. Pero si la existencia de Veremundo es muy dudosa, mucho más lo es la de Theodemundo como posible sucesor. Sin entrar a discutir la existencia o no de ambos reyes, tampoco tenemos información de posibles razias comandadas por los monarcas suevos de turno, como era costumbre en la idiosincrasia de ese pueblo, para estos últimos años del siglo V ni tampoco de que se retomasen los enfrentamientos con los godos. Si a finales del siglo V se hubiese dado algún choque digno de mención entre suevos y godos, como ya hemos señalado, hubiera quedado recogido en las fuentes más próximas a los segundos.

En el año 484 moría en Arlés el rey visigodo Eurico, siendo sucedido por su hijo Alarico II. El nuevo rey godo heredó un reino inmenso que abarcaba desde el río Loira, en el corazón de la actual Francia, hasta el interior de Hispania. Parece que el nuevo soberano visigodo mantuvo una política similar a la de su padre con respecto a los suevos. Durante el reinado de Alarico II se dio una importante entrada de godos en Hispania, acontecieron dos rebeliones también en Hispania (en el año 496 un tal Burdunelo se levantó en el valle medio del Ebro y en el año 506 un tal Pedro encabezó una revuelta en Tortosa; ambas fueron aplastadas) y se produjo la propia caída del Reino Visigodo de Tolosa, a causa de la derrota frente a los francos de Clodoveo en la batalla de Vouillé del año 507. [3] Ninguno de estos sucesos generó una respuesta política o militar de los suevos, ni siquiera la propia destrucción del *Regnum Gothorum* de Tolosa fue aprovechada por la monarquía sueva para intentar salir de la frontera establecida con los godos. Bien es cierto que la intervención ostrogoda en el conflicto franco-gótico y el tutelaje del poderoso rey Teodorico el Grande sobre la monarquía visigoda no invitaban a lanzar un ataque a las posiciones visigodas en la frontera suevo-goda. Y es que bajo ninguna circunstancia los suevos querían verse inmersos en un conflicto armado con Teodorico el Grande, el personaje más importante e influyente del primer cuarto del siglo VI en Occidente. Sirvan como ejemplo y apoyo a nuestra argumentación las adulatorias palabras que le dedica el obispo y poeta Ennodio en su interesante, pero a la par recargado y propagandístico, *Panegírico*:

Ninguno de tus enemigos ha salido a tu encuentro, sino para ser sumado a tus proezas. Quien ha resistido a tu voluntad se ha colocado entre tus trofeos [...]. Quien te vio en la batalla fue vencido.

En lo que sí se beneficiaron los suevos de la derrota visigoda en los campos de Vouillé y de la pérdida de interés por parte de la monarquía visigoda en sus asuntos internos hasta prácticamente el último tercio del siglo VI, es en que fueron ganando una mayor independencia con respecto a las injerencias y presiones godas de antaño. El marco político generado a la caída del reino tolosano permitió a los suevos reafirmar su proyecto político tras un periodo de inestabilidad. Como señala el profesor Pablo C. Díaz: «En el nuevo escenario los suevos iban a encontrar ocasión para culminar el desarrollo de un reino absolutamente independiente».

Hasta aproximadamente mediados del siglo VI no tenemos datos que vuelvan a hacer referencia a los suevos. A lo largo de este amplio periodo conocido como la «etapa oscura», «periodo de los reyes desconocidos» o «fase de los reyes arrianos» a raíz de la conversión de Remismundo, los suevos fueron avanzando en el desarrollo de su reino y en su consecuente consolidación. Un reino cuyos límites parecen más o menos claros para mediados del siglo VI y que apenas difieren de los apuntados en líneas precedentes. Si arrancamos desde el sur hacia el norte, el río Tago y plazas como la estratégica Santarém hacían de frontera dejando en el lado suevo Viseo, Conimbriga, Egítania, etc. Hacia el norte la vía Asturica-Emerita fue utilizada en parte como límite fronterizo quedando el territorio occidental de Salamanca en manos suevas, pero la ciudad de Salamanca bajo dominio godo. Más al norte estaría Astorga, ya hemos señalado la importancia para el *Regnum Suevorum* de dicha urbe, y Palencia, centro de operaciones de los visigodos en la zona. Y, por último, una parte del curso del río Duero y, especialmente, el cauce del río Esla igualmente funcionaron como línea divisoria. Aparte de los accidentes geográficos, en la frontera suevo-goda tanto a un lado como a otro existirían puestos defensivos o poblaciones fortificadas que protegerían y marcarían los límites de cada reino. Esta afirmación se ve corroborada por las piezas asociadas a la arqueología militar y a niveles de destrucción que se han venido encontrando y detectando en distintas excavaciones cerca del río Esla y en las actuales provincias de Zamora y Salamanca. Un buen ejemplo de los poblamientos fortificados que predominaban en la frontera entre el Reino Suevo y el Reino Visigodo es El Castillón (Santa Eulalia de Tábara, en Zamora), donde se están llevando a cabo importantes investigaciones sobre este periodo. [4] Por supuesto, y como han desarrollado otros muchos autores, la línea fronteriza entre suevos y godos dista mucho de la visión que podemos tener en la actualidad de una frontera militarizada. No estamos

ante unos límites cien por cien estáticos y totalmente controlados y vigilados. Esto se deduce de la presencia de determinados territorios, que tendrán especial relevancia en el capítulo dedicado a la destrucción del *Regnum Suevorum*, que permanecieron ajenos al dominio de ambos reinos germanos.

En lo que concierne a la administración durante este periodo, tomamos la clara explicación que ofrece el profesor Pablo C. Díaz:

Liberados de cualquier referente imperial y de la tutela visigoda, el reino suevo y las poblaciones locales alcanzaron un consenso, un equilibrio de poderes. Se generaron entonces modelos de integración, un equilibrio de poderes de los cuales la Gallaecia sueva fue capaz de adaptar realidades precedentes y desarrollar un tejido organizativo de indudable originalidad y, probablemente, eficacia.

Estos más de ochenta años de sequía documental, que nos llevan hasta mediados del siglo VI, sí nos confirman, a colación de los sucesos desarrollados en las últimas décadas de existencia del Reino Suevo, que dicho reino avanzó en su desarrollo político, administrativo y social. La configuración de la asociación e identificación entre *Regnum Suevorum* y Gallaecia se fue desarrollando y los límites fronterizos del reino se asemejan, aproximadamente, a los límites geográficos de la antigua provincia romana, pero incluyendo una mayor extensión de territorio como es el norte de la Lusitania. La división conventual realizada por el emperador Diocleciano: *conventus Bracarensis* (capital Braga), *conventus Lucensis* (capital Lugo), *conventus Asturicensis* (capital Astorga), etc., será sustituida por una nueva división administrativa del territorio en la que la Iglesia galaica tuvo un fuerte peso. Como más tarde estudiaremos, la conversión al catolicismo de los suevos unió a la monarquía germana y a la Iglesia católica y facilitó la organización del reino en los distintos planos políticos y religiosos.

Regresando a los datos sobre los reyes suevos, para el año 550 el cronista franco Gregorio de Tours sitúa en el trono suevo al monarca Carrarico o Kharriarico, quien reinó al menos desde el año 550 hasta el 559 cuando fue sucedido por Ariamiro, el cual gobernó hasta el año 561. Sin embargo, la historicidad de Carrarico y de Ariamiro resulta muy discutible y es prácticamente imposible afirmar su realidad histórica. Si seguimos a Gregorio de Tours, la existencia de Carrarico es verídica en tanto en cuanto fue el rey que devolvió la fe católica a los suevos. En cambio, la *Historia Suevorum* de san Isidoro de Sevilla, que no ofrece ninguna información desde el reinado de Remismundo hasta la llegada al trono de un tal Teodomiro (que para algunos historiadores sería el mismo hombre que Ariamiro e incluso el propio Carrarico), se limita a decir:

Después de que muchos reyes de los suevos permanecieron en la herejía arriana, finalmente,

recibió la potestad real Teodimiro. Este, inmediatamente después de destruir el error de la impiedad arriana, condujo de nuevo a los suevos a la fe católica con el apoyo de Martín, obispo de Dumio.

Para el sabio hispalense, cuya laguna informativa obedece a que Hidacio fue su principal fuente histórica, la conversión de los suevos no fue solo obra del monarca, Teodomiro contó con la inestimable ayuda de un personaje fundamental para la Hispania de la segunda mitad del siglo VI y clave para el conocimiento del Reino Suevo: San Martín de Braga o de Dumio. En nuestro estudio, dejando en este momento aparcada la cuestión de la conversión a la que más tarde regresaremos, apostamos por la historicidad de los tres reyes con esta cronología aproximada en lo que atañe a sus reinados: Carrarico, al menos desde el año 550 hasta el 559; Ariamiro, desde el año 559 hasta algún momento de la segunda mitad del año 561, ya que el convocante del I Concilio de Braga en mayo del 561 fue el propio Ariamiro; y, cerrando esta «triple incógnita regia», Teodomiro, que accedería al trono seguramente a finales del año 561, o tal vez más tarde, y reinó hasta el 570. La sucesión de Teodomiro sí que no ofrece dudas. En el año 570 llegó al trono suevo Miro o Mirón, a quien algunos autores hacen hijo de Teodomiro, cuya entronización queda corroborada tanto por Juan de Biclario como por san Isidoro de Sevilla. Bajo el reinado de Mirón los suevos contaron con un reino bien organizado y asentado, teniendo gran responsabilidad de todo ello la Iglesia católica. Y es que si durante el gobierno de Teodomiro se sentaron las bases de una Iglesia nacional sueva, será con Mirón cuando esta se desarrolle.

Antes de sumergirnos en el interesante reinado de Mirón, y a pesar de que en este libro nos hemos centrado mayormente en cuestiones político-militares e identitarias, pues ambos temas se encuentran directamente asociados, debemos detenemos en el vínculo que se generó entre la monarquía sueva y la Iglesia católica con un personaje, del cual ya hemos apuntado que fue determinante para este periodo y acabó marcando la esencia sueva.

Gobierno y religión. San Martín de Braga, el «apóstol de los suevos»

Se ha venido considerando que el proceso de cristianización de la provincia romana de la Gallaecia fue lento y tardó muchos siglos en completarse, por lo que la llegada de los suevos añadió otro ingrediente más a una receta ya de por sí demasiado compleja. A diferencia de otras provincias hispanas, las pervivencias paganas en suelo galaico eran algo más que una mera superstición o un residuo religioso. Además, aparte de las creencias paganas o precristianas existentes, se daba otro elemento que perturbaba a la Iglesia católica galaica: las antiguas doctrinas de Prisciliano, obispo de Ávila del siglo IV que murió decapitado en

Tréveris (Alemania). El peculiar ascetismo, la importancia y la participación de la mujer, la oposición a los bienes materiales que comenzaba a preponderar en la institución eclesiástica, entre otras muchas cuestiones, eran las bases de un priscilianismo que en Gallaecia encontró infinidad de apoyos y de seguidores. A lo largo del siglo V, el priscilianismo resistía en dicha provincia hispana, y muchos autores consideran que la llegada de los suevos permitió que la herejía se mantuviese no porque los suevos abandonasen su paganismo germánico y siguiesen los postulados de Prisciliano, sino porque, en una Gallaecia desestructurada políticamente como lo estaba dicha provincia en el siglo V y sin el respaldo de una Iglesia nacional y centralizada que se ocupase de las desviaciones doctrinales, la presencia sueva entorpecía mucho la labor ortodoxa de la Iglesia. Asimismo, el priscilianismo no era solo un trastorno para la Iglesia católica a nivel popular, dentro de la Iglesia galaica distintos miembros del clero eran partícipes de las doctrinas de Prisciliano. De hecho, Hidacio en su crónica incide en varias ocasiones en distintas problemáticas asociadas a la herejía priscilianista. Y es que la importancia de figuras como la de los obispos no se circunscribía únicamente al ámbito eclesiástico. Teniendo en cuenta la coyuntura política e identitaria que atravesaba Gallaecia, los obispos se convirtieron en líderes religiosos a la par que sociales, por consiguiente, su influencia era más que notable.

Así pues, las creencias populares heterodoxas, que en muchas ocasiones se mezclaban con la liturgia cristiana generando un sincretismo de lo más particular, el paganismo y el priscilianismo eran los principales problemas pastorales a los que tenía que hacer frente la Iglesia católica galaica, amén de la incapacidad de realizar concilios que articulasen herramientas efectivas con las que combatir dichas perturbaciones de la ortodoxia. Ante la crisis del Imperio y su posterior caída, la solución llegó tiempo después de la mano de san Martín de Braga y de la conversión al catolicismo del *Regnum Suevorum*. Ambos elementos cimentaron una Iglesia nacional asociada a la monarquía que permitió combatir las desviaciones doctrinales. Pero para llegar a la entente entre Iglesia y monarquía sueva, el camino religioso de suevos no estuvo exento de conversiones ni de vaivenes confesionales. Como el lector recordará, a su entrada en Hispania los suevos eran paganos al igual que sus dos primeros reyes en la península Ibérica: Hermerico y el gran Riquila. La llegada al trono del sucesor de Riquila, Requiario, traerá consigo un hito en la historia de las monarquías germánicas: ser el primer rey bárbaro de confesión católica. Varias décadas se adelantó en convertirse al catolicismo el hijo de Riquila al soberano franco y ejemplo de monarca germano-católico, Clodoveo. Aunque siendo objetivos, la trascendencia de la conversión de Clodoveo y del pueblo franco,

que afectó de manera indirecta a España a raíz de su enfrentamiento con los godos, tuvo mayores implicaciones en la historia de Europa. No obstante, la posterior conversión de Clodoveo no resta significación a la de Requiario. Desconocemos el porqué de la conversión de Requiario, quién pudo influirle y cuándo ocurrió, al igual que tampoco sabemos si se basó únicamente en un sentimiento de fe o encerraba un objetivo político. Lo que sí sabemos es que la conversión de Requiario no fue seguida por la aristocracia y el pueblo suevo, como sí sucedió en el caso visigodo a finales del siglo VI con el rey Recaredo. Es plausible que su séquito sí siguiese la conversión al dogma católico. En realidad, estamos ante una clara posición personal y no se detecta que Requiario en sus ocho años de reinado (448-456) estuviese interesado en arrastrar a su pueblo a la confesión católica. Es más, la derrota en la batalla del río Órbigo y la subsiguiente ejecución de Requiario llevaron hasta Gallaecia y el pueblo suevo la herejía arriana de la mano del misionero Ajax y de la tutela del *Regnum Gothorum*.

Del mismo modo que a través de las fuentes históricas, insistimos, todo hace indicar que la conversión al catolicismo de Requiario solo fue asunto del monarca y de su séquito y que el resto del pueblo suevo se mantuvo en el paganismo, con la llegada del influjo godo nos asaltan las dudas sobre si la «enfermedad mortal», como así se refiere san Isidoro a la herejía arriana, aparejó una conversión total del pueblo suevo. Si nos remitimos a san Isidoro, sí tuvo lugar la conversión de «toda la nación de los suevos». Sin embargo, hay autores que consideran que es una exageración del sabio hispalense y que el arrianismo se quedó en la esfera regia afectando solo tangencialmente al pueblo suevo, o que incluso ya desde el lejano año 409 una parte de los suevos que cruzaron los Pirineos ya eran cristianos y no se vieron afectados por las posteriores conversiones de sus monarcas. Intentemos quedarnos en un punto intermedio. Resulta innegable que la tutela visigoda había sembrado una fuerte semilla de arrianismo dentro del *Regnum Suevorum*. Esta semilla, por un lado, germinó profusamente a lo largo de la segunda mitad del siglo del V convirtiéndose en la religión oficial del grupo dirigente: monarquía sueva y nobleza. Por otro lado, la condición arriana de los reyes suevos no derivó en acciones violentas asociadas a un contexto de intolerancia religiosa hacia la población católica galaicorromana, que era lógicamente mayoritaria, como sí ocurrió con el ataque godo tras el triunfo en la batalla del río Órbigo y que tan minuciosamente resalta Hidacio ofreciendo una visión más negativa si cabe de los visigodos que de los suevos, máxime porque los primeros actuaban en nombre del Imperio y por este motivo el obispo no comprende su *modus operandi*. Cierto es que no consideramos que los actos violentos de los godos contra las iglesias, los miembros del clero y la población hispanorromana de la zona tras la victoria en las orillas del Órbigo y la

continuación de la campaña militar se debiesen a un sentimiento anticatólico. Más bien, nos moveríamos en un marco de pillaje y de saqueo tras una gran victoria militar y la necesidad derivada de obtener un buen botín.

Retomando la cuestión del arrianismo suevo, ya hemos posicionado a la monarquía y a la nobleza. Nos falta la otra mitad del círculo suevo, el pueblo. En este caso y dadas las vicisitudes religiosas del grupo dirigente, nos mantenemos en una mezcla de paganismo germano con ciertos y pequeños elementos vinculados al cristianismo «católico-arriano». Nos resulta interesante la visión que aporta el profesor Orlandis sobre la situación religiosa del pueblo suevo. Para este experto, el contacto entre el pueblo suevo, sobre todo aquellos grupos que estuviesen más próximos al ámbito rural, con la población galaica y la Iglesia habría generado una visión religiosa que mezclaría fuertes elementos paganos con «impurezas religiosas» muy presentes entre la población de Gallaecia. Independientemente de que la creencia arriana se concentrase en las altas esferas suevas o llegase a todo el pueblo suevo, tuvo que articularse dentro del Reino Suevo una Iglesia arriana de la que no disponemos ningún dato, de manera que, una vez más, en esta ocasión tampoco sabemos cómo fue la relación y connivencia con la Iglesia católica asentada dentro del territorio suevo.

La luz religiosa e informativa llegó a mediados del siglo VI gracias a un personaje que ciertamente resulta fascinante.

En la conversión de algunos pueblos o reinos bárbaros de los albores del Medievo, sobresale la figura de un santo personaje que con toda propiedad puede ser llamado su «apóstol». Tal fue el caso de Martín de Braga, a quien puede atribuirse con justicia el título de «apóstol de los suevos».

No puede ser más rotunda y acertada esta reflexión del profesor Orlandis. ¿Quién es Martín de Braga y cómo llegó al Reino Suevo? En cuanto al año de su nacimiento existen ciertas dudas, pero bien podría ser el de 520. Sobre el lugar, la cuestión es diáfana. El que será el «apóstol de los suevos» era originario de las lejanas tierras de Panonia, región que para algunos estudiosos podría tener algún vínculo ancestral con los suevos. Procedía de una familia acomodada y muy pronto entró a formar parte del clero. Llevó una vida intensa formándose ampliamente en materia religiosa en Tierra Santa y Oriente, llegando a conocer exhaustivamente a muchos autores y escritos no cristianos. No sabemos qué motivó su decisión de recorrer el mar Mediterráneo y plantarse en la lejana Gallaecia, provincia que le era del todo ajena, o qué elemento de atracción pudo encontrar en Oriente que le llevase a emprender el viaje hasta Occidente. Para el propio Martín fue una cuestión divina, aunque todo pudo devenir, por una parte, del contacto en Palestina con monjes, ascetas y misioneros, los cuales pudieron

servirle como modelo, y por otra, de los flujos informativos que llegaban a los puertos del Mediterráneo oriental desde el norte de Hispania y las islas Británicas a través de las rutas marítimas.

A mediados del siglo VI y tras un largo viaje en barco apareció en la conocida como Finis Terrae, con el firme propósito de convertir a los no católicos de aquellas tierras y de llevar a la ortodoxia las desviaciones doctrinales de los ya católicos. Hecho que ocurría, si seguimos a san Isidoro, bajo el reinado de Teodomiro. El trabajo de san Martín de Braga fue complejo. En primer lugar, fundó la abadía, que posteriormente pasó a ser obispado, de Dumio, muy cerca de Braga. El monasterio de Dumio pasó a ser uno de los grandes centros religiosos (punto de entrada y de transmisión del modelo de monacato egipcio) y culturales de la Hispania tardoantigua y altomedieval, y del que Martín fue su obispo durante veintitrés años. Más tarde, el panonio se convirtió en el metropolitano de Braga y actuó a la vez como obispo de Dumio y de Braga; no olvide el lector que ambos enclaves eran dos zonas de fuerte poblamiento suevo, en particular la antigua Bracara.

Aparte de la conversión de los suevos, Martín se preocupó profundamente por la vida que debían seguir los monjes en los monasterios, la legislación eclesiástica, la fundación de nuevos monasterios, las desviaciones doctrinales, la implantación de la ortodoxia y las creencias, que podemos llamar corruptas, de la población local galaicorromana, que se encontraba muy contaminada de elementos no católicos. Los habitantes del medio rural galaico de la segunda mitad del siglo VI requerían de una profunda labor pastoral, por ello el obispo de Dumio elaboró la que es considerada su obra más famosa *De correctione rusticorum*. [5] Gracias a esta obra sabemos que la idolatría, la hechicería, la adivinación, la superstición, determinadas creencias populares y ancestrales, la magia y algunos cultos residuales asociados a los dioses precristianos seguían presentes o se entremezclaban con la fe cristiana. Por supuesto, no debemos pensar que, a raíz de las pervivencias de estos elementos heterodoxos, el paganismo como religión seguía existiendo como en tiempos precedentes. Y es que el *De correctione rusticorum* es una obra fundamental para conocer la religiosidad popular de la Gallaecia profunda, la cual ofrece las acciones pastorales que san Martín, mostrando su carácter de misionero, consideraba necesarias para corregir los errores doctrinales de los campesinos galaicorromanos

El obispo de Dumio dejó una huella profunda dentro de la Iglesia hispana, y como ejemplo valgan las palabras de san Isidoro de Sevilla que ejemplifican la admiración del sabio hispalense por el «apóstol de los suevos»:

[...] ilustre por su fe y su ciencia, por cuya dedicación no solo se extendió la paz de la iglesia,

sino que también se crearon muchas instituciones dentro de la organización eclesiástica en las regiones de Galicia.

El cambio religioso en el *Regnum Suevorum* arrancaría en buena medida con la celebración del I Concilio de Braga en mayo del año 561 bajo el reinado de Ariamiro. En este concilio, en el cual san Martín de Braga tuvo una participación muy activa, se condenaron especialmente las doctrinas priscilianistas y no así las arrianas, lo que en buena manera corroboraría que el arrianismo se focalizó sobre todo en la monarquía y la nobleza suevas. También se dictó que la Iglesia debía ordenarse y estructurarse correctamente, y avanzar en la ortodoxia del culto católico alejándose de malas prácticas litúrgicas. El siguiente paso llegó con la conversión del monarca Teodomiro, que arrastraría a toda la aristocracia sueva, cuya importancia se ha visto ensombrecida por la problemática de las fuentes y por la inmensa figura de san Martín de Braga y su profunda labor pastoral y organizativa.

Durante el reinado de Teodomiro, Martín pasó a ser metropolitano de Braga con lo que su poder y radio de acción aumentaron enormemente. En junio del año 572 y estando ya en el trono suevo el soberano Mirón, el panonio presidió el II Concilio de Braga, que completó la nueva organización de la institución eclesiástica en el Reino Suevo y asentó una Iglesia nacional apoyada por la monarquía, estableciéndose un eje entre monarquía sueva-Iglesia-Dios. La actividad de san Martín de Dumio y el cambio religioso del *Regnum Suevorum* constatado en los dos concilios de Braga abarcaron desde la conversión definitiva del arrianismo al catolicismo hasta la lucha contra elementos priscilianistas, la confusión de liturgias o las desviaciones doctrinales de los habitantes del medio rural, que habitualmente se daban a consecuencia de la mala labor pastoral del clero (derivada, a su vez, de la necesidad de una mayor formación de sus miembros, pasando por la preocupación acerca del control económico de los clérigos, tanto sacerdotes como obispos, y de sus actividades). La conversión del arrianismo al catolicismo no debió de suponer ningún trastorno ni suscitar reticencias ni oposiciones entre algunos sectores de la aristocracia sueva, ya que las fuentes no informan de ningún enfrentamiento o choque y las actas del II Concilio de Braga no recogen cuestiones que sugieran que la conversión fue un proceso problemático. Y es que la monarquía sueva abrazó con fuerza la fe católica, puede que para resaltar su diferencia e independencia con respecto al reino arriano de los visigodos, y la conversión rompió las barreras entre la población galaicorromana y los suevos. No sabemos cómo fue el proceso de conversión del clero arriano y en qué posición quedaron sus miembros, pero es de suponer que se integraron en la jerarquía eclesiástica

católica y que, como se demuestra entre los asistentes a los concilios de Braga, participaron activamente en la nueva Iglesia nacional.

En cuanto a la nueva organización de la Iglesia sueva, ya hemos señalado que los dos concilios de Braga fueron fundamentales. La nueva división territorial nos es conocida gracias a un texto de gran valor, el *Parrochiale Suevorum* o *Divisio Theodomiri*, elaborado durante el reinado de Teodomiro. En esta pequeña obra encontramos la reorganización eclesiástica del Reino Suevo que también afectaría a su administración territorial. Además, en el texto aparecen trece diócesis o sedes episcopales (destacarían Braga y Lugo como sedes metropolitanas y otras como Astorga, Oporto, Dumio o Britannia) junto a una gran cantidad de iglesias, parroquias y *pagi*. Acerca de la sede episcopal de Britannia, es llamativa su nomenclatura pues corresponde a la llegada con anterioridad a Gallaecia de un grupo poblacional de bretones que probablemente huían de los ataques sajones o llegaron como grupo misionero en peregrinación por vía marítima, que sin ser un gran número tuvieron la capacidad de integrarse y de organizarse para contar tiempo después con una sede episcopal asociada, al menos nominalmente, a esa inicial inmigración bretona. El Parroquial Suevo certifica un cambio o una evolución desde la Iglesia de la Gallaecia que proviene del Bajo Imperio hasta la nueva Iglesia sueva que se adapta también a la existencia de dos reinos germanos, el suevo y el godo, en suelo peninsular.

A nivel político y estratégico, muchos autores han visto que la conversión del Reino Suevo supuso un beneficio para los intereses de los reinos francos y del Imperio bizantino a la hora de rivalizar con el Reino Visigodo de Toledo, recordemos, todavía arriano. A pesar de encontrarse en los límites de la tierra conocida, el Reino Suevo no estaba aislado y los contactos con los reinos francos y el Imperio bizantino a través de embajadas e intercambios comerciales y culturales existían. Es más, hay conexiones entre san Martín de Braga, bizantinos y francos. En primer lugar, el desarrollo del trabajo del obispo y la conversión de los suevos al catolicismo coinciden con la presencia en el sur del *Regnum Gothorum*, que se recuperaba de una cruenta guerra civil, de tropas bizantinas, y con el asentamiento de la provincia bizantina de Spania, dependiente de Constantinopla. En segundo lugar, existen puentes que relacionan al obispo de Dumio con la Galia, ya que san Martín poseía buenos contactos en las cortes francas y estaba muy bien considerado entre los obispos francos.

No obstante, hay más elementos que relacionan a los francos con la conversión de los suevos. Tal y como han recogido muchos de los grandes especialistas, para Gregorio de Tours dicha conversión tiene que ver con otro Martín, en este caso san Martín de Tours, por el cual estaba muy interesado el

propio san Martín de Braga. El cronista franco cuenta que el soberano suevo Carrarico prometió al obispo de Tours que adoptaría el catolicismo a cambio de que el santo intercediese y salvase la vida de su hijo. Además, entregó a la iglesia de Tours el peso de su hijo enfermo en oro y plata a modo de dádiva. Y por si esto fuera poco, según Gregorio de Tours, el rey suevo también levantó una iglesia dedicada a san Martín de Tours y solicitó el envío de reliquias. Cuando estas llegaron por vía marítima a las costas galaicas, el hijo del rey se curó y Carriarico se convirtió a la fe católica. Evidentemente, el relato del cronista franco más que a la realidad histórica corresponde a un fuerte interés de vincular la conversión sueva a la mano de los francos, y en este caso de su máximo exponente religioso, san Martín de Tours. Bajo este planteamiento, que relaciona al obispo de Braga con bizantinos y francos, cobra sentido la hipótesis favorable al provecho que podrían sacar los dos últimos de los suevos frente al enemigo godo, en un tiempo en el que existía entre los tres estados un nexo del que podemos considerar artífice a san Martín de Braga.

Más allá de estos vínculos, debemos reparar en que el obispo de Dumio estaba completamente desligado de los intereses políticos de francos y bizantinos y no seguía ninguna orden imperial. La monarquía sueva por su parte pudo ver una amenaza en la política expansionista del gran rey godo Leovigildo, que estudiaremos en el siguiente apartado, por lo que es obvio que francos y bizantinos se convirtiesen en aliados más que necesarios.

En conclusión, gobierno y religión, política y fe, ahora circunscritos al caso suevo, sirvieron nuevamente como sólidos instrumentos para la reafirmación de un proyecto identitario que para los suevos se hacía más que necesario, al ser de los tres pueblos bárbaros protagonistas de nuestro libro los que más problemas tuvieron para reafirmar su esencia nacional. La conversión de Teodomiro —a diferencia de la más conocida y que ciertamente más ha marcado nuestra historia, la del rey godo Recaredo (III Concilio de Toledo, año 589)— no estuvo revestida de un gran acto y de todo el boato que acompañó a la godo-toledana, pero es lo suficientemente significativa como para que reflexionemos profundamente sobre ella. Su protagonista más relevante, dejando en segundo lugar al propio monarca suevo Teodomiro, san Martín de Dumio o de Braga, se convirtió en el eje religioso del *Regnum Suevorum*. El de Panonia llegó como misionero, se integró a todos los niveles en la Iglesia y en el reino y terminó protagonizando el cambio religioso suevo. Para que el proceso funcionase, evidentemente, tuvo que darse una excelente relación entre san Martín de Braga y la monarquía sueva, como así fue. Esta conexión hizo que podamos considerar a Dumio y a Braga los núcleos del nacimiento y del desarrollo de un nuevo y, quizá, mejorado Reino Suevo en el noroccidente de Hispania. Esta relación del

obispo con los reyes suevos le convirtió, como dice el profesor Pablo C. Díaz, en consejero regio, sumándose así otra línea más a su amplio currículum como misionero, teólogo, obispo, pedagogo, etc. Es este un momento histórico para el Reino Suevo, cuando la existencia de una auténtica iglesia nacional, gracias a la labor de san Martín, impulsó la correcta cristianización de Gallaecia. La Iglesia debía llegar a todo el territorio del reino, de ahí que desde mediados del siglo VI se dé una abundancia, particularmente en el heterodoxo medio rural, de iglesias y de monasterios (un número indeterminado de ambos levantados por iniciativa privada), que sin la celebración de los dos concilios de Braga, la conversión sueva y las acciones de los prohombres de este momento histórico jamás hubiese existido.

Leovigildvs rex Gallaecias vastat. La destrucción del Reino Suevo y la consolidación de la Hispania visigoda

Los últimos años de fascinante existencia del *Regnum Suevorum* están irremediablemente unidos, a partir del año 569, al peso fundamental y determinante que tienen los godos en la historia de España. Ya hemos visto en qué manera el Reino Visigodo de Tolosa había condicionado cien años antes el desarrollo del Reino Suevo, pero será ahora cuando de la mano del magno soberano visigodo Leovigildo se inicie el momento de esplendor del *Regnum Gothorum* de Toledo y llegué el enfrentamiento final entre suevos y godos, que acabará con la independencia y el reino de los primeros. Por esta razón, en este apartado trataremos en mayor profundidad cuestiones vinculadas a los godos, las cuales son imprescindibles para que el lector comprenda el proceso histórico y disponga de sus propias herramientas de análisis, pero sin olvidar que en este capítulo los protagonistas son los suevos, aunque deban compartir su espacio con la inmensa figura de Leovigildo.

Antes de iniciar el estudio del reinado del sucesor de Teodomiro, Mirón, en el año 570, vamos a retomar de manera sucinta el momento exacto en el cual dejamos a la monarquía goda para ver en qué estado se encontraba en dicho año y ubicar la posición política de los responsables del final del sueño suevo.

El lector recordará que en las primeras décadas del siglo VI, de las que carecemos de datos específicos sobre el Reino Suevo, el reino tolosano fue destruido por los francos y la monarquía visigoda quedó bajo la tutela del rey ostrogodo Teodorico el Grande, hasta el año 526 cuando subió al trono visigodo su nieto y legítimo heredero el monarca Amalarico. Tras un reinado tumultuoso, en el año 531 murió Amalarico reafirmandose la nombrada historiográficamente «supremacía ostrogoda» con la llegada al poder del antiguo tutor de Amalarico y antaño general de Teodorico el Amalo, el ostrogodo Theudis. El nuevo monarca

buscó fortalecer el poder regio y llevar a cabo una política adecuada tanto interna como externa hasta el final de su gobierno en el año 548. A su muerte fue sucedido por otro jefe militar ostrogodo de nombre Theudiselo, quien murió asesinado al año siguiente en su palacio de Sevilla durante un banquete. La desaparición del ostrogodo Theudiselo supuso el regreso de un visigodo al trono. En esta ocasión, el elegido desde Mérida fue Agila. El reinado de Agila estuvo marcado por la debilidad, confirmada cuando el noble Atanagildo se levantó contra el monarca iniciándose una cruenta guerra civil que desangró el maltrecho Reino Visigodo, ante la expectativa de los suevos que seguían su propio camino en el noroccidente peninsular. El usurpador Atanagildo llevó a las costas de Hispania tropas bizantinas que apoyaron su causa, y se proclamó vencedor en el año 555. Pero después de la victoria de Atanagildo, las huestes bizantinas no retornaron, sino que se asentaron al sur de la península Ibérica permitiendo al emperador bizantino Justiniano disponer de una franja costera bajo su control en contacto directo con los godos.

Con Atanagildo es cuando surge realmente el Reino Visigodo de Toledo y la ciudad del Tajo se va configurando como *urbs regia*. En el año 567 falleció de muerte natural en Toledo el soberano Atanagildo, y después del paso de varios meses de incertidumbre, en Narbona, el *dux* Liuva fue elegido rey. Una de las primeras acciones de Liuva, que ha marcado nuestra historia y bien podemos considerarla como una decisión de especial relevancia en la historia de España por las repercusiones que luego tuvo, fue la asociación al trono de su hermano Leovigildo a finales del año 568 o principios del 569. De esta manera, Liuva quedó al cargo de la Narbonense y Leovigildo se puso al frente de los territorios bajo dominio godo en Hispania. Leovigildo tenía un proyecto político claro: engrandecer a toda costa el *Regnum Gothorum*, y para ello se casó con la viuda de Atanagildo, la reina Goswinta, ganándose al grupo nobiliario que había apoyado al fenecido Atanagildo. Conjuntamente, llevó a cabo una implacable política militar que recuperó los territorios perdidos a causa, según el cronista Juan de Biclario, de distintas rebeliones que habían reducido los límites del reino.

Las campañas de Leovigildo comenzaron en el año 570 con el objetivo, en este caso, de controlar el rico valle del Guadalquivir y de presionar a la provincia bizantina de Spania atacando ciudades como Málaga y Baza junto a sus comarcas. La segunda urbe más importante en Hispania para los bizantinos, Málaga (la primera era Carthago Spartaria, actual Cartagena y capital de la provincia), no cayó en poder de los visigodos, aunque sí tuvieron éxito en la toma de Baza o de Guadix. Estos últimos hechos se desarrollaron al mismo tiempo que Mirón llegaba al trono suevo. Mientras Leovigildo guerreaba en el sur, Mirón en el norte arrancaba su carrera política. En todo este brevísimo

análisis del discurrir de la historia de los godos, no tenemos, como ya dijimos en páginas precedentes, datos acerca de que los suevos interfiriesen en los asuntos godos ni que, a su vez, los godos estuviesen interesados, como en ocasiones anteriores, en inmiscuirse en la política interna de los suevos. Esta circunstancia iba a cambiar radicalmente a consecuencia de la política expansionista y de fortalecimiento del *rex* Leovigildo.

Retomando el gobierno del rey suevo Mirón, sabemos que en el año 572 los suevos volvieron a lanzar una campaña que nos hace recordar a las de la primera mitad del siglo v. En este año los suevos atacaron al desconocido pueblo de los rucones o runcones. ¿Quiénes eran estos y dónde se ubicaban? Estaríamos hablando de una tribu de montañeses que actuaba de manera ajena a los intereses suevos o godos y que se vería resguarda por la dificultosa orografía de la zona norte. Los rucones, dados los problemas que se derivarían de la vida en zonas montañosas, optarían en muchas ocasiones por realizar incursiones en territorios más fértiles con el fin de conseguir un buen botín. Tradicionalmente se les ubica próximos a la frontera sueva, en algún punto de la cordillera Cantábrica fuera de los dominios de los dos reinos germanos. Algunos autores consideran que la ofensiva de Mirón contra los rucones también representaba un serio aviso al enérgico Leovigildo y un refortalecimiento de la frontera oriental sueva frente a los godos y a diversos poderes autónomos, en manos de aristocracias tardorromanas que buscaban mantenerse alejados del radio de acción de los dos grandes poderes peninsulares. Por su parte, los visigodos continuaron las operaciones militares por el sur de Hispania enfrentándose a los bizantinos y tomando en el año 571 la estratégica urbe de Medina Sidonia. Al año siguiente Leovigildo conquistó una de las ciudades más preciadas de la Bética y que no se encontraba bajo dominio bizantino, Córdoba. En el año 573 las *spathae* visigodas dejarán de teñirse de sangre en el sur para empaparse de sangre norteña. El cambio de escenario bélico coincidió con el fallecimiento de Liuva, quedando Leovigildo como único soberano al frente del Reino Visigodo de Toledo. San Isidoro dice al respecto:

Habiendo obtenido el principado de España y de la Galia, decidió ampliar su reino con la guerra y aumentar sus bienes. En efecto, teniendo de su parte la entrega de su ejército y el favor que le granjeaban sus victorias, acometió felizmente brillantes empresas.

El ejército de Leovigildo se presentó en el norte del reino para tomar la región de Sabaria y someter a sus habitantes, los sappos. El cronista Juan de Biclario no especifica el emplazamiento de los sappos y nos encontramos en una situación parecida a la de los rucones. Se tiende a considerar que la ubicación de Sabaria estaría entre la actual provincia de Zamora y el noreste de Portugal. Una zona de

montaña en la que transcurre el cauce del río Sabor, afluente del Duero. Como vemos, nos situamos en una zona fronteriza entre suevos y visigodos, pero tampoco se detectan enfrentamientos a colación de esta campaña de Leovigildo entre ambos reinos. Sin embargo, no hay que descartar que, si Mirón había movido ficha con su ataque contra los rucones, el rey visigodo estuviese haciendo lo mismo en previsión de un más que futurible choque sangriento. Leovigildo no cruzó, al menos de momento, la frontera sueva, y permaneció en el norte peninsular desde donde lanzó una ofensiva para conquistar la Cantabria tardoantigua, que en esta época se extendía desde el norte de la actual provincia de Burgos, el alto Ebro y la Comunidad de La Rioja. El poder autónomo de corte aristocrático establecido en Cantabria nada pudo hacer ante la maquinaria bélica de los visigodos, y la capital de la región, Amaya, cayó en poder de Leovigildo, convirtiéndose en un eje estratégico para el control político-militar y la administración de la cordillera Cantábrica hasta la conquista islámica de principios del siglo VIII. El profesor Torres Rodríguez considera que las acciones militares en el norte efectuadas por Leovigildo irían encaminadas a dañar a las fuerzas de Mirón que se hubiesen podido establecer en la zona tras la campaña contra los rucones. La tensión volvió de nuevo a la frontera suevo- goda cuando Leovigildo prosiguió con su política expansionista entrando en los llamados montes Aregenses, cuya ubicación también es dudosa, aunque tradicionalmente se sitúa en la actual, provincia de Orense, en una posición próxima a la provincia de León, donde igualmente existía un poder autónomo al amparo de la rivalidad entre suevos y visigodos. En este territorio habitaba un señor local de nombre Aspidio, que actuaba también al margen de suevos y godos, que fue hecho prisionero junto a su familia por el rey visigodo y sus tierras y bienes pasaron a manos godas.

A medida que iban avanzando las exitosas campañas del rey visigodo contra los poderes indígenas ajenos a los dos reinos germánicos, el enfrentamiento entre ambos poderes se hacía más que inevitable. La frontera, antes repleta de grupos o de poderes autónomos (rucones, sappos, el señor Aspidio), ahora quedaba liberada de fuerzas independientes a Leovigildo o a Mirón. Este panorama nos muestra la especial composición y situación de la línea fronteriza entre Braga y Toledo antes de la guerra y cómo el proceso histórico que llevará a la caída del Reino Suevo fue mucho más complejo de lo que *a priori* podría esperarse. Si la idea de Leovigildo desde un principio era la de conquistar el *Regnum Suevorum*, las bases para lanzar la campaña definitiva ya estaban asentadas. No podemos precisar si Mirón era consciente del plan que estaba ejecutando Leovigildo, que no se basaba en la improvisación. La estrategia del monarca godo transmite que las acciones de sus huestes corresponden a una perfecta partida de ajedrez, en la

cual los primeros movimientos de las tropas godas estaban orientados a limpiar el camino de pequeños enemigos para posteriormente internarse en el corazón del Reino Suevo.

El cronista Juan de Biclario señala que el conflicto entre suevos y godos estalló en el año 576. La línea defensiva de los suevos no pudo detener el avance de la maquinaria visigoda, y Leovigildo penetró en el Reino Suevo. Mirón, consciente de su inferioridad con respecto al soberano godo, envió embajadores solicitándole la paz y el cese de las hostilidades. Leovigildo aceptó la petición del rey suevo, aunque Juan de Biclario aclara que la paz se mantuvo solo por un breve espacio de tiempo. Ciertamente, el hecho de que Leovigildo aceptase la propuesta de Mirón siempre ha resultado un misterio para la comunidad historiográfica. ¿Por qué Leovigildo no continuó con la ofensiva y conquistó el Reino Suevo? ¿Por qué el monarca godo no aprovechó su superioridad militar y aceptó la paz propuesta de Mirón? En este sentido, nos movemos entre dos posturas. Algunos autores opinan que a Leovigildo le faltó «hambre» para someter a los suevos y siguiendo esta línea, el que seguramente sea el mayor experto a nivel internacional sobre la figura de Leovigildo, el académico García Moreno, apunta:

Leovigildo y Mirón, el segundo se sometía a una especie de estatuto clientelar de vieja raigambre germánica que implicaba una radical limitación de la autonomía del suevo en todo lo que se refería a política exterior.

En cambio, otros grandes especialistas enfocan la decisión de Leovigildo en la necesidad del soberano visigodo de centrarse en otros frentes abiertos una vez había conseguido una paz ventajosa con Mirón. Desde su asociación al trono, Leovigildo no había parado de combatir tanto en el norte peninsular como en el sur, y dado que las campañas de conquista iban a continuar, una paz, al menos momentánea, con los suevos podría ser beneficiosa a la hora de centrarse en otros rivales. En nuestra opinión, la postura de Leovigildo se basaría en ambas hipótesis. En primer lugar, apoyado en la tradición germánica y reafirmando su poder y autoridad, Mirón y su actividad política quedaban supeditados a lo que el *rex gothorum* dictase, descartándose así un ataque desde la Gallaecia o que los suevos retomasen las razias fuera de sus debilitadas fronteras. En segundo lugar, Leovigildo podría lanzar una nueva campaña contra los territorios irredentos del sur, tal y como ocurrió al año siguiente. Juan de Biclario informa de la conquista de la región de la Oróspeda, ubicada al sudeste en torno a las serranías de Segura y Cazorla, donde poderes locales se regían de manera autónoma con respecto a godos y bizantinos. Al examinar las campañas de Leovigildo hasta el año 577 y el acuerdo establecido con el rey suevo Mirón, parece que los bizantinos eran

una preocupación mayor que los propios suevos para el *Regnum Gothorum*. Razonamiento que se ve reforzado por el *limes* creado por Leovigildo, con un potente sistema fronterizo que controlaba los movimientos de los imperiales obligándoles a transitar por una estrecha franja costera y limitando sus incursiones. No conocemos que tras el asalto al Reino Suevo Leovigildo tomase ninguna iniciativa militar de este tipo, y confió exclusivamente en su superioridad sobre los suevos y en el acuerdo establecido con Mirón.

Tras varios años de infatigables campañas, Leovigildo detuvo la maquinaria bélica y se centró en actividades administrativas, religiosas y legislativas. Su posición de poder en Hispania le llevó, siguiendo la tradición imperial, a fundar una ciudad en la antigua Celtiberia, Recópolis, en honor a su hijo Recaredo. Suponemos que estos momentos de paz fueron aprovechados por Mirón para recuperarse del primer ataque de Leovigildo, y, manteniendo su acuerdo, esperar el momento oportuno para que algún hecho asociado a la política exterior favoreciese que los suevos volviesen a ganar su independencia con respecto a los godos sin tener que recurrir a una guerra abierta, que a duras penas podrían haber sostenido.

Aunque contamos con más datos para este periodo del *Regnum Suevorum* que los ofrecidos para la etapa anterior, aún tenemos bastantes lagunas como pueden ser los pormenores de la política interior de Mirón y su funcionamiento a medida que se desarrollaba la política expansionista de su rival godo. Incluso el mismísimo san Isidoro de Sevilla en su *Historia Suevorum* es extremadamente sintético y solo cita los hechos más relevantes o aquellos en los que los godos intervienen directamente sobre la política sueva. Es factible que, en estos años sin enfrentamientos entre suevos y visigodos, Mirón también aprovechara para preparar y enviar embajadas a Bizancio y a territorio franco intentando contar con sus respectivos apoyos llegado el caso. El vínculo político entre suevos y godos no se hizo esperar, y de nuevo el desarrollo de los acontecimientos acaecidos en la Hispania del último tercio del siglo VI iba a unir los destinos de unos y de otros. Leovigildo, en previsión de una futura sucesión, asoció al trono a sus hijos, Hermenegildo y Recaredo, y les concedió el rango de *consortes regni*. Ambos vástagos venían ya participando de lleno en la política visigoda y, por tanto, no eran ajenos a la coyuntura que se vivía. En el año 579 Leovigildo casó a su hijo Hermenegildo con la princesa franca Ingunda, matrimonio que, en cierta medida, pudo ser responsable de algunos de los posteriores enfrentamientos que recorrerán Hispania. En la corte de Toledo la convivencia entre la católica Ingunda y la madrastra de Hermenegildo, la reina Goswinta, provocó una situación insostenible, que fue solucionada por Leovigildo enviando al joven matrimonio a Sevilla con el cometido de encargarse del gobierno de la

Bética. Los complejos detalles que llevaron a Hermenegildo a rebelarse contra su padre exceden el objetivo de este ensayo, por lo recomendamos al lector interesado en profundizar en dicha cuestión que acuda a la bibliografía recomendada.

Hermenegildo se alzó contra Leovigildo contando con el apoyo de ciudades tan importantes de la Bética como Córdoba y Sevilla, aparte de otras urbes y fortificaciones béticas, y de la estratégica capital de la Lusitania, Mérida. Pero lo más importante para nosotros de este conflicto es que Hermenegildo, sabiendo que sus fuerzas militares eran inferiores a las de su padre, recurrió a la búsqueda de aliados exteriores al Reino Visigodo de Toledo. El usurpador y tirano, como es denominado por las fuentes, solicitó el apoyo del Imperio bizantino y del Reino Suevo y ambos decidieron apoyar su causa. Merece la pena que el lector se detenga un segundo en observar la situación, ya que nos situamos en uno de los momentos más importantes de la historia de España. El *Regnum Gothorum* se encontraba en una situación más que delicada y abocado a una sangrienta guerra civil, y Leovigildo, de manera prácticamente inesperada, teniendo que hacer frente a suevos, bizantinos y a las fuerzas de su propio hijo. La rebelión de Hermenegildo del año 580 era el episodio esperado por Mirón para volver a recuperar la independencia, e incluso aprovecharse del debilitamiento del poder godo en Hispania para recobrar la cuota de poder perdida con el ataque de Leovigildo. Por su parte, el rey visigodo continuó haciendo gala de una adecuada paciencia y contemporizó a la hora de aplastar la rebelión de su hijo. En primer lugar, atendió asuntos internos de política religiosa y legislativa. Seguidamente, en el año 581 aseguró su frontera norte atacando a los vascones y fundó la ciudad de Victoriaco para ejercer un fuerte control sobre los siempre irredentos vascones.

Finalmente, en el año 582 arrancaron los enfrentamientos entre los seguidores de Hermenegildo y el ejército real de Leovigildo. El monarca visigodo optó por tomar Mérida y tener así el camino despejado para poder asaltar Sevilla. Rápidamente la rebelión dio muestras de ser del todo inútil ante el potencial militar de Leovigildo, máxime tras no haber conseguido Hermenegildo apoyo militar ni de Bizancio ni de ninguna de las monarquías francas con las que también había contactado diplomáticamente en busca de auxilio. El único aliado que a la hora de la batalla acudió fielmente a la llamada del tirano fue el rey suevo Mirón. Desde la lejana Gallaecia, Mirón y el ejército suevo avanzaron hasta la ciudad de Sevilla para auxiliar a Hermenegildo, que estaba siendo sometido a un terrible asedio por parte de Leovigildo. El rebelde, en una acción desesperada, intentó romper el cerco sobre Sevilla aprovechando la ventajosa posición que le daba la fortaleza de Osset (San Juan de Aznalfarache). Mientras

tanto, Mirón aguardaba para lanzar un ataque conjunto y por sorpresa con las menguadas fuerzas de Hermenegildo sobre el ejército de Leovigildo. Sin embargo, Hermenegildo sufrió una dura derrota y Leovigildo asaltó de manera inesperada a Mirón, que, al verse rodeado por el ejército visigodo, optó irremediablemente por rendirse. El rey suevo tuvo que retomar su posición de inferioridad con respecto al monarca visigodo, incluso puede que le jurase lealtad, y retirarse a sus dominios nortños. Hermenegildo escapó y se refugió en Córdoba, ya sin contar con el apoyo del ejército suevo. Allí intentó resistir, pero la rebelión fue sofocada en el año 584 y el insurrecto acabó siendo ejecutado al año siguiente en Tarragona.

Después de la retirada los suevos estaban en una situación más que complicada. Aparte de acumular otra derrota frente a Leovigildo, también vieron cómo el rey Mirón moría. El trono suevo pasó entonces al hijo del reciente monarca fallecido, el joven Eborico, quien de alguna manera debió de recibir el visto bueno de Leovigildo a tenor de los acontecimientos posteriores. En el 584, al año siguiente de su entronización, Eborico tuvo que hacer frente a una rebelión comandada por Audeca. El buen gobierno inicial y la estabilidad que había traído Mirón al *Regnum Suevorum* al principio de su reinado se habían roto a consecuencia de las derrotas frente a Leovigildo y la sumisión ante el godo. Estos hechos habrían generado un clima de oposición a Mirón en determinados sectores de la aristocracia sueva, que decidieron actuar apartando a Eborico y aupando a Audeca al gobierno de los suevos. Audeca procedió rápidamente buscando legitimar su tiránica entronización (Juan de Biclario y san Isidoro, las dos fuentes fundamentales para conocer estos hechos, remarcaban el carácter tiránico del usurpador), para ello realizó dos jugadas que le permitieron conseguir su objetivo. Por un lado, obligó a Eborico a tomar los hábitos de monje y quedar relegado en un monasterio, apartado así de la vida política. Y, por otro, siguiendo una fórmula clásica de las monarquías germánicas, se unió en matrimonio con la viuda de Mirón, y a la sazón madre de Eborico, de nombre Siseguntia, ganándose el apoyo de los sectores que habían sustentado el reinado del malogrado Mirón. El lector recordará que Leovigildo a su llegada al poder se casó con la viuda de Atanagildo, Goswinta, obteniendo el apoyo de la red clientelar que había seguido al fenecido monarca Atanagildo.

La monarquía sueva volvía a situarse en una tesitura complicada. Audeca, consciente de su delicada posición al haber destronado a Eborico y obligado por la necesidad de contar con el apoyo de amplios sectores de la aristocracia sueva, intentó acometer algún tipo de reforma para reafirmar su condición de *rex*. Como, por ejemplo, la más que posible acuñación de moneda imitando de este modo la forma de actuar de Leovigildo. No obstante, el principal problema de Audeca no

iba a provenir de dentro de su reino.

La deposición de Eborico era la excusa perfecta que tenía el *rex gothorum* Leovigildo para volver a inmiscuirse en la política sueva y, ahora sí, lanzarse a la conquista definitiva del *Regnum Suevorum*. No sabemos si Eborico había hecho algún tipo de juramento de fidelidad propio de la tradición germánica en el contexto de la sumisión de un pueblo/reino a otro, pero el soberano godo, que pudo contar fácilmente con el apoyo de parte de la aristocracia sueva seguidora de Eborico, se sintió con la potestad de combatir a Audeca por su proceder con el hijo de Mirón. Esta oportunidad que se le brindaba a Leovigildo coincidía con su propio propósito tras haber aplastado la rebelión de su hijo Hermenegildo en el año 585, conquistar el Reino Suevo, con lo que añadía así un nuevo territorio al reforzado Reino Visigodo de Toledo y sumaba un nuevo éxito político-militar a su currículum. Todo ello, obviamente, a costa del «sueño suevo». Así, Leovigildo encabezó el *exercitus gothorum* que penetró la frontera sueva y asoló el corazón de la Gallaecia. Como escribe Juan de Biclario en su crónica: «*Leovigildus rex Gallaecias vastat...*». El Reino Suevo, el sueño de Riquila, de Requiario, de Remismundo, de Teodomiro, de Mirón... llegaba a su fin en el año 585 para mayor gloria de Leovigildo y de la *Hispania Gothorum*. El ejército suevo no pudo hacer nada ante la demoledora maquinaria militar comandada por el soberano godo, y «Leovigildo, rey de los godos, llevando la guerra contra los suevos, inmediatamente después de obtener aquel reino, depuso a Audeca», sentencia san Isidoro de Sevilla. La narración del sabio hispalense continúa detallando cómo Leovigildo actuó de manera similar con Audeca a como este lo había hecho con Eborico, y en el mismo sentido igualmente lo remarca Juan de Biclario en su crónica. Primero, al rey suevo se le afeitó pelo y barba [6]. Y es que en la tradición germánica el pelo de la cabeza y de la barba tenía cualidades de poder y prestigio seguramente asociadas a elementos ancestrales de su cultura. Por eso la pérdida forzosa del mismo suponía una gran ofensa para el receptor al quedar incapacitado para la actividad política y militar. Posteriormente, Eborico, tonsurado y en su nueva condición de presbítero, marchó a un monasterio fuera de los límites del antiguo Reino Suevo cerrando de este modo el trágico final de la monarquía sueva. En el periodo de los reinos germánicos cristianos era muy común tonsurar al enemigo y enviarlo a un monasterio como sucedió con Audeca o con Eborico.

Es de suma importancia recalcar que, como señala Juan de Biclario, Leovigildo no solo tomó el territorio del Reino Suevo añadiéndolo a los nuevos límites del reino toledano, también el pueblo y el tesoro suevos pasaron a manos del rey godo. Nos interesa resaltar la cuestión del tesoro suevo pues, independientemente de su tamaño o de su valor económico (sería mucho menor

que, por ejemplo, el que tuvieron los vándalos en Cartago o los godos en la corte de Toledo), Leovigildo se apropiaba de un símbolo de la identidad sueva. Y como apunta el profesor Arce, aunque refiriéndose al tesoro godo bien podemos extrapolarlo al caso suevo, el tesoro es «signo de identidad de la *gens*», de ahí que su posesión no solo suponga un beneficio económico, sino también ideológico. Después de la victoria y de la conquista, Leovigildo se retiró de la Gallaecia dejando a una parte de su ejército todavía activa en el recién conquistado territorio.

Aún faltaba un personaje que a modo de «canto del cisne» quiso luchar por la independencia sueva. El hombre que se negaba a aceptar la nueva realidad imperante era un desconocido hasta entonces llamado Malarico. Juan de Biclario vuelve a utilizar el término tirano para referirse en esta ocasión a Malarico marcando así el carácter ilegítimo de su actuación. No sabemos el apoyo con el que pudo contar el levantamiento de Malarico, pero sí resulta claro que su meta era la de reinar y, por consiguiente, recuperar la independencia del Reino Suevo perdida con la conquista de Leovigildo. Los *duces* godos cortaron de raíz velozmente el levantamiento y el tirano fue hecho prisionero. Malarico fue llevado ante la presencia del rey visigodo sin que conociéramos el castigo que recibió por su osadía.

Una vez que la resistencia sueva fue finalmente liquidada, Leovigildo procedería a lo que podríamos considerar una «goticización» del antiguo Reino Suevo, a través del emplazamiento de tropas en puntos estratégicos, como serían las principales urbes de Gallaecia y el norte de Lusitania, buscando así un control efectivo del territorio y llevando otra vez el arrianismo hasta allí con el favorecimiento de la llegada de obispos arrianos (Lugo, Oporto, etc.), sin que se detecte ningún choque violento con los católicos del territorio anexionado. La herejía arriana volvía a ser la religión oficial de Gallaecia, aunque la organización católica se mantuvo tal cual estaba antes de la conquista goda. Tras las derrotas de Audeca y de Malarico, la integración de la aristocracia sueva en el aparato político del estado visigodo y la consumación de las disposiciones conquistadoras de Leovigildo, podemos subrayar que la aventura de los suevos en Hispania había llegado a su fin y, recuperando las palabras de san Isidoro en su *Historia Suevorum*: «El reino de los suevos, destruido, pasa a los godos, después de haber durado, según se ha escrito, ciento setenta y siete años». Por último, nos gustaría recordar las palabras del catedrático Pablo C. Díaz, uno de los mayores expertos a nivel internacional en el Reino Suevo, porque consideramos que esta frase contiene una profunda trascendencia que ayuda a componer nuestro discurso: «Quedaba subsumido ahora como una parte del visigodo y las referencias suevas fueron borradas del recuerdo de los cronistas y de las fuentes

posteriores del reino».

Para cerrar este apartado, vamos a tratar brevemente una cuestión asociada a la conquista visigoda del Reino Suevo, que afecta a un reino germano de fuera de la península Ibérica. El monarca franco Gontrán y el reino de Borgoña apoyaron la causa sueva. No olvidemos que en un apartado precedente apuntamos los vínculos que existían entre la Gallaecia sueva y la Galia de los francos. De hecho, está constatado el envío de embajadores a Gontrán de Borgoña por parte de Mirón en el año 580. Se considera que el propósito de esta delegación se hallaba en el interés del monarca svevo en que el franco interviniese en el conflicto fratricida godo, aunque su pretensión no tuvo éxito. Donde sí intervino Gontrán, buscando su beneficio propio, fue en el enfrentamiento svevo-godo. Mientras se desarrollaba la conquista y el sometimiento del Reino Suevo por parte de los godos, Gontrán aprovechó para sacar adelante un plan que llevaba mucho tiempo acariciando: la toma de la provincia goda de la Narbonense, rescoldo del antiguo reino tolosano. Para llevar a cabo su plan, envió varios barcos, suponemos que cargados de soldados, de equipamiento militar y de provisiones, a los territorios del Reino Suevo queriendo con ello que Leovigildo tuviese que concentrar la mayor parte de sus fuerzas en el noroccidente peninsular. Paralelamente, dos ejércitos francos penetraron la frontera visigoda para asaltar las ciudades de Nîmes y Carcasona, y desde estos puntos controlar la provincia gala. Las guarniciones godas presentes en la Narbonense hicieron frente a los soldados de Gontrán y resistieron hasta que Leovigildo envió a su fiel hijo Recaredo liderando un ejército que derrotó ampliamente a las huestes francas. El futuro sucesor de Leovigildo, Recaredo, avanzó hasta las orillas del río Ródano y tomó dos campamentos enemigos consiguiendo un destacado botín y causando numerosas bajas entre los francos. La campaña en la Narbonense de Gontrán había sido un fracaso al igual que su más que cuestionable intento de auxilio del Reino Suevo, ya que sus barcos fueron interceptados por naves godas, desbaratándose así los planes del soberano de Borgoña y perdiéndose el único apoyo que habían encontrado los suevos en su defensa final.

¿Qué hubiera ocurrido si los suevos no hubieran intervenido en el conflicto civil entre el rebelde Hermenegildo y su padre Leovigildo? ¿Qué hubiera ocurrido si la monarquía sueva hubiese conseguido apoyo efectivo de los reinos francos y del Imperio bizantino ante la amenaza goda? Evidentemente, estas preguntas solo pueden encontrar respuestas en el campo de la teoría o de la historia contrafactual. Por nuestra parte, consideramos que, dado el potencial militar demostrado por el Reino Visigodo de Toledo, el genio político-militar del que hizo gala Leovigildo y la destreza guerrera manifestada por Recaredo, el

triunfo godo estaba casi garantizado. El momento de la España visigoda había llegado.

Espada, trono y rasgos simbólicos

Al igual que hemos hecho en los capítulos dedicados a los alanos y, especialmente, a los vándalos, vamos a seguir la línea trazada dedicando un apartado que abarque el ámbito militar, la institución monárquica, el simbolismo y demás cuestiones relacionadas con dichas temáticas de corte tradicionalista e identitario del pueblo suevo, que son imprescindibles para conocer en profundidad el pasado suevo, el cual forma parte de nuestra historia.

En primer lugar, vamos a sumergirnos en el ámbito castrense y guerrero de los suevos o al menos a intentarlo, porque investigar, analizar y estudiar esta temática resulta de suma dificultad. La información con la que contamos relacionada con el ejército suevo es extremadamente limitada, sobre todo si la comparamos con otros pueblos bárbaros, incluyendo a alanos y vándalos. Los datos facilitados por las fuentes para los suevos de los siglos V a finales del VI son prácticamente nulos, además no existen estudios destacados sobre la milicia sueva, a diferencia de lo que sucede con otros pueblos o reinos germanos, como puede ser el caso de los godos o de los francos. El profesor López Quiroga en sus minuciosos trabajos sobre los bárbaros danubianos establece que no se puede definir una cultura arqueológica sueva específica para el simbólico año de 406. La ubicación en una zona fronteriza, la heterogeneidad étnica, la influencia de otros pueblos bárbaros y la influencia romana dificultan la identificación. Además, la «moda danubiana» (término acuñado por el profesor Kazanski y consolidado actualmente dentro de la historiografía), reflejada en los conjuntos de vestimenta y ajueres funerarios conservados entre las distintas élites bárbaras, reafirma la marcada heterogeneidad étnica presente en el Occidente del siglo V y complica, como en otras ocasiones, la adscripción poblacional específica. Esta circunstancia afecta sobremanera al caso suevo por sus particulares procesos de etnogénesis y su singular cuestión identitaria. Para salvar esta laguna informativa que tenemos con los suevos en relación a lo expuesto en capítulos anteriores con alanos y vándalos, seguiremos una fórmula habitual utilizada en el estudio del mundo guerrero de los pueblos bárbaros cuando carecemos de referencias en las fuentes antiguas o apenas existen huellas arqueológicas que nos muestren directamente la panoplia de un guerrero suevo que luchó y sangró en la Hispania tardoantigua y altomedieval.

Sobre el ejército suevo podemos señalar que, teniendo en cuenta que nos movemos en una horquilla de entre 25.000 hasta 30.000 suevos aproximadamente que cruzaron los Pirineos en los albores del siglo V, el número

de soldados que actuaron en distintos puntos de la geografía hispana sería de entre 3.000 y 5.000 guerreros, dependiendo de si nos quedamos con una cifra total más próxima a los 25.000 o nos vamos hasta los 30.000 individuos. Algunos autores elevan el número de soldados suevos y sobrepasan los 6.000 efectivos en sus cálculos, pero, bajo nuestro punto de vista, una cifra tope de 5.000 sería lo más adecuado, máxime sabiendo que nos movemos en términos totalmente especulativos. En resumen, una cantidad de soldados que permitía efectuar rápidas acciones de saqueo y rapiña, pero muy insuficiente para dominar de manera efectiva varias provincias hispanas y mucho menos el total de la vieja *Diocesis Hispaniarum*. La manera en la que actuaron militarmente los suevos nos hace pensar que en cierto sentido eran conscientes de que debían seguir una estrategia muy cuidada para poder sacar rendimiento a su limitado ejército. Insistimos, número limitado en comparación con las fuerzas que, por ejemplo, podían reunir los godos en un campo de batalla. Por este motivo, el hecho de que permaneciesen mayoritariamente agrupados en determinadas ciudades desechando la opción de abarcar más territorios, lo que habría supuesto una peligrosa dispersión de sus fuerzas, fue una premisa seguida y mantenida en el tiempo. En su posicionamiento militar, los suevos ubicarían únicamente guarniciones alejadas del grueso del ejército en lugares de gran interés, como por ejemplo en Mérida hasta la conquista visigoda, o en puntos estratégicos, como la línea fronteriza entre el *Regnum Suevorum* y el Reino Visigodo. Dejando a un lado el citado periodo de alrededor de cien años en los cuales las fuentes ignoran a los suevos y centrándonos en la etapa que abarca desde su entrada en Hispania hasta el inicio del señalado periodo oscuro, el pueblo suevo estuvo prácticamente siempre levantado en armas o al menos con un ejército casi en constante estado de campaña y presto a actuar, ya fuese en saqueos o siguiendo a determinados pretendientes al trono en sus peripecias guerreras. Lógicamente, estas situaciones aparejaban un coste, de ahí que las razias, aparte de por otros motivos, formasen parte intrínseca de la esencia sueva en Hispania. Es más, la verdadera fuerza de los suevos residía en su capacidad permanente para realizar incursiones y saquear el territorio, lo que nos remite a una tropa con una excelente capacidad de movimiento. De esta manera, la búsqueda de botín, que partió de una necesidad, se convirtió en una forma de vida para este pueblo germano. Quizá por su peculiar forma de guerrear no se dio en la historia de los suevos en Hispania ninguna gran victoria en batalla campal, salvo contadas excepciones. Los éxitos militares suevos se centran en las razias contra la población autóctona y en la toma de alguna urbe. Entre las pocas victorias reseñables contra un ejército numeroso y en batalla a campo abierto, se encuentra el triunfo en la Bética del ejército de Riquila contra el incierto líder

Andevoto y su potente ejército, que citan las fuentes y que comentamos en el capítulo correspondiente, o la victoria sobre el general romano Vito y los auxiliares godos. Como hemos expuesto, los suevos mostraron una gran destreza para realizar constantes razias, que no suponían un despliegue militar comparable a un enfrentamiento directo contra un poderoso ejército bárbaro, pero muy poca capacidad para mantener un estado de guerra contra otro estado o monarquía. De hecho, la historia nos ofrece varios ejemplos de cómo los suevos podrían haber desaparecido de los anales al enfrentarse y ser derrotados por otros pueblos o reinos. Si no hubiese sido por la intervención romana cuando los vándalos asdingos tenían a los suevos cercados en los llamados montes Nerbasios, la derrota sueva hubiera supuesto la más que probable absorción de su grupo poblacional por el superior contingente vándalo y la consecuente desaparición como *gens* independiente. Otro ejemplo lo encontramos en la tremenda batalla del río Órbigo en otoño del año 456, cuando Hidacio considera que el Reino Suevo ha sido destruido y finiquitado, pero inexplicablemente Teodorico II no optó por completar la obra absorbiendo al maltrecho pueblo suevo tras su exitosa campaña y prefirió que el Reino Suevo quedase bajo la tutela de la monarquía visigoda. Al igual que ocurrió con el primer enfrentamiento entre Mirón y Leovigildo que, si el monarca godo así lo hubiese querido, podría haber supuesto la desaparición anticipada de la independencia sueva. No obstante, y a pesar de estas adversidades solventadas bien por ayuda extranjera o bien por la decisión de su rival, los suevos mantuvieron su nombre en Hispania durante más tiempo. Y a diferencia de los vándalos, uno de los principales motivos de la caída del *Regnum Suevorum* no fue un progresivo debilitamiento militar, pues ya habían demostrado que su capacidad militar no era suficiente como para vencer a un gran enemigo, fue el hecho de enfrentarse a un rival netamente superior y determinado en la victoria.

Acerca de la organización del ejército suevo, es de suponer que la tradición guerrera germana conviviría con la influencia romana. La composición de la tropa estaría exclusivamente reservada para soldados suevos, quedando absolutamente excluidos individuos de procedencia hispanorromana. El armamento suevo (espadas, lanzas, cascos, escudos, etc.) no variaría con respecto al utilizado por otros pueblos germanos, del mismo modo que tampoco las formas de combatir, aunque dando especial importancia a las acciones asociadas a las razias y a la excelente capacidad de movimiento de la hueste. Para no ser repetitivos, remitimos al lector a lo expuesto en el caso vándalo y en el anexo sobre el *exercitus gothorum*.

Un aspecto que nos gustaría resaltar de los guerreros suevos y que puede considerarse como un rasgo con un cierto cariz identitario, si bien no fue

exclusivo de este pueblo germano, es el del conocido como «nudo o moño suevo». Lo más probable es que a principios del siglo V los guerreros suevos ya no llevaran el peinado llamado «nudo suevo» o «trenza sueva», que habría quedado como un rasgo de la antigüedad. Sin embargo, sí nos parece oportuno y necesario apuntarlo por la significación que ha tenido a raíz de la descripción que ofrece Tácito en su obra *Germania* y por ser una imagen prototípica de los guerreros suevos de la Edad Antigua, también de alamanes (pueblo citado vinculado a los suevos), e imitado por otros pueblos germanos según el cronista romano. Dice Tácito:

Es típico de esta raza peinarse el pelo y sujetárselo por debajo con un moño; de esta manera, los suevos se diferencian de los restantes germanos y los suevos libres de los esclavos [...]. Tal es su preocupación por la estética; aunque inofensiva, por cuanto no se adornan para amar o ser amados, sino para aparentar una mayor estatura a los ojos de los enemigos e infundir así terror al entrar en combate.

Un ejemplo visual de este singular y característico peinado lo encontramos en el «Hombre o Cabeza de Osterby». [7] Otros autores posteriores a Tácito resaltan de los suevos sus largas y rubias melenas y el color azul de sus ojos, características físicas que para muchos escritores y provinciales era algo digno de resaltar. Tiempo después san Isidoro de Sevilla recoge lo siguiente en las *Etimologías*:

Algunos pueblos manifiestan su procedencia no solo en sus vestidos, sino también por llevar en su cuerpo alguna señal propia a modo de distintivo. Vemos así los bucles de los germanos.

La importancia una vez más de la simbología, en esta ocasión asociada a elementos de distinción estética, reflejada en las descriptivas palabras del intelectual más distinguido del siglo VII.

Pasando en este punto a la institución monárquica, esta y la tradición guerrera suevas convergen en un nexo común para los distintos pueblos germanos que evolucionaron hacia reinos asentados en los antiguos dominios imperiales, nos referimos a la realeza de corte militar (*Heerkönigtum*, para la historiografía alemana). Un momento clave para la realeza militar sueva fue el cruce del *limes* y los años que estuvieron en la Galia, ya que durante este periodo se asentaron las bases de lo que luego se desarrollaría en el noroeste de Hispania como Reino Suevo. Anteriormente recalamos la importancia que tuvo la integración de los distintos grupos de ascendencia sueva que cruzaron la frontera ante la necesidad de no verse absorbidos, véase por los vándalos, y la importancia que tuvo este hecho en la etnogénesis de los suevos y en su monarquía militar. El proceso tenía un punto determinante cuando un destacado jefe guerrero se erigía como *rex*, y es

aquí donde encaja la figura del primer soberano conocido de los suevos que llegaron a Hispania, Hermerico, quien tuvo que poseer los suficientes méritos militares como para ser elegido rey, estar en el trono durante al menos treinta años, abdicar en su hijo y finalmente fallecer de muerte natural. Si Hermerico no hubiera tenido un digno currículum como guerrero, pensamos que se hubiera visto obligado a hacer frente a alguna revuelta dentro del seno de la nobleza sueva o que tras su fallecimiento se hubiera dado algún tipo de oposición al dejar el gobierno en manos de su hijo Riquila o Rechila, sobre todo, teniendo en cuenta las particularidades de la etnogénesis sueva, el problema identitario que generaba la falta de una profunda cohesión, a diferencia de lo que sucedía con vándalos o visigodos (véase que entre el año 457 y el 464 se dan cuatro reyes/aspirantes divididos en lo que parecen dos bandos) y las divisiones existentes entre los grupos o clanes suevos que evidencian las luchas de mediados del siglo v. A partir de Hermerico, los suevos estuvieron regidos por una misma dinastía (padre, hijo y nieto) durante cincuenta años aproximadamente. Cuando dicha dinastía llegó a su fin con el desastre del río Órbigo y la ejecución de Requiario, el proceso de elección volvió a ponerse en marcha y la búsqueda de apoyos y reconocimientos se transformó en una necesidad para los sucesivos pretendientes. Una clara muestra es Remismundo y su interacción con los visigodos. El catedrático Pablo C. Díaz opina que, siguiendo la tradición germana, la fidelidad al jefe guerrero fue la responsable de que se diesen distintos aspirantes, seguidos por sus respectivos séquitos, enfrentados por el trono suevo. El origen de este escenario lo encontramos en el famoso y ya citado *comitatus* o *Gefolge* y en la importancia de los vínculos que unen a los guerreros con sus líderes. Por su parte, el profesor García Moreno señala a colación del reconocimiento buscado por Remismundo, que este se vinculó con una fórmula enraizada en la tradición germana. Así lo señala el académico: «derivado de los tradicionales séquitos de jóvenes nobles (*Gefolge*): el “prohijamiento por las armas” (*Waffensohn*) del nuevo monarca suevo Remismundo». Estudiando con detenimiento la institución monárquica sueva, resulta indudable que determinadas familias o clanes disponían de una destacada fuerza y conjuntamente poseían un prestigio, tal vez ancestral, que les posibilitaba como candidatos a convertirse en soberanos de los suevos, amén de disfrutar de un elevado estatus socioeconómico dentro de las estructuras del propio *Regnum Suevorum*.

A diferencia de lo expuesto con los vándalos, los suevos no contaron con un monarca del nivel político, militar y con la dimensión y proyección históricas de Genserico. En términos globales, a nuestro entender los dos reyes más destacados de los suevos en Hispania fueron Riquila y su hijo Requiario, al

menos la primera parte del reinado de este último. Ya presentamos a Riquila como el cimentador de la monarquía sueva y el mejor militar que tuvieron, la toma de Mérida o de Sevilla así lo corroboran. En el caso de Requiario, el monarca suevo que algunos autores consideran el más romanizado de todos, consolidó la obra iniciada por sus antecesores, por lo que fue un digno sucesor hasta la gran derrota del año 456. Dejando a un lado el largo periodo oscuro y sus desconocidos reyes, de los monarcas suevos del siglo VI podemos destacar una serie de virtudes que convergen en un mismo fin. El proceso religioso de conversión al catolicismo, las relaciones con la población galaicorromana y, obviamente, el desarrollo de un nuevo reino continuador de las bases heredadas hicieron que los reyes suevos de mediados de la sexta centuria gobernasen y defendiesen un reino y un territorio con el que se sentían por completo identificados. Como con acierto defiende el profesor Pablo C. Díaz, se evoluciona desde un rey asociado netamente con el papel de líder guerrero, combativo y conquistador, a un soberano que, manteniendo su rol de militar, igual gestiona y administra una corte.

Dentro del esquema de la institución monárquica sueva, una fórmula que siguieron distintos reyes y que era habitual entre las monarquías germánicas, fue la imitación de modelos imperiales para reafirmar su posición y poder. Así, la acuñación de moneda fue una de estas fórmulas, y al hablar de los suevos está revestida de una profunda importancia histórica. Requiario fue el primer monarca bárbaro que puso su nombre en una moneda, aunque manteniendo la imagen del difunto Honorio en lugar del actual Valentiniano III. En la moneda de plata encontramos la leyenda IVSSV RICHARI REGES (con la abreviatura *BR* en alusión a la ceca de Braga), dejando patente su autoridad como rey y su posición de igualdad con respecto al emperador. Aparte de la significación de cara a la política exterior que tenía la acuñación de moneda con el nombre propio del soberano en cuestión, a efectos de la política interna del Reino Suevo también poseía un gran simbolismo. Estudiando con perspectiva la institución monárquica de este pueblo germano desde que cruzó la frontera imperial, vemos cómo llegado el momento del acceso al trono de un nuevo rey o de la elección del mismo, algunos elementos dentro de señalados ámbitos nos retrotraen a tradiciones asamblearias donde los guerreros seguían al caudillo militar más valeroso y destacado. Este hecho podía suponer que en un momento determinado surgiese un líder rival que disputase el trono, de ahí que la reafirmación política e ideológica en una pieza tan simbólica como es una moneda sirva para mostrar a todo el pueblo suevo la grandeza del actual rey, véase el caso de Requiario. Paralelamente, el lector debe recordar que una de las primeras acciones que tomó Audeca al destronar a Eborico fue la acuñación de moneda con el fin de

ratificar su condición de *rex*, tanto de cara a los seguidores del destronado Eborico como de cara al enemigo extranjero, personificado en la figura del poderoso Leovigildo.

Por último, en lo relativo a la institución monárquica sueva, nos gustaría resaltar un hecho que se detecta también en otras monarquías germánicas y que tiene mucho que ver con la imitación imperial y la cuestión religiosa. Tras el periodo oscuro de la monarquía sueva y con la conversión al catolicismo, el tratamiento a los reyes suevos en los concilios de Braga nos recuerda al que recibían los emperadores cristianos. Por ejemplo, la fórmula *piissimus filius noster* o *domni gloriosissimi filii nostri regis* refiriéndose al soberano Mirón son claras muestras que marcan una clara distancia con respecto a los reyes del siglo v.

Otro asunto que nos gustaría destacar en este singular apartado es el referente a la sede regia de los suevos en Hispania y a su corte. En el capítulo dedicado a los vándalos, vimos la importancia que Genserico dio a la urbe de Cartago como el corazón del *Regnum Vandalarum* y el prestigio que le confirió a su corte. Aunque es una cuestión que excede el *leitmotiv* de nuestro estudio, razón por la cual solo hemos dado unas pequeñas pinceladas sobre ello a lo largo del libro, recordamos al lector que con Leovigildo y el resto de los reyes godos sucedió algo similar con la *urbs regia* toledana y con Genserico y el resto de los soberano vándalos con Cartago. Pues bien, si para los suevos debemos hablar de una sede regia, esta sería la antigua Bracara Augusta: Braga. Que esta urbe se convirtiese en la capital de los suevos tiene la misma lógica que la elección que hicieron los vándalos con Cartago o los godos con Toledo. Braga fue una de las primeras ciudades en las cuales los suevos se asentaron, porque conocían perfectamente las posibilidades que podía ofrecerles. Como antigua capital de la provincia de la Gallaecia poseía las infraestructuras (administrativas, religiosas, comerciales y militares) necesarias y adecuadas para el desarrollo de una sede regia y mantenía su prestigio como antigua cabeza de la provincia galaica. En este sentido, el hecho de mostrar su poder en Braga a los propios galaicorromanos era una manera de presentarse como los nuevos señores de dicho territorio. Además, era la sede del metropolitano, lo que sumaba otro punto a favor para que Braga ocupase un lugar más que preeminente dentro de la estructura política, religiosa e ideológica del Reino Suevo, en particular tras la conversión de mediados del siglo vi. Aun siendo una ciudad de una especial relevancia se discute la consideración de Braga como la capital del Reino Suevo durante las primeras décadas del siglo v, ya que estaríamos ante una corte móvil que seguía al rey. Hay otras ciudades que durante esta etapa tienen gran importancia para los reyes suevos como Astorga, el baluarte defensivo de Oporto, Sevilla o incluso otras que parecen desplazar, al menos momentáneamente, de la cúspide política a

Braga, este fue el caso de Emerita Augusta. Mérida tenía las mismas cualidades que Braga, incluso elevadas a la máxima potencia, por algo fue uno de los primeros objetivos del Reino Visigodo de Tolosa cuando comenzó a expandirse por Hispania y a enfrentarse con los suevos. El momento de preeminencia de la Mérida sueva, antigua sede del vicario de la *Diocesis Hispaniarum* y capital de la Lusitania, llegó tras la conquista de Riquila, quien instaló la sede de su corte en dicha urbe hasta su muerte.

Retornando a la Braga sueva, por desgracia contamos con pocos datos que puedan ofrecernos una imagen de la misma. A nivel arqueológico, al igual que a nivel documental, los datos son extremadamente escasos, pero el terrible saqueo al que fue sometida la ciudad tras la victoria visigoda en la batalla del río Órbigo y la manera en la que actuó Teodorico II a lo largo de la campaña con respecto a Braga, nos revela la importancia y la riqueza de la que podemos considerar capital sueva una vez fallecido Riquila y, consecuentemente, desaparecida su especial atracción por Emerita Augusta. La consolidación de Braga como sede regia de los suevos y su periodo de mayor esplendor llegó indudablemente en el siglo VI, en especial a mediados de dicha centuria. En esta circunstancia la historiografía da merecida importancia a la figura de san Martín de Dumio o de Braga. Del florecimiento de Braga y de las excelentes relaciones entre san Martín y la monarquía sueva, también se vio favorecido el monasterio de Dumio, que por su cercanía a la capital sueva puede ser incluido dentro de este proceso de enaltecimiento de la sede regia y metropolitana. Aunque la arqueología a día de hoy no puede certificarlo, los reyes suevos debieron de realizar algún tipo de obra edilicia que adaptase la urbe de Braga a las necesidades políticas y religiosas de su reino. Sin llegar a la grandeza que representaron otras urbes regias germánicas como pudo ser el caso del Toledo visigodo o de la Rávena ostrogoda, los suevos tuvieron que levantar o readaptar complejos de menor o de mayor tamaño que acogieran a la corte y al episcopado católico. El proceso constructivo de rasgos regios se rastrea en la mayoría de las monarquías germánicas y enlaza con la tradición imperial reafirmando, por un lado, la dignidad y la independencia del reino, y por otro, el poder y la fortaleza del rey en concreto que acomete las obras. Una cuestión que podemos aseverar por su lógica es que el tesoro se encontraría en alguna sala del *palatium*, fuese este una creación *ex novo* o fuese un antiguo edificio romano readaptado. La composición del mismo es un misterio para nosotros, pero debió de nutrirse principalmente de las piezas obtenidas en sus innumerables saqueos por media Hispania. Una parte muy considerable y destacada del *thesaurus* suevo provendría de la victoria del soberano Riquila sobre el ejército de Andevoto, ya que tanto Hidacio como san Isidoro remarcan, aparte del destacado triunfo del rey suevo, la gran cantidad de

oro y plata obtenidos con la victoria.

La vinculación de los suevos con su tesoro varió a lo largo de los años. En la etapa de los primeros monarcas se percibe que la posesión del tesoro por parte del soberano reafirmaba su condición de líder político, de ahí que las luchas que se dieron a mediados del siglo V entre los distintos pretendientes al trono suevo estuviesen envueltas prácticamente en una obsesión por saquear y conseguir un buen botín, seguramente con la meta de acaparar el mayor número de riquezas y de presentarse como el más legítimo y prestigioso de los candidatos. En cambio, en el periodo de los reyes católicos y bajo la condición indiscutible de sede regia de Braga, el tesoro pasó a ser una pieza fundamental del *regnum* y no un mero elemento de sobresaliente valor económico. Por este motivo, el cronista Juan de Biclario durante la conquista del Reino Suevo por parte de Leovigildo, no solo cita que el *rex gothorum* se apodera del territorio y del pueblo suevo, sino también de su tesoro real, golpeando así una parte primordial de la identidad y esencia suevas.

La grandeza de Braga como sede de la corte sueva se vio interrumpida por la conquista goda, pero no así su importancia dentro de la Tardoantigüedad y primera etapa de la Alta Edad Media. La incorporación de los territorios del antiguo Reino Suevo como provincia de Gallaecia al *Regnum Gothorum* no supuso la caída en desgracia ni de Braga, que mantuvo su condición de sede metropolitana y de ceca tal y como había sucedido bajo el dominio suevo, ni de Dumio, que conservó su prestigio como centro monástico episcopal. Ambos lugares continuaron siendo dos puntos especialmente relevantes y significativos para la *Hispania Gothorum*.

En lo que atañe en concreto a la corte de los reyes suevos en Braga contamos con escasos datos para intentar recomponer cómo fue desde el punto de vista de los diversos cargos que podían existir o las actividades realizadas por los distintos reyes, más allá de enviar y recibir embajadas o de dirigir las campañas militares de saqueo, a diferencia de lo que ocurre con el caso visigodo. Véanse los ejemplos de Teodorico II en Tolosa o de Leovigildo y sus sucesores en Toledo. No obstante, y como muy convenientemente han señalado distintos autores, alrededor del rey ya no habría solo guerreros, también se haría necesaria la presencia de administradores y letrados, y que destacados miembros de la aristocracia sueva y galaicorromana formasen parte del aparato cortesano de la monarquía. Además, el monarca suevo debió de contar con un grupo de consejeros entre los cuales tuvo que sobresalir por su posición y capacidad intelectual el nombrado san Martín de Braga. Un ejemplo claro de la estrecha relación entre el rey Mirón y el santo son los escritos conservados del segundo. Sabemos que el soberano suevo encargó la redacción de diversos textos, véase el

Formula Vitae Honestae, a san Martín y que este a través de sus escritos buscó aleccionar a los miembros de la corte sueva para que con la lectura ayudasen de manera correcta al monarca en el gobierno del reino.

En este mismo sentido, y aparte de los escritos de san Martín de Braga bien laudatorios: «Al gloriosísimo, pacífico, insigne en la piedad y en la fe católica rey Miro, del humilde obispo Martín. No ignoro, clementísimo rey, que la muy ardiente sed de tu espíritu busca insaciablemente en las copas de la sabiduría...», o instructivos: «Tú, quienquiera que por voluntad de Dios brillas en la dignidad de algún cargo», desde la entrada de los suevos en Hispania, y por supuesto con anterioridad, tuvieron que existir cánticos épicos como los descritos por Tácito: «Antiguos cánticos, única forma de crónica e historia que hay entre ellos», que sirviesen como instrumento de prestigio para las grandes familias o los distintos clanes reafirmandose a través de ellos su carácter sagrado. No se han conservado ninguno de ellos, pero suponemos que estos cánticos, u otros igualmente cargados de un fuerte carácter simbólico, serían entonados antes de entrar en combate manteniéndose en la Hispania Bárbara la tradición descrita por Tácito entre los germanos de una manera más o menos similar a lo expuesto en su obra *Germania*:

Hablan de que entre ellos hubo también un Hércules y, cuando van a entrar en combate, lo ensalzan en sus cantos como el más valiente entre los valientes. Tienen también otros cantos, con cuya entonación, que llaman *baritum* enardecen los ánimos, y con el mismo canto predicen la suerte de la próxima lucha, pues causan terror o se atemorizan según el griterío de los guerreros, y parece aquel no tanto armonía de voces como de valor. Se busca, sobre todo, aspereza de sonido y ruido entrecortado, colocando los escudos junto a la boca para que la voz, repercutida, aumente y salga más grave y más llena.

Así pues, y apoyándonos en Tácito, podemos afirmar con rotundidad que en la tradición germana los cánticos eran un elemento fundamental tanto para la identidad del pueblo como para preparación y estimulación a la hora de afrontar el combate. Los suevos, al igual que otros pueblos germanos, conservarían hasta el final de su reino distintos cánticos épicos, e imaginamos un espectáculo fastuoso el encontrarse un ejército suevo y otro visigodo frente a frente, como por ejemplo en la batalla del río Órbigo o durante la conquista del Leovigildo, entonando los respectivos guerreros de cada hueste cánticos enraizados en su respectiva tradición y esencia con el fin de llenar de valor sus corazones antes de manchar el suelo hispano de sangre bárbara con sus frías *spathae*.

El carácter guerrero de los suevos permaneció en ellos hasta el final de su independencia, y fueron dignos sucesores de los germanos que, nuevamente según Tácito, realizaban siglos atrás en el *Barbaricum* sacrificios humanos al dios Mercurio (refiriéndose en realidad a Wotan-Odín) o sacrificaban determinados

animales a Hércules (en vínculo con Júpiter; cuando estuvieran dedicados a Donar-Thor), a Marte (cuando fueran dedicados a Tyr) o de una manera específica parte de los suevos a Isis (la diosa a la que se refiere Tácito es Nerthus, muy popular entre algunas tribus germanas de la Edad Antigua).

Una última cuestión que nos gustaría añadir y que en otros apartados ya hemos citado o al menos apuntado es la gran cantidad de fenómenos que bien podríamos calificar con la especial y complicada palabra de «paranormales», que Hidacio detalla en su crónica. Sucesos que en muchos casos se circunscriben a la Gallaecia sueva o que directamente tienen que ver con los suevos. Es evidente que una parte considerable de ellos serían invenciones o malinterpretaciones del propio obispo de Aquae Flaviae, pero no por ello dejan de ser curiosos y añaden un elemento mágico y misterioso a la presencia sueva en Hispania. No podemos detenernos en todos porque es un tema que daría casi para una pequeña monografía; no obstante, vamos a traer a colación de lo expuesto dos ejemplos. El primero de ellos tuvo lugar a principios de la década de los sesenta del siglo V, cuando se produjeron en Gallaecia distintos fenómenos extraños que el cronista identifica como señales. El fenómeno en cuestión que llamó más la atención de Hidacio fue que, desde la puesta del sol hasta el amanecer anunciado con el canto de los gallos, la luna se mostró ensangrentada o como si fuese directamente sangre.

El segundo suceso es relatado por unos legados suevos que regresaron de la corte de Tolosa y recogido por Hidacio. Entre los diversos portentos que vieron en territorio galo, sobresale por su simbología y conexión también con los godos el episodio en el que estando estos últimos reunidos en asamblea, las puntas metálicas de sus lanzas comenzaron a cambiar de color: verde, rosa, negro... Algunos autores han querido ver en los fuegos o luces de San Telmo la explicación a tan fascinante fenómeno.

Al igual que expusimos en el capítulo correspondiente dedicado a los vándalos, esperamos que el lector habrá comprobado de una manera razonada la significación en su conjunto del pasado suevo en Hispania gracias en buena medida a haber hecho especial hincapié en este apartado en cuestiones nada habituales en trabajos imbuidos por corrientes positivistas o materialistas.

[1] Hay autores que cifran en hasta 25.000 el número de suevos asentados en la Gallaecia, incluyendo hombres, mujeres y niños. Cifra que pudo variar porque un número indeterminado de suevos abandonaron a su pueblo ante los contratiempos militares y decidieron apostar por Genserico, uniéndose al rey vándalo en el paso al norte de África. En cambio, otros autores elevan la cifra hasta los 30.000-35.000 individuos aumentando con ello la capacidad militar de la monarquía sueva.

[2] Pequeña tribu germánica procedente de Escandinavia y posteriormente asentada en Europa Central. El cronista Jordanes se refiere a Agiulfo y a los varnos de la siguiente manera: «Este hombre pertenecía por nacimiento al ilustre linaje de los varnos, muy lejano a la nobleza de sangre goda, y por ello no apreciaba mucho la libertad ni podía mantenerse leal a su patrón».

[3] Aunque en páginas anteriores hemos ofrecido un pequeño esbozo acerca de la guerra franco-gótica y la intervención en el conflicto armado por parte de Teodorico el Grande, recomendamos al lector interesado en profundizar en este episodio histórico que acuda a nuestro trabajo *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*, del que podrá encontrar más datos en la bibliografía al final del presente libro.

[4] Recomendamos los sobresalientes trabajos realizados por la asociación Zamora Protohistórica.

[5] Aunque contamos con infinidad de estudios sobre el *De correctione rusticorum* de san Martín de Dumio o de Braga, recomendamos sobre la temática de los residuos paganos existentes en la Hispania tardoantigua y de inicios de la Alta Edad Media el artículo de los profesores Pablo C. Díaz y Juana M. Torres «Pervivencias paganas en el cristianismo hispano (siglos IV-VII)». Otras obras sobresalientes de san Martín de Braga son

Sentencias de los Padres de Egipto y *Formulae viate honestae*.

[6] La legislación visigoda recoge como uno de los peores castigos para reyes, nobles, guerreros, etc., la *decalvatio*, cuyo nombre ofrece pocas dudas.

[7] El «Hombre de Osterby» es el cráneo de un varón de la Edad del Hierro; se encontró sin el resto del cuerpo, de unos cincuenta o sesenta años de edad que fue decapitado. Lo más llamativo es que conserva el pelo, el cual va peinado con el «moño suevo». Fue hallado a mediados del siglo XX en una ciénaga de Schleswig-Holstein, un *land* alemán ubicado al norte, y resulta una pieza museística espectacular.

7. LA HISPANIA DE LOS BÁRBAROS: UNA PARTE DE NUESTRA HISTORIA, UNA PARTE DE NUESTRA IDENTIDAD

La Hispania bárbara o de los bárbaros, la de suevos, vándalos y alanos y sus interacciones con los visigodos, forma parte inherente de nuestra sagrada historia y, al mismo tiempo, es un componente de la identidad de España, pues nos encontramos en un periodo clave para nuestro país. La relevancia de los siglos v y vi no solo afecta a España como una etapa fundamental, igualmente resulta determinante para toda Europa y el norte de África. Nos ubicamos en la transición de la Edad Antigua a la Edad Media, en el paso del mundo romano a las monarquías germánicas, las cuales, aunque se desarrollaron a través de un fuerte influjo romano, dieron paso a un nuevo escenario geopolítico. Y es en esta señalada transición donde queremos detenernos, ya que la Hispania de los bárbaros se mueve entre ambas edades históricas como se ha vislumbrado a lo largo del libro. La clasificación cronológica de este periodo histórico ha sido motivo de múltiples debates. Así alanos, vándalos y suevos, pero también visigodos, ostrogodos, alamanes, burgundios, longobardos, etc., han suscitado diversas discusiones sobre la denominación de su momento histórico. ¿Antigüedad Tardía/Tardoantigüedad (periodo que *grosso modo* abarcaría desde el siglo v al viii) o primera Edad Media/Alta Edad Media?

Realmente, el punto de partida de la Edad Media sigue generando quebraderos de cabeza en el ámbito historiográfico. La fecha del año 476 con la deposición de Rómulo Augústulo, el último emperador romano occidental, como final de la Antigüedad e inicio del Medievo no satisface a todos los historiadores. No sucede lo mismo con el fin de la Edad Media. Dos fechas son las que marcan tradicionalmente dicho final: 1453, coincidiendo con la caída de Constantinopla a manos de los musulmanes y la consecuente expiración del Imperio bizantino, o 1492, año del descubrimiento de América y de la conclusión de la Reconquista española. La diferencia de utilización del 1453 o del 1492 suele corresponder a cuestiones nacionales a la hora de dividir el estudio de la historia según el país en cuestión. ¿Cuándo acaba en verdad la Antigüedad y cuándo comienzan los tiempos medievales? No queremos entrar en un acalorado debate historiográfico que pueda romper el ritmo dinámico y ameno que hemos querido transmitir en nuestro trabajo, por ello recomendamos al lector interesado en esta compleja

cuestión que acuda, entre otros, al estudio del profesor Besga Marroquín que podrá encontrar en la bibliografía. Sí debemos señalar que, por nuestra parte, nos decantamos por la fecha del año 476 como el final de la Edad Antigua y el inicio de la Edad Media en términos globales, pero sin ser tajantes. Para nosotros, a la hora de hablar de los siglos V y VI nos parecen oportunos tanto los términos Antigüedad Tardía/Tardoantigüedad como primera fase de la Alta Edad Media, tal y como hemos venido apuntando en distintas partes de este libro. El motivo es sencillo, todas las nomenclaturas nos parecen correctas, debido a que para estos siglos de transición se mantienen rasgos claramente provenientes de la Edad Antigua, del mismo modo que se vislumbran elementos medievales en la proyección de algo novedoso como sería la nueva Europa de los reinos germánicos. En el caso de los siglos VII y VIII nos resulta un poco más complicado hablar de Antigüedad Tardía/Tardoantigüedad y preferimos más bien la denominación de Alta Edad Media. No obstante, también nos sentimos cómodos con ambos términos por la misma razón expresada para los siglos V y VI. Todo ello sin olvidar que siempre ha resultado, resulta y resultará complejo periodizar la historia porque esta es como un gran río al que se le van sumando distintos afluentes, que coinciden con los múltiples procesos e hitos históricos y que unidos discurren juntos hacia el mismo océano final. Tras esta aclaración, consideramos que el propio lector debe juzgar por sí mismo qué terminología le parece más adecuada.

Una vez hecha esta aclaración y así se ubiquen correctamente los parámetros cronológicos correspondientes a nuestra obra *Bárbaros en Hispania. Suevos, vándalos y alanos en la lucha contra Roma*, pasamos a enfrentarnos a otras cuestiones asociadas a la Hispania de los bárbaros como parte de nuestra historia e igualmente de nuestra identidad.

¿Qué percepción ha tenido y tiene la historia, la historiografía y la propia sociedad de suevos, vándalos y alanos? ¿Cómo de profunda se ha considerado su huella? Por ejemplo, en el caso vándalo nos encontramos con un elemento que trasciende la historia, pero que lógicamente tiene su raíz en la misma, y forma parte casi de nuestro día a día. Nos estamos refiriendo al llamativo término «vandalismo». Palabra de uso común que alude a una severa destrucción y que deja al «vándalo» como aquel que la realiza. [\[1\]](#) ¿Dónde se encuentra el origen de vincular al antiguo pueblo vándalo, que cruzó Hispania y que gracias a un personaje tan fascinante como el rey Genserico fundó un reino en el norte de África hasta su destrucción a manos bizantinas, con una palabra tan negativa? El sorprendente origen se encuentra en la turbulenta Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII y en los ataques contra lo que hoy llamaríamos bienes patrimoniales. De aquí pasó a incorporarse al vocabulario de muchas lenguas

europeas ampliando su significado, pero asociándolo siempre a un contexto peyorativo y marcado por el salvajismo y la destrucción. Así, tenemos en inglés *vandalism*, en alemán *vandalismus*, en francés *vandalisme* o en polaco *wandalizm*, entre otras muchas muestras.

Pero ¿es correcta la asociación de vandalismo/vándalo con destrucción/salvaje? En los capítulos correspondientes ya hemos presentado la espectacular historia del pueblo vándalo, por lo que el lector puede y debe juzgar por sí mismo. En nuestra opinión, los vándalos mantuvieron la mala prensa creada interesadamente por los autores latinos de los siglos V y VI. Este estereotipo que hemos denunciado en distintos apartados y que tiene su auténtica raíz en la oposición horizonte romano-horizonte bárbaro y, en especial, en el choque entre el católico Imperio romano y los herejes arrianos vándalos, no tiene otra base en la que sostenerse. Las monarquías germánicas, entre las que se incluye la vándala, nunca quisieron acabar con el legado romano ni borrar su civilización. Cuestiones como la economía, la fiscalidad, la administración, etc., tuvieron su continuidad. Los vándalos no actuaron en su proceder de una manera distinta en su uso de la violencia, independientemente de sus disposiciones anticatólicas o de su mítica piratería, a otros pueblos bárbaros o incluso a los mismos romanos. En consecuencia, la asociación que se hace de los términos «vandalismo-vándalo» con acepciones peyorativas relacionadas con la destrucción incontrolada desde el inicio de la Edad Contemporánea, incluyendo su ya inevitable utilización hoy en día, y que parece retrotraernos a la mentalidad de los autores latinos de los siglos V y VI, es un claro error. Salvo que queramos justificar la asociación y conexión salvajismo-vandalismo, y con ello caeríamos en un error de interpretación de los hechos históricos y en una visión muy ligada al presentismo.

Pasemos ahora a los suevos. Como el lector recordará, concluimos el análisis y el estudio del desarrollo histórico del Reino Suevo con la campaña de conquista de Leovigildo tras la rebelión de su hijo Hermenegildo, el interesado apoyo del rey franco Gontrán a los suevos y el «canto de cisne» que supuso el levantamiento en pos de la independencia sueva del malogrado Malarico. Sin embargo, ¿quedó cortado de raíz en la historia el elemento suevo? Después de casi ciento ochenta años de existencia en Hispania, ¿el legado suevo no se incorporó al Reino Visigodo de Toledo y no dejó en él algún tipo de huella?

Cuando Leovigildo conquistó el Reino Suevo, el cronista Juan de Biclario especifica que los antiguos dominios suevos se transformaron en una provincia goda, es decir, una parte más del *Regnum Gothorum*. A partir de aquí, algunos autores han llegado a hablar de que el pasado suevo sufrió una especie de *damnatio memoriae* por parte de las autoridades visigodas, borrándose así el recuerdo del pueblo

suevo. No obstante, la palabra *suevorum* aparece en algunos episodios muy simbólicos para la *Hispania Gothorum*. En el contexto de la conversión al catolicismo realizada por el hijo y sucesor de Leovigildo, el rey visigodo Recaredo, el cronista Juan de Biclario escribe: *Fidem facit gentemque omnium Gothorum et Suevorum ad unitatem et pacem revocat Christianae ecclesiae*, dejando claro que por obra de Recaredo godos, pero igualmente suevos, volvían a la unidad y la paz de la Iglesia, de lo que se colige que el arrianismo volvió a estar presente de alguna forma entre los suevos a través del proceso de «arrianización» efectuado por Leovigildo, sin que sepamos hasta qué punto la herejía pudo calar otra vez entre los suevos y dejar a un lado la obra de Teodomiro, Mirón, los concilios de Braga y san Martín. Aunque Juan de Biclario pudo añadir el término *suevorum* para dar más prestigio a la reciente conquista realizada por los godos y presentar a Recaredo como el verdadero guía a la luz católica no solo de los godos, sino por fin y definitivamente de los suevos. Este detalle aparece también en las actas del III Concilio de Toledo y podemos darle una interpretación similar en las dos vertientes. El segundo episodio a reseñar es más simbólico si cabe. Después de la conversión, el papa Gregorio Magno envió una carta a Recaredo alegrándose por la llegada al catolicismo de todo su reino y dirigiéndose al monarca visigodo como *Gloriosissimo atque Praeclentissimo filio Recharedo Regi Gothorum atque Suevorum*. La denominación como rey de los godos y de los suevos resulta muy llamativa, ya que no la encontramos en documentos hispanos de la época. Es factible que exteriormente la conquista del Reino Suevo por los visigodos siguiese siendo un hecho muy relevante, pero en Hispania la monarquía godotoledana utilizó únicamente el término *gothorum*, el cual englobaba a visigodos, hispanorromanos, suevos, hispanogodos, etc.

En este punto de nuestro análisis de las reminiscencias que quedaron de los suevos tras la conquista visigoda, nos gustaría añadir y contextualizar una teoría de los investigadores Barroso Cabrera, Morín de Pablos y Sánchez Ramos sobre un personaje llamado Argimundo, que se rebeló al poco llegar al poder Recaredo. Antes de esbozar la hipótesis de dichos investigadores, vamos a situar brevemente al lector en el momento histórico de la rebelión. En el año 590 se urdió un complot nobiliario liderado por Argimundo, un alto funcionario del reino que además ostentaba el título de duque provincial, por consiguiente, estamos hablando de un personaje muy relevante de la política visigoda a la par que cercano a la figura regia. El levantamiento de Argimundo no hay que ponerlo en conexión con otros focos de oposición que surgieron a causa de la conversión de Recaredo. El tirano, como se refiere a él Juan de Biclario, tenía una meta claramente política al querer deponer al soberano godo y acabar con su vida. Las motivaciones de Argimundo podrían encontrarse en la reestructuración

que estaba sufriendo el nuevo estado católico, la cual habría provocado que perdiese parte de su cuota de poder y por esta razón quisiera deponer a Recaredo. Empero, la conjura terminó siendo descubierta, los seguidores de Argimundo juzgados y, al confesar su culpa y tratarse de tal gravedad sus delitos, acabaron siendo ejecutados. Por su parte Argimundo fue detenido y encadenado para pasar a ser posteriormente azotado con un látigo mientras era interrogado. A continuación, el líder de la conspiración sufrió la simbólica *decalvatio*, después se le amputó la mano derecha (la portadora de la espada), y finalmente, y para que sirviese de ejemplo a conspiradores y rebeldes, se le montó en un asno y fue exhibido con sorna y mofa por las calles de la *urbs regia*, lugar de celebración de los triunfos, evidenciando lo que sucedía cuando un siervo era infiel a su señor. Pues bien, los nombrados investigadores ven en la figura del *dux* provincial Argimundo un origen, ni más ni menos, que suevo. Los especialistas sustentan su hipótesis en una cuestión onomástica, la terminación *-mundus/mundo* se halla muy presente dentro de los nombres de la realeza sueva, véanse: Remismundus/do, Veremundus/do o Theodemundus/do. En cambio, esta circunstancia solo se observa en la realeza visigoda en la figura del rey tolosano Turismundo (451-453), muy lejos por tanto del momento histórico en el que nos encontramos con este episodio de finales del siglo VI. Algo similar sucede con la raíz *Arge-/Argi-* en la que estos autores incluyen, entre otros altos personajes, al soberano suevo Ariamiro. Bajo estas premisas, Argimundo pertenecería al linaje del rey suevo Mirón y Gallaecia sería la provincia de la que sería duque. Este cargo lo habría conseguido al formar parte de la aristocracia sueva que apoyó la conquista de Leovigildo y desde esta posición favorable a los visigodos podría haber intervenido en el aplastamiento de la rebelión del tirano Malarico. Otro dato que se añade a esta teoría es que Argimundo no es uno de los nobles que abjuraron del arrianismo en el III Concilio de Toledo, por lo que para estos autores es sinónimo de que ya era católico con anterioridad por su condición de suevo. Los investigadores no se quedan aquí y todavía van más allá. Así, consideran que no estaríamos simplemente frente una conspiración palaciega, sino que, junto a los detalles expuestos, el hecho de que Gallaecia fuese un territorio recién conquistado haría que estuviésemos hablando de la rebelión de Argimundo como un levantamiento de la mismísima Gallaecia, vinculado al interés por restaurar el derrotado Reino Suevo. Una singular teoría que lleva mucho más lejos el elemento suevo y el elemento diferencial de Gallaecia, pero que no pasa de ser una hipótesis que consideramos que el lector debe juzgar.

Por otro lado, y en la línea de indagar el legado suevo en la historia, en este caso, en la etapa de esplendor del Reino Visigodo de Toledo inaugurada a partir de los éxitos políticos y militares de Leovigildo, la unión y la identificación entre

Gallaecia y suevos, ejemplificada también fuera de nuestras fronteras por el cronista franco Gregorio de Tours al referirse al *Regnum Suevorum* como *Galliciense Regnum*, vinieron a romperse por el interés de la monarquía visigoda de desligar ambos elementos, cosa que hizo con éxito. No obstante, Gallaecia siguió manteniendo una posición que podemos considerar distinta a la del resto de las provincias que componían el Reino Visigodo de Toledo, a tenor de lo que las propias fuentes godas nos transmiten. Hay diversas muestras sobre el peculiar estatus de la Gallaecia visigoda que aseveran dicha sentencia. Por ejemplo, en el marco de la celebración del III Concilio de Toledo del año 589 por orden del rey visigodo Recaredo se reúnen obispos de toda «Hispaniae, Galliae et Gallaetiae» en la ciudad de Toledo, según Juan de Biclario. El cronista, como era habitual, distingue entre los territorios que permanecían bajo dominio godo al norte de los Pirineos (un resquicio de lo que fue el Reino Visigodo de Tolosa) e Hispania, pero, a la par, diferencia el resto de las provincias hispanas de Gallaecia, lo que puede reafirmar su singularidad dentro del *Regnum Gothorum*. Más ejemplos los encontramos en los cánones de dicho concilio o casi cien años después en documentos legislativos de índole militar al igual que en la documentación del XIII Concilio de Toledo celebrado en el año 683.

La eliminación de la memoria sueva, como hemos señalado, no fue óbice para que Gallaecia mantuviese lo que podemos considerar una identidad singular heredada, en gran parte de su pasado como Reino Suevo, pero siendo a la par un territorio integrado a todos los niveles en el Reino Visigodo de Toledo. Así, Gallaecia jugará un papel importante en la Hispania visigoda del siglo VII con un potente ambiente monástico, con una destacada producción literaria, con personajes tan interesantes como san Fructuoso de Braga y san Valerio de El Bierzo, con huellas arqueológicas y artísticas tan espectaculares como el mausoleo de san Fructuoso de los Montelios en Braga o la iglesia de Santa Comba de Bande en Orense, con el funcionamiento de destacadas cecas, aunque también con la reducción de los límites fronterizos provenientes del dominio suevo a causa de las reformas administrativas acometidas por la monarquía toledana a mediados de siglo.

Hay otro momento muy lejano en el tiempo a los hechos que ocupan este libro que volvió a enfrentar a las ciudades de Braga y Toledo, y nos retrotrae a los conflictos de finales del siglo VI, aunque en esta ocasión sin cotas de malla, *spathae* ni cascos tipo *spangenhelm* de por medio. Damos un salto en el tiempo hasta el siglo XVII, un periodo igualmente crucial para nuestra historia, y nos situamos en la vieja *urbs regia* visigoda. Los toledanos habían visto cómo el establecimiento de la corte en Madrid en la segunda mitad del siglo XVI por parte de Felipe II había sumido a la ciudad en una profunda crisis, lo que provocó que los círculos

culturales, intelectuales e historiográficos de la antigua capital goda comenzasen a trabajar para recuperar el prestigio perdido. La herramienta más utilizada para dicha empresa fueron las historias locales de la segunda mitad del siglo XVI y del siglo XVII. Los historiadores toledanos enarbolaron la bandera del neogoticismo o visigotismo para justificar a través de su visión del pasado goda, ya que el Reino Visigodo era ejemplo de cultura, valentía, sentimiento religioso y carácter monárquico, y Toledo y los godos habían quedado irremediabilmente unidos al convertirla estos últimos en su *civitas regia*, que la ciudad del Tajo debía seguir siendo la cabeza en todos los aspectos de España. Por este motivo, los sucesores de los reyes godos, en este caso los Austrias, tenían que permanecer en Toledo y no estar en Madrid. Sin embargo, las reclamaciones toledanas no surtieron efecto y a Toledo solo le quedó defender algo que bajo ningún concepto estaba dispuesta a perder: la supremacía eclesiástica. La defensa de esta privilegiada posición dentro de la Iglesia española se justificaba mayoritariamente por el estatus obtenido durante el pasado goda. No obstante, a lo largo del siglo XVII otras ciudades discutieron esta supremacía exigiéndola para ellas. Tarragona, igualmente por su posición privilegiada en la Hispania romana, argumentaba que era el lugar donde habrían desembarcado los apóstoles que llegaron a la península Ibérica para justificar la supremacía; en cambio, Santiago de Compostela presumía de tener el sepulcro del apóstol como argumento; por su parte, Sevilla argüía que le pertenecía la supremacía por haber sido antes que Toledo sede de la corte visigoda; y así diversas ciudades más como Granada, Braga, entre otras, defendían sus derechos para arrebatar a Toledo su privilegio. En el caso de Braga, el antiguo núcleo del Reino Suevo disponía de distintas justificaciones: Requiario fue el primer monarca bárbaro que abrazó el catolicismo; la conversión al catolicismo del Reino Suevo fue anterior a la de los visigodos; la relevancia de la obra de san Martín, obispo de Braga, pero la bandera de su justificación se basaba sobre todo en que san Pedro de Rates, primer obispo de la ciudad, había sido consagrado como primado por el apóstol Santiago. Como si fuese uno de los múltiples combates que antaño se dieron entre suevos y godos, Toledo defendió ante Braga su más sagrado privilegio con las armas que le ofrecía la especial condición de la que disfrutó en época goda, al mismo tiempo que se oponía a las pretensiones del resto de las citadas urbes aspirantes. En estos enfrentamientos dialécticos y escritos no siempre se cumplía el hecho de mantenerse fiel a la realidad histórica y cuando cualquiera de las ciudades nombradas necesitaba ir más allá en sus pretensiones, la historia se acababa ajustando a sus intereses. Así, los historiadores toledanos cuando fue menester hicieron surgir piezas inventadas si el puzzle histórico parecía no cuadrar. Este sería el contexto de los falsos cricones que tantos ríos de tinta

hicieron y siguen haciendo correr.

Continuando específicamente con los suevos, la visión de su legado en periodos históricos más próximos a la actualidad resulta igual de interesante que las disputas religiosas del siglo xvii. Al rastrear la producción historiográfica del siglo xix y de principios del xx la percepción que se tiene de los suevos, en una línea similar a vándalos y alanos, es muy peyorativa y en algunos casos parece que estamos leyendo directamente un escrito de algún autor latino del siglo v. No ocurre lo mismo con la visión de los visigodos, debido a que al ser el Reino Visigodo de Toledo la base de lo que hoy es España, hecho que corroboramos, provocó que en muchas ocasiones sus estudios se dejaran llevar por escritos más bien laudatorios y no se centrasen en profundizar y en ampliar los estudios sobre esta época. En los libros del siglo xix y principios del xx los suevos acaban por pasar sin pena ni gloria y todo el protagonismo recae en los godos. En la segunda mitad del siglo xx y principios del xxi comenzamos a ver estudios en los que los suevos toman el protagonismo, aunque lo habitual es que nos encontremos con publicaciones, excelentes muchas de ellas, en las que los suevos son un apéndice de la *Hispania Gothorum* o las páginas dedicadas a estos resulten un tanto escasas. Esta circunstancia no solo se circunscribe a ediciones patrias, sucede lo mismo en los trabajos que aparecen fuera de España. Salvo algunas sobresalientes excepciones, las publicaciones donde abunda con mucho protagonismo el pasado suevo son las historias de Galicia aparecidas en las últimas décadas. Y dejando del mismo modo a un lado diversos y destacados estudios sobre la historia gallega, el inconveniente que encontramos en algunos trabajos es que convierten a los suevos en un arma en pos del regionalismo/nacionalismo gallego. Sin querer profundizar en esta cuestión un tanto complicada, podemos encontrarnos ante trabajos en los que la toponimia, la arqueología o las ediciones críticas de las fuentes se ponen al servicio de un claro interés político, con lo que esto conlleva. En contra de romanos y visigodos se anteponen celtas y suevos como símbolos de un galleguismo mal entendido, con todos nuestros respetos para la querida Galicia. Incluso se encuentran escritos que utilizan conceptos tan peliagudos como el tema racial, que no ayudan a la hora de acercar la auténtica realidad sueva a los ámbitos culturales y sociales atraídos por nuestra historia, y es que los suevos forman parte de la Historia de todos los españoles. Sobre esta delicada cuestión, que también hemos detectado que está presente en las redes sociales a las que cualquier persona puede acceder, recomendamos al lector interesado que acuda a la bibliografía para profundizar.

Independientemente de este agrio panorama presentado podemos encontrar, como señalábamos, estudios muy recomendables publicados hace décadas que han venido a enriquecerse con otros actuales que ponen la historia sueva en el

lugar que le corresponde. Estos trabajos, ya sean académicos, universitarios, de alta divulgación histórica, formativos o de una divulgación más simple, ayudan y deben seguir ayudando a dar a conocer el pasado suevo. Esperemos que este libro también aporte su granito de arena en esta misión. Y en este sentido positivo y para cerrar este apartado y continuar con la visión de los bárbaros y su peso en nuestra historia, recientemente el estudio y la divulgación de los suevos se ha beneficiado de una fabulosa y única muestra, *In Tempore Sueborum*, exhibida en Orense.

En la última parte de este capítulo configurado a modo de percepción histórica, de reflexión, de conclusión y, en cierta medida, de reivindicación del legado de los bárbaros, queremos detenernos en otro tema que nos resulta poderosamente llamativo a la par que necesario, ya que es muy cercano al momento en el que vivimos. Aquí hemos estudiado las invasiones bárbaras, el proceso histórico de alanos, vándalos y suevos, sus interacciones tanto con el Imperio romano como con los visigodos, la tradición guerrera, la institución monárquica, el legado de los bárbaros, etc., e igualmente hemos incidido en la importancia de este periodo para la historia de España. Sin embargo, ¿cómo se trabajan estas cuestiones en algo tan importante como son los libros de texto para miembros más jóvenes de nuestra sociedad? En los años sesenta, en pleno régimen franquista, un libro tan popular y ampliamente conocido como la *Enciclopedia Álvarez* (Tercer Grado) presentaba *Las invasiones germánicas en España* cayendo en algunos tópicos, como por ejemplo homogeneizar a todos bárbaros hablando de ellos como pueblos uniformes ubicados más allá del río Rin, donde sobresalían hombres fornidos, de largas y rubias melenas, atrasados culturalmente (de ahí su condición de bárbaros), con una sociedad eminentemente rural gustosa de comer carne y beber cerveza, además de amante de la guerra. La *Enciclopedia* continúa diciendo que en un primer momento los bárbaros tenían miedo de los romanos que gobernaban España, pero al entrar en crisis el Imperio, estos perdieron el miedo y saquearon las ciudades romanas. A partir de aquí, prosigue dicho texto, es como suevos, vándalos y alanos entraron en Hispania a principios del siglo V y se repartieron el territorio. A continuación, y siempre utilizando frases cortas y directas, se trata la llegada de los visigodos, que «estaban más adelantados que los otros bárbaros», las guerras contra los otros pueblos bárbaros para saltar hasta Leovigildo, Recaredo, la conversión del III Concilio de Toledo del año 589, la importancia religiosa y cultural de un personaje como san Isidoro de Sevilla y la figura de Wamba en el último tercio del siglo VII como «el último gran rey de los visigodos». Nuestros tres principales protagonistas no vuelven a aparecer hasta un muy breve apartado a modo de conclusión donde se recuerda de manera genérica, en primer lugar, a

los bárbaros y, en segundo, la venida de suevos, vándalos y alanos a España, y más tarde, la de los que «acabaron mandando en toda la Península», los visigodos. Evidentemente, el texto contiene los paradigmas propios del régimen, dando, en este caso, una especial relevancia a la temática religiosa y utilizando la terminología habitual de la época. Pero nuestro objetivo con este planteamiento no es ver los defectos y las virtudes del texto sobre los bárbaros contenido en la *Enciclopedia Álvarez* (Tercer Grado), sino, partiendo de su contenido, preguntarnos: ¿cómo ha evolucionado la visión y el estudio de los siglos V y VI en nuestros colegios e institutos? Vamos a dar un salto en el tiempo desde los años sesenta hasta, por ejemplo, un libro que nos es muy cercano, un manual de 6.º de EGB de principios de la década de los noventa, pero con un texto aprobado por el Ministerio de Educación y Ciencia en junio de 1983, por consiguiente, muy alejado de los libros que se podían encontrar en las aulas del régimen franquista. Pues bien, bajo nuestro punto de vista, en este libro de EGB encontramos, en términos generales, un tratamiento muy bueno sobre la etapa de las invasiones y con una muy acertada presentación utilizando vistosos mapas y llamativas ilustraciones. Más allá de sus puntos fuertes acaba fallando, aparte de en algunos errores comunes y puntuales, desgraciadamente y sobre todo en casi no nombrar a suevos, vándalos y alanos, que ocupan un espacio menor por ejemplo al de los francos. Tras la reforma educativa y salvo algunas honrosas excepciones, la situación del estudio y de la visión de suevos, vándalos y alanos tampoco ha mejorado. Es más, el tratamiento de este periodo histórico suele ser totalmente secundario pasando sin pena ni gloria entre la época romana y la llegada de los musulmanes. Incluso podemos encontrarnos con libros de texto que tratan los siglos del V al VIII en poco más de una página, con lo que, si el espacio prestado a la Hispania visigoda es ridículamente pequeño, el que queda para suevos, vándalos y alanos se reduce más o menos a sus nombres. Insistimos, aunque hay algunas excepciones de libros de texto actuales que de una manera similar a lo señalado para el libro de EGB ofrecen un buen y vistoso tratamiento de las invasiones, en lo que respecta al espacio dedicado a suevos, vándalos y alanos, este continúa siendo muy reducido. De esta manera, la parte ofrecida para suevos, vándalos y alanos no se amplía ni se mejora quedando simplemente para nuestros jóvenes tres meros nombres de unos pueblos invasores y extraños.

Desde nuestra perspectiva, este hecho es un lastre que puede comprobarse hoy día, ya que se arrastra en aquellos alumnos que siguen estudiando hasta el instituto e incluso hasta la universidad. En el caso de los jóvenes que deciden dejar de estudiar o que prefieren centrarse en otras áreas ajenas a las Humanidades nunca volverán a saber, salvo que decidan por gusto personal acercarse a este periodo de la historia, de suevos, vándalos y alanos a excepción,

por ejemplo, de que en algún noticiario utilicen el término tan habitual de vandalismo, pero, obviamente, sin saber quiénes eran los vándalos históricos. Así y en relación a esta última parte de la reflexión, no es necesario recordar lo que sucede cuando los pueblos olvidan su historia...

*¿Qué esperamos agrupados en el foro?
Hoy llegan los bárbaros.
¿Por qué inactivo está el Senado
e inmóviles los senadores no legislan?
Porque hoy llegan los bárbaros.
[...]. ¿Por qué de pronto esa inquietud
y movimiento? (Cuánta gravedad en los rostros).
¿Por qué vacía la multitud calles y plazas,
y sombría regresa a sus moradas?
Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Y gente venida desde la frontera
afirma que ya no hay bárbaros.
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución después de todo.*

Estos versos, extraídos del famoso poema de Konstantinos Kavafis que ha marcado tanto a historiadores como a filólogos, *Esperando a los bárbaros*, nos acompañan y ayudan a cerrar este capítulo con una última conclusión.

Los bárbaros forman parte de nuestra historia, son nuestra historia, por esta razón nuestro trabajo también puede servir como una reivindicación, no política ni ideológica, evidentemente, sino mucho más importante: histórica. Los bárbaros deben recuperar el lugar que les corresponde en el estudio y en la divulgación de la historia. Y es que los hechos históricos hablan por sí solos a la hora de constatar su importancia. Hemos dejado clara la interacción de suevos, vándalos y alanos con los romanos. Hemos acercado al lector a un pueblo, los alanos, desconocido comúnmente, pero cautivador como vimos a través de, por ejemplo, su fascinante cultura guerrera. Hemos penetrado en el pasado vándalo para conocer su breve pero intenso paso por Hispania y para, seguidamente, tratar desde la magna figura de Genserico hasta su triste final bajo las espadas bizantinas. Hemos evidenciado a través de los sucesos históricos la importancia del considerado primer reino germano de Europa, el Reino Suevo, el primer reino bárbaro que tuvo un monarca de religión católica, el primer reino que acuñó moneda con el nombre de uno de sus soberanos y, tal vez, el primer reino que soñó con una Hispania dominada por un pueblo germano, en este caso una Hispania sueva, pero cuyo sueño fue conseguido por otro pueblo bárbaro, los godos. Y aunque, como hemos reiterado a lo largo de este libro en varias ocasiones, nuestro principal objetivo no eran los godos como sí suevos, vándalos y alanos, no obstante, es inevitable y, por supuesto, necesario dar determinados

espacios a lo largo de todo el texto a los primeros para entender el contexto completo de nuestros tres pueblos bárbaros protagonistas, ya que además el destino de alanos, vándalos silingos y suevos estuvo en manos de los visigodos. De este último pueblo simplemente hemos vislumbrado el proyecto político que llevaron a cabo en Hispania: un reino, el Reino Visigodo de Toledo, que es el germen de la actual España. Para llegar correctamente a este punto de la historia hay que comprender todos los sucesos históricos que hemos venido desarrollando en los distintos capítulos de este libro.

Finalmente, la difusión cultural, el estudio, el trabajo y la divulgación de este periodo son áreas en las que España y Europa deben centrarse en profundidad porque la historia como «maestra de vida», aparte de darnos conocimientos, nos aporta valores, los cuales son necesarios e imprescindibles actualmente para poder continuar con nuestro camino.

Más allá del Danubio fluye el río Lano, del que toman su apelativo los alanos [...]. Se suele afirmar que los vándalos derivaron su nombre del río Vindélico, que nace en los confines últimos de la Galia y en cuyas márgenes habitaban [...]. Los suevos son una facción de los germanos ubicados en la zona más norteñas. De ellos dice Lucano (2, 51): «Y del lejano norte hace salir a los rubios suevos». Muchos han afirmado que llegaron a formar cien aldeas y pueblos. Se cree, sin embargo, que su nombre de «suevos» procede del monte Suevo, que da comienzo por el este al territorio de la Germania, cuyas tierras ocuparon.

(San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*).

[1] Algo muy similar sucede con la palabra «barbarie». El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española lo define así: «Del latín, *barbaries*», y en su primera acepción: «Falta de cultura o civilidad», y en la segunda: «Fiereza, crueldad». En el mismo plano, lógicamente, tenemos el término «bárbaro», al que el mismo diccionario se refiere: «Del latín *barbarus* y este del griego *bárbaros*, “extranjero”». La primera acepción señala a «bárbaro»: «Dicho de una persona: De alguno de los pueblos que desde el siglo V invadieron el Imperio romano y se fueron extendiendo por la mayor parte de Europa». En cambio, en la tercera, cuarta o quinta acepción nos encontramos con definiciones más próximas al mismo estigma que arrastran «vándalo» y «vandalismo».

Anexo 1. LOS BAGAUDAS

El fenómeno de las rebeliones o revueltas bagaudas es uno de los elementos más interesantes, que más tinta ha hecho correr y que más debate ha generado dentro de las distintas piezas que componen la Tardoantigüedad. Además, el movimiento bagáudico, enmarcado dentro de los procesos que llevaron a la caída del Imperio Romano de Occidente, fue específico de dos provincias: la Galia e Hispania, por consiguiente, forma parte de nuestra historia y debemos analizarlo, ya que además se desarrolló al mismo tiempo que la Hispania bárbara de la primera mitad del siglo V.

La palabra *bacaudae* o *bagauda* hace referencia en el ámbito céltico a «luchadores» y en el ámbito latino a «maleantes» o «bandoleros». Su origen como movimiento se encuentra en la Prefectura gálica, en concreto en la Galia Lugdunense (norte de Francia) a finales del siglo III. La causa de su formación radica principalmente en la crisis del Bajo Imperio; y los protagonistas de las revueltas fueron trabajadores del campo y campesinos libres que perdieron sus propiedades y bienes por hacer frente a los numerosos impuestos que reclamaba el poder imperial. Estos miembros del ámbito rural terminaron por ser individuos dependientes de los grandes propietarios que desde sus ricas *villae* acaparaban cada vez más tierras. En este contexto de las malas condiciones de vida y de nuevas relaciones sociales, se sumó la llegada de los bárbaros. La invasión provocó un nuevo aumento de la presión fiscal con el fin de poder armar a los ejércitos imperiales que debían proteger las provincias y generó una situación de indefensión de los campesinos, que les llevó en un primer momento a buscar el auxilio y la protección de los grandes señores que sí podían mantenerlos alejados del peligro que suponía la llegada de los invasores a costa de su trabajo y libertad. No obstante, la inestabilidad derivada de la penetración en el Imperio de vándalos, alanos, suevos y otros pueblos bárbaros también fue aprovechada por grupos de campesinos para desembarazarse de la presión fiscal del Estado romano, además de la pesada dependencia establecida por los grandes propietarios, y marchar en busca de una nueva forma de vida basada en acciones asociadas al bandolerismo y al pillaje. La composición del movimiento bagáudico no se circunscribió al núcleo de campesinos, también se unieron individuos de los últimos eslabones de la sociedad romana como esclavos, libertos, plebeyos procedentes de las ciudades, a los que hay que sumar miembros destacados de la élite social, personajes representativos del ámbito

urbano y otros procedentes del círculo castrense como desertores o antiguos militares. En consecuencia, vemos que si en origen el surgimiento de los bagaudas resulta fácilmente entendible, la composición y procedencia de sus miembros es mucho más heterogénea, lo que hace que no podamos clasificar las revueltas bagaudas como movimientos exclusivos de un único grupo social en lucha contra el poder establecido y oponiéndose a la estructura de la sociedad de la época. Por esta razón, hay que tener cuidado con las interpretaciones excesivamente pegadas al marxismo de este complejo movimiento social. Sí es más interesante y conveniente historiográficamente hablando el hecho de que algunos autores han querido ver en los bagaudas un sustrato cultural y social de procedencia prerromana, céltico, que enlazaría con un profundo rechazo a las estructuras sociales y legislativas de Roma.

Los bagaudas tenían muy claro cuál era la única forma de subsistir una vez convertidos en rebeldes y delincuentes: el saqueo. Su *modus operandi* no dista del mostrado por los pueblos bárbaros, especialmente por los suevos. Las razias en busca de provisiones y de botín eran la fórmula común con la que cubrir sus necesidades y mostrar su descontento ante la sociedad imperial y el Estado. No hay que descartar que por este motivo se entendiese la conexión que en cierta medida se dio en un momento determinado con los propios suevos, justificándose este planteamiento con la alianza establecida entre bagaudas y bárbaros, y que el punto álgido del movimiento bagáudico en Hispania coincidiese con las campañas de expansión de los suevos.

La penetración en el Imperio Romano de Occidente de alanos, vándalos y suevos abrió las puertas a las revueltas bagaudas del siglo V. A rebufo de las correrías de los bárbaros por la Galia y aprovechando las luchas entre el legítimo emperador Honorio y el usurpador Constantino III, se desarrollaron movimientos bagáudicos, aunque el auténtico y problemático estallido llegó a mediados de este siglo. Entre los ríos Sena y Loira un líder bagauda llamado Tibatón puso en jaque al Gobierno de Rávena. La intervención de la caballería hunna fue la responsable de aplastar la revuelta. Muy próxima cronológicamente a la bagauda encabezada por Tibatón, en Hispania también estalló otra revuelta multitudinaria, como la describe Hidacio, en el año 441 en Aracelli o Araciel, cerca de Pamplona. Resulta interesante la posición geográfica y el estallido de esta revuelta, ya que podría tener alguna conexión con las irredentas poblaciones vasconas. No olvidemos que tanto los bagaudas como los vascones son dos ejemplos de rechazo a la romanización. El Imperio Romano de Occidente no se tomó a la ligera ninguna de las revueltas y mucho menos la hispana, que había estallado en la única provincia que todavía quedaba bajo su poder, la tarraconense. Ciertamente, se detecta un proceder por parte del Gobierno

imperial mucho más directo y contundente contra los bagaudas que frente a los bárbaros y a los ejemplos que nos da la historia nos remitimos. Ante el temor de que el movimiento pudiera extenderse por más provincias y evidenciando, insistimos, que la respuesta ofrecida por el Gobierno de Rávena presenta a los bagaudas como un problema de mayor importancia que el supuesto por los bárbaros, el *dux* Asturio avanzó desde el territorio galo a Hispania y eliminó la revuelta causando una gran mortandad, como testimonia Hidacio. El hecho de que fuese un personaje de la talla y del prestigio de Asturio, que además disponía de un ejército bien armado con tropas de caballería y de infantería, el encargado de sofocar la revuelta, certifica la categoría de la rebelión y el interés del Imperio por acabar con la misma. Otra intervención fue necesaria en Hispania en el año 443 para hacer frente a un nuevo foco bagáudico en el valle del Ebro. El encargado en esta ocasión de aplastar la revuelta fue el igualmente prestigioso Merobaudes, yerno de Asturio. Merobaudes era hispanorromano y sabía del interés de la aristocracia hispana por acabar con el problema de los bagaudas, puesto que estos atentaban directamente contra sus intereses. Así, nuevamente Rávena se veía en la necesidad de combatir a los bagaudas recurriendo a afamados y sobresalientes militares con experiencia en el arte de la guerra.

Las exitosas acciones de los generales Asturio y Merobaudes no acabaron con los bagaudas en Hispania. En el año 449 el citado líder Basilio fue capaz de armar un grupo de bagaudas que penetró en la ciudad de Tarazona, derrotó a la guarnición de federados allí apostada y dio muerte al obispo León. La presencia de tropas federadas en Tarazona, que con casi toda probabilidad correspondería a soldados visigodos, evidencia que el ejército romano no disponía de efectivos para defender muchas de las ciudades y puntos de interés de la provincia tarraconense. En este mismo año ocurre un hecho que bien podemos considerar significativo: la unión entre suevos y bagaudas. Tras el viaje del monarca suevo Requiario a la corte visigoda, a su regreso decidió aliarse con el líder bagauda Basilio, cuyo origen nos es desconocido, y saquear el *territorium* de Zaragoza. La osadía de bagaudas y suevos les llevó hasta Lérida. Allí consiguieron entrar gracias a una astuta estratagema e hicieron cautivos a muchos de sus habitantes. No conocemos ningún otro pacto entre bagaudas y bárbaros, de ahí la especial relevancia de este. Tampoco contamos con información sobre el currículum del líder Basilio, pero su capacidad de liderazgo, el triunfo en sus empresas y el hecho de ser capaz de unir a un ejército de la categoría del suevo nos hacen suponer que no sería un simple y antiguo campesino y, además, sus bagaudas debían de tener o haber adquirido aptitudes para el combate. En esta ocasión, no se detecta una respuesta inmediata del Imperio a causa de estos ataques, por lo

que es plausible que se diese algún tipo de negociación con el Gobierno imperial o que, o bien este no tuviese capacidad para intervenir militarmente en Hispania o bien prefiriese esperar a un momento más oportuno. Podemos considerar sin paliativos que la revuelta encabezada por Basilio fue el mayor éxito de los movimientos bagáudicos en Hispania.

El final de los bagaudas llegó en el año 454. El Imperio Romano de Occidente recurrió a los federados visigodos para que cortasen de raíz el problema y la tarraconense dejase de sufrir los estragos que causaban los saqueos de los bagaudas. El ejército visigodo, sin contar con ningún general romano, pero actuando *ex auctoritate romana*, fue encabezado por Frederico, hermano del rey Teodorico II. Frederico no tuvo problemas para aplastar definitivamente a los bagaudas y acabar con sus esperanzas. Como había ocurrido en la batalla de los Campos Cataláunicos tres años atrás, los visigodos habían vuelto a salvar a los romanos de una situación más que peliaguda.

Como remarcamos al principio, las rebeliones bagaudas ocupan un lugar destacado dentro del proceso histórico vinculado a la caída del Imperio Romano de Occidente. Sin su estudio y conocimiento no podemos comprender las dimensiones de los problemas sociales y estructurales del Imperio, pues no olvidemos que luchaban contra el orden establecido. Asimismo, dada la ubicación geográfica de estos movimientos y la repercusión que tuvieron en el siglo v hispano, debemos darles la importancia que así merecen en cualquier estudio y trabajo de alta divulgación histórica que incluya la Tardoantigüedad. Por último, el lector debe encajar las piezas que suponen las revueltas bagaudas en el contexto analizado de la primera mitad del siglo v en la que hemos venido llamando en distintas ocasiones Hispania bárbara o la Hispania de los bárbaros.

Anexo 2. LEOVIGILDO Y EL EJÉRCITO VISIGODO

Para completar la visión de los últimos enfrentamientos entre suevos y godos que supusieron la caída y destrucción del reino germano ubicado en el noroeste peninsular, se hace necesario profundizar en el que podemos considerar protagonista de los acontecimientos, Leovigildo, y en la milicia visigoda. Gracias a ello, el lector podrá comprender mejor tanto la magnitud de un personaje como el *rex gothorum* Leovigildo, como la superioridad del Reino Visigodo sobre el Suevo.

En el capítulo correspondiente a la conquista del *Regnum Suevorum* hemos detallado las campañas de expansión efectuadas por el soberano visigodo, ya que estas, las realizadas en el norte peninsular, chocaron de lleno con las aspiraciones y la independencia suevas. En muchos casos, los enfrentamientos entre suevos y godos han sido presentados como otra muestra más de las ansias conquistadoras del soberbio Leovigildo, en el marco del interés del rey godo por «ampliar su reino con la guerra y aumentar sus bienes», como así se refiere al inicio de las campañas militares san Isidoro en su *Historia Gothorum*, y finalmente por apoderarse de «gran parte de España, pues antes la nación de los godos se reducía a unos límites estrechos», como también escribe el sabio hispalense. Del mismo modo que sucede en otras ocasiones, la realidad histórica es mucho más compleja y significativa. Leovigildo tenía un claro proyecto político y una auténtica visión de reino y de Estado. Es aquí donde debemos encajar la pieza que representa sus empresas bélicas y es aquí donde los suevos debían sucumbir y adaptarse a lo que iba a ser la *Hispania Gothorum*. En trabajos anteriores hemos hablado de Leovigildo como el «arquitecto y constructor del Reino Visigodo de Toledo», y tras analizar y estudiar en profundidad sus acciones, en esta ocasión principalmente contra los suevos, no nos queda más remedio que reafirmarnos en dicha sentencia. La aparición de Leovigildo en nuestra historia supone un antes y un después, por esta razón es conveniente considerarlo como uno de los monarcas más importantes de la historia de España a todos los efectos.

Las bases del proyecto político de Leovigildo consistían en el fortalecimiento del poder real y en la búsqueda de la unidad del reino en distintos planos. La obra no pudo ser completada bajo su reinado, pero sí se dieron pasos muy importantes. En este proceso era de vital importancia para la monarquía visigoda evidenciar que no estaba bajo la órbita del Imperio bizantino, algo similar a lo que quiso hacer la monarquía sueva con respecto a los propios visigodos. Pues

bien, esta fue una de las máximas a la hora de actuar de Leovigildo, aunque imitó muchos modelos políticos, ideológicos y simbólicos de Constantinopla. Así, el hermano de Liuva I avanzó más que ningún otro monarca goda hasta ese momento, incluso, como decíamos, adoptando fórmulas propias de la tradición romano-imperial en detrimento de elementos más propios de la cultura ancestral bárbaro-germánica. Leovigildo se sentó en un trono, utilizó vestiduras reales y tomó diversos símbolos característicos de los emperadores orientales para acentuar su independencia frente a Bizancio y remarcar que políticamente no se encontraba supeditado a la bendición del emperador. Asimismo, al ser «el primero que se presentó a los suyos en solio, cubierto de vestidura real; pues, antes de él, hábito y asiento eran comunes para el pueblo y para los reyes», resaltaba su distinción ante los súbditos y potenciaba su grandeza de cara a la poderosa aristocracia, que de una manera similar a lo que hizo el rey vándalo Genserico, también la purgó desterrando, confiscando sus bienes o cortando la cabeza a varios destacados nobles. Había que actuar con mano dura y determinación si se quería construir un reino poderoso y que fuese respetado fuera de las fronteras hispanas, y a Leovigildo no le tembló el pulso. Otra medida que a nivel simbólico reflejaba la soberanía del rey goda fue la acuñación de moneda de oro, tremises o trientes, con su propio nombre en lugar de la onomástica del emperador oriental. En estas monedas nos encontramos también su efigie con lo que además sería una diadema real. Por otro lado, los suevos ya se habían adelantado muchos años a la hora de reafirmar el poder del monarca mediante la impresión del nombre de uno de sus reyes, Requiario, en una moneda.

Las áreas de actuación de Leovigildo abarcaron un amplio radio. Realizó reformas a nivel administrativo-territorial, enriqueció y fortaleció el tesoro real y el patrimonio del reino. En este sentido san Isidoro señala que «fue el primero en aumentar el erario y el fisco». Fundó una ciudad *ex novo*, Recópolis, como hemos visto en honor de su fiel hijo Recaredo y abolió la anticuada ley que prohibía los matrimonios mixtos entre godos e hispanorromanos. En el plano legislativo, Leovigildo se preocupó por su actualización con la publicación de un cuerpo legal, el llamado Código de Leovigildo o igualmente conocido como *Codex Revisus*. El monarca goda también se preocupó por el futuro del *Regnum* y por eso asoció al trono a sus hijos Hermenegildo y Recaredo para facilitar la sucesión y evitar la partición del reino en múltiples territorios como ocurrió con la monarquía franca. El proceso se vio facilitado por la rebelión y posterior ejecución del rebelde Hermenegildo.

En este marco descrito de las obras que cimentaron el proyecto político de Leovigildo, nos gustaría destacar la importancia y grandeza que adquirió la

ciudad de Toledo. El halo simbólico que adquirió la ciudad del Tajo bajo el reinado de Leovigildo le acompañó hasta la invasión musulmana del año 711, perduró a lo largo de toda la Reconquista y la Edad Media, llegó de una manera clara hasta los Siglos Modernos y se conserva hasta la actualidad. Tiempo atrás Toledo ya se había posicionado bajo el reinado de Teudis (531-548) como una ciudad preeminente, hecho que quedó confirmado con la llegada al trono de Atanagildo (555-567) cuando hizo de Toledo su sede regia. Leovigildo vino a corroborar la condición de Toledo como sede regia, pero es más, la convirtió en una auténtica capital, en una verdadera ciudad de los reyes godos; obra que sus sucesores continuaron y ampliaron gracias a monarcas como el propio Recaredo, Sisebuto o ya a finales del siglo VII Wamba. El modelo de Toledo para transformarla en una digna *urbs regia* no ofrecía lugar a la duda: la capital del Imperio Romano de Oriente o Bizantino, Constantinopla. Así, en la conocida Vega Baja toledana fue ubicado un complejo palatino del que, al igual que otras construcciones de época visigoda, pero también romana e islámica localizadas en el mismo yacimiento arqueológico, no podemos disfrutar por el abandono que sufre el lugar por parte de las distintas administraciones. Sobre todas estas cuestiones el lector interesado puede ampliar la información acudiendo a la bibliografía de este libro.

A continuación, queremos tratar, aunque sea brevemente, una pieza fundamental del engranaje leovigildiano y que es menester especialmente por la preponderancia de la temática político-militar de este trabajo. La herramienta que le permitió triunfar a Leovigildo y continuar en buena medida su obra a sus sucesores fue el *exercitus gothorum*. Tengamos en cuenta que cuando el soberano godo pierde a su hermano y se queda como única cabeza política visible del *regnum*, san Isidoro dice: «[...] teniendo de su parte la entrega de su ejército y el favor que le granjeaban sus victorias, acometió felizmente brillantes empresas». A partir de aquí arrancaron nuevas campañas bélicas y se lanzó al proceso de fortalecimiento real con la seguridad de que su jefatura no era puesta en duda, y si lo fue, el oponente acabó sucumbiendo.

En otras líneas ya hemos vislumbrado algunos detalles de la tradición guerrera de los godos y de su ejército. El influjo de pueblos no germanos tales como los alanos y los sármatas, el contacto con el ámbito castrense romano y la propia tradición germana moldearon y configuraron la forma de combatir de los visigodos y marcaron la evolución del ejército toledano. La organización recuerda en muchos aspectos a la de otros pueblos bárbaros. Una estructura piramidal en cuya cúspide se encontraba el rey, que era el encargado de realizar la convocatoria para las campañas militares a través de un llamamiento. No existía un ejército permanente, aunque sí había hombres dedicados específicamente a la

milicia, como los miembros de las guarniciones o la guardia del rey. A la orden del rey toda la maquinaria militar se ponía en marcha. La división de la tropa seguía el esquema romano: *decaniae*, *Centenae*, *quingentenae* y el grupo de mil, *mileniae* o en su nombre germánico *thiufa* y al frente el *thiufadus*. A esta gradación hay que añadir a los duques y por debajo los condes. A su vez, los nobles disponían de sus propios séquitos de guerreros y es en estas comitivas donde debemos encajar las figuras del bucelario y del sayón. Los primeros eran hombres libres que seguían a un señor a cambio de armas y tierras, llegado el caso de querer abandonar a su patrón debían devolver todo lo que les entregó más la mitad de las ganancias obtenidas. Los sayones, que también recibían armas y tierras, al concluir su vínculo con el señor debían entregar directamente la totalidad de lo obtenido a lo largo de su servicio.

En lo que concierne a la élite guerrera visigoda, aparte de los duques, condes y nobles, también estaba la guardia personal del rey compuesta por los espatarios que estaba a las órdenes del *comes spatariorum* y los afamados gardingos, guerreros del más alto nivel que seguían las directrices del monarca y prestaban lealtad al soberano.

Sobre la composición del ejército visigodo, esta se basaba en hombres libres a los que se fueron sumando los siervos y tanto en el Reino Visigodo de Tolosa como en el de Toledo participaron hombres de origen godo y de origen galorromano o hispanorromano.

En cuanto al armamento de los soldados de Leovigildo, su panoplia no debió diferir en demasía de la portada por sus enemigos suevos o francos. La *spatha*, solo en poder de los miembros de la élite guerrera, el *sax/scramasax*, los cuchillos, los arcos y especialmente las hachas y las lanzas, extendidas por su fácil fabricación, serían las armas utilizadas. A la hora de defenderse, seguimos la misma línea planteada que para los otros pueblos germanos: casco de tipo *spangenhelm*, armaduras (cota de malla, de tipo laminar o imitando las escamas de pez) y el escudo de madera con umbo metálico en la parte central. La posesión de un equipo casi completo o completo estaba al alcance de muy pocos y ejemplificaba la importancia social y económica de su poseedor. Las armas provendrían de talleres repartidos por las ciudades del reino y por las fincas de los grandes aristócratas y los guerreros, obviamente los pertenecientes a la élite guerrera, eran gustosos de entrenarse y practicar el combate, tal y como escribe san Isidoro.

Del mismo modo que sucede con el armamento, igualmente existen muchos paralelismos con otros pueblos y reinos a la hora de combatir, aunque en el esquema militar godo la caballería era el factor determinante por antonomasia. Para reafirmar esta sentencia, valgan las palabras del sabio hispalense: «Son,

además, bastante notables en el arte de la guerra [...] pero confían, sobre todo, en la carrera veloz de sus caballos». Este animal era muy apreciado en la cultura goda y los reyes disfrutaban paseando por los establos reales para contemplar a los equinos. Las formaciones combinadas de caballería e infantería eran habituales y el principal objetivo era romper las líneas enemigas para provocar la desbandada del rival. Ya señalamos antes que no conocemos los detalles de la batalla del río Órbigo, pero suponemos que la caballería visigoda aplastó a la sueva, lo que provocaría la ruptura de las líneas suevas y la huida a la desesperada de los grupos de supervivientes que acompañaron al monarca suevo. Dentro del estudio del ejército visigodo, sabemos de la existencia de estandartes que portarían algún tipo de simbología, la cual es una absoluta incógnita.

A diferencia de lo que sucede con los otros pueblos bárbaros que pisaron suelo hispano, la mayor cantidad de documentación vinculada al Reino Visigodo nos permite tener acceso a más información que los datos con los que contamos sobre la milicia vándala o sueva. Así, sabemos que el aprovisionamiento de los soldados visigodos estaba regulado y existían funcionarios que debían atender el proceso.

Leovigildo era el rey y el jefe guerrero, pero no por ello tenía que encabezar todas las campañas militares. Siguiendo una fórmula utilizada por varios de sus antecesores y por muchos de sus sucesores, Leovigildo mandó a hombres de su confianza para que encabezasen distintas acciones bélicas. En la conquista del *Regnum Suevorum*, hemos visto que el rey visigodo envió a su hijo Recaredo al frente de un ejército para que derrotase a las fuerzas francas, que habían invadido la provincia de la Narbonense aprovechando que él mismo se encontraba dirigiendo las operaciones de conquista del Reino Suevo. Para sofocar el levantamiento del tirano Malarico, último resquicio de la independencia sueva, Leovigildo utilizó a sus duques y el rebelde acabó siendo llevado a su presencia.

Un último aspecto en lo que atañe al mundo militar visigodo y que queremos tratar hace referencia a la cuestión simbólica. Como ocurre con otros muchos de los pueblos bárbaros, los godos también poseían cánticos asociados a su tradición guerrera. La profesora Valverde Castro señala:

La exaltación de las más ilustres acciones protagonizadas por sus míticos jefes a través de esos cantos épicos estimularía en los guerreros el deseo de emular su heroísmo y sus victorias, incitándoles a buscar la gloria a través de la lucha.

Y es que la épica abundaría por doquier. Siguiendo la tónica de lo que sucede con vándalos o suevos, tampoco contamos con documentos que contengan las letras de estos cánticos, sin embargo, esto no es óbice para aseverar su existencia y utilización. Un buen ejemplo que confirma el uso de estos cantos lo

encontramos en la batalla de los Campos Cataláunicos del año 451, cuando los guerreros visigodos entonaron cánticos en mitad del combate para honrar a su fallecido rey Teodorico I. Otro buen ejemplo de la importancia de estos cánticos lo encontramos tiempo después, en los primeros años del siglo VII en el opúsculo titulado *Institutionum Disciplinae*, producido por san Isidoro o su círculo, donde se especifica que los jóvenes nobles debían instruirse en el arte de los *carmina maiorum*. Durante la época de las conquistas de Leovigildo estos cánticos estuvieron presentes en el contexto bélico y a buen seguro que fueron entonados en los sangrientos combates contra los suevos. Es más, puede que los éxitos militares del rey godo, como la caída del Reino Suevo, generasen nuevos cánticos que se entonasen a lo largo del siglo VII. El clásico profesor Menéndez Pidal a través de obras como el *Cantar de Valtario* opina que, manteniéndonos en el venerable «campo de la tradición», estos cánticos llegaron hasta la Plena Edad Media y enlazaron con los cantares de gesta propios de la literatura medieval castellana.

Aparte de los cánticos, como cuestión cargada de un potente sentido identitario y aunque está constatado para reinados posteriores a Leovigildo, existiría bajo su reinado un ceremonial en la *urbs regia* que acompañase la partida del ejército de Toledo y el regreso tras haber salido victorioso el ejército visigodo. Suponemos que dado el gusto de Leovigildo por la parafernalia imperial y siguiendo modelos de la tradición tanto romana como germana, la conmemoración de los éxitos político-militares en la capital nos resulta inevitable. De hecho, en el reinado del hijo y sucesor de Leovigildo, Recaredo, tenemos confirmada una celebración triunfal en Toledo después de descubrir una conjura. Lo que sí nos hace dudar más es la existencia de una liturgia vinculada al contexto militar, ya que con Leovigildo estamos en un espectro arriano y la liturgia que conocemos es, lógicamente, católica.

Después de un reinado marcado por las armas, Leovigildo falleció de muerte natural en Toledo en el año 586 habiendo podido apenas disfrutar del que para algunos fue su mayor éxito militar, la conquista del Reino Suevo. Podemos considerar que la obra unificadora de Leovigildo fue concluida más tarde y en dos fases. Primero bajo el reinado de Recaredo en el año 589 con la conversión al catolicismo de todo el pueblo godo en el III Concilio de Toledo y, segundo, en el año 625 con la expulsión de los bizantinos realizada por el soberano Suinthila, consiguiéndose con esta acción la unidad peninsular.

Anexo 3. CRONOLOGÍA DE LOS REINADOS

REYES ALANOS

Respendial: ¿?-¿?

Addax: ¿?-418

REYES VÁNDALOS

Silingos

Fredbal: ¿?-418

Asdingos

Godegiselo: ¿?-406

Gunderico: 406-428

Genserico: 428-477

Hunerico: 477-484

Guntamundo: 484-496

Trasamundo: 496-523

Hilderico: 523-530

Gelimer: 530-534

REYES SUEVOS

Hermerico: ¿406-409?-438 (fallecido en 441)

Riquila: 438-448

Requiario: 448-456

Maldras: 457-460

Framtano: 457-458

Remismundo: ¿458?-posterior a 469

Frumario: 460-464

Veremundo (existencia discutida): ¿485?
Theodemundo (existencia discutida): ¿?-¿?
Carrarico: ¿550?-559
Ariamiro: 559-561
Teodomiro: 561-570
Mirón: 570-583
Eborico: 583-584
Audeca: 584-585

REYES VISIGODOS HASTA EL SIGLO VII

Alarico I: 395-410
Ataúlfo: 410-415
Sigerico: 415
Walia: 415-418
Teodorico I: 418-451
Turismundo: 451-453
Teodorico II: 453-466
Eurico: 466-484
Alarico II: 484-507
Gesaleico: 507-511
Amalarico: 511-531 (regencia de Teodorico el Grande desde el año 511 al 526)
Theudis: 531-548
Theudiselo: 548-549
Agila: 549-555
Atanagildo: 555-567
Liuva I: 568-573
Leovigildo: 568/569-586
Recaredo: 586-601

EMPERADORES ROMANOS DE OCCIDENTE

Honorio: 395-423 (Constantino III, Máximo, Jovino y Átalo: usurpadores/Constancio III asociado al trono 421)
Juan: 423-425

Valentiniano III: 425-455
Petronio Máximo: 455
Avito: 455-456
Mayoriano: 457-461
Libio Severo: 461-465
Antemio: 465-472
Olibrio: 472
Glycerio: 473-474
Julio Nepote: 474 -475
Rómulo Augústulo: 475-476

EMPERADORES ROMANOS DE ORIENTE O BIZANCIO HASTA EL SIGLO VII

Arcadio: 395-408
Teodosio II: 408-450
Marciano: 450-457
León I: 457-474
León II: 474
Zenón: 474-491
Basilisco: 474-475
Anastasio I: 491-518
Justino I: 518-527
Justiniano I: 527-565
Justino II: 565-578
Tiberio II: 578-582
Mauricio: 582-602

BIBLIOGRAFÍA

A continuación, vamos a detallar las principales fuentes antiguas y sus ediciones, las cuales han sido indispensables para la realización de este libro. Para nosotros es de vital importancia que el lector conozca de primera mano lo que los documentos, en este caso antiguos, tardoantiguos y altomedievales, nos dicen y nos transmiten sobre el marco cronológico en el cual hemos encuadrado nuestro trabajo. Por ello hemos añadido, siempre que ha sido menester, extractos de las ediciones de las fuentes en el desarrollo del texto para enriquecer la lectura y acercar la propia fuente histórica al lector.

Las ediciones utilizadas, las cuales recomendamos encarecidamente, han sido varias. Un trabajo clásico para adentrarse en las obras de Tácito es el de José María Requejo Pietro, *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid, 1981. En el caso de Amiano Marcelino, nos quedamos con la edición actual de M. Luisa Harto Trujillo: *Historia*, Akal, Madrid, 2002 y con la más antigua de F. Norberto Castilla, *Historia del Imperio Romano desde el año 350 al 378 de la era cristiana*, Librería de la viuda de Hernando, Madrid, 1895, tomo I. Otra magnífica edición de la editorial Gredos es la de la obra de Orosio, Eustaquio Sánchez Salor, *Historias. Libros V-VII*, Gredos, Madrid, 1982. En lengua latina tenemos las cartas de Sidonio Apolinar editadas por Christian Luetjohann, *Sidonius Apollinaris: Epistolae, Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, VIII. Sobre la *Notitia Dignitatum* existe un estudio muy riguroso de Concepción Neira Faleiro, *La Notitia Dignitatum. Nueva edición crítica y comentario histórico*, Madrid, CSIC, 2005. Para conocer la crónica de Hidacio, la fundamental edición de Julio Campos Ruiz, *Idacio, obispo de Chaves. Su cronicón. Introducción, texto crítico, versión española y comentario*, Calasancias, Salamanca, 1984 y el loable trabajo de Marcelo Macías García, *Cronicón de Idacio. Versión castellana, con abundantes notas y aclaraciones, precedida de un estudio acerca del insigne obispo y su obra*, Imprenta de A. Otero, Orense, 1906.

En francés encontramos al indispensable Víctor de Vita gracias a Serge Lancel, *Historie de la persécution vandale en Afrique. La passion des sept martyrs. Registre des provinces et des cités d'Afrique*, Les Belles Lettres, París, 2002. En cuanto se refiere a la caída del Reino Vándalo, debemos acudir a Procopio de Cesarea y a la edición de José Antonio Flores Rubio, *Historia de las Guerras. Libros III-IV. Guerra Vándala*, Gredos, Madrid, 2006. También es de gran utilidad el trabajo de B. Krusch y W. Levison para trabajar con Gregorio de Tours y la *Historia Francorum*, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores Rerum Merovingiarum*, I y la traducción inglesa de

Lewis Thorpe, *The History of the Franks*, Penguin, Londres, 1974. Un estudio crítico y traducción que es altamente recomendable sobre el cronista Jordanes, y que es muy de nuestro gusto, viene de la mano de José María Sánchez Martín, *Orígenes y gestas sobre los godos*, Cátedra, Madrid, 2001; y en el mismo sentido, y aunque solo la hemos utilizado para añadir una referencia, la edición del *Panegírico* de Ennodio de Agustín López Kindler, *Obra miscelánea; declamaciones*, Gredos, Madrid, 2007. Volviendo al latín, no podemos olvidar a Casiodoro y el trabajo de A. J. Fridh, *Cassiodorus: Variae epistolae*, Corpus Christianorum, 96, 1973. Una edición esencial de la Historia de San Isidoro de Sevilla es la de Cristóbal Rodríguez Alonso, *Historia Gothorum*, en *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*, Centro de Estudios e Investigaciones «San Isidoro», León, 1975. Y siguiendo con San Isidoro igualmente podemos incluir José de Oroz Reta, *Etimologías*, BAC, Madrid, 1982. Y para concluir este repaso a las fuentes y a las ediciones utilizadas, no pueden faltar Ursicino Domínguez Del Val, *Martín de Braga. Obras completas. Versión castellana, edición y notas*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1990, ni tampoco sobre Juan de Biclario el mismo autor que nombramos para una de las ediciones de la crónica de Hidacio, Julio Campos Ruiz, *Juan de Biclario, obispo de Gerona. Su vida y su obra. Introducción, texto crítico y comentarios*, CSIC, Madrid, 1960.

AA. VV., *Concilio III de Toledo: XIV centenario, 589-1989*, Toledo, Arzobispado de Toledo, 1991.

ÁLVAREZ JIMÉNEZ, David, «Vándalos y vandalismo», *Revista de Historiografía*, 8, 2008, pp. 112-122.

ÁLVAREZ JIMÉNEZ, David *et alii*, *El espejismo del bárbaro. Ciudadanos y extranjeros al final de la Antigüedad*, Publicaciones de la Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 2013.

—, *El reino pirata de los vándalos*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, 2016.

ARCE MARTÍNEZ, Javier, *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2005.

—, *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2011.

AURRECOECHEA FERNÁNDEZ, Joaquín, «El equipo militar en la Hispania del Bajo Imperio», *Sautuola*, n.º XIII, 2007, pp. 427-444.

BACHRACH, Bernard S., *A History of the Alans in the West*, University of Minnesota Press, Minnesota, 1973.

BARROSO CABRERA, Rafael, «Mundo funerario y presencia “germánica” en

- Hispania (ss. V-VI D. C.)», en *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss.V-VII): balances y perspectivas*, Oxford, Madrid, 2006, pp. 213-220, (coords. Jorge López Quiroga et alii).
- *Gallaecia Gothica: de la conspiración del Dux Argimundus (589/590 d. C.) a la integración en el Reino visigodo de Toledo*, Audema, Madrid, 2015.
- BARROSO CABRERA, Rafael y MORÍN DE PABLOS, Jorge, «Armas en la arqueología madrileña de la Antigüedad Tardía», *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, n.o 8, 2006, pp. 735-745.
- BESGA MARROQUÍN, Armando, «La época de los reinos germánicos: ¿Antigüedad Tardía o primera Edad Media?», *Letras de Deusto*, n.o 122, 2009, pp. 9-50.
- BÖHME, Horst W., *Germanische Grabfunde des 4.-5. Jahrhunderts zwischen unterer Elbe und Loire*, Beck, Múnich, 1974.
- BRAVO CASTAÑEDA, Gonzalo, «Acta Bagaudica (I): Sobre quiénes eran «bagaudas» y su posible identificación en los textos tardíos», *Gerión*, n.º 2, 1984, pp. 251-264.
- , *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio*, Akal, Madrid, 1991.
- BRONISCH, Alexander Pierre, *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo xii*, Universidad de Granada, Granada, 2006.
- BURNS, Thomas S., «Al otro lado del Rin: los bárbaros en el siglo IV», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, n.º 29, 2015, pp. 48-54.
- CANDELAS COLODRÓN, César, «Plebs y aristocracia en el Cronicón de Hidacio: La organización política hispanorromana en el siglo V», *Polis*, n.º 13, 2001, pp. 129-139.
- CASTELLANOS GARCÍA, Santiago, *En el final de Roma (ca. 455-480)*, Marcial Pons, Madrid, 2013.
- CATALÁN RAMOS, Raúl, *Fortificaciones en la Tardoantigüedad*, La Ergástula, Madrid, 2014.
- CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, *La aventura de los godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- COLLINS, Roger, *La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000*, Akal, Madrid, 2000.
- , *La España visigoda, 409-711*, Crítica, Barcelona, 2005.
- COUMERT, Magali y DUMÉZIL, Bruno, *Los reinos bárbaros en Occidente*, Universidad de Granada, Granada, 2013.
- COURTOIS, Christian, *Les Vandales et l’Affrique*, Arts et Métiers Graphiques, París, 1955.
- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. et alii, «España Visigoda. I. Las invasiones. Las sociedades. La Iglesia», *Historia de España de Menéndez Pidal*, Espasa Calpe, Madrid, 1991, tomo III.

- DÍAZ MARTÍNEZ, Pablo C., «Rey y poder en la monarquía visigoda», *Iberia*, n.º 1, 1998, pp. 175-195.
- , *Hispania tardoantigua y visigoda*, Istmo, Madrid, 2007.
- , *El Reino Suevo (411-585)*, Akal, Madrid, 2013.
- , TORRES PRIETO, Juana M., «Pervivencias paganas en el cristianismo hispano (siglos IV-VII)», en *El cristianismo: aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania*, Universidad del País Vasco, Vitoria, 2001, (coords. TEJA CASUSO, Ramón y SANTO YANGUAS, Juan).
- DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ, Fernando, *Los godos. Desde sus orígenes Bálticos hasta Alarico I*, Cultivalibros, Madrid, 2011.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, Adolfo, «La *Chronica Caesaraugustana* y la presunta penetración popular visigoda en Hispania», *Antigüedad y Cristianismo*, n.º 3, 1986, pp. 61-68.
- ESCRIBANO PAÑO, María Victoria, «Usurpación y defensa de las Hispanias: Dídimo y Veriniano (408)», *Gerión*, n.º 18, 2000, pp. 509-534.
- FERNÁNDEZ CONDE, Francisco Javier, «Prisciliano y el priscilianismo. Historiografía y realidad», *Clio & Crimen*, n.º I, 2004, pp. 43-85.
- FERNÁNDEZ URIEL, Pilar y MAÑAS ROMERO, Irene, *La civilización romana*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2013.
- GÁRATE CÓRDOBA, José María, *Historia del Ejército español I. Los orígenes*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1981.
- GARCÍA MORENO, Luis Agustín, «Estudios sobre la organización administrativa del Reino Visigodo de Toledo», *Anuario de Historia del Derecho Español*, n.º 44, 1974, pp. 5-155.
- , *Historia de España visigoda*, Cátedra, Madrid, 1989.
- , *Las claves de los pueblos germánicos*, Planeta, Barcelona, 1992.
- , *La construcción de Europa. Siglos V-VIII*, Síntesis, Madrid, 2001.
- , *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2008.
- , *España, siglo V. La monarquía goda Balta y la Diócesis de las Españas*, Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2017.
- GARCÍA QUINTELA, Marcos V., *Mitos hispánicos II. Folclore e ideología desde la Edad Media hasta nuestros días*, Akal, Madrid, 2004.
- GARCÍA SERRANO, Rafael, *Hispania Gothorum: San Ildefonso y el Reino Visigodo de Toledo*, Empresa Pública «Don Quijote de la Mancha», Toledo, 2006.
- GIL EGEA, María Elvira, «Piratas o estadistas: La política exterior del Reino Vándalo durante el reinado de Genserico», *Polis*, n.º 9, 1997, pp. 107-129.
- , *África en tiempos de los vándalos: continuidad y mutaciones de las estructuras sociopolíticas romanas*, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 1999.

- GÓMEZ ARAGONÉS, Daniel, «¿Desapareció el Reino Visigodo de Toledo en el año 711?, *IV Jornadas Visigodas de Guadamur*, 2011, pp. 9-35.
- , *La invasión bizantina de Hispania 533-625. El Reino Visigodo frente a la expansión imperial*, Almena, Madrid, 2013.
- , *El esplendor del Reino Visigodo de Toledo*, Covarrubias, Toledo, 2014.
- , *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2016.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael, «El mito gótico como configurador de la Nación Española», en *Europa y sus mitos*, Universidad de Murcia, Murcia, 2004, pp. 127-141.
- , «La pasión por la historia: cricones, ¿falsos o apócrifos? El mito gótico en los cricones», en *En torno al Barroco: miradas múltiples*, Universidad de Murcia, Murcia, 2006, pp. 211-225.
- GONZÁLEZ SALINERO, Raúl, *Poder y conflicto religioso en el norte de África*, Signifer Libros, Madrid, 2002.
- GUZMÁN ARMARIO, Francisco Javier, «Ammianus adversus externae gentes: la geografía del Barbaricum en Amiano Marcelino», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, n.º 12, 1999, pp. 217-227.
- HALSALL, Guy, *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, University Press, Cambridge, 2007.
- HANSEN, Federico, *Sobre la poesía épica de los visigodos*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1892.
- HARMATTA, John, *Etudes sur l'histoire des Sarmates*, Budapest, 1950.
- JIMÉNEZ GARNICA, Ana M., *Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2010.
- KAVAFIS, Konstantinos, *Poesías completas*, Hiperión, Madrid, 1983, traducción de José María Álvarez.
- KAZANSKI, Michael, «Barbarian Military Equipment and its Evolution in the Late Roman and great Migration Periods (3rd-5th C. A.D.)», *War and Warfare in Late Antiquity*, Brill, Leiden, 2013, (eds. SARANTIS, Alexander y CHRISTIE, Neil).
- LIEBESCHUETZ, Wolf, «Gens into regnum: The Vandals», en *Regna et Gentes*, Brill, Leiden, 2002, (eds. Goetz, Hans-Werner, JÖRG, Jarnut y POHL, Walter).
- LÓPEZ QUIROGA, Jorge, «La presencia “Germánica” en Hispania en el siglo V d. C.», *CuPAUAM*, n.º 30, 2004, pp. 213-223.
- , «Gentes barbarae. Los bárbaros, entre el mito y la realidad», en *Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*, n.º XXV, Universidad de Murcia, Murcia, 2011.
- , CATALÁN RAMOS, Raúl, «El registro arqueológico del equipamiento militar en Hispania durante la Antigüedad Tardía», *El tiempo de los bárbaros en Galia e Hispania*

- (siglos v-vi). *Zona Arqueológica*, n.º 11, 2010, pp. 418-434.
- LÓPEZ QUIROGA, Jorge y RODRÍGUEZ LOVELLE, Mónica, «De los vándalos a los suevos en Galicia: Una visión crítica sobre su instalación y organización territorial en el noroeste de la Península Ibérica en el siglo V», *Studia Historica. Historia Antigua*, n.ºs 13-14, 1995-1996, pp. 421-436.
- LORING GARCÍA, M.^a Isabel et alii, *La Hispania Tardorromana y Visigoda. Siglos v-viii*, Síntesis, Madrid, 2007.
- MACDOWALL, Simon, «El ejército romano en el siglo V», *Desperta Ferro*, n.º 1, 2010, pp. 16-22.
- , *The Vandals, Pen & Sword*, Barnsley, 2016.
- , MCBRIDE, Angus, *Germanic Warrior 236-568 AD*, Osprey, Londres, 1996.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando, «De *Civitas Regia* a *Civitas Dei*. El imaginario histórico de Toledo en los siglos XVI y XVII», en *Sacra loca toletana. Los espacios sagrados en Toledo*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008, pp. 319-367.
- MCCORMICK, Michael, *Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- MCKENNA, Stephen, *Paganism and Pagan Survivals in Spain up to the Fall of Visigothic Kingdom*, Catholic University of America, Washington, 1938.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, «Los godos y el origen de la epopeya española», en *Mis páginas preferidas: temas literarios*, Gredos, Madrid, 1957, pp. 58-95.
- MORALES BELDA, Francisco, *La marina vándala. Los asdingos en España*, Ariel, Barcelona, 1969.
- MUSSET, Lucien, *Las Invasiones. Las oleadas germánicas*, Labor, Barcelona, 1967.
- ORLANDIS ROVIRA, José, *Historia del Reino Visigodo español*, Rialp, Madrid, 2003.
- , *Europa y sus raíces cristianas*, Rialp, Madrid, 2006.
- , *La vida en España en tiempos de los godos*, Rialp, Madrid, 2006.
- , RAMOS LISSON, Domingo, *Historia de los concilios de la España romana y visigoda*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1986.
- PAMPLIEGA NOGUÉS, Javier, *Los germanos en España*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1998.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Dionisio, *El ejército en la sociedad visigoda*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989.
- , «Defensa y territorio en la sociedad peninsular hispana durante la Antigüedad Tardía (ss. V-VII)», *Studia Historica. Historia Antigua*, n.º 16, 1998, pp. 281-300.
- PÉREZ-RODRÍGUEZ ARAGÓN, Fernando, «Testimonios materiales de la presencia de tropas “bárbaras” en la Hispania romana del siglo V», *Sautuola*, n.º XIV, 2008, pp. 241-266.

- POHL, Walter, «Telling the Difference: Signs of Ethnic Identity», en *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Brill, Leiden, 1998, (eds. POHL, Walter y REIMITZ, Helmut).
- QUIRÓS CASTILLO, Juan Antonio y CASTELLANOS GARCÍA, Santiago (dirs.), *Identidad y etnicidad en Hispania: Propuestas teóricas y cultura material en los siglos v-viii*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2015.
- REINHART, Wilhelm, *Historia General del Reino Hispánico de los Suevos*, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid, 1952.
- SANZ SERRANO, Rosa, «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía», *Gerion*, n.º 4, 1986, pp. 235-264.
- , *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Síntesis, Madrid, 1995.
- , *Historia de los godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- SOAJE DE ELÍAS, Raquel, «Linajes reales germánicos en suelo imperial: La lucha por la supremacía ante los ojos de Hidacio de Chaves», *Intus-Legere Historia*, n.º 1, vol. 4, 2010, pp. 49-62.
- SORIA MOLINA, David, «*Cataphractii y clibanarii*. La caballería pesada del ejército romano, de Severo Alejandro a Justiniano», *Aquila Legionis*, n.º 15, 2012, pp. 117-163.
- THOMPSON, Edward A., *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, University Press, Wisconsin, 1982.
- , *Los godos en España*, Alianza, Madrid, 2007.
- TORRES RODRÍGUEZ, Casimiro, «La invasión del año 406: héroes y mártires españoles en el siglo V», *Boletín de la Universidad de Compostela*, n.º 64, 1956. Separata.
- , *El reino de los suevos (Galicia sueva)*, Fundación Barrié de la Maza, La Coruña, 1977.
- VALVERDE CASTRO, María R., *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000.
- WALTER, Susanne et alii, *Kleidung im Frühen Mittelalter*, Esslingen, Gessellschaft für Achäologie in Württemberg und Hohenzollern e.V., 2008.
- WOLFRAM, Herwig, *History of the Goths*, University of California Press, Los Ángeles, 1988.

Table of Contents

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA ERA

2. LA FRÍA NAVIDAD DEL AÑO 406. LOS BÁRBAROS PENETRAN EN EL CORAZÓN DEL IMPERIO

Los pueblos bárbaros. Causas y características de las invasiones

Desarrollo histórico. Los bárbaros al otro lado del Rin

3. SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS EN HISPANIA

Hispania: un tesoro ambicionado por bárbaros y usurpadores

4. ALANOS

Orígenes, migración e idiosincrasia

Un pueblo guerrero

5. VÁNDALOS

Orígenes y migración: asdingos y silingos

La lucha por el poder en Hispania

El Regnum Vandalarum de África

Bizancio destruye el Reino Vándalo

Espada, trono y rasgos simbólicos

6. SUEVOS

Orígenes y migración

Suevos, vándalos, godos y romanos: cuatro intereses y un único poder para Hispania

El Reino Suevo. Análisis y desarrollo

Gobierno y religión. San Martín de Braga, el «apóstol de los suevos»

Leovigildvs rex Gallaecias vastat. La destrucción del Reino Suevo y la consolidación de la Hispania visigoda

Espada, trono y rasgos simbólicos

7. LA HISPANIA DE LOS BÁRBAROS: UNA PARTE DE NUESTRA HISTORIA, UNA PARTE DE NUESTRA IDENTIDAD

Anexo 1. LOS BAGAUDAS

Anexo 2. LEOVIGILDO Y EL EJÉRCITO VISIGODO

Anexo 3. CRONOLOGÍA DE LOS REINADOS

BIBLIOGRAFÍA